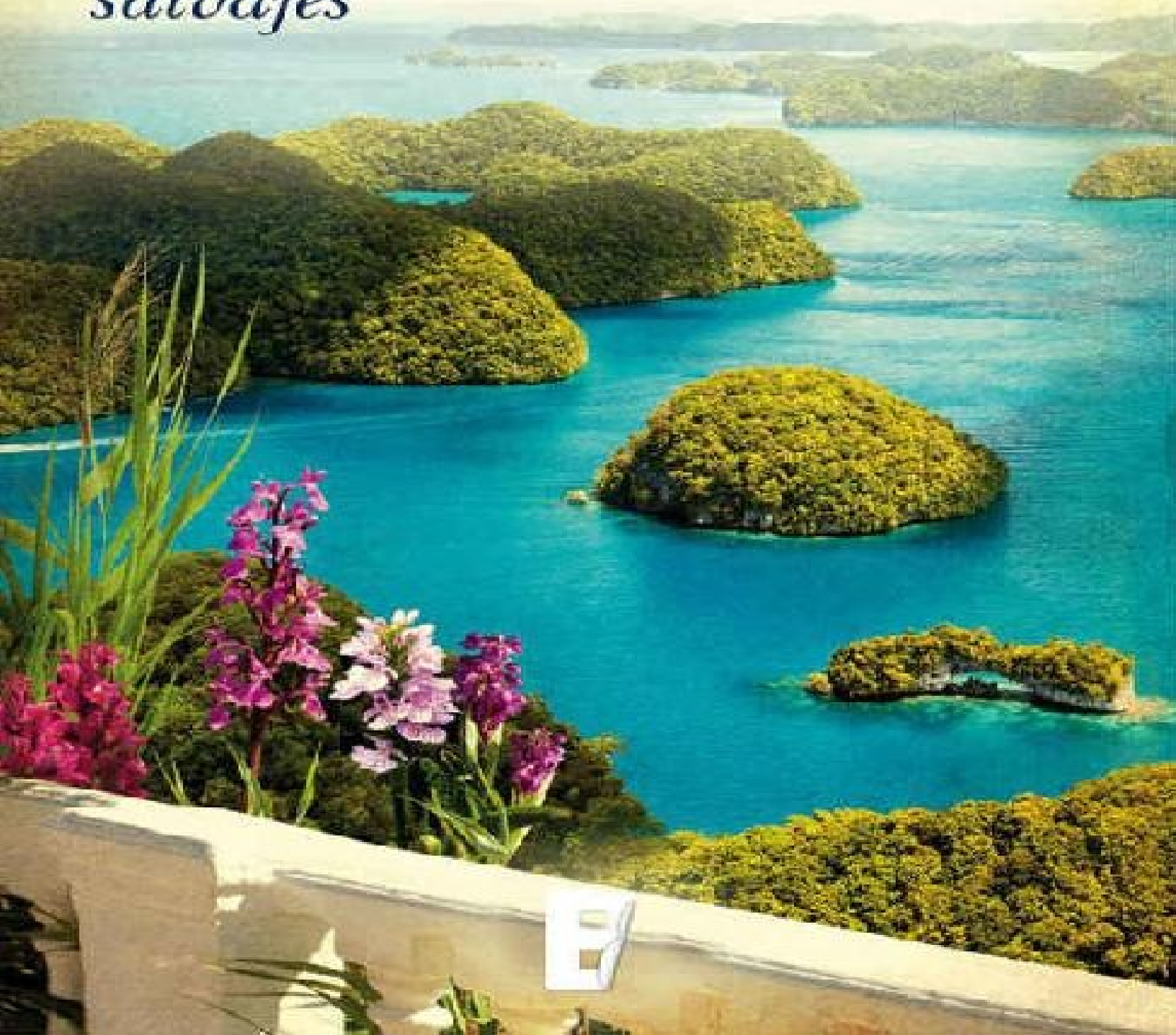


Nicole C.
VOSSSELER

*El tiempo de las orquídeas
salvajes*



E

EL TIEMPO DE LAS ORQUÍDEAS SALVAJES

Nicole C. Vosseler



Créditos

Edición en formato digital: diciembre de 2016

Título original: *Zeit der Wilden Orchideen*

Traducción: María José Díez Pérez

© 2014 by Nicole C. Vosseler

© 2014 by Wilhelm Goldmann Verlag Una división de Verlagsgruppe Random House GmbH, Múnich,

Alemania www.randomhouse.de Este libro ha sido negociado a través de Ute Körner Literary Agent,

S.L.U., Barcelona www.uklitag.com

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427

08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN: 978-84-9069-595-1

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

EL TIEMPO DE LAS ORQUÍDEAS SALVAJES

El libro

En torno a 1840, Singapur acaba de cumplir veinte años, fundada por la Compañía de las Indias Orientales para ejercer de contrapeso inglés de la holandesa Batavia y marcada por el comercio. Ahí vive la pequeña Georgina tras la muerte de su madre, abandonada a su suerte la mayor parte del tiempo. Su padre ahoga sus penas en los negocios y apenas se preocupa por su hija. La niña, de cabello oscuro y ojos azul violeta, campa a sus anchas por el exuberante jardín de la casa, situada junto al mar, donde olvida su soledad al menos durante un tiempo.

Un día, en un rincón oculto del jardín, Georgina se encuentra a un muchacho herido: Raharjo, perteneciente al pueblo *orang laut*, los «señores del mar». Y traban amistad. Pero una mañana Raharjo desaparece, y poco después el padre de Georgina cede a la insistencia de su hermana en Inglaterra y envía allí a su hija. Sin embargo, como trazados por el destino, los caminos de Georgina y Raharjo se cruzan una y otra vez a lo largo de las décadas, y ese amor que no puede ser cambiará para siempre no solo sus vidas...

*Para todos los soñadores de este mundo,
cuyo corazón es tan profundo y vasto como el océano*

Ataques extraños de pasión he conocido;
y me atreveré a decir,
pero solo al oído del amante,
lo que una vez me sucedió.

WILLIAM WORDSWORTH

El corazón es su propio destino.

PHILIP JAMES BAILEY

El cielo estaba en llamas.

Vivas lenguas de fuego iluminaban el horizonte y ascendían hacia el cielo. Los primeros bancos de nubes se encendieron, y con el resplandor que goteaba de sus bordes el mar se tiñó de rojo.

Aún resonaban los disparos en el agua. Un eco del estridente y metálico entrechocar de las espadas. El tenue recuerdo de voces de hombres, heridos en la lucha y diseminados en la negrura de la noche, flotaba a la deriva.

Él ni siquiera sabía cómo había caído por la borda, justo antes de que las estrellas palidieceran y la oscuridad se deshilara. Antes de que el sol restregara el horizonte e hiciera saltar las primeras chispas de luz.

Quizá perdiera el equilibrio al esquivar un golpe de espada. O debido al impacto del proyectil que acertó en él. O puede que se dejara caer sin más, tal vez incluso que saltara, espoleado por un deseo de vivir desenfundado, movido por una cobardía humillante.

Se hundió como una piedra en las tenebrosas aguas, que clavaron sus colmillos de sal en sus heridas, y un dolor agudo, lancinante, le desgarró la carne.

Un instante de vacío aturdidor. Una nada sin límites.

Después, recuperó el conocimiento.

Una opresión en el pecho, los pulmones a punto de estallar, empezó a mover los brazos y las piernas. Y por fin, por fin, salió del agua y cogió aire con avidez.

El viento le sabía a humo, a polvo rojo y a ceniza. Avanzaba con una pierna y un brazo entumecidos, inservibles, a través de una luz dorada como azafrán líquido que se entremezclaba con la bruma azul de la madrugada. Bajo la sombra de los pájaros, que describían círculos y despertaban al nuevo día desgañitándose. En dirección a la isla hacia la que su brújula interior había puesto rumbo fijo. Como una tortuga que recorre los océanos durante décadas y, sin embargo, siempre sabe volver a la playa en que nació.

El mar había perdido la paciencia, lo asediaba por todas partes, lo zarandeaba sin compasión. Antes incluso de oírla, sintió la ola que se aproximaba. Se sometió dócilmente a su voluntad, dejó que se apoderase de él y lo arrastrara, y tampoco opuso resistencia cuando lo engulló rápidamente. E, igual que la última contracción fuerte que lo expulsó del vientre de su madre y lo hizo venir al mundo, al cabo lo escupió a la orilla.

Con un zumbido que parecía perforarle los oídos y el corazón latiendo con desenfreno, se alejó a rastras, sin aliento, de aquel mar turbulento. La arena le desollaba las heridas, las piedras y las hierbas lo despellejaban.

El blanco satinado de las casas reflejaba la luz del sol naciente, y, cegado, entornó los ojos. Unas sombras esbeltas se materializaron en árboles, mudos guardianes de los cuidados jardines que se extendían al otro lado de unas tapias bajas. Ninguno se alzaba en solitario, y, sin embargo, entre uno y otro había una distancia amplia, que no ofrecía amparo alguno.

Reparó de pronto en una oscura nube de hojas. Una isla de espesura solitaria, casi irreal, envuelta en velos de vaho y humo, allí donde la polvorienta cinta de la carretera Jalan Pantai, contra la que ya rompían las olas, describía una curva.

Demasiado cansado para continuar hasta el río, demasiado joven para darse por vencido, titubeó.

La niña se hallaba en el umbral de la casa, con la barbilla alta y la espalda recta.

«Este día importante han venido todos. Todos mis caballeros y nobles. Todos los sabios y los magos, las hechiceras y las hadas. Han venido de los rincones más remotos de mi reino, de los cuatro puntos cardinales, para expresarme su gratitud.»

La pequeña extendió los brazos, abriendo con afectación los infantiles dedos.

—Levantaos.

«Con el frufrú de los tejidos más exquisitos, la multitud se meció como el mar con las olas cuando los

hombres concluyeron su obsequiosa reverencia, y las mujeres, su amplia genuflexión. Y cual flores que giraran hacia el sol, todos los rostros se volvieron hacia ella.»

La niña se recogió con las manos la estampada falda cruzada y bajó la escalera despacio.

«La corona le pesaba en la cabeza, pero se sentía orgullosa de lucirla. La seda de su magnífico vestido crujía de un modo prometedor, y las paredes, que brillaban como las piedras preciosas, devolvían el eco de cada uno de sus pasos, los pies enfundados en las chinelas recamadas en oro. Sus pasos eran ligeros, como si apenas rozasen la lisa piedra del suelo.»

Una leve sonrisa asomó al rostro de la niña mientras continuaba caminando por la baja, áspera hierba.

«El gentío, reverente, se apartaba a su paso. Un murmullo de numerosas voces recorría la sala, se iba extinguendo entre las imponentes columnas de mármol oscuro y se perdía bajo la bóveda de esmeraldas y lapislázuli, tan alta y vasta como el mismo cielo.»

Su corazón latía con fuerza, le costaba mantener la regia postura.

«Los ojos de la multitud se fijaron en el aguerrido héroe que hincaba una rodilla en el extremo opuesto de la sala. Con la cabeza muy baja, en señal de humildad, como si no supiera si le aguardaba la recompensa o el castigo por las proezas con las que había logrado romper el encantamiento de la malvada bruja. La esperaba tímidamente el unicornio blanco plateado que el joven sostenía a su lado de los arreos, los oscuros, brillantes ojos clavados en ella. Como si...»

–Miss Georgina, buenos días.

La niña dio un respingo. La espléndida sala empezó a desdibujarse ante sus ojos hasta esfumarse, y el viento se llevó los deslustrados restos como si de polen se tratara. Más allá de los arbustos y las copas de los árboles, cuyo follaje hizo crepitar, mientras en las ramas altas los pájaros trinaban y gorjeaban.

–No te habré asustado, ¿no?

Georgina parpadeó deprisa. Entre surtidores de flores púrpura y carmesí, delicadas como farolillos de papel de seda, estaba Ah Tong, apoyado en el rastrillo. Una sonrisa de satisfacción en el rostro, un cuero amarillo curtido por el sol.

–¿Qué te trae tan temprano por aquí?

Las mejillas de Georgina se tiñeron de rojo; sus dedos estrujaron con fuerza la tela de su falda y la hierba se le clavó en los descalzos pies. En su pecho anidaban tantas cosas de las que quería hablarle a Ah Tong, de las hadas y los gentileshombres y los caballeros y de sus aventuras en el mágico reino, que casi no podía respirar. Sin embargo, cada palabra se le asentaba pesadamente en la lengua antes de que pudiera pronunciarla, y como si tuviese la boca llena de piedrecitas, se quedó callada.

–Haces muy bien.–Ah Tong siguió rastrillando las flores marchitas.–. Retoza por el jardín mientras aún esté seco.

Georgina miró al cielo: las nubes, que la noche había dejado inmaculadas y a las que ella había saludado alegremente por la ventana nada más levantarse de la cama, para entonces ya estaban tiznadas. Oprimían pesadamente la isla, y el cielo, antes de un azul celeste, era de un gris lechoso.

–Y a mí más me vale que acabe las tareas de hoy.–Ah Tong desprendió las flores que se habían quedado sujetas en los dientes del rastrillo.–. No vaya a ser que, además de la lluvia, también me caiga encima...

Ah Tong inclinó ante Georgina su alta y descarnada figura, en la que le bailaban los pantalones holgados y la camisa, de manera que una de sus largas y finas trenzas le cayó sobre el hombro.

–La ira de nuestra ama y señora.

Se miraron a los ojos con complicidad, y mientras en el rostro curtido de Ah Tong se extendía una sonrisa, más pícaro aún por sus dientes, torcidos y ladeados, Georgina soltó una risita. Tapándose la boca con la mano, miró deprisa hacia la casa, cuya blanca fachada relucía como el interior de una caracola. Y es que a la aguda vista y el fino oído de la esposa de Ah Tong y *ayah* de Georgina no se les solía escapar

nada de lo que sucedía en y alrededor de L'Espoir, la casa que Cempaka gobernaba con escoba de hierro y estridente griterío.

—Mira.—Ah Tong cogió de uno de los arbustos una flor de un rojo vivo que ofreció a Georgina—. Se acaba de abrir. ¿Recuerdas cómo se llama?

Georgina asintió.

—*Bunga raya* —dijo. Volvía a tener la boca libre, la lengua suelta—. Rosa de China. *Zhu jin*. O hibisco.

—¡Muy bien!—exclamó Ah Tong, y soltó una risa de satisfacción—. Toma, es para ti.

Depositó con delicadeza la flor en las manos ahuecadas de Georgina, que apenas podían abarcar el ancho cáliz. La niña contempló fascinada el prominente pistilo con el polvillo dorado y se deleitó con la suavidad de los pétalos.

—Gracias—repuso en voz queda, feliz.

Por lo general, Ah Tong no cogía nada de ese jardín que cuidaba con primor; el último ramo de flores lo cortó para *maman*.

Mirando embelesada la flor, dio media vuelta y puso un pie delante del otro con cuidado.

«Unas antorchas llameantes iluminaban el imponente templo, construido hace miles de años. El juego de las llamas y las sombras hacía titilar dibujos y misteriosas inscripciones en las sólidas columnas. Demonios, dioses y criaturas fabulosas esculpidas en la piedra recorrían las paredes en una danza frenética, letal.»

—Mirad—musitó con voz grave y ronca debido a la tensión—, os traigo el fuego sagrado.

«Portaba, concentrada, el dorado cáliz; las llamas se alzaban vivas y vigorosas. Un movimiento en falso, un paso demasiado presuroso o una respiración demasiado profunda y el fuego sagrado, que representaba la vida eterna, se apagaría. Para siempre. Pero no en vano los dioses la habían elegido suma sacerdotisa del fuego. Daba un paso tras otro hacia el gran santuario de los dioses tan circunspecta, tan cautelosa, con tal solemnidad, que las brillantes alhajas que llevaba no hacían el menor ruido. Incluso el pesado brocado de oro de su vestido guardaba silencio.»

Ah Tong seguía con la mirada a Georgina, que caminaba dando grandes zancadas junto a los setos de bambú y los racimos de flores azules del heliotropo silvestre, como una grulla por la orilla del río. Sus hirsutas cejas se unieron en el arranque de la nariz cuando el viento le llevó retazos del soliloquio susurrado y vio que la niña finalmente se arrodillaba, despacio, delante del mangostán con su vasta copa y hacía entrega al árbol de la flor del hibisco como si de una ofrenda se tratase.

Más que una niña que estuviera abstraída en su juego, la pequeña parecía completamente inmersa en su mundo de ensueño. Como si únicamente allí pudiera ser libre y no tener preocupaciones. Solo allí olvidaba la tristeza que ensombrecía su mirada desde que la *mem* no estaba.

—Pobrecita—musitó Ah Tong, y sacudió la cabeza, compasivo, por la singular hijita de *tuan* Findlay.

Un destello azul hizo que el templo de piedra se estremeciera y temblase. Con el segundo destello, se derrumbó. Georgina, perpleja, levantó la vista. Observaba embelesada el revoloteo de las dos mariposas, criaturas de seda celestial que nadaban en un océano de aire y luz.

Las siguió con la mirada hasta que desaparecieron al otro lado de las lenguas flamígeras de las orgullosas cañas de Indias y se levantó de un salto. Echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y extendió los brazos todo lo que pudo. Se imaginó que era diminuta e ingrávida y tenía dos alas irisadas, y echó a correr. Corría más y más deprisa al encuentro de las nubes, sintiendo en el pecho un cosquilleo jubiloso, lista para alzar el vuelo de un momento a otro.

Las primeras gotas le dieron en la frente y formaron fríos arroyuelos que corrieron por su rostro mezclándose con el sudor que cubría su piel. Gritando de alegría, Georgina miró la lluvia, dando saltitos y vueltas por la hierba, y siguió corriendo hacia el mar, que bramaba encrespado al otro lado de la tapia del jardín. Hacia el muro de sombras que solo de cerca se convertía en los tupidos árboles y matas de un bosquecillo.

Un pedazo de naturaleza indómita, encantada y prácticamente olvidada, sobre el que las palmeras asentían con benevolencia. El reino de Georgina, suyo y solo suyo, en el que nadie salvo ella se adentraba. Ni siquiera Cempaka, que estaba convencida de que entre las raíces de los árboles habitaban espíritus malignos.

La lluvia repiqueteaba en las hojas y se desbordaba cuando Georgina se internó en la espesura. El aire le envolvió la piel y los pulmones como un pañuelo húmedo y caliente. Olía a lluvia y a hojas mojadas, a arena empapada y tierra roja, y entre medias se abría paso el aroma embriagador de las orquídeas salvajes, que con la luz crepuscular brillaban como estrellas de colores.

Una jungla en la que de cuando en cuando espiaba a un tigre comehombres, intentaba conjurar a la reina de todas las serpientes, de un blanco reluciente, con poderes mágicos, o buscaba al unicornio plateado, que la llevaría a un país remoto, fabuloso, subida a su lomo.

Sin embargo, lo más bello de esa parte del jardín era el pabellón.

Entre los ladrillos sobre los que descansaba, la maleza era tan densa que daba la impresión de que el pabellón nadaba en un frondoso lago.

El castillo de hadas de Georgina. Una vetusta mansión habitada por fantasmas. La isla desierta de Robinson. El palacio de un rajá. Una guarida de piratas.

Al igual que la gran casa que su padre le construyó a su madre, tres de los abiertos muros del pabellón se fundían con la verdura. Por el lado que miraba al mar se abría a una amplia veranda, y el escarpado, inaccesible peñasco, intercalado entre setos vivos con flores rojas justo delante de la tapia, para Georgina unas veces era una atalaya en el nido de piratas, y otras, un faro o la montaña más alta de la Tierra, a la que solo se podía subir a duras penas y corriendo grandes peligros.

Georgina subió los escalones de la veranda. La madera, alabeada, crujía bajo sus pies, y la hierba que crecía entre los peldaños le hacía cosquillas en los tobillos. Al cruzar el umbral a Georgina la recibió el familiar olor a humedad, a sal y a materia en descomposición, bajo el cual se percibía otro dulce y maloliente.

La naturaleza se había apoderado hacía tiempo del pabellón. El líquen recubría el tejado y las paredes como si fuese escamas de un lagarto. Árboles y arbustos se colaban por las ventanas, oscureciendo las dos estancias y bañándolas en la tornasolada luz azul verdosa de los mundos sumergidos. Los rincones que ocupaban el diván enmohecido y el armarito del reloj parado estaban cubiertos de musgo, y el viento y las olas, que solían rebasar la tapia durante el monzón, habían hecho envejecer deprisa la madera y la piedra. Como si unos pocos años se hubiesen convertido en siglos, que allí, en ese lugar, encerraban unas gotas de eternidad.

La arena se dejó oír en el suelo cuando Georgina dio la vuelta a la mesa y las sillas, y las costras blancas que dejaba el mar en sus visitas crujieron bajo sus pies. Hasta que la niña se detuvo bruscamente, los ojos muy abiertos y conteniendo la respiración.

Solo se oía el batir de las olas y la lluvia que caía fuera y goteaba por las rendijas del tejado.

Se quedó observando con perplejidad la figura que tenía delante, tendida en el suelo, inmóvil, igual que una sombra, de pronto sin distinguir la realidad de los sueños. Las piernas le temblaban; quería salir corriendo de allí, ir hacia el vacío opresivo, desolador de la casa, del que por lo general huía, en busca de protección o a pedir ayuda a Ah Tong. Pero no se podía mover. Un gran nerviosismo y un terror espantoso le corrían por las venas, y al cabo se arrodilló.

El que estaba allí encogido no era un hombre, pero tampoco un niño, sino alguien a medio camino entre ambos. Quizá tuviese la misma edad que Boy Three, que se ocupaba de que su padre siempre tuviera los zapatos relucientes. Este muchacho era delgado, pero de una delgadez distinta de la de Ah Tong: un manojo larguirucho de codos y rodillas huesudos, canillas nervudas y unos pies demasiado grandes. En la piel cobriza de su desnudo torso se veía alguna que otra cicatriz y rasguños recientes, además de las estrías blancas que había dejado el agua salada al secarse. Parecía un trozo de madera que

el mar hubiera arrojado a la playa, igual de gastado, igual de muerto.

Georgina no pudo evitar que se le pasara por la cabeza el pájaro muerto que una vez se encontró en el jardín, un ovillo de plumas alborotadas con dos patitas finas como alambres, y la cara blanca como la pared de *maman*, su mano fría como la piedra.

Debatiéndose entre la curiosidad y el horror, alargó un brazo.

Lo arrancaron de sombríos abismos y salió a un crepúsculo encapotado que no tardó en despejarse, y el dolor palpitante que sentía en el brazo y la pierna lo despertó definitivamente. Levantó los párpados, y con cada pestañeo la imagen titilante que tenía delante iba cobrando nitidez. No estaba solo.

Una sacudida le recorrió el cuerpo. Quería luchar o huir, pero el atroz dolor que sentía se lo impidió. Vomitó sin querer, y sus músculos contraídos solo se distendieron cuando la mancha clara que tenía al lado tomó la forma de la *kebaya* blanca de una muchacha. Una niña aún, que lo miraba fijamente con los ojos muy abiertos y una mano en el pecho.

—¿A... gua?—pidió con la garganta abrasada, la lengua como una hoja seca.

Agotado, cerró los ojos, oyó un frufú de tela y los pasos presurosos de unos pies descalzos que se alejaban, se dejaban de oír y se acercaban de nuevo. El murmullo de la lluvia amenazaba con devolverlo a la negrura cuando notó una mano pequeña, caliente bajo el hombro, una rodilla puntiaguda que lo sostenía y el borde de un recipiente en su boca.

Bebió la fresca agua de lluvia con una sed que parecía insaciable; habría podido dejar secos todos los ríos de la isla. Con la cabeza muy echada hacia atrás, sorbió las últimas gotas antes de incorporarse a medias y pasarse la mano por la boca y la mojada barbilla.

—Estás herido.—La niña se apartó de él—. Iré a buscar ayuda.

—¡No!

Incluso a él le sonó estridente su voz, tanto como la fuerza con la que agarró por la muñeca a la niña. La notó descarnada, como una ramita que podía quebrarse bajo sus dedos. Y es que la niña era muy poca cosa. El cabello, oscuro y en guedejas al haberse mojado, le caía por el rostro pequeño, dorado, que era demasiado poco dulce, demasiado poco redondeado para ser bonito. Poco infantil, casi, por su forma de torcerlo en señal de recelo. Y su ceño fruncido le dijo que le estaba haciendo daño, aunque de su boca no salió sonido alguno.

—No.—No era su intención parecer tan brusco, pero lo dijo con la misma voz bronca, aunque más baja—. No quiero que nadie sepa que estoy aquí. ¿Me prometes que no se lo dirás a nadie?

La niña asintió, los ojos muy abiertos. Eran unos ojos extraños; oscuros, pero sin el fulgor de los ojos negros, sino con un brillo peculiar. Enmarcados por unas pestañas espesas, como si alguien hubiese agarrado un pincel y hubiera pintado con tinta china unas líneas rizadas que hacia las sienas se unían hacia fuera en un delicado trazo ascendente. Unos ojos que lo estaban devorando directamente, y aflojó la presión de la mano.

Miró de reojo el tajo largo, abierto, que tenía en los pantalones, los bordes de un marrón oscuro, y tiesos debido a la sangre y la sal. El corte, no menos largo, de la pierna, con costras y sangre reciente.

—¿Podrías traerme aguja e hilo? ¿Y algo para vendarme la pierna?

La niña asintió de nuevo, esta vez más vacilante.

A Georgina la *kebaya* se le pegaba a la espalda, y ello no se debía únicamente a la lluvia, bajo la que había ido a casa corriendo y vuelto de nuevo, temerosa en todo momento de que Cempaka la pillara revolviendo armarios y el costurero de su madre y saliendo al jardín con un bulto grande en los brazos.

El sudor le corría por las sienas, le perlaba la nariz y se le remansaba en el labio superior; se pasaba una y otra vez la manga de la blusa por la cara y se secaba las manos húmedas en la falda. La aguja atravesó la piel de mala gana, el torzal deslizándose detrás. Debido al esfuerzo, Georgina apretaba los dientes; procuró hacerlo exactamente como le explicó el muchacho cuando, tras varios intentos torpes, le quitó la aguja de los endebles dedos.

Había perdido la costumbre de estar tan cerca de alguien. Y menos aún de ese modo, con la piel al descubierto y una herida abierta, que sangraba en sus manos. Y desde luego no con un muchacho moreno, que tenía la voz grave de un hombre y olía a sal y algas y un poco a cuero curtido. Un completo desconocido, del que ni siquiera sabía su nombre.

—¿Cómo te llamas?

Georgina levantó la cabeza; lo miró unos instantes a los ojos, negros y brillantes como piedra pulida, después se centró con redoblada atención en el corte de la pierna.

—Georgina—musitó.

A excepción de Ah Tong prácticamente nadie se dirigía a ella por ese nombre, e incluso él con frecuencia prefería llamarla *ayu*, nombre que hacía que Georgina se sonrojara y se sintiera un poco más mayor, ya que significaba guapa. Para *maman* casi siempre era *chouchou* o *p'tit ange*, y para su padre, Georgie. El *cik-cik*, o señorita, de Cempaka nunca sonaba amable ni respetuoso, sino siempre un tanto despectivo. Y cuando se enfadaba mucho, Cempaka llamaba a Georgina *hantu*, porque iba por ahí metiendo ruido como un fantasma y haciendo payasadas.

—Pero casi siempre me llaman Nilam—se apresuró a añadir.

Así la llamaba Kartika, aparte de Cempaka la única mujer que había en la casa; Anish, el cocinero, que dejó Calcuta para trabajar con su madre y su padre, y los tres *Boys*, chinos como Ah Tong, con la misma trenza larga.

—¿Nilam?

Georgina asintió, hizo un último nudo y cortó el hilo con las tijeras de costura algo oxidadas de *maman*.

—¿Ahora el brazo?

El muchacho se miró el brazo, al que habían arrancado un pedazo de carne. La herida no era profunda, pero sí fea, como si le hubieran dado un mordisco.

—No hará falta. Se curará así.

Georgina se encogió de hombros, empapó una tira de lienzo en el recipiente con agua de lluvia, la escurrió y retiró con delicados toquitos la sangre reciente de la herida de la pierna.

Sin levantar la vista, al cabo de un rato preguntó en voz queda:

—¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

Miró a la niña, que echaba unas gotas de tintura de un frasquito marrón en la herida cosida. Sintió que ardía en el acto, un fuego abrasador que le devoró deprisa la pierna y después quedó reducido a un enérgico palpitar.

«Georgina.» Salvo los mechones que tenía pegados en el sudado rostro y el cuello, el cabello se le había secado formando ondas gruesas, desordenadas, si bien seguía siendo castaño oscuro, casi negro. «Nilam.»

—Raharjo—repuso él al cabo, aún no estaba acostumbrado a cómo sonaba.

No era el nombre que le habían puesto, sino el que él mismo había escogido. La promesa que se había hecho, como una profecía, de que sus sueños se harían realidad.

Ella lo miró un instante y a continuación se puso a hacer tiras de la tela blanca que había llevado cortando con las tijeras y rasgando. Como si quisiera darle a entender cuán apropiado era un nombre que prometía riquezas para un desharrapado como él. Le ardían las mejillas, y en su vientre anidaba la ira. Así todo encogió la pierna para que a la niña le resultara más fácil vendarle la herida, y le ofreció de mala gana el brazo para que asimismo le limpiara la zona por la que le había pasado rozando el proyectil y se la vendase.

La tensión que antes le corría con un ímpetu abrasador por las venas y lo había mantenido en pie cesó, llevándose consigo sus últimas reservas. Una leve ingravidez fue extendiéndose por su cuerpo, subiendo hacia la cabeza.

Ya era bastante malo depender de esa niña pequeña; para no perder el conocimiento delante de ella, por añadidura, sacudió de mala gana la cabeza y respiró hondo.

—Ahí hay una cama—le susurró ella al oído—. Te puedes acostar.

Con su ayuda se puso de pie y echó a andar con paso vacilante; aunque intentaba no cargar en ella todo su peso, notaba perfectamente la fuerza que ejercía sobre sus estrechos hombros. El suelo oscilaba bajo sus pies como la madera de un *perau* en un temporal, y le costaba mantenerse medianamente recto. Las piernas se le doblaron, y se dejó caer en una blanda nube que notó húmeda al contacto con la piel, pero de un frío que le hizo bien.

De su valentía, su voluntad indomable, no había quedado mucho. Se veía empequeñecido y débil, directamente desvalido. Una sensación humillante, una herida abierta en su orgullo, y sin embargo era un consuelo sentirse a salvo en ese lugar. Resguardado.

—Gracias—farfulló a regañadientes, intentando abrir unos párpados que se le caían.

El murmullo de la lluvia había enmudecido. Las suaves cintas de luz que entraban de fuera trazaban un dibujo cambiante en el rostro de la niña y le encendían los ojos. Entonces supo él qué era lo que tenían de singular esos ojos.

—Nilam—musitó. «Zafiro.»

En su boca se dibujó una sonrisa, antes de que cerrara los ojos.

Los ojos de la niña eran azules.

Georgina se acomodó en la butaca de rota, que no estaba ni a dos pasos de la cama, en un rincón, y crujió levemente cuando ella subió los pies y dobló las piernas.

Sus labios dibujaban una y otra vez su nombre, «Raharjo», sin que su lengua lo pronunciara.

Los párpados del muchacho se contraían convulsivamente, el entrecejo fruncido, y pese a todo parecía relajado. Sobre todo su boca, que entonces, mientras dormía, parecía demasiado delicada, demasiado vulnerable para ese rostro, en el que un mentón enérgico, una nariz poderosa, ancha, y unos pómulos marcados suponían un fuerte contraste. Un rostro inacabado, que todavía no había encontrado su forma, y que, sin embargo, daba la impresión de que Raharjo ya había vivido más de lo que lo haría nunca Georgina.

La cinta marrón estampada, descolorida y sucia, que llevaba en la cabeza apenas lograba contener su negrísima cabellera. El sol, el viento y el agua de mar habían hecho de ella una masa rebelde de puntas y remolinos, y los extremos se le enroscaban en la nuca. Irradiaba un algo desenfrenado, impetuoso. Un aire de libertad ilimitada. Como si su hogar no fuese un pedazo de tierra, sino la vastedad abierta de los siete mares. Como si fuese un pirata.

Era la misma habitación de siempre, que Georgina conocía como la palma de su mano. Como su respiración, que encontraba su eco en el murmullo del mar, desde que tenía uso de razón. Las paredes con filigrana y la puerta de la veranda, por la que siempre entraba la brisa, y el piso de madera, desgastado por la arena, el agua y la sal. La gran cama bajo la mosquitera agujereada, las sábanas y los almohadones con manchas de humedad, que probablemente nadie cambiase ya. Los libros hinchados del estante, al que Georgina solo llegaba si ponía la butaca debajo, y el sencillo tocador con su lámpara de aceite, la jofaina abollada y el aguamanil del que había dado de beber a Raharjo.

Una habitación en la que nadie entraba probablemente desde hacía años, hasta que Georgina la descubrió y se apropió de ella.

Pese a todo a ella nunca le había parecido vacía. Si en algún lugar del jardín de L'Espoir había fantasmas, era entre esas cuatro paredes, que parecían imbuidas de un pasado desdibujado. Un espacio lleno de recuerdos que no eran los de Georgina, repleto de quimeras y sentimientos de añoranza sin nombre. De los comienzos nebulosos, aún informes de una historia que aguantaba pacientemente hasta que llegara el momento de ser contada. Que entonces, con ese muchacho desconocido, quizá se fuese desvelando poco a poco.

El corazón de Georgina empezó a aletear agitado, una sensación dolorosa y al mismo tiempo dulce.

–*Cik-cik!*

La voz de Cempaka rasgó el capullo que envolvía el pabellón y asustó a Georgina.

–*Cik-cik*, ¿se puede saber dónde te metes? ¿Es que siempre te tengo que sacar de la maleza?

Georgina dejó la butaca deprisa y corriendo, atemorizada, pues la ira de Cempaka podía ser mayor que sus supersticiones.

–Volveré mañana por la mañana–susurró, y cubrió con la mosquitera a Raharjo, que no hizo movimiento alguno.

–*Cik-cik!!*

Georgina salió del pabellón de puntillas, culebreó entre las matas y echó a correr por la hierba hacia la casa.

El ufano cielo se cernía, sombrío, sobre el jardín, engullendo toda la luz y los colores. El viento azotaba las copas de los árboles, y se oía un retumbar de truenos procedente del mar. También Georgina andaba revuelta. En ella se había desatado una tormenta, embriagadora y angustiada al mismo tiempo, que le resultaba confusa. Arremetió contra ella con todas sus fuerzas, corriendo lo más deprisa que podía. Furiosa, se restregó con los puños los ojos, a los que asomaron las primeras lágrimas.

–¡Ah Tong! ¡Ah Tong!

La voz de Georgina, estridente debido al miedo, asustó a Ah Tong.

La niña, que corría por el jardín directa a él, tropezó en plena carrera y se cayó, se levantó y siguió corriendo. Incluso desde esa distancia Ah Tong veía lo agitada que estaba.

–¡Miss Georgina!–Dejó caer el rastrillo en las flores de jazmín con manchas parduscas y salió a su encuentro, hasta que ella frenó en seco justo delante de él, sin aliento y con las mejillas al rojo—. ¿Qué ha pasado?–inquirió preocupado, agachándose—. ¿Te ha asustado algo? ¿Te has hecho daño? O...

Pensar en lo inefable hizo que no pudiese terminar la frase.

Las tapias que discurrían paralelas a Beach Road, interrumpidas a intervalos regulares por un paso o una verja, no eran muy altas. Tan solo lo suficiente para proteger los jardines del mar, y en diciembre, el mes en que el monzón que soplaba del nordeste azotaba con más fuerza, a menudo ni siquiera para eso. Tampoco eran inexpugnables para los maleantes, tanto más cuanto que entre casa y casa los jardines solo estaban separados entre sí por setos o grupos de árboles.

Y Singapur aún era joven, considerablemente más joven que Ah Tong, ni siquiera tenía veinticinco años.

Altos, sin duda, pero toscos, los muros de las casas europeas, erigidos por cientos de presidiarios indios para los que habían levantado una cárcel hacía tan solo un año, un barniz quebradizo, imperfecto del modo de vida europeo. Entre los multicolores *godowns*, en los que se almacenaban mercancías del mundo entero, las callejuelas de Niu Che Shui, el animado barrio chino, al otro lado del río, y de las viviendas malayas de madera y hojas de palma, Singapur era una ciudad tosca, embrionaria. Como todos los lugares en los que se podían amasar fortunas, un imán tanto para aventureros como para la chusma, un bazar oriental lleno de vida en medio de los indómitos trópicos.

Se decía que los malayos y los bugis, con su síndrome Amok, siempre andaban con las dagas fuera. Los tigres vagaban por la jungla en el corazón de la isla y de cuando en cuando se atrevían a acercarse a la costa, y serpientes y escorpiones oscuros como el café se ocultaban entre hojas y hierbas. Bandas de tríadas chinas, a veces de hasta doscientos hombres, con el rostro embetunado, irrumpían por la noche en las casas para saquear y asesinar. Una sombría amenaza contra la que nada podían hacer ni la minúscula guarnición de cipayos indios ni el puñado de guardianes del orden voluntarios, que preferían ponerse a salvo ellos mismos. Y las aguas estaban infestadas de piratas nativos, ávidos de oro, esclavos y a veces incluso sangre.

Ah Tong tragó tanta saliva que la huesuda nuez le subía y le bajaba. Cogió a Georgina por los

hombros con cuidado y la atrajo hacia sí.

–O... o... ¿te ha hecho alguien algo?

La niña sacudió la cabeza, pero se agarró con las dos manos a las anchas mangas de la camisa de Ah Tong.

–¿Se puede saber a qué viene ese griterío?–rezongó alguien desde la casa–. A estas horas de la mañana.

Ah Tong reprimió un suspiro y volvió la cabeza. Cempaka estaba en la veranda, con las manos en las caderas. En su redondo rostro, a decir verdad bello, dorado como la nuez moscada, se dibujaba una fea mueca de ira, y los oscuros ojos echaban chispas.

–No pasa nada, querida. Es solo que Miss Georgina se ha asustado, yo me ocupo.

Cempaka puso cara de desprecio. Era como si de un momento a otro fuera a escupir sapos y culebras; sin embargo, se contentó con resoplar de mala gana y meterse en casa. Ah Tong se volvió de nuevo hacia Georgina, que temblaba entre sus manos.

–Vamos, vamos, *ayu*, no pasa nada.–Le acariciaba torpemente la cabeza–. ¿No me vas a decir lo que te pasa?

«¡El muchacho, Ah Tong! El muchacho que está escondido desde ayer en el pabellón. Raharjo. Ayer estaba de lo más despierto, y hoy... hoy...»

Georgina casi se atragantaba con las palabras que se acumulaban en su garganta, y la boca se le abrió sola.

«No quiero que nadie sepa que estoy aquí. ¿Me prometes que no se lo dirás a nadie?»

Cerró la boca.

La disyuntiva de pedir ayuda a un adulto ahora que lo necesitaba, pero al mismo tiempo cumplir la promesa que le había hecho a Raharjo, amenazaba con desgarrarla.

–Plantas... medicinales–logró decir al cabo–. ¿Sabes... sabes salgo de plantas medicinales?–Cogió aire–. ¿Para bajar la fiebre?

La ancha frente de Ah Tong se llenó de profundas arrugas.

–Un poco.–Ladeó la cabeza, perplejo. La niña estaba blanca como la pared y daba la sensación de ir a vomitar de un momento a otro ante sus pies–. ¿Te pasa algo? ¿Estás enferma?

A Georgina le costó resistir la mirada de preocupación de Ah Tong, que casi era como si se le metiese bajo la piel, y se apresuró a cabecear.

El semblante de Ah Tong se iluminó.

–¿Es para un... juego?

Georgina bajó los ojos y asintió.

–Voy a echar un vistazo, ¿te parece?–Ah Tong se levantó–. Para bajar la fiebre, dices, ¿no?

La niña asintió de nuevo.

–Pero... pero que sea de verdad, Ah Tong–advirtió a la delgada figura, que se alejaba dando grandes pasos.

Ah Tong se volvió a medias, le hizo una señal afirmativa acompañada de una pequeña sonrisa y realizó una leve reverencia.

–Naturalmente. Tienes mi palabra, Miss Georgina.

La pequeña lo siguió con la mirada, sin saber si ir tras él o no, aunque Cempaka le había prohibido terminantemente acercarse a las habitaciones de los criados. Las piernas, que empezaron a flaquearle, tomaron la decisión por ella. Temblando, y abrazándose el cuerpo, no se movió del sitio, muerta de frío a pesar del bochorno brumoso de esa mañana.

Apretando contra sí el frasquito marrón con el preciado polvo, Georgina corrió al pabellón y cogió con manos vacilantes uno de los vasos y una cuchara oxidada del armarito.

–Verás cómo dentro de nada te encuentras mejor–musitó al entrar en la habitación contigua.

Más para infundirse valor a ella misma que para otra cosa, ya que Raharjo seguía inmóvil, exactamente igual que se lo había encontrado antes. Solo su respiración superficial, entrecortada, los escalofríos que le sacudían el cuerpo de vez en cuando y el titilar de sus párpados revelaban que seguía con vida.

Georgina tomó la medida del polvo cuidadosamente, lo disolvió en un vaso con agua y, tras sostenerle la cabeza a Raharjo, se lo dio a beber a sorbitos. El muchacho pesaba mucho más que el día anterior, tanto era así que ella jadeaba debido al esfuerzo, y estaba ardiendo, de tal modo que a Georgina le invadió una sensación de opresión en el pecho. Le soltó la cabeza torpemente y se levantó de la cama.

–Tienes que ponerte bien–le susurró mientras se agachaba en el suelo para introducir un paño en el recipiente con agua de lluvia, lo escurría y se lo pasaba por la cara, empapada en sudor–. ¿Me oyes? No puedes... No te puedes morir.

Se estremeció cuando unos dedos fríos y húmedos se cerraron sobre su mano. La mano del muchacho era huesuda y nervuda, llena de ásperas callosidades, las nacaradas uñas negras. Una mano de hombre, en la que casi desaparecieron sus dedos de niña.

–¿No quieres... no quieres que vaya a buscar ayuda?

Raharjo cabeceó levemente.

–Yo sola no voy a poder–se lamentó Georgina.

La carga que se había echado encima cuando ese desconocido apareció allí, herido, como si el mar lo hubiese arrojado a la playa, de pronto se le antojó demasiado pesada. Demasiado penosa para alguien que ni siquiera tenía diez años.

Él le apretó la mano y enarcó las cejas, como si quisiera contradecirla.

Georgina se desplomó y apoyó la mejilla en la cama, cuyas sábanas olían a mohó. Su cara estaba tan cerca de la de Raharjo que distinguía el sudor que perlaba su piel. Una cicatriz minúscula en el arranque de la nariz, otra justo debajo de la ceja y alrededor de la boca una sombra de barba oscura.

–Te tienes que poner bien–le susurró, respirando su aliento sulfuroso.

Raharjo hizo un leve gesto de asentimiento, en los agrietados labios se vislumbró un amago de sonrisa.

Los dedos del muchacho se abrieron paso entre los de ella, que aún sostenían el paño húmedo, y como si sellaran un pacto, se entrelazaron.

Georgina contemplaba la oscuridad.

El corazón le tamborileaba en el pecho, daba una y otra vez dolorosos trompicones y seguía martilleando. De cuando en cuando rompía a sudar, empapando el camisón y las sábanas. Tenía ganas de vomitar, y no era capaz de dormirse. Lo que la mantenía en vela era el miedo, el miedo de que amaneciera un nuevo día. De lo que podía esperarle en el pabellón. De si Raharjo estaría mejor o si habría muerto debido a la fiebre durante la noche.

De día las voces de los hombres y las mujeres conferían cierta apariencia de vida a la casa, sus pasos, sus movimientos, grandes y pequeños, y sus risas como el bullir de laboriosos insectos en una construcción demasiado grande. De noche, sin embargo, el silencio paralizador, que rondaba la casa como un fantasma, se hacía sentir. Como si el espíritu de L'Espoir se hubiese apagado desde que *maman* no estaba.

Un silencio que para Georgina era tanto más importuno cuanto que Cempaka ya no dormía en la habitación con ella.

La mayoría de las veces hacía cuanto podía para no cruzarse en el camino de Cempaka, que nunca había sido especialmente afectuosa, y que desde la muerte de su madre la castigaba directamente con sus muestras de asco y desprecio. Sin embargo, en noches como esa le habría gustado tener cerca al menos la pesada respiración de Cempaka.

No dejaba de atormentarla la idea de si habría hecho algo mal cuando se ocupaba de las heridas de

Raharjo y por eso el muchacho estaba tan mal. Si los polvos que le había dado Ah Tong eran de verdad y ella no se habría equivocado con la cantidad. Si la tintura de árnica con la que *maman* le curaba los codos despellejados y las rodillas desolladas no se habría estropeado y no había hecho sino empeorar el estado de Raharjo. Preguntas que la angustiaban y dudas que la asaltaban sin cesar.

Tenía ganas de llorar; echaba de menos a alguien que la cogiera en brazos y la estrechara. Alguien a quien pudiera contárselo todo, que la consolara y le prometiese que todo iba a ir bien. Alguien como su madre.

Un ruido llamó su atención, y Georgina contuvo el aliento. Parecían un caballo y un carro.

«¡Papá!» Apartó sin más ni más la mosquitera, se levantó de la cama y salió al pasillo. «Papá ha vuelto.»

Se detuvo arriba, en la escalera, y aguzó el oído. Bajo el chacoloteo y el crujido del caballo y el carro, que se alejaron y finalmente enmudecieron tras la casa, oyó pasos firmes y después voces. La grave, seca de su padre y el agudo canturreo de Boy One, que siempre lo esperaba por la noche para hacerse cargo del sombrero y la levita y llevarle las pantuflas y algo de beber, por tarde que fuera. Cuando abajo volvió a hacerse el silencio, Georgina esperó un poco, entre intranquila y esperanzada, antes de bajar despacio la escalera de lustrosa madera hasta la planta de abajo, que estaba bañada en una suave luz.

Atravesó el frío suelo del recibidor descalza y se apoyó en el marco de la puerta del despacho.

La lámpara del escritorio recortaba un círculo de luz amarillo empolvado en la oscuridad. Una luz crepuscular y profundas sombras se deslizaban por montones de papeles y una pila de cartas, haciendo brillar el vaso medio vacío y esculpiendo con mayor dureza incluso los rasgos de su padre. La nariz prominente, que dominaba el perfil, y el firme mentón. La boca, que a lo largo de los últimos años se había vuelto una línea, y los surcos que se habían abierto a ambos lados. Aunque en su poblado cabello se veía un atisbo de brillo plateado, las gruesas cejas seguían siendo negras como el carbón, y le hacían sombra a los ojos, que eran azules, como los de Georgina, solo que más claros y penetrantes.

Georgina notó una extraña sensación en el vientre.

–Papá–dijo con un hilo de voz aguda.

Su padre levantó la cabeza de la carta que tenía en las manos.

–Georgie.

Quizá fuera la luz, pero Georgina creyó ver un brillo en sus ojos, que, sin embargo, se apagó en el acto. Sus cejas, que a Georgina siempre le recordaban a sendas orugas peludas, se fruncieron.

–¿Cómo es que no estás en la cama?

La niña encogió un hombro y se puso a retorcer una punta del camisón con los dedos.

–No puedo dormir.

Uno de sus pies avanzó con cautela por el umbral, pero no se atrevió a más.

–¿Puedo pasar?

Concibió esperanzas al ver que la cara de su padre parecía ablandarse, pero se desinfló cuando se percató de que volvía a endurecerse.

–Vuelve a la cama. Es muy tarde–repuso su padre, y se centró de nuevo en la carta. Parecía cansado, la voz como rasposa–. Buenas noches.

–Buenas noches–musitó Georgina con un nudo en la garganta y un sabor amargo en la boca.

Regresó al recibidor con la cabeza gacha, procurando no pensar en el padre que había tenido en su día. Un padre que se reía mucho, bromeaba con ella y sabía contar historias de lo más interesantes. Que la levantaba en volandas y le daba vueltas, la cogía en brazos siempre que la veía, la abrazaba con fuerza y le daba un beso. En cuyo regazo ella solía aovillarse cuando por la tarde se sentaba en la veranda a la luz de la lámpara, con un brazo alrededor de los hombros de *maman*, hasta que los susurros de ambos y las suaves manos de *maman*, que le acariciaban el pelo, hacían que poco a poco cayera en un beatífico

sueño. Y no entendía por qué no había podido salvar nada del abismo que había abierto la muerte de su madre y que hacía que desde entonces su padre pareciera una caracola vacía.

Se detuvo en medio del recibidor y se restregó los ojos, que le escocían. Deseaba de tal modo estar junto a Raharjo que le dolía. Pero nunca había estado sola de noche en el jardín, que en la oscuridad desplegaba su lado indómito. Poblado de sombras incesantes y repleto de miríadas de voces que parloteaban y susurraban, murmuraban y cuchicheaban. Igual que el mar se encrespaba sin trabas por la noche, su bravura y su desenfreno, un eco de sus profundidades.

–Buenas noches, Nilam.

Georgina levantó la cabeza. Con la levita cepillada de su padre en un brazo, Boy One se hallaba junto a la escalera, una sonrisa compasiva en el rostro, que a la luz de la lámpara parecía tan claro y transparente como el de una muñeca de porcelana china.

Georgina solo pudo asentir mientras empezaba a subir la escalera, despacio, para ir a su habitación.

Hacía todo lo que podía para no mirar a Raharjo abiertamente mientras comía, procuraba poner toda su atención en hacer tiras una sábana limpia. No lo lograba; no podía por menos de mirarlo una y otra vez, sorprendida y encantada al ver que después de un día con fiebre y dos amodorrado, exhausto, ese día parecía de nuevo despabilado. Muerto de hambre, se abalanzó sobre el plato de *dal tadka* con arroz, los *chapatis* y los plátanos, parte de lo cual ella había apartado de su propia comida; el resto se lo había pedido a Anish o sencillamente lo había escamoteado de la despensa.

Cuando Raharjo puso a un lado todos los platos, vacíos salvo por las pieles de los plátanos, Georgina se acercó. Le levantó con cuidado la pernera y le retiró el vendaje para limpiar la costrosa herida, tratarla con tintura y vendarla de nuevo. Confiaba en que Cempaka tardara en darse cuenta de la rapidez con que había bajado el montón de sábanas del gran ropero.

Al ver que el muchacho se estremecía, ella paró, asustada.

–¿Duele mucho?

Sacudió la cabeza.

–No es nada.

Georgina se mordió el labio inferior para no formularle la cantidad de preguntas curiosas que tenía en la punta de la lengua.

–¿Cómo te...?–soltó al cabo, cuando no pudo aguantarse más–. Me refiero a qué... quién...–Con los ojos fijos en la herida de la pierna, enmudeció.

–Una lucha. En el mar.

Georgina levantó la cabeza despacio, sentía en el vientre un temblequeo agitado.

–¿Eres... eres... un pirata?

Una de las comisuras de la boca se alzó, formando una sonrisa que hizo que sus blancos dientes brillaran.

–¿Qué sabes tú de los piratas?

Por su cabeza desfilaron los cuentos y las historias de aventuras que su madre le leía antes, para los que pronto dejó de tener edad. Para Georgina los piratas no eran gallardos bucaneros con pantalones por la rodilla, ni hombres sucios y malhumorados con un parche en el ojo y un sable que surcaban los mares bajo una bandera con una calavera, sino personas de carne y hueso que asaltaban y robaban en el mar, procedentes de China o de la infinidad de islas que se hallaban tras el horizonte.

Una preocupación constante para su padre y los demás comerciantes de la ciudad, pero también para su tío Étienne, en Pondichéry; más de una vez Georgina había oído a su padre contar, con una mezcla de ira y resignación, que de nuevo tenía que dar por perdido un cargamento prometedor. Ella sabía que el gobierno de Calcuta, tras muchos ruegos, finalmente había enviado cañoneros para erradicar la piratería. Pero al igual que antes, las rutas marítimas que unían China y Japón, la India, Europa y América, que pasaban por el estrecho de Malaca como el hilo por el ojo de la aguja, eran todo menos seguras.

Con la cabeza muy alta, sostuvo la mirada de Raharjo.

–Sin duda sé más de lo que tú crees que sé.

Raharjo no entendía a esa niña extraña.

Debía de tener más o menos la misma edad que sus hermanas pequeñas, pero a juzgar por la torpeza con que se ocupaba de él, no parecía estar acostumbrada a arrimar el hombro cuando había trabajo que hacer. Con frecuencia parecía una niña pequeña, y, sin embargo, le faltaba la alegría, la chispeante despreocupación con la que él recordaba su infancia. La envolvía una seriedad prematura. Casi como si la sombra que arrojaba su menudo cuerpo cuando el sol lanzaba sus rayos entre los aguaceros fuese más oscura que la de los demás.

Su piel era demasiado clara para ser una niña de esa isla o del continente, pero hablaba el malayo de la zona como si fuera nativa. De cuando en cuando se le escapaba una palabra en inglés, sin que pareciera darse cuenta, y en ocasiones en otra lengua que sonaba juguetona, tal vez francés.

Sus ojos... Nilam tenía unos ojos peculiares.

Cambiantes, como el cielo de la isla. En realidad tan azules como el zafiro, sobre todo cuando echaban chispas, como en ese momento. Dependiendo de cómo colocase la cabeza y de cómo le diera la luz, quizá también de lo que se le pudiera estar pasando por la cabeza, su color tiraba al violeta oscuro de las orquídeas salvajes que crecían arriba, junto al río. Y a veces se oscurecían de tal modo que parecían tan negros como los suyos y los de sus hermanos y hermanas.

Solo los *orang putih* tenían los ojos azules, pero rara vez el cabello tan oscuro como el de Georgina ni la piel tan morena. Sobre todo entre ellos apenas había mujeres, y Raharjo nunca había visto a un niño blanco, y eso que había recorrido bastante la isla.

La niña con los dos nombres, el pelo siempre un poco alborotado, con una *kebaya* salpicada de manchas y los pies llenos de polvo, era todo un enigma para él.

Tras la oscuridad roja de la fiebre, se había visto arrastrado por la vigilia y el sopor, y cada vez que volvía en sí, sus pensamientos giraban en torno a ese enigma. Georgina. Nilam. *Cik-cik*, como la llamaba en malayo una estridente voz de mujer a la que la niña temía.

La única explicación que se le ocurría era que un *orang putih* había cedido a los ruegos de la carne y había engendrado a esa niña con una mujer de la isla, y la niña podía vivir allí, en la casa grande, sin tener que trabajar. Una niña de dos mundos, que probablemente no pudiera echar raíces en ninguno de los dos. Fuese a donde fuese siempre sería una extraña. Siendo así, era normal que fuese tan solitaria y pareciera estar tan perdida.

–Nilam.

Pronunció su nombre en voz baja. Con tino, como si quisiera averiguar cuál de los dos le agradaba a ella más.

La aludida apartó los ojos de la herida del brazo, a la que estaba aplicando un vendaje nuevo. Entonces eran azules claros como el mar en un día soleado, las cejas fruncidas en delicados arabescos, formulando una pregunta muda.

–Estoy en deuda contigo. Siempre lo estaré.

La mirada de ella tembló y rehuyó la suya. Se ruborizó, y en su boca se dibujó algo semejante a una sonrisa; la primera que él le veía.

–Aún me debes una respuesta.

Él también sonrió.

–Puede que los *orang putih* ahora digan que esta isla es suya, pero los ríos y el mar siempre serán nuestros, de los *orang laut*.

«Los *orang laut*. Los señores del mar.»

Desde que oyó hablar por primera vez de esos pueblos, nómadas del mar que no vivían en casas, sino en barcos con los que se desplazaban sin descanso por el mar, Georgina se imaginaba a los *orang laut*

como seres fabulosos. Personas que en lugar de piernas tenían una cola de pez escamada. Criaturas que en tierra eran como los demás, pero que en el agua se transformaban en animales marinos. Su mirada descansó en los pies de Raharjo, cada uno de los dedos, cada depresión, cada protuberancia como tallada por una mano diestra en luminosa madera tropical, esmerilada y pulida.

—¿Qué pasa?

—Nada.—De nuevo la sangre afluyó a su rostro.

—¿Me lees un poco más?

Raharjo señaló con el mentón la butaca, donde descansaba un libro abierto sobre las onduladas páginas, el lomo deshilachado y corvo como el pico abierto de un pájaro.

El libro que había estado leyendo el día anterior Georgina mientras velaba el sueño de Raharjo y esperaba a que llegara la hora de administrar la siguiente dosis de los polvos contra la fiebre de Ah Tong. Recordaba vagamente que en un momento dado había escuchado su propia voz para contrarrestar un tanto el adormecedor murmullo del mar y la lluvia. Creyendo que Raharjo dormía profundamente y no lo oía.

—¿Entiendes el inglés?

Él ladeó la cabeza.

—No todo, pero sí mucho.

Georgina notó que los ojos de Raharjo la seguían cuando se bajó de la cama para ir por el libro.

—Tu padre... ¿es inglés?

—Escocés. De Dundee. Pero no está allí desde hace mucho. Antes de venir aquí vivió muchos años en Calcuta. Algún día volverá allí conmigo.

Con la mayor naturalidad del mundo se sentó junto a Raharjo, la espalda contra el cabecero de la cama, el libro en las dobladas piernas. Un impulso del que se arrepintió de prisa, ya que su cercanía le provocaba inseguridad, al igual que su mirada escrutadora, que iba y venía entre el rostro de Georgina y las páginas impresas. Su propia voz se le antojó extraña, distorsionada y demasiado aguda, y a cada pocos renglones se atascaba y la lengua se le trababa.

—¿Prefieres... prefieres leerlo tú solo?—dijo al cabo, interrumpiendo la lectura con una leve risa y ofreciéndole al mismo tiempo el libro.

El brillo de sus ojos, que reflejaba deseo de saber, desapareció, y los músculos de su fuerte mandíbula se tensaron.

—Estoy cansado—adujo con voz bronca, y se estiró cuan largo era y se dio media vuelta, de espaldas a Georgina.

Confusa, acto seguido cayó en la cuenta. Y se acaloró.

—Perdona—musitó—. No... no pensé que... Qué tonta he sido.

Raharjo no se movió, y a Georgina el estómago se le atenazó de tal modo que se mareó.

—Si... si quieres, te puedo enseñar. No es tan difícil.

Raharjo cerró los ojos y no dijo nada.

Georgina despertó con suavidad de un sueño profundo, la *kebaya* empapada de sudor y las mejillas como pegajosas. En la habitación entraba la pesada luz de última hora de la tarde, y fuera chirriaban las cigarras; debía de haber parado de llover momentáneamente.

Parpadeó unas cuantas veces, adormilada, y después abrió los ojos.

Tenía el rostro apoyado en el pecho moreno y terso de Raharjo, que subía y bajaba cada vez que él respiraba, los latidos de su corazón eran un palpitar tranquilo, regular en su oído. No recordaba haberse quedado dormida, y menos aún cómo había acabado medio encima de él, medio acurrucada en el pliegue de su brazo. Georgina contempló el vientre liso, la prominente cresta de la cadera de Raharjo, y se detuvo, curiosa, en la fina línea de pelillos negros que bajaba desde el ombligo y se perdía debajo del pantalón, y en la que no se había fijado antes. Apartó la vista de prisa y levantó la cabeza con cuidado.

Raharjo también dormía, rodeándola con un brazo. Georgina sintió un extraño, dulce cosquilleo en el vientre que le resultó turbador, y al mismo tiempo se avergonzó de haberse pegado tanto a él sin querer; seguro que a él le desagradaba. Sacó el codo de debajo para apoyarse en él y escabullirse.

Una sacudida recorrió el cuerpo de Raharjo, y Georgina se puso rígida.

Él la miró, los párpados pesados, y acto seguido a su boca asomó una sonrisa. Cogiendo aire con fuerza, se tumbó de costado, hacia Georgina, y la abrazó con fuerza.

Resistiéndose un instante, sin dar crédito, Georgina se abandonó a la presión de sus brazos y se dejó caer de nuevo contra su pecho. Aspiró su calor, su olor a mar y algas, como cuero y canela, y sintió que el corazón le estallaba de dicha.

Como una piedra que cae en aguas mansas y riza la espejeante superficie, dibujando ondas y trazando círculos, Raharjo dio nueva forma a los días de Georgina.

El deambular sin rumbo entre horas vacías se acabó. El infinito, calmo océano de tiempo atrás empezó a llenarse de playas y costas rocosas, una estructura de arrecifes coralinos e islas verdes, sinuosas. Y recibió un nombre: «Nusantara», que describía un continente con abundante agua e islas, que se extendía hasta más allá de donde alcanzaba la vista.

Galang. Bintan. Mesanak. Temiang. Singkep.

Islas cuyo nombre era tan nuevo y ajeno para Georgina como algunas de las expresiones del malayo de Raharjo. Por la noche soñaba con mundos bajo el agua, la luz de un azul tornasolado y turquesa, resplandeciente, titilante. En esos sueños ella flotaba en medio de peces de colores irisados, entre estrellas de mar y fantásticos animales marinos, en los bosques de piedra blanquecinos de los corales. En un silencio ingrátido, apacible.

El mar era el hogar de los *orang laut*, la patria de sus antepasados, su columna vertebral y su destino desde que el tiempo era tiempo.

El de Raharjo era un mundo arcaico, en él las gentes seguían viviendo igual que hacía miles de años. Pescando y sumergiéndose en busca de tesoros marinos y dedicándose al trueque. Señores de los mares, guerreros del mar que hoy escoltaban a los comerciantes y mañana exigían para sí todo cuanto se encontraba a bordo de las embarcaciones que surcaban sus aguas. Una vida que se regía por tradiciones, valores y ritos propios, vetustos, sustentada por la tupida red de la familia, el clan y el linaje. Subordinados al *temenggong* del sultán de Johor, un soberano similar a Neptuno, cuyo reino comprendía mucha más agua que tierra. Se alzaba sobre olas y arena y no sobre piedra y, sin embargo, parecía eterno e intemporal.

Georgina asimilaba con avidez todo lo que Raharjo le contaba sobre ese mundo ajeno, que parecía salido de un cuento y que no obstante existía de verdad. Raharjo trajo a su vida aventuras que ni siquiera en sus sueños más audaces habría podido imaginar de ese modo. Y aunque en el curso de todos esos días estuvo tan cerca de él que no le cabía la menor duda de que era un muchacho de carne y hueso, a veces se le antojaba una criatura mítica del océano.

Una criatura marina. Un hijo de Tritón. O uno de esos *selkies* de los que antes le hablaba su padre, focas que se desprendían de su piel para convertirse en seres humanos y poder ir a tierra.

Mientras que Georgina no era más que una niña pequeña normal y corriente, que había nacido en tierra y estaba ligada a esa tierra.

Cuyo único tesoro era el conocimiento de las palabras, que Raharjo deletreaba con su ayuda, ambas cabezas pegadas e inclinadas sobre las páginas de los libros. Signos negros, finos como patas de araña, frágiles como el papel desgastado que les servía de fondo. Pobres en comparación con la magia de Raharjo.

—Algún día—dijo Raharjo en voz baja, con la mirada dirigida al mar, más allá de las ramas cuajadas de flores rojas—, algún día seré rico. Rico y poderoso. Y tendré un barco grande que será solo mío.

Georgina, que estaba sentada a su lado, en el peñasco, lo miró de reojo con disimulo. Sus oscuros

ojos brillaban con un deseo que parecía un eco de los sueños de Georgina. Esta se abrazó con más fuerza las rodillas.

—¿Me llevarás contigo?—preguntó, vacilante.

Él le preguntó con un gesto burlón:

—¿Acaso sabes nadar?

Georgina sacudió la cabeza, avergonzada.

Raharjo hizo una mueca y chascó la lengua con pesar.

—A mi barco no subirá nadie que no sepa nadar.

Ella asintió levemente y se puso a tirar de un hilo suelto del *sarong*.

—Pero—oyó que le susurraba al oído— te puedo enseñar.—Le propinó un golpecito con el hombro—. Pues claro que te llevaré.

Un amago de sonrisa trémula afloró al rostro de Georgina, que se tornó radiante al ver que Raharjo le devolvía la sonrisa.

Georgina no sabía si le gustaba más con la incipiente barba o cuando tenía el mentón y la parte de alrededor de la boca lisos y suaves, después de hacer uso de la vieja navaja de afeitar que había en el cajón del tocador. Pero sí sabía que le gustaban los pequeños hoyuelos que se le formaban a ambos lados de la boca cuando sonreía, y la blancura luminosa de los regulares dientes en el rostro moreno cuando su sonrisa se ensanchaba. Le gustaba la vivacidad con que se movían sus cejas cuando hablaba, y le gustaban sus ojos, que le recordaban a gotas repletas de un océano negro, unas veces serenos y de una profundidad insondable; otras, de una naturaleza tempestuosa. Y cuando la miraba como lo estaba haciendo en ese momento, notaba cosquillas en el estómago, como si tuviera dentro un puñado de escarabajos.

Pegó más aún las piernas al cuerpo involuntariamente; sentía en los dedos un hormigueo inquieto, pues echaban de menos ocuparse de las heridas de Raharjo.

—¿Cómo tienes la pierna?

El muchacho abrió con dos dedos la raja del pantalón y echó una ojeada. A continuación se miró el punto rosado del brazo.

—Cicatriza bien.—Se volvió hacia ella risueño—. Las cicatrices siempre me recordarán a ti.

De pronto Georgina notó el aire frío en la piel, y pestañeó.

Había algo en los ojos de Raharjo cuando miraban más allá de las tapias y seguían las velas de los barcos hasta que se perdían en el horizonte que le decía lo mucho que añoraba el agua. De él se había apoderado una inquietud que iba en aumento a medida que recuperaba las fuerzas.

Y Georgina temía que llegara el día en que la llamada del océano fuese demasiado poderosa y el mar le arrebatara a Raharjo, antes de que ella encontrara su piel de foca y la pudiera esconder.

Georgina cruzaba el jardín con pies ligeros y el corazón latiendo al ritmo de sus pasos, libre y veloz. Apretando contra el cuerpo el plato de humeante arroz con curry del desayuno, se abrió paso por la espesura y subió los escalones de la veranda dando saltitos.

—Buenos días—saludó desde el umbral, con una alegría desconocida en la voz.

La habitación estaba desierta.

Se volvió y miró hacia el peñasco, por todas partes en la densa maleza.

—¿Raharjo?

Mordiéndose el labio inferior, se volvió de nuevo. Con el rabillo del ojo se percató de que arriba, en el estante, había un hueco: faltaban dos libros.

Cuando su mirada descansó en la rama de orquídeas rosas que había en la cama, lo supo.

Dejó la comida en el tocador con manos temblorosas. Sus pasos sobre la madera eran pesados y lentos; se tumbó en la cama, sin fuerzas, y se hizo un ovillo.

En su vientre ardía un fuego voraz, que lo devoraba todo y enviaba oleadas abrasadoras que le

recorrían el cuerpo entero. Estrujó la tela con las manos, hundió el rostro en las sábanas y las almohadas, y aspiró la estela del olor de Raharjo y el perfume de las orquídeas, que aplastó con la mejilla.

Cada mañana Georgina acudía al pabellón con la trémula, leve esperanza en el pecho de volver a ver a Raharjo. Y siempre encontraba las dos habitaciones igual de vacías, igual de abandonadas que antes.

Día tras día se sentaba en el peñasco, delante de la tapia, y contemplaba la silueta marrón de la isla de Batam, el viento alborotándole el pelo, el sol, la sal y la lluvia dándole en la piel. Miraba al mar, esa vastedad siempre igual, siempre cambiante de seda, gris perla, verde turquesa, índigo, y en el caprichoso cielo, pelícanos, gaviotas y fragatas.

Apenas se dignaba mirar los coches de caballos y los tiros de bueyes que traqueteaban por Beach Road, levantando polvo los días más secos. Miraba a los pescadores, que traían a tierra las pesadas redes, tras ellos una bandada de pájaros agitados, por si entre ellos distinguía a Raharjo. Y los orgullosos barcos de vela, las embarcaciones grandes y pequeñas que surcaban las olas. Quizás alguno de ellos, en algún momento, fuese hacia ella, con Raharjo a bordo, que volvía para llevarla con él al ancho, vasto mar.

Día tras día su vida transcurría entre el flujo y el reflujo. En un ir y venir de esperanza y decepción, y en las infinitas olas del tiempo.

Hasta que el impetuoso río de la vida, que fluía imparable, agarró a Georgina y se la llevó consigo.

I
Fiebre
1849-1851

Como se incendia el alción, la libélula se inflama;
como tumbadas del pretil de rotundos pozos
suenan las piedras; igual que cada cuerda tañida dice,
cada campana al mecerse
en su arco halla lengua para lejos proclamar
su nombre;
cada cosa mortal hace una cosa y una sola:
dispensa el ser que dentro de cada cual habita;
se afirma— va hacia sí; dice y descifra yo mismo.
Gritando: «Lo que hago soy: para eso vine.»

GERARD MANLEY HOPKINS

Singapur. La «ciudad de los leones».

La antigua Temasek, la «ciudad del mar».

Long Ya Men, la «Puerta de los dientes de dragón» y la puerta a China.

La ciudad azotada por el viento, donde termina un monzón y empieza otro.

La isla flotaba en el agua como una hoja de ginkgo.

Separada únicamente del cuerpo de cocodrilo de la península de Malaca por la pequeña cinta del estrecho de Johor, se abría al vasto azul del estrecho de Singapur. Y aunque el río que serpenteaba por las selvas tropicales, por manglares, marismas y bancos de arena, al encuentro del sol naciente, era pequeño y estrecho, también era sumamente poderoso. Un dragón fuerte, las fauces de afilados dientes abiertas hacia la costa, allí donde sus aguas se fundían con las del mar en un apasionado beso.

De esta relación nació un puerto natural, protegido de la furia de los elementos por las islas circundantes y como creado para lograr que allí latiera el corazón de una factoría.

Sir Stamford Raffles tuvo el valor de plantar en mitad del verde y el azul del mar y la jungla esa semilla que llamó Singapur. Amparada por la bandera de la Compañía Británica de las Indias Orientales y respaldada por contratos y proyectos, la semilla germinó deprisa en el fértil suelo de una vasta, secular red de rutas comerciales. Singapur creció y floreció, dio abundantes frutos y continuó ramificándose sobre las numerosas personas a las que el puerto franco atraía como un comedero especialmente repleto a bandadas de pájaros.

Y eso que Singapur carecía de raíces, como la orquídea. Una ciudad sin historia, sin pasado, que surgió de la noche a la mañana y floreció con desenfreno y desmesura. A ella llegaron oleadas de gentes procedentes de China y la India, de los sultanatos de la península de Malaca, de Java, Sumatra, Bali y todas las demás islas del archipiélago, de Arabia y Armenia, contenidas por escoceses, ingleses y alemanes. Una ciudad de hombres, que acudían a ella solos, para dedicarse al comercio, encontrar empleo y hacerse ricos antes de volver al lugar del que procedían.

Singapur era una ciudad llena de aves de paso, en la que nadie echaba raíces, que no era el hogar de nadie. En la que la nostalgia sazónaba cada plato de arroz.

Georgina India Findlay, sin embargo, se llenó los pulmones con el aire tropical de esa isla cuando respiró por primera vez. El sol abrasador, la lluvia cálida y la brisa salada del mar fueron sus compañeros de viaje, e igual que en el jardín de L'Espoir dio sus primeros pasos, vacilantes; a la sombra del jazmín perdió su primer diente de leche, y a lo largo de sus diez primeros años de vida echó raíces en el reducido suelo de la isla, encontró su sostén en la tierra roja, la arena y el barro.

Unas raíces que de un día para otro fueron cortadas sin miramientos. Una herida abierta de la que creyó morir desangrada, hasta que, con la flexibilidad de un alma infantil, se acostumbró a su nueva vida en el extranjero. Y a una nostalgia que, con el tiempo, se tornó un palpitar sordo, pero no desapareció nunca.

Feliz y contenta, Georgina se dejaba bañar por el calor húmedo, apenas mitigado por el viento, que hacía a bordo del sampán que los llevaba a ella y su equipaje a la isla. Aunque tenía las cintas del sombrero pegadas a la piel y la espalda del vestido de fina muselina empapada en sudor, allí no volvería a pasar frío.

«¿Qué es lo contrario de nostalgia? ¿Alegría por volver a casa?»

Su casa. Eso era algo que Georgina decía en voz baja, sobria, que más indicaba una dirección que expresaba un sentimiento.

Y eso que todo lo que relativo a esa vuelta a casa había sido muy intenso y había ido acompañado de fuertes sensaciones. Las disputas con su tía, acaloradas debido a la sangre escocesa que corría por las venas de ambas, en las que ni siquiera alguien tan bonachón como su tío Silas había sido capaz de

mediar. Las lágrimas de su prima Maisie, para la que Georgina era como una hermana y a la que no quería renunciar. La increíble dicha de Georgina cuando al cabo la tía Stella cedió y dio su aprobación. La febril impaciencia de partir de una vez, de llegar de una vez, que resultó ser una contumaz compañera de viaje en el largo camino por agua y tierra.

Jirones de nubes veteaban un cielo de seda vaporosa, de un azul empolvado. Sus voluptuosas hermanas se arrimaban a sus anchas en las colinas, que se extendían en el litoral como blandos cojines de musgo. Government Hill y su bandera, visible desde lejos, hacía las veces de vigía del mar y de los barcos que llegaban; la casa del gobernador, más blanca aún ante el verde de la cima de la colina, parecía aguardar expectante a Georgina. Como si quisiera decirle: ¡Por fin has vuelto! ¿Te acuerdas de mí?

Los últimos recuerdos que Georgina tenía de Singapur estaban distorsionados por un miedo atroz y una rabia sorda, ella arañando a su tío Étienne e intentando pegarle y gritando como si le estuviesen arrancando el corazón. Se acordaba de la mirada de su padre, rebotante de preocupación y avergonzado de alivio, antes de dar media vuelta sin decir palabra y volver a casa. De que sus fuerzas se agotaron en cuanto subió a bordo y, abúllica, dejó que su tío Étienne la cogiera en brazos y la consolara, y las lágrimas no la dejaron ver más.

El sampán se abrió paso por el bosque de barcos y barcas que, anclados ante la costa, se mecían y daban bandazos, bajo el ramaje de mástiles y chimeneas, velas, pabellones y vistosos gallardetes. Entre ellos había grandes vapores de ruedas, como el de la compañía Peninsular & Oriental Steam Company, que llevó allí a Georgina desde Suez, pesados buques de velas y ágiles y veloces clípers. Georgina reconoció los juncos chinos, con su casco en forma de herradura, pintados de rojo, amarillo o blanco, con velas que recordaban a abanicos, y las velas triangulares de los barquitos de Cochinchina. Las velas de los *perahus* malayos eran rectangulares, y las embarcaciones de los bugis se distinguían por la alta superestructura de la popa.

La cinta de casas blancas y tejados rojos de terracota se aflojaba detrás de la Esplanade, la explanada que se abrió al otro lado de las nuevas y esbeltas torres de la iglesia de San Andrés, y se unía a los jardines tropicales que crecían a lo largo de Beach Road, dando lugar a un opulento estampado de cachemira, palmetas y florecillas. Una de esas casas tenía que ser L'Espoir, Georgina no sabía a ciencia cierta cuál; velos de niebla le empañaban la vista, o quizás hubiese pasado demasiado tiempo.

Barcos de pesca pasaban por delante, y gabarras llenas de racimos de plátanos; en otras se veían cestas con mangos y rambutanes peludos y rojos a bordo, con caracolas y corales, o monos chillones y aves de vistosos colores en jaulas de bambú.

Allí donde el río desembocaba en el mar, el claro ribete de la ciudad se plegaba sobre sí mismo, y las dos orillas del río se estiraban como si quisieran darse la mano. El sampán entró con brusquedad en el angosto paso, y al encuentro de Georgina salió la vida en el río Singapur, con todo su colorido y todo su ruido y su bullicio.

Docenas y más docenas de barcas y chalanas se apiñaban en las paredes de la cortina del muelle, iban río arriba y después río abajo, a lo largo de la perfecta medialuna que formaban los *godowns*. Por todas partes se oían voces y ruidos que se entretejían en un murmullo, un cencerreo, un zumbido; los rostros, las ropas de la gente eran un caleidoscopio de todas las caras de Asia. En el aire flotaba un denso olor a fruta pasada e inmundicias, a pescado, polvo y sudor y al fango de los cercanos pantanos, sazonado con sal y algas, el aroma de las especias y el humo de los fuegos de carbón vegetal.

A orillas de este mar burbujeante de colores, olores, sonidos y personas, en la parte derecha del río, la fresca, la idílica isla de un pabellón con columnas blancas dio la bienvenida a Georgina. A su sombra aguardaban dos caballeros trajeados, cada uno por su cuenta, a los pasajeros que llegaban. El padre de Georgina no era uno de ellos.

Georgina eludió sus miradas curiosas y rechazó con amabilidad a un culi chino que se aproximó para

ofrecerle sus servicios. Con una sonrisa trémula en la cara, buscó la figura extremadamente delgada y alta de su padre, y el alma se le cayó a los pies.

Con alegres exclamaciones, estrechar de manos y palmaditas en los hombros, ambos caballeros recibieron a los recién llegados que fueron bajando de los siguientes sampanes. Uno de ellos hizo un leve gesto de asentimiento a Georgina; un joven no mucho mayor que ella, con el cabello rubio claro y el rostro enrojecido, asimismo de Londres, que había viajado en el mismo barco y cuyo nombre ella ya había olvidado.

Sus voces alegres y sus pasos resonaban entre las columnas. Después se hizo el silencio.

Georgina observaba a los culis chinos, que en la orilla opuesta descargaban de las barcas cajas llenas de especias y té, sacos de pimienta, sagú y tapioca, cestos con frutas y haces de rota, y los llevaban a los *godowns* o viceversa. Como hacía ella antes con su padre, cuando era muy pequeña. Contemplaba las gaviotas, que, dando gritos estridentes, describían círculos sobre el agua, en busca de los restos de comida que pudiera haber para ellas en alguna parte, y los pelícanos, elegantes veleros en el aire; en tierra, sin embargo, eran torpes y cómicos.

A intervalos regulares, la asustaba el reloj de un campanario cercano. Un sonido que, si en Londres se le antojaba familiar, allí le resultaba fuera de lugar. En su infancia, en Singapur, no había campanas que dieran las horas, tan solo los cañonazos de Government Hill anunciaban el despuntar del día, el mediodía y el atardecer. Y aunque ella no los contaba, cada sonido del reloj le decía que el tiempo pasaba inexorablemente mientras ella estaba allí, esperando.

Evitaba las miradas de interrogación de los que llegaron después que ella. Las de los caballeros que poco a poco iban entrando en el pabellón para ir a buscar a alguien. Hacía ver que no se daba cuenta de cómo la escudriñaban los *syces* malayos desde los pescantes.

Mientras todo y todos a su alrededor se movían, Georgina seguía parada en el sitio; una inmovilidad forzosa, que creaba una especie de vacío en torno a ella y le producía una sensación de abandono. La sonrisa se había borrado hacía tiempo de su rostro, el corazón le latía a trompicones, perdido.

Se sentó despacio en la mayor de sus maletas, mirando al frente.

—¿Miss Findlay?

Una voz de hombre, grave y sonora, acompañada de unos pasos rápidos.

Georgina se volvió.

—¿Sí?

—Gracias a Dios que todavía está aquí.

Con una zancada briosa, esparrancada, que denotaba energía, el desconocido fue directo hacia ella, sin perder ni un ápice de su aire resuelto cuando sus pasos se ralentizaron y al final se detuvieron. La cautivadora, si bien impersonal sonrisa que lucía, no obstante, cayó como una máscara; de pronto parecía desconcertado, casi inseguro.

A Georgina se le paró un instante el corazón, y se levantó vacilante.

—¿Le... le pasa algo a mi padre?—preguntó, con la garganta seca, aferrándose al bolso con ambas manos.

—No—respondió él con voz inexpresiva, queda. Después otra sonrisa, más genuina y franca esta vez, asomó a su rostro, dotándolo de un aire juvenil—. No, en modo alguno. Mister Findlay quería venir a recogerla en persona, pero se ha tenido que ocupar de un cargamento que ha llegado repentinamente. Por eso me envía a mí.—La sonrisa cobró seguridad y se ensanchó cuando se situó justo delante de ella y le tendió la mano derecha—. Encantado de conocerla Miss Findlay. Soy Paul Bigelow. Trabajo para Findlay and Boisselot. ¿Ha tenido buen viaje?

El alivio que Georgina acababa de experimentar se esfumó, dando paso a la decepción. Asintió maquinalmente y estrechó la fuerte mano de Paul Bigelow.

El apretón fue firme en exceso, la mano caliente y algo húmeda. Sus ojos quedaban a la misma altura,

pues Paul Bigelow no era especialmente alto, mientras que Georgina sí que era espigada para una mujer, esbelta y delgada, como todos los Findlay.

—Como puede ver—con un relajado movimiento de mano se señaló la camisa, remangada y sudada tras los tirantes—, he salido tan deprisa del despacho que me he venido sin la chaqueta.—Se pasó una mano por el cabello castaño claro, corto—. Y sin sombrero.

La miró con la cabeza gacha, y en su boca se formó una sonrisa, a modo de disculpa, aunque más pícara, y Georgina no pudo evitar sonreír a su vez.

—Agradezco que haya venido usted, Mister Bigelow.

Sus ojos se iluminaron.

—Gracias, Miss Findlay. Confiaba en que así fuera.

Llamó a dos culis chinos que pasaban y le ofreció el brazo a Georgina.

—Vamos, la llevaré a casa.

Pese a que había ventanillas sobre las bajas portezuelas y celosías en las cuatro caras, en la litera de madera a la que la ayudó a subir Paul Bigelow hacía un calor sofocante; la ayudó más por galantería que por verdadera necesidad, pues no era mucha la separación desde el suelo.

Con dedos sudorosos, Georgina desató el lazo que llevaba atado bajo el mentón, se quitó el sombrero de la cabeza lanzando un suspiro de alivio y acto seguido se pasó la manga del vestido por la frente y las sienes.

—A Beach Road, por favor—dijo a Paul Bigelow, que subió por el otro lado.

—Lo sé.—Risueño, el joven hizo una leve reverencia—. Permítame que le diga que soy su inquilino. Y, dicho sea de paso, me he tomado la libertad de enviar a alguien a L'Espoir para que informe de que va usted en camino.

Frunciendo el entrecejo, Georgina asintió.

Paul Bigelow dio unos golpecitos en la puerta por fuera, y el carro dio una sacudida y avanzó a trompicones con sus finas ruedas metálicas. En los coches, medianamente cómodos, que recorrían las calles de Londres, Georgina había olvidado lo mucho que era zarandeado uno en un *palanquin* singapurense. Entraba aire caliente del exterior y, después, cuando la litera enfiló el camino de la playa, se coló una brisa marina bochornosa.

Georgina estiró el cuello para ver la fachada blanca de San Andrés, la pequeña iglesia financiada por Gordon Findlay y otros comerciantes escoceses de la ciudad. Para Georgina desde siempre el verdadero emblema de Singapur, su norte en el camino hacia su casa.

El empleado de su padre, con el que en adelante viviría bajo el mismo techo, era robusto, directamente compacto, y, sin embargo, joven; a lo sumo estaría en el ecuador de la veintena. E igual que caminaba esparrancado, así iba sentado en el coche frente a ella, los pies, con los zapatos relucientes, apoyados con firmeza en el suelo, recostado con indolencia, con los brazos abiertos en el respaldo. Unos brazos sorprendentemente fuertes, y ligeramente morenos, como si pasara más tiempo cargando cajas que sentado a la mesa de la compañía. Con la luz del sol, el tupido vello tenía un brillo dorado, y aunque solo era primera hora de la tarde, ya se insinuaba la rubia sombra de la barba a ambos lados de la boca, una nota osada en su por lo demás pulcra imagen.

Sus ojos, de un azul cautivador, se cruzaron con los de Georgina, que ladeó la cabeza deprisa y se puso a mirar por la otra ventanilla, los barcos y barcas que bailoteaban sobre las olas.

—Según me ha contado Mister Findlay, ha pasado usted estos últimos años en Inglaterra.

Lo dijo con un tono que oscilaba entre la cortesía forzada y el interés genuino, sobrio y circunspecto al mismo tiempo.

—Los primeros meses estuve en la India, en Pondichéry. Con mi tío, el hermano de mi madre, y su esposa.—Georgina lo miró de reojo—. Seguro que lo conoce usted: Étienne Boisselot.

Paul Bigelow asintió.

–Sin duda. Me ocupo de despachar gran parte de la correspondencia con Mister Boisselot. El año pasado estuvo aquí unas semanas.

Su inglés tenía un acento vibrante, que alargaba y volvía planos algunos sonidos. ¿Sería del norte?

–¿Lleva usted mucho tiempo en Singapur?

–Debe de hacer ya cuatro años.–Arrugó la frente.– Empecé a trabajar en Boustead, y llevo dos años en Findlay and Boisselot. Sí, vine aquí hace exactamente cuatro años. –Esbozó una sonrisa de satisfacción.– Desde Manchester «Maaanchastaaa».

–Yo he pasado casi siete años en Londres, con la hermana de mi padre y su familia.

–¿Cuántos años tenía cuando se marchó de aquí?

–Diez.–Lo dijo con voz débil, un eco de la ruptura que partió en mil pedazos su vida definitivamente, una vida atravesada demasiado pronto por profundas grietas.

–Diez–repitió él en voz baja, inesperadamente suave–. Me figuro que sería muy duro para usted.

Sus ojos eran profundos y oscuros, como un mar en calma en un día nublado, pero sin viento.

Dejaron de mirarse debido a la brusca sacudida que dio el *palanquin* al tomar una curva, y Georgina dejó que el trémulo juego de la luz del sol y la sombra de los altos árboles le acariciara el rostro, en silencio.

El corazón le latía con fuerza cuando vio las primeras casas en sus jardines floridos, de un verde vivo, y empezó a bailotear cuando el *palanquin* franqueó un portón y se detuvo en el túnel en sombra del techado acceso.

En el acto apareció un malayo, que abrió la portezuela de la litera e hizo una profunda reverencia; quizá fuese uno de los dos *syces* que en su día cuidaban de los caballos y los carros de L'Espoir y llevaban a su padre a la ciudad.

–Debo volver al despacho–le oyó decir a Paul Bigelow cuando la ayudó a bajar–. Hasta la noche.

Georgina se limitó a hacer un gesto afirmativo; tenía la mirada fija en las personas que estaban en fila en los peldaños de la veranda. Como si fuese un sueño, dio un paso adelante y el inmóvil cuadro viviente cobró vida en el acto, exaltada, escandalosamente, ahogando el ruido que hacía el *palanquin* al alejarse.

–*Selamat datang!* Bienvenida, bienvenida.

El personal corrió a su encuentro, riendo y dando voces, y la rodeó. Primero los tres *boys*, sorprendentemente muy poco cambiados, como si por ellos no hubiese pasado el tiempo, que la saludaron con formalidad y muy tiesos, pero con una ancha sonrisa, antes de ir por el equipaje.

–¡Miradla! ¡Miradla bien!–exclamó Kartika al mismo tiempo que rodeaba el rostro de Georgina con sus manos color café–. Nuestra pequeña Nilam es toda una señorita. Una auténtica señorita. ¡Y tan bella! Tan bella como lo era nuestra *mem*.

–Toma, Nilam.

Anish, con su immaculado turbante blanco, al que Georgina sacaba entonces más de una cabeza, la barba con los extremos retorcidos completamente cana, se pegó a Kartika y ofreció a Georgina con insistencia un plato con coloridos bocaditos.

–Hechos expresamente para ti. Para que tengas un buen comienzo.

El rostro curtido de Ah Tong reflejaba turbación, pero también orgullo y alegría; en sus larguísimas y huesudas manos sostenía una guirnalda de orquídeas ensartadas, los pétalos de un blanco luminoso con el labelo coronado de amarillo.

–En nombre de todos nosotros–dijo con solemnidad y visiblemente emocionado–, me gustaría darte la bienvenida a casa. Ay... Miss Georgina.

Con una leve inclinación le colocó el collar de flores, y esa fragancia que casi había olvidado, cuya intensidad la conmovió, hizo que Georgina pugnara por no llorar más que cualquier otra cosa.

–*Terima kasih banyak-banyak* –musitó con un nudo en la garganta, el malayo terco en su lengua después de no haberlo practicado durante tanto tiempo–. Gracias, muchas gracias.

Se formularon preguntas sobre el viaje y su estado de salud, sobre Inglaterra y sus parientes, y siempre dejando bien claro lo mucho que se alegraban de que hubiera vuelto sana y salva y lo mucho que había crecido. Kartika, antaño una jovencita, era una mujer voluptuosa que admiró con detenimiento el vestido verde claro de Georgina, con las amplias faldas, y no se cansaba de acariciarle la cabeza y el brazo o de cogerle la mano.

Detrás de Kartika, los azules ojos de Georgina se cruzaron con los ojos oscuros de una mujer que no se movió de la escalera. En su rostro color canela se marcaban las primeras arrugas, y en el negro cabello acharolado, como de costumbre recogido en un severo moño, se distinguían ya algunos hilos plateados.

—*Selamat sejahtera*, Cempaka—dijo Georgina en voz queda, utilizando sin darse cuenta una fórmula de saludo respetuosa.

Durante un instante dio la impresión de que Cempaka iba a decir algo, pero después una sombra cubrió su rostro. Le dio la espalda bruscamente a Georgina y corrió a meterse en casa.

Tras refrescarse dándose un baño, con el cabello aún húmedo suelto sobre el salto de cama, Georgina se plantó delante del armario abierto. Con el calor del día tropical, se resistía a bregar con los corchetes del corsé, ponerse un vestido, por ligero que fuese el tejido, además de varias enaguas, sobre la ropa interior.

Fue a coger sin mucho entusiasmo uno de los finos vestidos de verano que previamente Kartika, entre exclamaciones efusivas sobre los tejidos y la confección, sobre las cintas, los encajes y las jaretas, había sacado de las maletas y colgado en el armario. Dejó caer la mano y se volvió.

Diminutas motas de polvo bailaban en la mantecosa luz del sol, que se colaba por las aberturas de las celosías de bambú, y por debajo del canto de las cigarras se percibían el murmullo de las olas y el crujido de las hojas.

Su antigua habitación, de cuando era pequeña.

Que seguía igual que siempre, y, sin embargo, ya no era la misma. La cama bajo la mosquitera, que en su día le parecía tan grande como el vientre de un buque de las Indias Orientales; las sábanas, un frío y crujiente paisaje polar, mucho antes de que viera la nieve y el hielo por primera vez. El armario, que era como una habitación en sí misma y en el que a veces se escondía de Cempaka. La cómoda, en su día un baúl de tesoros inagotables para las infantiles ganas de jugar, a lo largo de los siete años que habían transcurrido había sido saqueada sin piedad y el vacío absoluto había sido llenado de manera insuficiente con la ropa interior, las medias y los guantes de Georgina.

Descalza, dio unos pasos indecisos, que finalmente la sacaron de la habitación.

Las puertas al otro lado de la balaustrada, bajo la que se hallaba el recibidor, antes a un océano de distancia, ahora estaban muy cerca; posiblemente, Paul Bigelow ocupase una de esas habitaciones.

Era como si la casa entera de L'Espoir hubiese encogido y se hubiera vuelto más angosta y oscura de lo que ella la recordaba. Georgina, una gigante que después de siete años había vuelto a un antiguo palacio que había perdido todo su esplendor y estaba condenado a la ruina. El aire del trópico había hecho que la piedra se desmoronara, la madera se deformase, el espejo perdiera parte del azogue; la humedad del mar había decolorado los tejidos y las esteras de caña y dibujado sombras en la pared.

El mar reclamaba para sí a L'Espoir con su húmedo hálito, y la casa parecía dispuesta a caer rendida en sus brazos.

Vacilante, casi medrosa, Georgina abrió la puerta contigua al cuarto de aseo y se tambaleó bajo el peso de los recuerdos que cayó sobre ella. Las levitas, fracs, camisas y sombreros, zapatos y botas de montar de su padre a un lado; al otro, el arcoíris de vestidos y trajes de noche de su madre. El olor inconfundible del cuarto destinado a la ropa, a seda, lana y algodón húmedos, a madera de neem, tabaco de pipa y cuero, a polvo y flores.

Georgina enterró las dos manos en las exquisitas telas con voracidad y hundió el rostro en ellas.

Aspiró cada resto amarillento, cada aroma desaparecido, cada gota de recuerdo, tan valiosa y extraordinaria como una alhaja reluciente.

Los vistosos saris de brillantes bordados que su madre se llevó de la India hacía tantos años tenían manchas oscuras de humedad y olían a moho; sin embargo, los *sarongs* y las *kebayas*, que era lo que más le gustaba ponerse en casa, olían a limpio, a agua de río y jabón, como si un *dhobi-wallah* acabase de lavarlos y plancharlos. Como si en L'Espoir se esperase cada mañana la vuelta de la *mem*, mientras que las huellas de Georgina habían sido borradas tan a fondo como si allí nunca hubiese habido una niña pequeña.

Georgina se quitó el salto de cama, se puso un *sarong* con el fondo azul y una de las finas *kebayas* sobre la camisilla.

–¡¿Es que no te da vergüenza?!–Cruzada de brazos, Cempaka estaba en la puerta, sin molestarse en disimular su mirada de desaprobación–. ¡Esas son las cosas de la *mem*!

Avergonzada, Georgina tiró de la *kebaya*, que le quedaba demasiado corta de mangas; al igual que el *sarong*, solo le llegaba por la mitad de la pantorrilla.

–Solo las he tomado prestadas–alegó en voz baja–. Para ahora. Hasta que me compre algo nuevo... La voz se le fue apagando bajo la furiosa mirada de Cempaka.

–No te hagas ilusiones, no te vayas a pensar que ahora eres la señora de la casa. A nuestra *mem* Joséphine nunca le llegarás a la suela de los zapatos.

El consabido temor extendió sus frías garras hacia Georgina.
–Siento... siento haberte complicado la vida antes–musitó, intentando elegir las palabras adecuadas–. Cuando era una niña traviesa. Pero ya no soy una niña, y...–Sin decir palabra, Cempaka dio media vuelta y se fue–. ¡Cempaka! –la llamó Georgina–. ¿Es que no vas a dejar de guardarme rencor nunca? ¿Después de todo este tiempo? ¿O al menos intentarlo?

Cempaka se volvió a medias, el rostro menos rebosante de ira que marcado por el cansancio.
–¿Por qué has tenido que volver?–Un cansancio que apagaba y minaba su por lo común potente voz–. Traerás la desgracia a esta casa. Como ya hiciste antes.

Sin dignarse mirarla más, Cempaka se marchó.
Georgina la siguió con la mirada, en silencio.

El jardín bullía bajo un cielo empolvado. La clara luz de la mañana se filtraba en el suelo, y un gris crepuscular prematuro anulaba los colores de las hojas y las flores.

Con cualquier movimiento, por pequeño que fuese, rompía a sudar, el aire que Georgina respiraba se le asentaba en la garganta y los pulmones como si de una película caliente y viscosa se tratase. Una pesadez plúmbea se había instalado en sus extremidades, el eco de la fatiga de un viaje tan largo, hasta para un cuerpo joven y fuerte como el suyo, mientras que su espíritu estaba agitado.

Agradecía la calma que reinaba en la veranda, aunque su boca dibujaba una sonrisa siempre que oía en la casa a los Boys, tan similares en su melódico tono de voz. La voz bronca de Ah Tong. La voz grave y la risa atronadora de Anish. Las risitas de Kartika. Incluso el tono imperioso, duro de Cempaka de lejos tenía algo familiar, íntimo, aunque cada vez que lo oía Georgina se sobresaltaba sin querer.

También el jardín guardaba silencio, entre recogido y expectante; solo el mar parecía intranquilo y farfullaba para sí, como un oráculo.

Un viento fuerte sacudía y hacía crepitar la copa de las palmeras y alborotaba el follaje de los árboles altos. Las hojas se mecieron cuando cayeron las primeras gotas, y con el estrépito de los truenos se abrieron las compuertas del cielo.

El bosquecillo que crecía a orillas del mar parecía no haber sido tocado por la mano del hombre. Su lugar preferido cuando era pequeña. Igual de exuberante e impenetrable, igual de encantado que la última vez que lo vio; posiblemente nadie hubiera puesto un pie allí después de ella, y el pabellón se hubiese desmoronado hacía tiempo.

Allí donde un día que llovía igual que ese se encontró a un muchacho, herido y debilitado. Una criatura marina. Un *selkie*. Al que entregó su corazón infantil, cada día un poco más, y que le rompió ese pequeño gran corazón cuando una mañana desapareció.

Ella cruzó el mar llevando consigo su rostro, su voz, que conservó en la memoria como un tesoro valioso. Su talismán durante todas esas noches en las que una nostalgia espantosa la privaba del sueño; el destino que se reservaba en su imaginación, un reencuentro con el que no paraba de fantasear, su norte. Hasta que el recuerdo se fue desdibujando, su imagen llegó a volverse irreconocible.

«¿Por qué has tenido que volver?»

Un resplandor atravesó el cielo, el siguiente trueno desgarró el aire con un latigazo que hizo temblar la veranda y que a Georgina le zumbaran los oídos. En la hierba se formaron unos charcos que no tardaron en convertirse en estanques; la lluvia caía como una cascada por el reborde del alero, y ante la casa pasaban torrentes.

«Tenía que volver por esto.»

Georgina echó la cabeza atrás y cogió aire con fuerza. Un aire que se respiraba con mayor facilidad, que era claro y puro y llevaba consigo un poco de mar. Se bañó en la furia de los elementos, en la impetuosidad de los rayos y los truenos, de la lluvia y el viento, que tanto había echado en falta. Y una parte de su ser que se había quedado entumecida en ese país extranjero sobrio y frío, que no conocía los extremos, cobró vida de nuevo.

Se le pasó por la cabeza la palabra que utilizaban los malayos para designar la patria: *Tanah air*. Tierra y agua.

La lluvia aflojó; caía sin cesar en cintas gris perla, y a lo lejos, allí donde las nubes se deshilachaban, asomaba un cielo de un azul luminoso. Si el aire aún estaba como recién lavado, empezaba a compactarse y volverse sofocante. En el murmullo de la lluvia se entreoían los truenos, que se iban alejando. Cuando presintió que ya no estaba sola en la veranda, Georgina volvió la cabeza.

Alto y espigado, y sin embargo fornido, los caídos hombros lo hacían parecer un sauce llorón. El tiempo había marcado con fuerza las líneas que ya tenía en el delgado rostro y teñido aún más de plata su oscuro cabello, si bien las velludas cejas seguían como siempre.

—¿Georgie?

«Papá», pensó, pero la palabra no le salió; se levantó tanto más deprisa, de un salto.

El evidente asombro que reflejaron sus ojos al ver a la niña que hacía siete años había dejado al cuidado de su cuñado y que había vuelto convertida en una joven mujer como de la noche a la mañana titiló y se apagó en el acto. De pronto su mirada parecía reservada, y él, cohibido, a juzgar por cómo toqueteaba la cadena del reloj del chaleco, las fruncidas cejas, la expresión de un sentimiento de culpa, quizás incluso de un dolor que venía de lejos y no había sido superado.

Como una cabritilla, Georgina corrió con la cabeza gacha hacia ese muro inaccesible y se lanzó contra él, se agarró con fuerza y dio rienda suelta a unas infantiles lágrimas.

—Papá.—Lloró contra la pechera de la camisa, que olía a jabón verde, a tabaco, a sol y hojas de té secas, y a una infancia que había desaparecido hacía tiempo—. Papá.

Por un momento, Gordon Findlay se sintió inseguro, mostrándose distante e indeciso, o quizás únicamente desamparado. Al cabo apoyó las manos en la espalda de Georgina y la acarició con torpeza.

—Ya pasó—dijo con voz bronca—. Ya pasó.

Sin levantar la cabeza, Georgina asintió. Sí, todo había pasado, volvía a estar en casa.

Alargando un carraspeo, su padre la cogió por los hombros y la apartó. Levantó una mano, como si quisiera pasársela por el cabello o por el humedecido rostro, pero acto seguido dejó caer sin más ambas manos.

—Seguro...—Una tosecilla lo interrumpió y lo obligó a empezar de nuevo—. Seguro que querrás cambiarte de ropa.—Titubeó, tocó de nuevo la cadena del reloj e hizo un gesto afirmativo mientras se

disponía a marcharse—. La cena es a las seis.

Una cohibición densa como el calor de la tarde tropical que entraba por la veranda e inundaba el comedor, en la planta superior.

El *punkah-wallah*, un muchacho malayo escuálido, acucillado en el suelo y con la mirada vidriosa, mantenía en movimiento el chirriante abano del techo tirando monótonamente de la cuerda que lo unía al otro extremo. Un soplo de aire hacía titilar las velas del candelabro que descansaba en la mesa, si bien apenas podía hacer nada contra el pertinaz bochorno. Como tampoco era capaz Georgina de distender el ambiente en la mesa.

Mientras saboreaban los coloridos curries, con los que Anish creaba una explosión de sabores dulces, afrutados, picantes, directamente abrasadores, salados y ácidos, Georgina describió su viaje por el mar Mediterráneo y el descoyuntador trayecto de Alejandría a Suez, en el que vio las pirámides y la esfinge. Habló de Eliza y William Hambleton, un matrimonio jovencísimo a cuyo cuidado fue confiada durante la travesía y que de Singapur seguía hasta Hong Kong para llevar la medicina y la formación occidentales y la fe cristiana a China. Y habló largo y tendido de la tía Stella y el tío Silas y su casa en Royal Crescent; de los conciertos y los museos y los jardines que visitó y de las excursiones al campo que realizó, y de sus primos Stu, Dickie y Lee y de su prima Maisie. Esbozos trazados a toda prisa, sin aliento y sin profundidad, para que no pudiera hacerse un silencio incómodo en ningún momento.

Georgina creía sentir en todo momento los ojos de su padre fijos en ella. En una hija a la que no conocía, la adulta que tenía sentada a la derecha, con el cuerpo de manga corta y las faldas ahuecadas, el cabello peinado con raya y recogido cuidadosamente. Sin embargo, cada vez que lo miraba, tenía la vista clavada en el plato o en la copa. Era Paul Bigelow el que asentía en señal de conformidad, formulaba alguna pregunta, efectuaba algún comentario o se reía cuando no miraba ya a Gordon Findlay, ya a su hija.

—La tía Stella y el tío Silas te mandan recuerdos—se apresuró a decir Georgina a su padre, la voz aguda, casi estridente—. Sobre todo la tía Stella.

Gordon Findlay asintió circunspecto y acto seguido dejó los cubiertos en el plato. Con movimientos torpes, un tanto ceremoniosos, cogió la servilleta del regazo, la dejó a un lado en la mesa y se levantó.

—Si me disculpas. Tengo trabajo que hacer. Buenas noches.—Saludó con la cabeza, en un gesto contenido, a ambos lados—. Mister Bigelow, nos vemos mañana.

Paul Bigelow se levantó un tanto e inclinó levemente el torso.

—Buenas noches, señor. Hasta mañana.

Georgina escuchó los pasos de su padre, que se alejaban deprisa por el corredor y bajaban la escalera. El resto de su curry se desdibujó ante sus ojos, que se anegaron en lágrimas.

Se oía el estridente canto de las cigarras, un coro malicioso que se burlaba de las ilusiones que se había hecho de que después de tanto tiempo entre su padre y ella hubiese cambiado algo. Y el chasquido entre pesaroso y reprobador, las sonoras quejas que salían de las húmedas gargantas de las ranas toro eran como un continuo: ahí tienes. Te lo podríamos haber dicho nosotras.

—Dele algo de tiempo—oyó decir a Paul Bigelow con tiento, casi con delicadeza—. Y dáselo a usted también. No se ven desde hace una eternidad.

Mordiéndose el labio inferior, Georgina asintió.

—Sí.—Parpadeó con furia para no llorar y le dirigió una mirada de agradecimiento—. Sí, será eso.

Boy Two se movió del sitio que ocupaba, junto al trincherero, y mirando con cara de interrogación primero a Georgina y luego a Paul Bigelow, les ofreció vino. Al ver que asentían, les llenó las copas.

El *punkah-wallah*, que se había detenido un instante, probablemente pensando que la salida de *tuan* Findlay era la señal para que los demás se levantaran de la mesa, empezó de nuevo a tirar de la cuerda, y se volvió a escuchar el familiar chirrido del abano.

Con el brazo doblado apoyado en el respaldo, Paul Bigelow estiró las piernas y cogió su copa.

—¿La enviaron a Inglaterra por algún motivo concreto? No es mi intención ser indiscreto—se apresuró

a añadir—. Es solo... curiosidad.

—¿Es que no le ha contado nada mi padre?

Sus ojos se iluminaron un instante. Paul Bigelow la miró por encima del borde de la copa y bebió un sorbo despacio.

—El señor Findlay es escocés. Yo soy inglés. No hablamos mucho de cosas personales. Solo de negocios.—Su fina boca formó la sonrisa pícaro que parecía característica de él.

Y Georgina sonrió a su vez sin querer.

—Perdone. Lo había olvidado.

Paul Bigelow rio quedamente.

Georgina frunció el ceño, y su mirada se perdió entre la porcelana y la plata de la mesa.

—Dijeron que aquí, en el trópico, me embrutecería, al cuidado únicamente de criados nativos. Y que Singapur no era lugar para una niña.

Ensimismada, cogió un *chapati* de la cesta y empezó a desmigajarlo en el plato.

«Un niño necesita algo más que un techo sobre su cabeza.—En sus oídos resonaba la voz enérgica de su tía—. Algo más que ropa que ponerse y comida en la mesa.»

—Ese mismo año, cuando el cólera empezó a causar estragos, casi cada noche se producían robos en casas por todas partes y las agresiones a la luz del día aumentaban, mi padre pidió a mi tío Étienne que viniera a buscarme. Tanto más cuanto que ese año los negocios no le fueron especialmente bien y acariciaba la idea de cerrar la factoría de aquí y volver a la India.

—Cosa que no hizo.

—No. Y yo tampoco pasé mucho tiempo allí.—Aún se le subía la sangre a la cara cuando recordaba la rabia, la furibunda obstinación con que trató a su tío Étienne, a su tía Camille y a sus primitos—. Debí de tener un comportamiento terrible—musitó cabizbaja, y cogió otro *chapati*—. Y también cuando vino el tío Silas y me llevó a Londres.

Una sensación de calidez, un tanto opresora casi, inundó su corazón cuando se acordó de su tía Stella, una mujer excepcional, con los ojos azul acero y el cabello oscuro de los Findlay. A primera vista sumamente fría y severa cuando era preciso, pero que hizo todo cuanto estuvo en su mano, con la paciencia de un ángel, para darle un hogar a Georgina. Su tío Silas, corpulento y de menor estatura que su esposa, que le sacaba casi una cabeza, probó con toda clase de bromas para que la niña, que primero estaba hecha una furia y después se mostró obstinada, olvidara sus penas y se riera o al menos sonriese. Y Maisie, con sus gruesas trenzas y sus redondos ojos azules, que cedió de buena gana la mitad de su habitación a Georgina e incluso le regaló su segunda muñeca preferida, con su correspondiente ropita, que se mostró encantada en todo momento con su «nueva hermana», demostrando siempre un afecto desbordante, que hizo que la terca resistencia de Georgina no tardara en desinflarse.

—Seguro que no peor que nosotros, los chicos, de pequeños—repuso, risueño, Paul Bigelow—. Soy el menor de cinco hermanos. El hijo tardío. Siempre el más bajito. Ya se imaginará cómo nos las gastábamos en casa... y lo que sucedió después, cuando por fin fui lo bastante mayor para pagarles con la misma moneda.

Georgina recordó a Stu, Dickie y Lee, que en un principio la miraban con una mezcla de curiosidad y estoica indiferencia, pero después pasaron a tratarla con el mismo afecto rudo y fraternal malicia que a Maisie, y no pudo por menos de sonreír.

—Sí, creo que me lo imagino.

El sonido de la campana de una iglesia se coló por la veranda, infatigable y persistente en la oscuridad que reinaba al otro lado de las ventanas, y Georgina miró a Paul Bigelow con cara de interrogación.

—La campana de San Andrés. Toca todas las noches a las ocho, anuncia el toque de queda.

Georgina enarcó las cejas, y Paul Bigelow sonrió.

–Me temo que aquí no han cambiado mucho las cosas. Singapur sigue siendo todo menos una ciudad segura. Sobre todo cuando cae la oscuridad.

En silencio, Georgina se dejó envolver por el sonido metálico, vivo de la campana, que subía y bajaba de intensidad.

–Mi tía estaba decididamente en contra de que volviera aquí–dijo al cabo, en voz baja–. Aunque solo fuera por lo largo del viaje. Tenía miedo de que enfermara de fiebre tifoidea. Por no hablar de cómo se vive en esta ciudad.

Paul Bigelow se sentó recto y apoyó el recién afeitado mentón en la mano; el movimiento hizo que a Georgina le llegara un leve aroma a jabón acre. La cálida luz de las velas hizo que todo lo que tenía de añorado su rostro se desvaneciera, resaltando su lado enérgico, masculino. El perfil anguloso del mentón y las mejillas. La vigorosa nariz, las cejas bajas, rectas.

Solo la plana boca parecía dócil, casi maleable; en los ojos mostraba un brillo sereno.

–Y pese a todo, ha vuelto.

–Sí.–Sonó insegura, como si no terminara de creérselo–. Pese a todo, he vuelto.

Sentada en la veranda, Georgina contemplaba la lluvia, que se derramaba sobre el jardín.

Había vuelto. Había dejado atrás la niebla gris, el ruido ensordecedor de Londres, que recordaba al ajeteo que precede a la partida en una mañana sempiterna, había vuelto a la tarde eterna de Singapur, calurosa, silente, idílica.

La tensa, en ocasiones agitada jornada en Royal Crescent, a la que en un primer momento se resistió encarnizadamente y con el tiempo se sometió, allí discurría entre el primer café, al despuntar el día, el arroz con curry de las nueve, el *tiffin* de mediodía y la cena. Una lentitud casi indolente que sentó bien a Georgina y acabó con el cansancio que arrastraba tras el largo viaje. Una curiosa mezcla de vacío y libertad por la que se dejaba llevar durante el día y que la devolvió a su antigua nueva vida.

Ya había escrito todas las cartas que debía escribir: a su tía Stella, en la que daba recuerdos a su tío Silas y a sus tres primos; una aparte a Maisie; una tercera a Hong Kong, agradeciendo una vez más a los Hambleton su compañía durante el viaje. Ya no tenía nada más que hacer para ocupar las horas del día en cuanto su padre y Paul Bigelow iban a la ciudad después de desayunar y volvían al término de la jornada.

Había vuelto, pero aún no se sentía como en casa.

Seguía sintiéndose una intrusa en L'Espoir, alguien que trastocaba los arraigados rituales de los dos hombres. Cuando en la mesa las conversaciones giraban en torno a los precios y al margen de beneficio de la nuez moscada y el índigo, el hilo de cobre, el arroz y la caña de azúcar. A las dificultades económicas que, desde hacía dos años, seguían retrasando la apertura—aplazada una y otra vez— del hospital para menesterosos en Pearl's Hill, erigido por el *towkay* chino Tan Tock Seng. Cuando se comentaban los últimos rumores que afirmaban que Edward Boustead, competidor de Findlay, después de que abandonara su socio el año anterior, asimismo no tardaría mucho en apartarse de la compañía y regresar a Londres, y se especulaba sobre las posibles consecuencias tanto para Boustead como para Findlay & Boisselot.

Hasta que ambos hombres caían en la cuenta de la presencia de Georgina en la mesa, interrumpían la conversación con unas tosecillas y, tras una pausa embarazosa, cambiaban de tema y pasaban a hablar de algo más superficial, casi siempre del tiempo. Antes de que, poco después de tomar el postre, se retiraran al despacho o a la veranda para seguir dedicándose a los negocios, fumando o tomando una bebida espirituosa, sin que nadie los molestara.

Georgina se sentía como si fuese una visita inesperada e incluso un tanto importuna, de esas que en el fondo uno desea que se vaya. Por las escasas y parcas observaciones, como irrelevantes, de su padre. Un amago de sonrisa de cuando en cuando, leve y circunspecto, casi furtivo. Por la forma en que Paul Bigelow le ofrecía salir a dar un paseo a caballo a primera hora de la mañana con él y uno de los *syces*, se interesaba por sus planes para el día y le proponía ir a ver el *godown* de Findlay & Boisselot, en Commercial Square, «si se presenta la ocasión». Una cortesía diligente, tras la que de vez en cuando asomaba otra cosa, que, sin embargo, no se llegaba a articular.

«¿Qué vas a hacer en ese sitio?»

Una pregunta que su tía le planteaba una y otra vez, y que Georgina despachaba encogiéndose de hombros. A alguien como su tía Stella, que se movía como pez en el agua por la maraña del estilo de vida británico, con el que estaba familiarizada desde que era pequeña y con el que había crecido, no podía hacerle entender hasta qué punto su paz interior dependía de ese regreso.

No para empezar de cero, como si fuese una hoja en blanco, como si no hubiera pasado nada. No para reanudar su antigua vida en el punto en que había sido interrumpida hacía siete años, quizás incluso antes. Sino para tomar las riendas de los lazos que la unían a esa isla. Unos lazos sin los que nunca estaría completa. Telarañas delicadas y frágiles, y, sin embargo, duraderas e indestructibles, que encerraban

antiguos secretos. Preguntas que seguían sin respuesta porque aún no habían sido formuladas. Historias que aún estaban por contar.

«¿Cómo será tu vida en el futuro?»

A la tía Stella le resultaba inconcebible que Georgina pudiera desviarse del camino que tan cuidadosamente y no sin esfuerzo había trazado para ella. Instruyéndola, enseñándole modales y los necesarios matices de la etiqueta. Para que algún día su sobrina fuese un buen partido y demostrase ser un miembro valioso de la sociedad burguesa.

No entendía que Georgina tuviera que volver al pasado para poder mirar hacia delante.

Una vez más su mirada descansó en la espesura del bosquecillo, que brillaba con la humedad y goteaba ahora que la lluvia remitía, desprendiendo vapor con el calor del sol, que había salido de repente. Cada día se proponía recorrer la vieja senda que atravesaba la desbordante verdura. Comprobar lo que quedaba allí de su infancia, reencontrarse con sus recuerdos, evocar lo olvidado. Sin embargo, en su deambular por el jardín solo se había atrevido a acercarse a esa isla agreste, en su día tan querida y un refugio seguro para ella.

Como si ya fuese lo bastante mayor para creer en los fantasmas que acechaban en ella.

Georgina dobló las piernas y, ensimismada, se pasó la mano por la fina, descolorida tela del *sarong* estampado marrón. Cuando su padre y Paul Bigelow no estaban en casa, iba descalza y seguía llevando la ropa de su madre, en parte por tristeza y nostalgia, en parte para fastidiar a Cempaka. Quizás hubiese llegado el momento de comprarse sus propios *sarongs* y *kebayas*. Aún le quedaba algo del dinero que su tío Silas le había entregado para el viaje, y seguro que su padre le daba algo si se lo pedía.

Se levantó y entró en casa para ponerse de prisa uno de sus ligeros vestidos de verano.

Los recuerdos afluyeron mientras recorría el accidentado camino de la costa en *palanquin* y por las ventanillas, que antes solo le llegaban por la punta de la nariz, desfilaban a un lado casas, y al otro, olas y barcos.

«*Viens, mon p'tit ange!* Vamos a buscar a papá al trabajo.»

A menudo *maman* iba con ella a la ciudad, al *godown* de su padre, y nunca sin una cestita o una lata con dulces caseros: *kozhukattai*, saquitos de harina de arroz y coco rallado; *kaju katli*, una pasta de anacardos triturados especiada con cardamomo y cortada en forma de rombo; y *laddu*, bolitas dulces que Anish hacía siempre de distintas variedades y colores, con almendras o pistachos, frutas o sésamo, blancas, amarillas, verdes o anaranjadas.

Siempre que iban a verlo, su padre se alegraba, y mientras tomaba una taza de té con su madre, Georgina, con la barriga llena de azúcar, jugaba en el suelo con monedas de otros países y construía palacios con cajitas de cigarros puros.

Por el camino, *maman* le iba hablando de lo que veían o le enseñaba cancioncillas infantiles. O cantaban canciones juntas que la *grand-maman* de Georgina había llevado a la India de su país natal.

*Sur le pont d'Avignon,
L'on y danse, l'on y danse...*

Al rostro de Georgina asomó una sonrisa, y sin darse cuenta abrazó con más fuerza la lata que tenía en el regazo: *khaja*, pastitas de harina de trigo, blandas y embebidas de melaza por dentro, que le había sacado a Anish por medio de halagos.

El ruido de la ciudad, metálico, estruendoso, estridente, entraba en el *palanquin* y lo zarandeaba como si de una tormenta impetuosa se tratase. Georgina oyó las imprecaciones del *syce* y acto seguido el coche frenó en seco.

Al mirar por la ventanilla Georgina vio un fardo enorme de ropa limpia en equilibrio sobre la cabeza de un *dhobi-wallah*. El *palanquin* estaba embutido entre otras literas que querían ir en la misma dirección o en dirección contraria.

—¡Jati!—exclamó—. ¿Qué pasa?

Delante el *syce* se volvió en el pescante. El *palanquin* de los Findlay era uno de los pocos de la ciudad que se guiaba desde ese sitio, ya que a Gordon Findlay le parecía inhumana la práctica habitual de que el *syce* caminase junto al caballo, motivo por el cual Jati se sentía orgulloso de su trabajo, del *palanquin* y de *tuan* Findlay.

Su rostro, tostado y arrugado como una nuez, estaba compungido.

–*Minta maaf*, le pido disculpas, Miss Georgina. Ahora mismo seguimos.

Georgina profirió un suspiro y se retrepó en el asiento. Una de sus rodillas empezó a moverse sola, sus dedos tamborileaban veloces sobre el borde de la lata, y sacó la cabeza por la ventanilla. Vio que más adelante había un tiro de bueyes atravesado, que a todas luces no avanzaba ni retrocedía ni un centímetro. La pareja de animales, de un gris delicado, se negaba a moverse, con la cabeza gacha, haciendo oídos sordos a las órdenes dadas a gritos, las llamadas persuasivas y los latigazos.

Tras el carro de bueyes ya se distinguía el arco del puente, por el que avanzaban, cada una en un sentido, dos hileras de carros y literas, ya a trompicones, ya con fluidez.

Georgina recordó que antes el *syce* siempre las llevaba hasta ese puente, que entonces era más estrecho y por el que no transitaban literas. A partir de ese punto seguían a pie, Georgina, bien agarrada de la mano de su madre, que con sus amplias faldas caminaba a buen paso, la cabeza alta y las alas del enorme sombrero de paja ondeando al viento. Georgina no se cansaba de mirar y admirar a su madre, que era delgada y grácil, pero parecía tan orgullosa y resuelta que todo el mundo la dejaba pasar de inmediato. Como si se le notase que en la India acompañaba a sus hermanos cuando salían a cazar tigres.

Parecía una leona, pensaba a menudo Georgina, con los almendrados ojos castaños, salpicados de dorado y verde, sobre todo por la mañana y por la noche, cuando llevaba el cabello castaño oscuro suelto, cayéndole por la espalda, abundante y liso como la seda. Para Georgina, con sus cuatro años, aquella era una marcha el doble de intensa, tras la cual la mayoría de las veces se quedaba dormida en el regazo de su madre en el camino de vuelta. Un tramo que ahora salvaría en un pispás, no le cabía la menor duda, pues Singapur no era una ciudad grande, casi resultaba demasiado pequeña para la cantidad de personas, carros y abundantes mercancías, y las distancias no eran insalvables.

Georgina no aguantó más: abrió la portezuela y se bajó del *palanquin*.

–Voy delante–informó al *syce*–. Tú ven cuando puedas.

Jati abrió los ojos de par en par y soltó un gallo.

–¡No, Miss Georgina! ¡Pero si no será mucho tiempo! ¡Espere! Por favor, Miss Georgina.

La muchacha se despidió alegremente de él y se abrió paso entre las demás literas.

... *sur le pont d'Avignon*

L'on y danse tout en rond.

Con la lata de pastas bajo el brazo, Georgina canturreaba para sí, y el sombrero, atado delante con cintas, bailaba a la espalda al ritmo de sus largos pasos. Se sentía libre y ligera mientras salvaba la subida del puente, al encuentro de las vistosas fachadas de los *godowns* chinos; en los rótulos, los caracteres negros y dorados, que recordaban a grullas y pagodas, a ramas en flor, hojas de palma y amelos, sobre un fondo rojo escarlata. En una ocasión, mucho después, estuvo en ese mismo sitio con Ah Tong; cuándo exactamente y por qué era algo de lo que ya no se acordaba. Pero sí que recordaba aún las tiendecitas y los puestos que había al otro lado de los *godowns*, un montón de cosas extrañas y coloridas y olores sumamente intensos, en parte emocionantes por desconocidos, y rostros chinos que la miraban con amabilidad.

Si antes casi daba saltos de impaciencia, ahora se detuvo en el punto más alto del puente, en un extraño estado de indecisión, entre la alegría desbordante y la dicha serena. Con los antebrazos apoyados en el pretil, miró al sol entornando los ojos para reunir fragmentos de luz, colores, olores, imágenes y sonidos.

El murmullo del río contra los cascotes de los barcos. El brío con el que los culis se pasaban cajas, los

tendones y las venas de los delgados brazos abultados como el resistente bramante de los paquetes. Verde jade. Azul de ultramar. Rojo amapola. Carcajadas en alguna parte y una alegre cancioncilla silbada. El olor a humedad, a moho del barro, y bajo este el poso como de civeto de *night soil*, la «suciedad de la noche», como llamaban allí a las aguas negras de la ciudad. La acidez de la piedra, la madera y el musgo mojados, putrefacción y moho. Pasos presurosos detrás de ella; un chacoloteo de cascos, el traqueteo de las ruedas de los coches. Rápidas cadenas ascendentes y descendentes de los sonidos sibilantes nasales del chino y los más bajos, volubles de los dialectos malayos. Los ojos pintados en la proa de los *tongkangs*, cuya aguda vista debía descubrir los peligros del camino. La forma y la estructura de las nubes en el cielo. Un aroma a canela y cardamomo, polvo de carbón y virutas de madera, y el olor acre, embriagador del incienso, que se quemaba para proteger del mal y a modo de ofrenda en el muelle. El sonido de metal contra metal y un centelleo dorado a lo lejos. El aire en su piel, un aire que llevaba consigo el saludo del cercano mar.

Los Gillingham no tuvieron la culpa de que en Londres no llegara a sentirse nunca como en casa. Pese a que por su aspecto, el color de su piel y sus ojos era una Findlay de pies a cabeza, allí siempre se había sentido una extraña, en lo más profundo de su ser moldeada y marcada a una edad temprana por el trópico. Le gustaba la comida picante y con abundancia de especias, lo dulce nunca era lo bastante dulce para ella a menos que le dolieran los dientes, y sus colores preferidos eran subidos hasta rozar lo chillón. Al parecer su sangre no era lo bastante espesa para la fría Inglaterra, incluso en verano, y se sentía fácilmente susceptible, desmesurada en sus sentimientos. Cosa que no parecía casar con ella, que de cara a los demás a menudo era tan callada, tan reservada, que daba una grata apariencia de docilidad.

Bajo la superficie de filigrana cincelada, discreta y ordenada de Inglaterra, siempre echaba de menos algo primitivo, elemental. Exuberancia en todos los sentidos. Algo de pasión. Algo de magia.

Georgina se puso de puntillas y se inclinó sobre el pretil. Como si allí abajo, en las mansas, pardas y salobres aguas del río Singapur, pudiese no solo recuperar su infancia, sino también ver su futuro.

Unos gritos breves, repentinos la asustaron. En una de las barcas del muelle, dos culis la escrutaban con una ancha sonrisa y le decían cosas que ella no entendía.

Georgina se sonrojó y se apartó de inmediato del pretil, dispuesta a darse media vuelta a toda prisa. Pero unos ojos oscuros hicieron que no se moviera del sitio, atrayéndola de manera irresistible.

Unos ojos como gotas repletas de un océano negro, serenos y de una profundidad insondable; inquisitivos, escépticos, esperanzados.

Levantó la vista movido por la curiosidad, cuando estaba izando la vela de su barca. Por la mañana aún cargada con los tesoros del mar, se mecía levemente, como un corcho en el agua, y tiraba con impaciencia de la soga con que estaba amarrada al muelle.

Su chino no era muy bueno, se reducía a poco más de lo necesario: palabras aisladas y modismos que había ido aprendiendo con el tiempo. En los *godowns* de los *taukehs*, en los que lo saludaban en malayo y regateaba en malayo. En las calles de la ciudad y allí, en Boat Quay. Sin embargo, le bastó para enterarse de lo que tanto alteraba a los culis que tenía al lado. Con la agradable sensación de tener todo el tiempo del mundo el resto del día, incluso para prestar atención a semejante nimiedad, sus ojos siguieron las miradas de los culis. Hasta la muchacha, casi una niña aún, que estaba inclinada sobre el puente Thomson.

Mientras los culis discutían si era una *ang mo char bor*, si era blanca, aunque no tenía el cabello rojo ni rubio, o más bien una *chap cheng kia*, una mujer de sangre mezclada, la sonrisilla se borró de su rostro.

Las cicatrices del brazo, de la pierna, que no eran las más recientes de su cuerpo y se habían curado hacía tiempo, empezaron a latir levemente. Delicado y trémulo como un ala de mariposa, el recuerdo lo rozó antes incluso de que él la reconociera realmente o reparase en el parecido.

Los dos culis le lanzaban comentarios que sonaban como probablemente lo hicieran en el resto del

mundo cuando los hombres querían llamar la atención de una mujer que les gustaba: cumplidos entre torpes y obscenos. Ella se irguió a toda prisa, y el recuerdo lo golpeó con toda su furia. Como un puñetazo en el estómago que le cortó la respiración.

Su cabello, con raya en el medio y recogido en la nuca, era tan oscuro como él lo recordaba, castaño vivo, como la madera de palma pulida. Gruesos mechones ondulados enmarcaban el aún delgado rostro, en su definido contorno más abierto que antes, con un toque de delicadeza femenina, la justa para que pareciese interesante en lugar de únicamente bello.

El leve rubor que teñía sus altos pómulos se tornó más intenso cuando su mirada se cruzó con la de él, y su entrecejo, hacía un instante fruncido debido al enfado, se relajó y a continuación se enarcó en una pregunta muda.

La cuerda de la vela se le resbaló de las manos, mudo de asombro al ver en qué se había convertido la extraña niña que lo encontró en aquella casita del jardín, le cosió la pierna y sostuvo su mano cuando tenía fiebre.

Debían de haber pasado siete años, los había ido contando.

Soplaban vientos del este, como ahora, una época que en el calendario de los *orang putih* correspondía a los meses de febrero, marzo y abril, dependiendo del año incluso hasta bien entrado mayo.

Fueron sus ojos los que despejaron las últimas dudas. Esos ojos singulares, de oscuras pestañas, del mismo azul intenso, casi violeta, del cielo vespertino poco antes de que cayese la oscuridad. Unos ojos que reconocería entre miles.

No había vuelto a ver unos ojos así, y eso que siempre se fijaba.

«Nilam.»

Su boca formó su nombre sin pronunciarlo, y después levantó la mano despacio.

Por el brillo de la mirada de la muchacha vio que lo reconocía, y a él empezaron a zumbarle los oídos. Y cuando su boca dibujó una tímida sonrisa, esta lo arrastró consigo como antaño hiciera la ola que lo devolvió a la orilla.

Por un instante el tiempo se detuvo y retrocedió.

Georgina volvía a tener nueve años, casi diez. Sus manos sentían la piel del joven pirata que el mar le llevó para después arrebatárselo. La criatura marina que con sus relatos del extraño mundo del que venía la fascinó y embelesó.

Recordaba la marea de su respiración cuando dormía. Las cabezas inclinadas sobre las hojas del libro, casi tocándose, su pequeña mano en la de él. Su *selkie*, que la dejó con el corazón rebosante de nostalgia.

Georgina volvió bruscamente al presente cuando el hombre que tenía los ojos de Raharjo saltó de la barca al muelle y salió corriendo hacia el puente. Sueño y realidad, pasado y presente perdieron el equilibrio y chocaron entre sí, enfureciéndose, y a Georgina le faltaron los pies. De pronto insegura y tímida, quiso salir corriendo, buscar a toda prisa un lugar donde esconderse y agazaparse en él. Pero sus piernas no la obedecían; con la lata apretada contra el cuerpo con los brazos cruzados, lo miraba fijamente; el estómago era un mar de sensaciones.

Al rostro de él asomó una sonrisa, clara y luminosa en su morena piel, como la camisa blanca que llevaba. Aflojó el ritmo y se detuvo ante ella.

Georgina se aovilló ante la mirada de Raharjo, con la que daba la impresión de tomar nota de cada detalle, por pequeño que fuese; o quizá se solazara en ella, no estaba segura.

–Nilam.–Con la mayor naturalidad del mundo, le pasó las manos por las mangas del vestido azul celeste, deteniéndose un instante en los codos, con tanta delicadeza que ella sintió poco más que un calor fugaz–. Mírate. Estás hecha una *nyonya* elegante.

Su voz se había vuelto más grave aún; sonaba melodiosa y áspera, una alfombra oscura y tupida.

«Raharjo.» Tuvo que levantar la cabeza para mirarlo a la cara.

El larguirucho cuerpo juvenil de antaño, que no era sino ángulos marcados y huesos puntiagudos, era entonces el de un hombre ágil y fuerte. Y también sus rasgos habían alcanzado una armonía masculina, compacta, casi dura, y de una belleza austera.

Georgina logró a duras penas dejar de mirarle la boca, esos labios sensuales, sinuosos, que la turbaban, y señaló el muelle.

—¿Tu barca?

—Mi barca—confirmó él—. Y en el mar, ante la costa, está anclado mi barco. No es grande, pero sí veloz.

Georgina esbozó una sonrisa que se borró casi en el acto, cuando la atenazó el pesar de antaño.

—¿Por qué no volviste?—musitó, con la cabeza baja.

Notaba sus ojos fijos en ella.

—Regresé, Nilam. Más de una vez. Pero no te volví a ver.

Georgina asintió.

—Estuve...—Su lengua lidiaba torpemente con los sonidos del malayo—. Pasé unos años fuera. Con... parientes. He vuelto hace solo unos días.

Su mirada vagaba inquieta, hasta que se detuvo en Raharjo.

Él la miraba como si buscara en sus ojos a la niña que vio por última vez hacía siete años. Como si intentara averiguar dónde había estado, qué experiencias había vivido y en quién se había convertido.

—¡Miss Georgina!

La aludida se volvió. El *palanquin* de L'Espoir subía por el puente entre una hilera fluida de coches, y Jati le hacía señas con la mano, agitado, desde el pescante.

—Aquí, Miss Georgina, aquí.

La muchacha se volvió un tanto, a regañadientes, pero no se movió del sitio. No sabía qué hacer.

—Espera.—Raharjo la cogió por el codo y la atrajo hacia sí—. ¿Mañana? ¿En nuestro sitio?

Georgina solo pudo asentir. Después echó a correr por el puente, como si pisara nubes. Antes incluso de que el *palanquin* parara del todo, abrió la portezuela y se subió a él.

La litera reanudó la marcha, y Georgina se inclinó hacia la ventanilla.

Raharjo seguía allí, mirándola erguido, descalzo, con sus pantalones claros y la sencilla camisa, el viento peinando su negro cabello.

—¿Va todo bien, Miss Georgina?—oyó que le preguntaban desde delante cuando siguieron puente abajo y ella dejó de ver a Raharjo.

—Sí, Jati.

Georgina respiró hondo, se apoyó en el respaldo y escuchó el tamborileo dichoso de su corazón.

Su *selkie* había vuelto a su lado.

Inclinada y con la cabeza encogida, Georgina se adentró en la espesura, que rezumaba humedad por todos sus poros. Iba apartando ramas con ambas manos, a cada pocos pasos se veía obligada a parar porque el *sarong* se le había quedado enganchado en algo. La acribillaba el canto chillón de las cigarras, que acallaba el bramido de las olas. En alguna parte algo se deslizó inquieto por las copas de los árboles, tal vez una ardilla gris a la que había asustado.

Notó un revoloteo intranquilo en el estómago cuando subió los pasos de la veranda, cuya madera crujió bajo sus pies, descalzos. Respiró hondo y entró en la luz crepuscular verde irisada del pabellón. La envolvió un olor a musgo, a moho y podredumbre dulzona que sabía a infancia, a horas dichosas, extasiadas y a soledad, y las lágrimas se le saltaron.

El crujido de la arena y la sal la acompañó en su recorrido por la estancia; fue acariciando con manos temblorosas los muebles, que habían sido víctimas de las inclemencias del tiempo, como si explorase un barco hundido en el fondo del océano. El aire por el que se movía era húmedo y pesado; si el mar aún rondaba la casa de L'Espoir, el pabellón le pertenecía desde hacía tiempo.

—¿Raharjo?—musitó en el umbral, aunque vio que la habitación estaba desierta. La familiar sensación de abandono se adueñó de ella, y se abrazó el cuerpo.

Su mirada descansó en el tocador, al que se acercó sorprendida. Sonrió al pasar la mano por las cosas que había allí.

Una concha ovalada, casi tan grande como un puño, con la reluciente superficie manchada como un leopardo, resbaladiza debido a la humedad y al velo de musgo que se había asentado en ella con el tiempo. Un peine con filigrana de carey atigrado. Una piedra negra, porosa, que Georgina hizo girar entre los dedos, perpleja, hasta que su semblante se iluminó al ver en ella un junco chino. El abanico de madera, abierto, se había deformado por completo, el papel ondulado y con manchas de moho, la pintura corrida en algunos puntos. En contra de lo que dictaba el sentido común, intentó ponerse la pulsera de conchitas ensartadas. Puesto que había sido hecha para la mano de una niña, le resultó demasiado pequeña; hacía unos años sin duda le habría entrado.

—¿Te gusta?—De la puerta de la veranda le llegó la voz queda de Raharjo.

Sin levantar la vista, Georgina asintió, contemplando cada una de las conchitas de colores pastel que tenía entre los dedos.

—¿Es todo para mí?

—Cada vez que venía aquí traía algo.—Se acercó—. Algo que me encontré o compré por el camino. Algo que pensaba que te gustaría.

—¿Por qué?—Lo miró con los ojos muy abiertos.

Por toda respuesta él se encogió de hombros.

—Puedo hacértela más grande—musitó cuando llegó hasta ella y cogió la pulsera con el dedo índice mientras le pasaba por encima el pulgar—. O hacerte otra.

—No.—Georgina cabeceó—. No quiero otra. Y quiero dejar esta como está.

Que Raharjo no solo se acordara de ella, sino que hubiese estado pensando todo el tiempo en ella la subyugó, casi era más de lo que podía soportar.

—Cuéntame qué ha sido de ti, Nilam—pidió.

Bajo la malla de la mosquitera, Georgina le habló de la India y de la lejana isla en el frío mar. Lugares que se hallaban más allá de las aguas que los *orang laut* recorrían en sus barcos y que Raharjo solo conocía de oídas. Georgina no se dio cuenta de cómo se entretejían los recuerdos que su madre se había llevado de la India; las historias de su padre, los cuentos, los mitos y las leyendas con los que había crecido. Sus sueños, sus esperanzas y decepciones, y la magia que seguía desprendiendo Raharjo. Cómo adornaba aquí algo, dejaba fuera algo allí, retomaba en otro punto un hilo suelto. Tendida en esas

sábanas que olían a mohó, hiló un paño de vivos colores, con bordados primorosos y ribetes brillantes, que extendió sobre ella y Raharjo.

Frente a frente, se sumergieron en la mirada del otro y tendieron un puente entre sus recuerdos y los cambios que el tiempo había ocasionado. Hasta que el gris ahumado de los nubarrones se coló en la estancia y la llenó de oscuridad.

El retumbar de los truenos, el murmullo de la lluvia que repiqueteaba en el tejado, caía y golpeaba el suelo acallaron las palabras. En la súbita claridad de los rayos lograban verse, rara vez más de un instante.

La boca bien dibujada de Georgina, la curva enérgica, casi porfiada de la barbilla. La oquedad del nervudo cuello de Raharjo y el pronunciado surco que se abría a lo largo de la clavícula, que dejaba al descubierto la abertura de la camisa. El remolino rebelde del cabello, aunque lo llevaba más corto que antes. Una suerte de hoyuelo en las mejillas de Georgina cuando sonreía de una manera determinada. La boca de Raharjo, tan delicada en comparación con la dura línea de la mandíbula.

Meros detalles que solo eran visibles fugazmente antes de que ambos se convirtieran de nuevo en sombras que tendían de manera imperceptible la una hacia la otra, atraídas por la cercanía, el calor del otro.

Se coló una luz azul, tan viva que iluminó la estancia hasta el último rincón e hirió los ojos; antes de que se extinguiera se oyó el restallar de un trueno, ensordecedor y desgarrador en su furia, con el que la tierra se estremeció, el pabellón tembló y pareció inclinarse hacia el embravecido mar. Un demonio desatado que se alejó a regañadientes y estruendosamente.

La mano de Raharjo se posó en el hombro de Georgina.

—No tengas miedo. No pasa nada.

—No—repuso ella, más asombrada que asustada—. No pasa nada.

El peso de la mano cedió, como si fuese a apartarla; luego, tras vacilar un instante, Raharjo le rodeó con más fuerza el hombro. La cabeza de Georgina descansó en su pecho, y envuelta en su olor a cuero y canela, a mar y algas, en los tranquilizadores latidos de su corazón, la muchacha cerró los ojos.

Solo más tarde supieron que el rayo había caído cerca: en la nueva torre de San Andrés, por segunda vez.

Un mal augurio, a juicio de los chinos y malayos de la ciudad, que alimentaba los incesantes rumores de que la iglesia estaba maldita y la visitaban malos espíritus. Y aunque la iglesia se mantuvo valientemente en pie, pese a los daños en la mampostería y las vigas, ese día el rayo que cayó decidió el destino de San Andrés.

Los últimos retazos de nubes planeaban sobre el calmo mar de tinta, dejando tras de sí un rastro de brillante luz celeste. Con renovado brío las espumeantes olas se acercaban a Beach Road, mientras un silencio absoluto, satisfecho, envolvía el jardín. Solo de tanto en cuanto hendía la noche la vocecita de una cigarra, una rana toro croaba y en alguna parte caían las últimas gotas de las copas de los árboles. El aire era cálido y zalamero, directamente balsámico.

Una noche que era como una promesa. Una noche que era demasiado hermosa para dormir.

Con el cabello suelto y sin zapatos, pero aún vestida con la ropa de la cena, Georgina salió a la veranda a tan tardía hora. En un rincón oscuro entre las columnas bebió la noche a grandes tragos y celebró cada uno de sus pensamientos en Raharjo.

Oyó que se acercaban pasos, lentos y, sin embargo, decididos, y Georgina volvió la cabeza. Contra la tenue luz de la planta inferior se recortó la silueta de Paul Bigelow, que se acercó a la balaustrada, dejó un vaso encima y se encendió un cigarro puro. Georgina estaba sopesando si dar a conocer su presencia o no cuando él alzó la cabeza y miró hacia ella amusgando los ojos.

—¿Miss Findlay? Disculpe, no sabía que estaba aquí. He...

Gesticuló con el puro encendido.

–No se preocupe, no me importa.

Sin embargo, él parecía intimidado al expulsar el humo al jardín; un olor acre, rasposo, que especiaba el dulzor de la noche y despertaba recuerdos. De las visitas que llegaban antes a L'Espoir, sobre todo caballeros con levita cuyas ruidosas voces se tornaban un plácido murmullo cuando le hacían cosquillas bajo el mentón a la pequeña Georgina, antes de que se reunieran con su padre para beber y fumar. Mientras tanto las escasas damas presentes se quedaban con *maman*, y no paraban de expresar su pasmo al ver el contraste del cabello oscuro y los ojos de la pequeña, «azules como las violetas».

Una comparación que a Georgina no le dijo nada hasta que a los once años, en Inglaterra, vio por primera vez un campo repleto de violetas. Con la enfermedad de su madre las visitas a L'Espoir se volvieron menos habituales, y poco después inexistentes, hasta que el único invitado acabó siendo el señor de la casa, que volvía a L'Espoir tarde, para pasarse unas horas en el despacho y descansar un poco.

–Menuda noche–comentó Paul Bigelow, pensativo, entre trago y trago–. Y después de semejante tormenta.

Georgina profirió un sonido de aquiescencia.

–No sé si llegaré a acostumbrarme al tiempo de Singapur–añadió con una carcajada–. Este calor. Y estos aguaceros casi a diario.

–Sin duda–repuso Georgina; la conversación trivial, cortés, no era uno de sus fuertes, siempre le ponía un poco nerviosa–. Cuando lleve unos años más aquí...

–Todo depende del rumbo que tomen las cosas.–Paul Bigelow hizo girar el cigarro entre los dedos y respiró hondo–. Sí, con toda seguridad aún me quedan algunos años.

Cómo no sabía qué decir a eso, Georgina se limitó a asentir.

Él la miraba de reojo.

–¿Podré convencerla alguna vez de que salga a dar un paseo a caballo conmigo, Miss Findlay?

Ella sonrió.

–Lo cierto es que no me gustan los caballos. Y me temo que tampoco monto muy bien.

–Yo le puedo enseñar.

Georgina se rio.

–Se esforzaría usted en vano, Mister Bigelow. Incluso mi tía se vio obligada a admitir que había tirado por la ventana el dinero que invirtió en las clases de equitación.

Él se apoyó en la balaustrada y la miró fijamente.

–Creo que es mejor que sepa que no acepto un no por respuesta sin más ni más. Puedo ser muy insistente.

Un comentario que, aunque hecho alegremente, era serio y denotaba seguridad en sí mismo.

–¿Quiere que le traiga alguna cosa más, *tuan* Bigelow?

Cempaka apareció en el umbral, con las manos unidas delante del pecho. Una silueta esbelta, como la de un pájaro, contra la suave luz del interior de la casa, mantenía la cabeza baja, de un modo desconcertantemente sumiso.

–No, muchas gracias–contestó Paul Bigelow con amabilidad.

–¿Desea alguna otra cosa?–Su voz, por lo común tan ruda, era aterciopelada como el aire nocturno.

–No, gracias, Cempaka, todo está perfecto.

–En ese caso le deseo que pase una buena noche, *tuan* Bigelow.

Cempaka dio medio paso atrás con aire vacilante.

–Pero quizá Miss Findlay...–Su tono tenía algo enérgico, provocador.

Cempaka levantó la cabeza como si fuera una grulla, dispuesta a defender su territorio utilizando el pico como arma.

–Gracias, no quiero nada–se apresuró a decir Georgina, casi atragantándose con las palabras–. Me

iré a la cama pronto.

Cempaka asintió majestuosa y entró en la casa con la cabeza bien alta, toda ella expresando su antipatía.

Georgina captó la mirada de interrogación de Paul Bigelow y se encogió de hombros.

—No soy de su agrado.

—Ya me he dado cuenta. Y no es la primera vez.—Volvió la cabeza—. Cempaka lleva mucho tiempo aquí, ¿no es cierto?

—Desde que tengo uso de memoria.—Georgina salió de su oscuro rincón y fue hacia Paul Bigelow—. A mi madre la sigue idolatrando a día de hoy, por encima de todas las cosas, pero a mí siempre me hace sentir culpable, como si hubiera hecho algo malo. Algo terrible que no me puede perdonar.

—No debería pensar eso.—Levantó la mano como si fuese a tocarle el brazo, pero en el último momento pareció cambiar de parecer y pensar que no era apropiado, de manera que se la pasó por el corto pelo—. Aunque yo ya era un muchacho cuando, en el plazo de un año, perdí primero a mi madre y después a mi padre, sería incapaz de imaginar qué habría sido de mí sin mis hermanos.—Su mirada vagó por el jardín hasta detenerse en ella—. Su infancia tuvo que ser muy solitaria.

De pronto Georgina se sintió a disgusto, como si estuviera delante de él a medio vestir, y se rodeó el cuerpo con los brazos. Él se echó hacia delante, tanto que su aliento le rozó las mejillas.

—Me gustaría mucho ser un buen amigo suyo, Miss Findlay—dijo en voz baja.

Tras ellos se oyó una tos, y Paul Bigelow retrocedió deprisa.

—Buenas noches, Miss Findlay.—Cogió su vaso—. Buenas noches, señor.

Gordon Findlay farfulló algo a modo de respuesta cuando Paul Bigelow pasó por su lado y a continuación se acercó a Georgina. Su corazón latió esperanzado al ver a su padre, en la crepuscular luz, un abedul nudoso, gris plateado y negro.

—Fue muy amable por tu parte que te pasaras ayer por el despacho—aseguró al cabo de un rato—. Una sorpresa, pero grata.

Las impresiones que Georgina tenía del *godown* de la compañía Findlay & Boisselot estaban borrosas, desdibujadas una y otra vez por el delirio en que la sumió el reencuentro con Raharjo, y solo había quedado en pie un puñado.

Por extraño que pudiera parecer, el *godown* no había cambiado mucho, a juzgar por el terrible caos de cajas, sacos y barriles de la planta baja, que desprendían un olor a madera y metal. A pimienta, té y jengibre y a todos los demás géneros que se almacenaban provisionalmente allí. Tampoco el despacho, en la planta de arriba, con sus libros de contabilidad y sus montones de papeles y los mapas de las paredes, el aire sofocante apenas refrescado un poco por los abanos de los *punkah-wallahs*.

Gordon Findlay carraspeó con aire reservado.

—¿Ya... ya te has aclimatado?

—Un poco, sí.—Georgina sonrió para sí.

Si allí, en la casa, con ella, su hija, Gordon Findlay parecía torpe y vacilante, en el despacho se mostraba decidido y enérgico, igual que antes. Ahora con Paul Bigelow como si fuera su sombra, que dirigía la compañía con él como el engranaje de un reloj perfectamente engrasado.

Sus dedos acariciaron la balaustrada, inquietos.

—¿Piensas quedarte? ¿Mucho tiempo?

La pregunta fue como una bofetada; Georgina tardó un poco en recuperarse.

—Naturalmente.—Su voz sonó herida—. Esta es mi casa.

—Sí. Claro.—Expulsó el aire ruidosamente, en una especie de suspiro—. En ese caso probablemente tendré que pedirle a Mister Bigelow que se busque otro sitio donde quedarse.

El pesar que destilaban sus palabras fue como un golpe en la otra mejilla.

—Antes de que la gente empiece a hablar.—Asintió con gesto circunspecto—. Sí, probablemente sea lo

correcto.

Georgina miraba al frente, cegada por las lágrimas.

–No sé cómo será esto para ti–le oyó decir a su padre al cabo de un rato–. Desde hace años apenas cultivo relaciones sociales al margen de los negocios. De vez en cuando una cena o unas copas, siempre entre hombres. Aquí no hay nadie que se pueda ocupar de que te relaciones. Ahora o dentro de uno o dos años. Bailes, téis o lo que quiera que hagáis los jóvenes hoy en día. No tengo ni la más remota idea de lo que necesita una joven dama como tú. Y no sé a cuál de las pocas damas que residen aquí le puedo pedir que te preste su compañía. Necesitarías aquí a alguien como Stella o como... como Joséphine.

El último nombre fue solo un susurro, aplastado por el peso del dolor, que seguía oprimiéndolo.

–No necesito nada de eso–espetó Georgina–. Yo solo quiero estar aquí.

Gordon Findlay miró a su hija. Largamente.

A su semblante, como esculpido en piedra, asomaron las primeras grietas; después, hendiduras; una fractura que pareció causarle dolor.

–Te pareces tanto a tu madre...–musitó con voz bronca.

«Eres una hija del trópico, *mon chouchou*, como yo.»

Una lágrima le corrió por la mejilla a Georgina.

–Yo también la echo mucho de menos.

–Sí.–Fue la huera respuesta de su padre. Su mirada se tornó un tanto inquieta, como espantada, sorprendida y casi culpable, y la desvió–. Sí.

La quilla del barco hendía las olas silbando.

A la sombra del toldo Georgina contemplaba el verde turquesa y el azul índigo del mar, sin parar de sacarse de la boca mechones de cabello que el viento le echaba en la cara.

Habían dejado atrás hacía un buen rato los bungalós que se alzaban a lo largo de Beach Road. Istana, el palacio del sultán de Johor, una suntuosa villa de dos plantas en medio de amplios jardines, y el barrio malayo y árabe de Kampong Glam, con su pequeño y animado puerto. A excepción de colonias aisladas de sencillas casitas de madera con el tejado de palma y construidas medio en el agua sobre pilotes, desde hacía algún tiempo a orillas del mar solo había jungla. Un alto muro de árboles y follaje, desbordante en su verdor, en su primitivismo. Ese recorrido era como hacer un viaje al pasado, de vuelta a los orígenes de la isla.

Georgina volvió la cabeza.

—¿No me vas a decir adónde vamos?

Con la vista siempre al frente, en la cara de Raharjo se dibujó una sonrisa.

—Solo cuando hayamos llegado.

Gobernaba el barco relajado y, sin embargo con los sentidos despiertos. De vez en cuando levantaba la mano cuando un *perahu* se cruzaba con él o pasaban por delante de una flota de barquitos pesqueros, y devolvía un saludo en la particular lengua de la población nativa.

Su forma de moverse por el barco con desenvoltura, casi como un gato, de manejar los cabos y las velas con la mayor naturalidad del mundo, igual que respiraba, revelaba lo mucho que en el mar se hallaba como en casa. Como si su cuerpo y el cuerpo del barco fuesen uno, ambos esbeltos, ambos ágiles, y la madera pulida casi del mismo color que su piel.

Más pequeño que un junco chino, el barco, no obstante, era mayor de lo que esperaba Georgina, con una amplia bodega bajo la cubierta y un camarote en el que la desnudez espartana alojaba el caos de una vida sencilla: un par de camisas y pantalones, cacerolas de hierro y tazones de barro esmaltado, una lámpara. Era más grande que los *perahus* que Georgina veía desde la playa; probablemente igual de grande que los barcos de los bugis y con el largo bauprés también de forma similar, como un pez espada.

—¿Por qué no tiene nombre tu barco?

Él enarcó las cejas.

—¿Acaso es necesario?

—¡Desde luego que sí! Como *Seagull* o *Morning Star*. Algo que tenga que ver con el mar. Como *Neptuno* o *Tritón*. El nombre de una ciudad o de un río. O un nombre de mujer. Hay muchos barcos con nombre de mujer. Como *Mary Ann*, *Emma* o...

—¿... o Nilam?—Sus labios se curvaron en una sonrisa.

Georgina se ruborizó y bajó la vista a los dos libros que tenía en el regazo, que Raharjo le había dado antes bajo cubierta. No los dos que notó que faltaban la mañana que él desapareció: cada vez que Raharjo volvía al pabellón, devolvía los libros que había tomado prestados y se llevaba otros.

Georgina acarició con delicadeza las rozaduras y las rajaduras de la tapa, el canto estropeado, ondulado. Pensó que esos libros habían acompañado a Raharjo en sus viajes por el archipiélago de Nusantara, quizás allí mismo, en cubierta, durante sus horas ociosas, o a la luz de la lámpara una noche en calma, anclado en una bahía.

Y deseó que los pensamientos de Raharjo a veces lo llevaran hasta la niña que fue en su día.

No se cansaba de mirarla. Precisamente durante esos instantes en los que estaba abismada en sus pensamientos y creía que nadie la observaba; posiblemente no sospechase que cada una de sus emociones se reflejaba en su rostro como el juego de las nubes y el sol en el agua.

Recorría una y otra vez con su mirada el nítido perfil de Georgina, y siempre se quedaba prendado

del aleteo de las espesas pestañas, debatiéndose entre el temor y la esperanza de que ella alzara la cabeza acto seguido y lo sorprendiera observándola. Bajo su calma siempre parecía acechar una tormenta que se podía desatar de un momento a otro, y al igual que una isla tropical, que cuando el calor llega a su punto más alto ansía la tormenta que le procurará alivio, él se moría de ganas de hallarse en mitad de esa descarga.

Sin embargo, seguía sin entender lo más mínimo a esa extraña muchacha que era Nilam.

Que iba, como siempre, descalza y con *sarongs* y *kebayas* deslucidos, mientras que la gran casa que se alzaba al otro lado de la espesura traslucía dinero y poder. De la que ni antes ni ahora parecía preocuparse nadie cuando se escabullía para desaparecer durante días en un rincón oculto del jardín.

Lo asaltaba una ira sorda cada vez que pensaba en el padre de la muchacha, ese *tuan* distinguido del que no conocía su rostro ni su nombre, ese *orang putih* al que su hija era completamente indiferente y dejaba crecer como la hierba, sembrada accidentalmente en arenas movedizas, sin que supiera cuál era su sitio.

A la muchacha la rodeaba un halo de profunda tristeza, en particular cuando hablaba de su madre, que había muerto hacía tiempo. Un abandono tan doloroso que él no se atrevía a preguntar para no remover el sufrimiento. No era de extrañar que la acompañase una sombra lúgubre, sus ojos a veces parecían casi heridos, como un hematoma reciente.

Georgina levantó la cabeza e interceptó su mirada; sin embargo, desvió la suya en el acto, como si fuera ella la que hubiese sido sorprendida, antes de captarla de nuevo. Sus ojos se iluminaron, un brillo radiante que se extendió por todo su rostro y a él lo hizo flaquear.

Lo despertó un cambio apenas perceptible en el ritmo de las olas.

—Ya hemos llegado—anunció con la voz queda y bronca.

Georgina vio cómo guiaba el barco hacia la costa, echaba el ancla y arrizaba las velas. Ella dejó los libros y se puso en pie.

—¿Lo haces siempre todo solo en el barco?

—A veces contrato a uno o dos hombres—respondió mientras bajaba la barca de a bordo—. *Orang laut* como yo. Que me echan una mano a bordo y vigilan el barco cuando voy a tierra.—Bajó por la escala.

—Pero hoy no—musitó Georgina desde la borda, como si solo ahora comprendiera que estaban los dos completamente solos. Confiaba en él ciegamente.

—No.—La miró con gravedad y le tendió la mano—. Hoy no.

El barco estaba fondeado en un pequeño estrecho, allí donde la costa de Singapur iba al encuentro de la península malaya, y entre medias brillaban al sol pequeñas islas que eran como esquiras de cristal verde. La bruma difuminaba el contorno de las colinas y de los imponentes mangles, que lanzaban al mar su red de raíces aéreas y creaban cavidades umbrosas bajo ramas colgantes.

Un lugar secreto, reservado. El templo de una divinidad del agua. Un refugio de tesoros enterrados. Una guarida de piratas.

—*Pulau Seranggong*—informó Raharjo volviendo la cabeza mientras impulsaba la barca con paladas fuertes, regulares por el agua de color turquesa—. La isla Seranggong.

Un nombre tan paradisiaco como la agreste islita hacia la que se dirigían. Que encerraba el azul luminoso del agua y el cielo y el verde de la jungla.

—Seranggong.—Georgina dejó que su lengua acariciara los suaves sonidos—. No se me ocurre mejor nombre para tu barco.

Raharjo no dijo nada, pero ella vio que la propuesta le gustaba. La quilla arañó tierra firme, y Raharjo se bajó de la barca de un salto para meterla en la playa; Georgina lo imitó. Con un rápido movimiento, se quitó la camisa por la cabeza y la lanzó a la barca.

—Y ahora vas a aprender a nadar.

Cogió de la mano a Georgina y salió corriendo de tal modo que ella, risueña, medio corriendo a su

lado, medio dando traspiés, no tuvo más remedio que meterse en el agua.

Raharjo era un buen maestro.

Si en un primer momento el agua parecía demasiado fugaz para sostenerla, su cuerpo inamovible y compacto como una piedra, condenado a hundirse, poco a poco Georgina aprendió a confiar en el húmedo elemento. Dejarse llevar por él y avanzar por sus propios medios pronto se le antojó la cosa más natural del mundo. Aun cuando se sentía torpe y pesada al lado de Raharjo, que había aprendido a nadar antes de andar con paso firme.

Se deslizaba con movimientos elegantes y se sumergía ágilmente hasta el fondo, al parecer sin sentir el impulso de coger aire. No muy distinto de las veloces nutrias a las que estuvieron observando cuando se sentaron en la arena hasta que se secaron los pantalones de Raharjo y el *sarong* y la *kebaya* de Georgina.

El ensimismamiento, la melancolía que de cuando en cuando se apoderaban de él, volviendo su ceño adusto, endureciendo su mirada, en el agua desaparecían. Allí se transformaba en una criatura marina, exenta de preocupaciones y libre, veía cumplidos sus deseos.

Su esbelto torso, nervado de músculos, y sus caderas estrechas, sus brazos fuertes, musculosos, estaban hechos para vivir en el océano. A veces Georgina casi creía ver en él un vestigio de agallas o membranas natatorias, que desaparecían al instante. Cada vez que salía del mar y se echaba hacia atrás el cabello empapado, sonriendo, el agua goteando de su piel morena como el azúcar de palma, y corriéndole entre los músculos, ella se alegraba de poder refrescarse el ardiente rostro en el agua.

Para Raharjo ella era como una ondina que se había alejado de su lugar de origen el día que nació y al que por fin había vuelto, un tanto torpe aún en ese mundo nuevo, pero cada vez más familiar. Una sirena que lo deslumbraba cuando el *sarong* se le subía y dejaba al descubierto sus largas piernas. La sangre le corría estrepitosamente por las venas cuando la tela mojada se le pegaba a la piel y dejaba traslucir las redondeces aún tímidas de su cuerpo, flexible como el bambú joven.

Y cuando se dejaba caer en la arena a su lado, en esa luz verde jade, entrelazando su mano con la de él, el cabello libre como los sargazos y, en la risueña boca, burbujitas de aire, era como si a sus ojos asomara su alma.

Allí, en las playas argénteas del estrecho de Johor, Raharjo sentía cuán fuerte era el lazo que unía el alma de Nilam a la isla de Singapur.

Hasta qué punto era hija de Nusantara, como él.

La barca se mecía con suavidad por el *sungai* Seranggong, el río Seranggong.

El aire, que en la desembocadura ribeteada de barcas de pesca aún tenía la acre ligereza del mar y el frescor salado del cercano mercado de pescado, allí era pesado debido a la tierra y el estiércol mojados y al dulzor de la fruta madura. Entre las pequeñas cabañas de madera con sus cuidados jardincitos, en los que trajinaban mujeres y hombres malayos y las gallinas piaban y cacareaban, ascendían penachos de humo.

Allí el tiempo parecía haberse detenido, mucho antes de que sir Stamford Raffles pusiera por primera vez el pie en la isla; quizás allí el tiempo nunca hubiera desempeñado papel alguno.

Cempaka debía de ser de un antiguo asentamiento malayo como ese. Georgina no sabía mucho de su *ayah*; tan solo que había nacido y se había criado en esa isla, antes de que acudiera a L'Espoir cuando nació Georgina. Después Ah Tong sustituyó al viejo jardinero malayo, demasiado achacoso ya para desempeñar ese trabajo; cortejó a Cempaka largo tiempo y más adelante, con la bendición del *tuan* y la *mem*, acabaron casándose. Georgina creía recordar vagamente una pequeña fiesta en el jardín y música y canciones que salían de las dependencias de la servidumbre hasta bien entrada la noche; aunque era muy posible que solo lo hubiese oído contar, pues por aquel entonces debía de ser muy pequeña.

En un momento dado, un puñado de niños desnudos salió de entre los jardines, echó a correr siguiendo la barca, lanzando gritos de júbilo, y se zambulló en su estela chillando y dando voces.

Risueña, Georgina volvió a mirar al frente, a Raharjo, que remaba río arriba. También él sonreía, mostrando en sus ojos un brillo alegre.

Tras los jardines se extendía un mosaico de bancales y pequeños sembrados, que después desaparecía bajo vigorosas matas, y el río se adentraba, serpenteante, en una bóveda umbrosa.

Los árboles se alzaban hacia el cielo y se inclinaban los unos hacia los otros, dejando tan solo una estrecha franja azul sobre la cabeza de Georgina. En ocasiones, entre las frondosas copas se abrían manchas troqueladas de cielo y sol cuando el mástil de la barca rozaba ramas colgantes. El verde esmeralda y azulado de las hojas, que en ocasiones tiraba a amarillo o rojo, a veces casi negro, moteaba la suave luz, en la que las garzas alzaban el majestuoso vuelo, y las aves piaban y gorjeaban.

Raharjo se fue internando más y más en ese mundo que se hallaba al margen del tiempo hasta que finalmente sacó del agua los remos y dejó que la barca se detuviera. A continuación cogió una rama vigorosa, acercó la barca a ella y la amarró.

Raharjo estuvo un rato sentado con los antebrazos apoyados relajadamente en las rodillas, sin más, contemplando el sinuoso río, más allá de Georgina.

–Esas son mis tierras–dijo al cabo–. Desde ahí–añadió, señalando el lugar del que habían venido, y después se volvió un tanto–. Hasta ahí.–Cubrió con la mano la orilla que quedaba a su izquierda–. Hasta Serangoon Road; todo esto es mío, desde ayer.–Como si tuviera que cerciorarse de ello, repitió en voz baja–: Mío. Aunque aún tardaré algún tiempo en levantar la casa que tengo en mente.

La mirada de Georgina recorrió el mágico terreno a orillas del río; sería magnífico vivir en ese lugar.

Por primera vez tuvo una idea de lo que hacía Raharjo cuando a veces pasaba fuera algunos días; eso que él siempre resumía en un lacónico «negocios» y que hacía que el tiempo que pasaba con él fuese aún más valioso. Intentó imaginar la clase de casa que construiría allí Raharjo, pero no lo consiguió. Para ella el hogar de Raharjo era el mar; su morada, ese barco que todavía no tenía nombre y que a Georgina le recordaba a la concha de los cangrejos ermitaños que pululaban por las playas de la isla.

–¿Tú y una casa en tierra?

La boca de él dibujó una sonrisa entre alegre y burlona.

–Nosotros, los *orang laut*, siempre hemos construido casas, Nilam. Hay pueblos que levantan aldeas enteras sobre pilotes en el agua. Pero no construimos pensando en la eternidad. Casi siempre levantamos únicamente *pondoks*, sencillas cabañas en la playa, de lo que nos proporciona el bosque en la costa. Para lo que dura un monzón. O cuando una de nuestras mujeres prefiere traer al mundo a su hijo al abrigo de un *pondok*. Después derribamos las cabañas, aprovechamos la madera, el bambú y las hojas para nuestras barcas y seguimos nuestro camino.

Miró al río. Sus pensamientos se reflejaban en su rostro, en movimientos leves, apenas perceptibles, como el mar de fondo en aguas en calma. Hasta que sus cejas se fruncieron y clavó la vista en las manos mientras pasaba el pulgar de una por la palma de la otra.

–Los tiempos han cambiado, Nilam. Sobre todo para nosotros, los *orang laut*. Para los malayos siempre fuimos un pueblo salvaje con costumbres extrañas y una lengua incomprensible. Un pueblo con sus propias leyes y sin una auténtica religión. Caníbales y hechiceros.

Una sonrisa iluminó su rostro, dejando a la vista sus dientes blancos, rectos; en los ojos se vislumbraba la llama del orgullo que sentía por los suyos. Por lo que era.

–Siempre nos han tenido en poca estima y al mismo tiempo nos han temido. Porque en el mar somos guerreros fuertes, intrépidos, y llevamos el viento y el mar en la sangre. Mientras el sultán de Johor y su *temenggong* nos necesitaron, fuimos respetados. Éramos los guardianes de su reino, sus soldados en la guerra. Construíamos sus barcos y sus barcas y nos encargábamos de que sus arcas estuviesen repletas. –Torció el gesto en señal de menosprecio, casi desdén–. Estos tiempos acabaron. Ahora los *orang putih* son los señores de los mares. Con sus barcos de guerra, sus armas mejores. Ahora son ellos los que preservan el poder y la riqueza del sultán y el *temenggong*. A cambio hacen todo lo posible para que

cesen las correrías de los *orang laut* por las aguas de Singapur y, de ese modo, no enojar a los *orang putih*. El *temenggong* incluso recibió una espada honorífica de manos del gobernador de los *orang putih* como distinción por sus servicios en la lucha contra los piratas.

Georgina flexionó más las piernas, apoyó en ellas los brazos cruzados y el rostro en estos.

Nunca se había parado a pensar hasta qué punto comerciantes como Gordon Findlay cambiaban esa parte del mundo. Solo con su mera presencia desequilibraban un sistema que existía desde hacía siglos y le daban nueva forma. Y eso que en todo cuanto hablaban su padre y Paul Bigelow en la mesa había algo provisional, efímero, como si Singapur, esa ciudad que vivía del comercio, fuese una burbuja que podía estallar de un momento a otro.

Por eso las calles eran tan malas, estaban llenas de inmundicias y perros vagabundos, se inundaban cuando se desbordaba el río Singapur y, cuando caía la oscuridad, la iluminación era más mala que buena. La administración de Calcuta dejaba el destino de la ciudad en manos de los comerciantes, cuya atención, sin embargo, iba dirigida únicamente a la compra, la venta y el transporte de mercancías, no a convertir Singapur en una ciudad en la que se pudiera vivir bien. Porque ninguno de ellos sabía si al día siguiente o dentro de un año seguiría allí.

—Por orden del *temenggong* mi pueblo tuvo que establecerse a orillas del *sungai* Kallang.—Su voz, por lo común tan aterciopelada que a Georgina le entraban ganas de envolverse en ella, sonaba áspera y rasposa—. Y al pueblo que vivía en el río Kallang desde que en la isla hay personas lo trasladaron a Johor para que trabajara, esclavizado, en los bosques del sultán. Hasta que una epidemia que se desató allí casi acabó por completo con él.

Georgina sentía opresión en el pecho por todas las cosas que quería decirle a Raharjo y de las cuales, sin embargo, ninguna le parecía lo bastante buena ni lo bastante confortante. Al ver su mirada, él cabeceó con suavidad, los ojos súbitamente duros y brillantes como la piedra pulida.

—No, Nilam. No tenemos por qué lamentarnos. Sabemos cómo son las cosas. Sabemos que la vida es tan voluble como el mar y el cielo.

Georgina asintió; sí, eso lo entendía. Aunque su propia vida más bien se asemejaba a un río que discurría lento, como el Serangoon, que cada pocos años barría un temporal devastador, que a su paso no dejaba más que escombros.

—¿Por eso estas tierras?—preguntó ella al azar—. ¿Una casa? ¿Porque ha llegado el momento del cambio?

La mirada de Raharjo titiló, y el muchacho se encogió de hombros.

—Es posible.

Sus ojos adquirieron un brillo anhelante, soñador.

—Los malayos cuentan que los *orang laut* son más peces que hombres. Moradores del mar que en tierra perecen. Puede que sea cierto. Sin duda yo perecería si no pasara algún tiempo en el mar. Sin agua cerca de mí. Pero en una casa aquí, a orillas de este río, podría vivir bien.

—Me gustaría ver tu casa—musitó Georgina.

Raharjo la miró con gravedad y sin ninguna emoción en sus ojos negros como la noche. Unos ojos que, en su profundidad, la atraían como un imán. En los que deseaba dejarse caer sin más, y la agitación que le provocó esa idea la hizo tragar saliva.

Raharjo se levantó bruscamente, y Georgina, asustada, se agarró con fuerza al borde de la tambaleante barca.

—Vuelvo ahora mismo—le dijo con voz bronca desde el extremo, y saltó a la orilla y desapareció entre las matas, que se cerraron tras él.

Con el corazón desbocado, Georgina escuchó los distintos ruidos que se extendían deprisa por la maleza, quizá pequeños roedores a los que Raharjo había asustado. Surcaban el aire pequeñas llamas rojizas: libélulas que revoloteaban, se perseguían y se peleaban ruidosamente, dispuestas a prenderse

fuego mutuamente.

Alzó la cabeza cuando Raharjo salió de la espesura haciendo crujir hojas y ramas y se subió a la barca. Esta vez con cuidado, de manera que la embarcación solo se meció con suavidad y volvió a oscilar cuando se sentó junto a Georgina.

Sonreía, y ella cogió la flor que le ofreció sin decir palabra: una orquídea que no había visto nunca, de un color azul oscuro, casi violeta.

—Aquí crecen a orillas de todos los ríos—contó—. Hace unos años también se daban en el *sungai* Singapura.—Y con una voz apenas más alta que el sonido del viento, añadió—: son del mismo color que tus ojos.

El corazón amenazó con romperle las costillas, y algo en ella cedió; convencida de que se precipitaría al vacío acto seguido, se inclinó hacia Raharjo y posó su boca en la suya.

Un beso casto, infantil, con el rostro en llamas cuando se separó, de prisa, de él; ya no era capaz de mirarlo a los ojos.

—Hoy es mi cumpleaños—repuso, a modo de justificación.

La mano de Raharjo, fría, descansó en sus acaloradas mejillas antes de que su boca acariciara la de ella, pronunciando su nombre en un susurro, y ella se olvidó de respirar.

Con la cabeza apoyada en el hombro de Raharjo, Georgina contemplaba las copas de los árboles, panículas de hojas danzarinas que conquistaban un pedazo de cielo azul oscuro. El viento hacía desfilar ante sus ojos delicados nidos de nubes, y el susurro de los árboles hallaba su eco en el borboteo del río, en el que la barca se balanceaba lentamente de un lado a otro del cabo, y en el canto de los pájaros.

—¿Tú crees en un dios?

A Georgina le gustaba entrar en la pequeña iglesia de San Andrés, con su campanario en ruinas, que solo llevaba una década en pie, pero ya tenía musgo. En aquellos bancos hacía tanto calor y había tanta humedad que ella esperaba ver cualquier día orquídeas trepando por sus muros. Sin embargo, en la misa, Georgina nunca sentía nada comparable a lo que sentía en el mar o allí, en el río Serangoon. Algo que llenara su espíritu y la hiciese cantar.

Contempló el rostro de Raharjo. Su poderoso perfil. Las líneas marcadas, contundentes, de su mandíbula inferior. La curvatura de su boca. Y sintió mariposas de dicha en el vientre.

—Yo creo—empezó él, despacio— en el poder del mar y del cielo. Y en el del viento. Esos son los poderes que respeto. Que venero e idolatro.

—¿Crees en el destino?

Raharjo volvió la cabeza, que descansaba en su brazo doblado.

—¿En que las cosas están determinadas de antemano?

Ella asintió y él volvió a mirar al cielo.

—No. Creo en la buena suerte y en la mala suerte.—Sonrió—. Sobre todo en la buena suerte, que está de parte del que la barrunta. Del que sabe agarrarla y retenerla.—Miró de reojo a Georgina—. ¿Y tú? ¿Crees en el destino?

—No lo sé—admitió. Acarició con aire pensativo el brazo que Raharjo le había pasado por encima y una sonrisilla iluminó su rostro—. Sí. A veces sí.

—Mira.—Raharjo señaló algo con el mentón—. Un *cit-cit*.

Georgina ya había visto algunos martines pescadores allí, en el río; piedras preciosas aladas de color anaranjado y azul irisado que se zambullían en el agua veloces como flechas y emergían igual de deprisa. Pero ninguno posado tan tranquilamente como ese en una rama que se balanceaba sobre la barca. Sus ojos, negros y brillantes, recorrían una y otra vez la zona antes de volver a mirarlos a ellos.

—El señor de los ríos y los mares, capaz de conjurar tormentas—susurró Raharjo—. Por eso trae suerte y riqueza.

Georgina alcanzó a ver como el martín pescador alzaba el vuelo de la rama y Raharjo se inclinaba

sobre ella; después cerró los ojos.

Naturalmente en su vida había habido mujeres, en las islas de Nusantara. En noches estrelladas en las que bastaba una mirada, una sonrisa para ponerse de acuerdo. Para compartir una ebriedad de los sentidos antes de que cada cual siguiera su camino, sin promesas, sin arrepentimientos.

Pero ninguna había sido como Nilam.

No era solo el fuego con que devolvía sus besos y con que reclamaba besos, las chispas que le recorrían la espalda cuando ella enterraba sus dedos en su cabello, sentir su piel bajo sus manos, lo que lo hacía flaquear. Era más que la ola gigante que lo arrebatava cuando se pegaba a él, y más que el fragor que percibía en sus oídos cuando palpaba la silueta y las curvas de su cuerpo a través de los finos tejidos; era difícil no perder la cabeza.

Como si a lo largo de todos esos años hubiese llevado su nombre grabado en el fondo de su alma, eso era, y cuando ella lo miraba, riendo de dicha con los ojos, la vida cobraba un nuevo sentido.

Era muy posible que aquella vez hubiese salido adelante solo, en aquel escondite al que lo condujo su buena suerte; pero probablemente sin la ayuda de esa niña ahora no estaría vivo. Sin los pensamientos que emergían de las tinieblas y se metían con él en la cama las noches que yacía despierto porque las heridas le ardían y palpitaban. Esos pensamientos que se llevó consigo al mar y que cambiaron el curso que siguió su vida.

Un curso que había vuelto a cambiar. Cada uno de sus viajes tenía un único destino final: Nilam.

Profiriendo un sonido prolongado, casi un suspiro, Georgina expulsó el aire y frotó el ardiente rostro contra el duro pecho de Raharjo.

–Debo ausentarme un tiempo–musitó él contra su cabello.

Ella abrió los ojos de golpe.

–¿Más de unos días?

Le besó la frente.

–Unos meses.

Georgina se incorporó, desconcertada, y se abrazó las flexionadas piernas.

–Ya tendría que haberme hecho a la mar. Hace algún tiempo que sopla el viento del sur.

–¿Cuándo?–Tenía un nudo en la garganta–. ¿Cuándo piensas partir?

–Mañana.

«Mañana», dibujaron sus labios.

Él se incorporó a su vez y resiguió con la mano el surco de su espalda. A ella la recorrió un escalofrío.

–No puedo aplazarlo más. Las gentes de las islas esperan que vaya a comprarles sus mercancías. Yo vivo de las ganancias que obtengo de su venta.

Georgina, mordiéndose el labio inferior, hizo un gesto afirmativo. Sí, lo sabía; *dayang*, la palabra que en malayo significaba comercio, que equivalía a viaje, y pese a ello se sintió desdichada.

–Estaré de vuelta como tarde cuando el viento sople de nuevo del este.

Ella asintió una vez más y dejó caer la cabeza.

Raharjo se acercó más a Georgina, le pasó un brazo por los hombros y volvió su rostro hacia él tomándolo del mentón. Sus ojos eran serios, con un brillo rebosante de esperanza.

–¿Me esperarás, Nilam?

–Toda la eternidad–le respondió.

El cielo matutino lucía su azul de ultramar más límpido, tan radiante que en comparación con él los colores del mar palidecían, tornándose verde jade y lavanda. En el horizonte se veían apacibles bancos de nubes, y la clara luz todavía no tenía la pesadez calimosa del mediodía.

–Hoy ha ido muy bien–alabó Paul Bigelow, todavía sin afeitarse, dada la temprana hora. Desmontó con brío de su castrado zaíno para ayudar a bajar a Georgina de la yegua baya. La agarró con fuerza, como también fuerte era su olor, a tierra de labor compacta y pelo de animal caliente–. Está haciendo grandes progresos.

Jati guio a su poni un poco más abajo por la playa, se apeó deslizándose por el lomo del animal y se agachó en la arena, donde bostezó con ganas y miró al mar, ocioso.

Paul Bigelow cumplió su palabra: se mostró tan tenaz tanto tiempo que al cabo Georgina no tuvo corazón para seguir rehusando sus invitaciones. Era un buen jinete, se sentía seguro en la silla y se movía con gran armonía con el caballo, con sus botas y unos pantalones de montar ceñidos que acentuaban la poderosa musculatura de sus muslos, por la abertura de la desabotonada camisa asomando un vello dorado.

Risueña, Georgina se metió tras las orejas los mechones de cabello que se le habían soltado y se pasó la manga del vestido de verano por el sudado rostro.

–Pese a todo no creo que llegue a ser nunca mi pasión.

La camisa de algodón de color malva se le pegaba por todo el cuerpo, aunque soplaba una brisa leve, agradable, y en la playa corría el aire; resultaba agotador mantenerse en equilibrio sobre la silla, y el dolor y el ardor tardaban en desaparecer de sus músculos.

–Tampoco es preciso que lo sea–respondió, impasible, Paul Bigelow–. Me basta con que no lo considere una tortura excesiva y quizás algún día llegue a hallar un poco de placer en ello.–Se puso a trajinar en la silla–. En cualquier caso, disfruto mucho de nuestros paseos matutinos.

Cohibida, ella apartó la mirada.

–¿Querría salir un día de estos conmigo?

Georgina volvió la cabeza bruscamente.

–Con el beneplácito de Mister Findlay, como es natural–se apresuró a añadir Paul Bigelow.

Georgina recordó los tés que daba su tía Stella, las veladas de Royal Crescent. Un juego de destreza cuyas reglas le habían enseñado, pero que no dominaba. En el que llegó a sentir con suma claridad que su infancia había transcurrido en un mundo completamente distinto, siempre demasiado lento para algunas cosas, demasiado rápido para otras. A menudo se le escapaban las alusiones veladas tras lo que se decía, y en ocasiones le faltaban las palabras adecuadas, como si no hablase la misma lengua que su interlocutor.

Se encogió de hombros maquinalmente.

–No me irá a decir ahora que tampoco le gustan las reuniones sociales–exclamó Paul Bigelow con fingida severidad, y rompió a reír–. Es usted tan joven... Debería pasarse las noches bailando

–No tengo mucho talento para el baile.

Georgina bajó la cabeza y enterró los dedos de los pies en la arena. A falta de unas botas de montar, en un principio se ponía unos zapatos que le resultaban medianamente cómodos para salir a dar esos paseos, pero después de que Jati tuviera que dar media vuelta constantemente para ir en busca de un zapato perdido, pasó a montar descalza.

–Me temo que no tengo talento para nada.

A diferencia de Maisie, que tocaba el piano como los ángeles, le entusiasmaba pintar y dibujar, y creaba pequeñas obras de arte con hilo de colores, las destrezas de Georgina se podían calificar, a lo sumo, de modestas; tal vez porque no se había iniciado en ellas de pequeña, tal vez porque le faltaba la

pasión.

–Aunque así fuera–contestó, categórico, Paul Bigelow, y Georgina sonrió–. No obstante media ciudad hace cábalas sobre Miss Findlay, que ya lleva aquí casi medio año y a la que, sin embargo, no ha visto nadie aún. Que posiblemente padezca una misteriosa enfermedad, tenga un pie zopo, una mancha en la piel o alguna otra cosa que la afee. Hay quien también considera posible que no sea más que un fantasma que se deja caer por L’Espoir.

Una mirada de reojo confirmó a Georgina que el muchacho le tomaba el pelo, y no pudo evitar reírse. A fin de cuentas cada domingo se sentaba junto a su padre y Paul Bigelow en uno de los bancos de la iglesia de San Andrés y tendía la mano a los caballeros y las escasas damas que intercambiaban unas palabras con ellos después del servicio divino. Como el gobernador Butterworth y su imponente esposa o el doctor Oxley y su esposa, Lucy, y sus cuatro hijos, de los cuales Isabella, la mayor, solo tenía tres años menos que Georgina. El médico siempre le dirigía miradas absortas o melancólicas, ya que recordaba tanto a la recién nacida Georgina como también haber acompañado en su último viaje a Joséphine Findlay. El señor Guthrie, de Guthrie & Company, o el señor Little, que regentaba los pequeños almacenes Little, Cursettjee & Co., en Commercial Square, y compraba muchos de sus artículos a Findlay & Boisselot.

–Confío en que sea consciente de la amarga decepción que depara a los numerosos solteros de Singapur, que arden en deseos de ver a una dama joven y bella, quizás incluso de hacerle la corte. Por lo cual disfruto de lo lindo siendo objeto de envidia por el privilegio de vivir bajo su mismo techo.

Georgina entornó los ojos debido al sol y se esforzó por borrar la sonrisa que antes se ensanchara de pronto en su rostro. Si su padre en efecto le había pedido a su inquilino que se buscara otro alojamiento, hasta la fecha nada había que indicase que Paul Bigelow le daría la espalda a L’Espoir próximamente. Seguía ocupando las dos habitaciones con baño propio del otro lado de la planta, y se movía por la casa como si fuese suya, iluminándola con su buen humor y haciendo reír a menudo a Georgina.

–¿Se pensará al menos lo de salir conmigo alguna vez?

Georgina asintió.

–Me lo pensaré.

–Bien. Me alegro–afirmó, como si ella ya hubiese accedido. Los ojos, azules como el cielo que se extendía sobre su cabeza, lanzaron un destello antes de que se volviera hacia el caballo y empezara a acariciarle el flanco–. Me preocupa usted, Miss Findlay, ¿sabe? Me preocupa que se pueda sentir demasiado sola. Me pregunto cómo son sus días mientras Mister Findlay y yo estamos en el despacho. Cómo será para usted pasarse todo el día sola en casa, rodeada únicamente de criados, que es posible que para usted sean como de la familia, pero que tendrán que dedicarse a sus ocupaciones mientras usted se queda completamente sola.

–Me gusta estar sola–se defendió Georgina con cierta porfía.

Él le lanzó una mirada veloz, y a su boca asomó una sonrisa pícaro.

–¿Para poder escaparse para ir a nadar?

Georgina se quedó petrificada, y él subió un hombro.

–He vuelto a casa temprano una o dos veces y he visto por casualidad cómo entraba de tapadillo. Completamente empapada.–Su sonrisa tenía algo desafiante–. Lo que hace que me pregunte qué habrá en ese rincón agreste del jardín que ejerce en usted semejante poder de atracción.

El semblante de Georgina se ensombreció.

–¡Eso no le incumbe a usted! Ese es *mi* sitio–le espetó, la voz como un cuchillo afilado, que, sin embargo, rebotó en él.

–Ay, una mujer con secretos.–Apoyó la sien contra el caballo y miró a Georgina–. Eso me gusta–musitó; en su voz había una vibración profunda, antes de separarse del animal–. Sus secretos son suyos, faltaría. Y su escondite.

Georgina le dio la espalda. Abrazándose el cuerpo y con el mentón adelantado, clavó la vista en el mar.

Allí, en algún lugar de esa inmensidad azul, estaba Raharjo con su barco. En un laberinto de islas cubiertas de jungla, habitadas por pueblos extraños.

El deseo de lanzarse a las olas y abandonarse a ellas, apartar las aguas con sus brazos y sus piernas y dejarse llevar, casi era demasiado fuerte. Cuando iba a nadar al mar, no solo se despertaban en ella recuerdos de los días pasados con Raharjo en las playas de Serangoon; cada ola que rompía en su cuerpo podía ser la misma que antes hendiera la quilla del barco de Raharjo, en la que él mismo había nadado.

El viento, que soplaba del oeste, le refrescó el acalorado rostro, y Georgina pidió en silencio a ese viento que cambiara de prisa y le trajese de vuelta a su *selkie*.

A Georgina siempre le había gustado estar sola, incluso cuando se hallaba en compañía de otras personas.

Prefería guardar silencio. Observar, escuchar, replegarse antes o después en ese mundo interior propio en el que podía saborear formas y oler colores. En el que entendía el lenguaje de los animales, y árboles y ríos estaban animados y las piedras respiraban. Un mundo que había descubierto de la mano de su madre, con los cuentos y las leyendas de la Provenza, de Madrás, Maharashtra y Bengala, y que tras la muerte de *maman* había pasado a ser un refugio donde se hallaba a salvo. Ese mundo en cuyas costas rompían las olas del océano, que era el hogar de los *orang laut*.

Raharjo había trastocado su soledad.

No era solo que echara de menos su proximidad, su voz, sus besos, el calor de su piel. Había dejado en ella el deseo de más, un deseo que la confundía. El sueño de una vida que solo podía imaginarse de manera imprecisa. Que le daba miedo, porque era vago e inaccesible, nada salvo una sensación en su vientre, un anhelo que tiraba de ella poderosamente y le provocaba desasosiego. Como si ese mar que alejaba una y otra vez a Raharjo la llamase también a ella.

¿Te atreves a amar?, le decía. ¿Te atreves a vivir?

Un cielo vidrioso se cernía sobre el jardín. El viento que se había levantado sacudía las copas de los árboles, tras los cuales ya se entreveían los grises jirones de nubarrones cargados de lluvia.

Georgina se mordía el labio, tensa, mientras miraba a Ah Tong, que retiraba las pequeñas estrellas marchitas de los racimos de vivas flores rojas y rosas de los setos de *jejerum*, el geranio de la jungla.

—¿Te oprime algo el corazón, ay... Miss Georgina?

Georgina no recordaba ni un solo día en que Ah Tong hubiese ido con prisas cuando se dedicaba a sus quehaceres en el jardín. Sosegado y con solemne devoción, desherbaba, rastrillaba, sembraba, plantaba, cortaba y serraba. Un sacerdote que en ese templo verde, suntuosamente ornado de flores, llevaba a cabo sus sagrados actos, para honrar a una diosa de la belleza y la fertilidad. Como si siempre estuviese en paz consigo mismo y con el mundo.

—¿Eres feliz, Ah Tong?—quiso saber Georgina.

—Ah, sí.—Asintió sin pensárselo ni un segundo, sin apartar la vista de las exuberantes bolas de flores—. Soy un hombre muy dichoso, Miss Georgina. Los dioses han sido buenos conmigo.—Dejó caer un puñado de las flores que había escogido, quitó una hoja amarilla del follaje, y luego otra, y a continuación pasó al siguiente racimo—. Soy de una zona muy pobre de Fukién. Éramos demasiados hijos para el pequeño arrozal de mi padre y el huertecito de mi madre. Los años malos nos faltaba de todo y pasábamos hambre. Dos de mis hermanos murieron y mis padres tuvieron que vender a mis tres hermanas. Cuando tuve la edad suficiente, fui al mar a buscar trabajo, y allí había un hombre que necesitaba gente para ir a trabajar a Singapur. De culi. Yo era fuerte, pero no lo bastante rápido, y por ello recibía muchas palizas. En una ocasión el *tuan* lo vio y me preguntó si sabía algo de plantas.—Ah Tong escrutó el seto, recorrió todas las figuras redondeadas de hojas en busca de alguna hojita mustia que pudiera habersele pasado por alto y asintió para sí—. Y así fue como llegué aquí.—Se agachó para agarrar el rastrillo y recoger las estrellitas

marchitas de la hierba—. Y mírame ahora, Miss Georgina. Tengo un trabajo mejor del que habría podido soñar y por el que me pagan bien. Un hogar agradable que no me cuesta dinero. Me dan de comer en abundancia y puedo apartar algún dinero para mi vejez. Y por añadidura el cielo me ha regalado a una buena mujer.

Como si le hubieran dado el pie, los gruñidos de Cempaka rompieron el silencio que reinaba en el jardín, las excusas de Kartika, aun cuando también aducidas a voz en grito, apenas más que el zumbido de un insecto en comparación.

Georgina torció el gesto, y Ah Tong dejó a la vista los torcidos dientes al sonreír.

—Olvidé pedir al cielo que fuese delicada y dócil.—Se rio a socapa antes de mirar a Georgina con seriedad—. Cempaka es una mujer buena de verdad. Y créeme, en el fondo de su pecho late un corazón bondadoso.

Georgina cruzó los brazos; le costaba creerlo, tanto en el presente como antes, cuando era pequeña.

—Verás, Miss Georgina... Algunas flores solo pueden florecer si echan espinas. Porque esas espinas protegen a la planta, impiden que sea herida y muera. Eso mismo le sucede a Cempaka. No habla mucho del pasado, pero sé que tuvo una vida dura, llena de pobreza y sufrimiento, antes de llegar aquí.—Una sombra se instaló en el rostro de Ah Tong—. Es cierto que mi dicha sería completa si nos hubiesen sido concedidos hijos.—Su semblante se iluminó—. Pero a cambio estabas tú. Una niña querida y tan llena de vida que aquí, en la casa, todos te reclamábamos.—Con el ceño fruncido, retiró unas flores de los dientes del rastrillo y acto seguido plantó el utensilio en el suelo y se apoyó en él—. Y para todos nosotros fue duro ver cómo enfermaba la *mem* y se debilitaba de día en día. Como si un mal espíritu la devorase por dentro. Pero para nadie fue más duro que para el *tuan*.—Sus ojillos vagaron por el jardín mientras sus cejas se relajaban y volvían a fruncirse—. A veces pienso que se echa la culpa. Por haberla traído aquí. Porque no pudo dar con nada que la salvase. Nada de lo que le dio el doctor ni ninguna de las hierbas y raíces que compré yo en la ciudad.—Suspiró y continuó pasando el rastrillo por el jardín—. Sigue siendo un buen *tuan*, como antes, pero enterró su corazón con su *mem*. —Dirigió a Georgina una mirada breve, tierna—. Y por nadie me duele más que por ti, Miss Georgina.

Ella pensó en su padre, que también parecía un seto de espinas impenetrable. Y el miedo de que el mar pudiera encabritarse durante una tempestad y engullir a Raharjo le quitaba el aire de los pulmones; sin duda también ella se convertiría en un seto espinoso si le pasaba algo a Raharjo, si no lo volvía a ver.

—¿Cómo se puede seguir viviendo después de algo así?—musitó.

—Hay que mostrarse agradecido por lo que los dioses le regalan a uno—repuso Ah Tong—. Antes de que le quiten a uno lo que le es más querido. Y también mostrarse agradecido por las pequeñas cosas.—Se agachó y cogió una flor de *kemboja* que el viento había arrastrado por el jardín; recién caída del árbol, aún estaba completamente blanca, con el centro de un amarillo vivo—. Eso es algo que aprendo aquí todos los días. A mostrarme agradecido por lo que me ha caído en suerte. Agradecido por la belleza que me rodea.—Torció el gesto—. Quizá sea un don. Quizá simplemente haya que intentarlo. Nuestra *mem* lo sabía hacer, lo supo hacer hasta el último día que pasó en la Tierra. Cempaka no es capaz. Y el *tuan* tampoco.—Risueño, le ofreció la flor a Georgina—. Y eso que la *mem* le dejó a una hija por la que debería mostrarse agradecido todos y cada uno de los días.

El *palanquin* pasó dando sacudidas por delante de la iglesia rodeada de columnas de la minúscula comunidad armenia y continuó pendiente arriba. Jati apenas había detenido la litera al pie de la colina cuando Georgina abrió la portezuela, se recogió las faldas y se bajó de un salto.

—No tardaré mucho—aseguró—. Vuelvo ahora mismo.

Jati farfulló algo incomprensible para sí, debatiéndose entre su deber de ejercer de escolta de Miss Georgina y cuidar del coche y el caballo.

Recorrió con una mirada suspicaz el recinto cercado, que a esa hora estaba desierto, pero a fin de cuentas nunca se sabía. Y es que en las construcciones alargadas con tejado a cuatro aguas se hallaban

confinados los penados indios, que cada mañana, antes de que saliera el sol, marchaban en fila para cumplir con sus trabajos diarios en la ciudad. Ya desde lejos se oían los melancólicos cantos con que acompañaban sus tareas cuando encauzaban el curso superior del río Singapur o retiraban la parte inferior la arena y el barro que se habían depositado, y cuando bajo las órdenes de su capataz levantaban una casa nueva y la enlucían con *chunam*, esa peculiar mezcla de clara de huevo, fibras de coco, azúcar morena y cal de conchas que confería a las casas de Singapur ese blanco radiante inconfundible y esa superficie pulida y brillante.

No menos preocupado, Jati observaba el cielo, que se cernía sobre la isla oscuro y gemebundo, y hacía del aire una masa caliente y pegajosa, inamovible pese a las ráfagas de viento que se colaban por las copas de los árboles y las hierbas, arrancándoles susurros y crujidos, como si fuesen criaturas sobrenaturales.

Jati se estremeció. No en vano los malayos llamaban Bukit Larangan, la Colina Prohibida, al cerro que para los británicos era Government Hill.

—No es un buen día para visitar a los muertos—refunfuñó para sus adentros.

Profiriendo un hondo suspiro, se resignó a su suerte y siguió con una mirada atribulada tanto los alrededores del *palanquin* como la esbelta figura de Miss Georgina, que iba colina arriba.

Con una cesta de hojas de banano trenzadas en las manos, Georgina franqueó el arco de ladrillo rojo. Perpleja, dejó vagar la mirada por el jardín de granito y mármol, y después deambuló sin rumbo entre obeliscos, lápidas y estatuas; al pasar iba descifrando las inscripciones, algunas de las cuales empezaban a borrarse.

Allí había enterrados marineros, George Coleman, el arquitecto irlandés que confirió a Singapur su inconfundible sello, y comerciantes y empleados de la administración de Bengala. Y sus esposas, muchas de las cuales solo eran unos años mayores que Georgina, a menudo con sus hijos.

Había muchas tumbas infantiles.

La pequeña Kate, de tan solo siete años; John, de diez meses y diecinueve días; dos hermanas, Laura y Lorena, de cuatro años la una y cuatro meses la otra, fallecidas en el plazo de escasas semanas; dos hijitas de los Oxley.

Pétreos testigos de la fragilidad de la vida en Singapur. De la suerte que había tenido Georgina.

Reparó en un ángel de mármol que, sentado en el borde de una lápida, miraba entristecido la inscripción que tenía a los pies; el corazón le dio un vuelco, y apretó el paso.

Georgina no sabía si había estado allí alguna vez, si había oído hablar de ese lugar o si había soñado con él; sus recuerdos de la época que siguió a la muerte y el entierro de su madre eran borrosos y estaban desdibujados, y sin embargo creyó reconocer dicho ángel. Mientras que el musgo y los líquenes amarillentos de aspecto escamoso tapizaban las otras tumbas, ese ángel y la losa eran de un blanco absoluto, reluciente, como un pedazo de Singapur. Alguien debía de dedicar mucho tiempo y esmero a mantener limpia la tumba, quizás Ah Tong.

Algo en el delicado rostro de mármol se asemejaba a los rasgos armoniosos, serenos de su madre, pero Georgina no estaba segura de lo que era. Ojalá por aquel entonces se hubiese inventado ya el daguerrotipo, ese espejo del recuerdo en tonos sepia, o al menos tuviera un retrato de *maman* al óleo o al carboncillo. Pero a excepción de un lienzo que había en casa de su tío Étienne en el que se veía a la familia Boisselot al completo ante un paisaje fluvial verde con un templo, pintado cuando *maman* aún era una niña pequeña, Georgina no tenía ningún retrato de su madre. Tan solo la imagen que conservaba en su memoria, desgastada y erosionada demasiado deprisa por el flujo del tiempo.

Cuando se oyó un trueno cercano, Georgina se puso de rodillas, dejó la cesta en el suelo y pasó los temblorosos dedos por las letras doradas.

Joséphine Aurélie FINDLAY,
de soltera Boisselot,

que Dios tenga en su gloria.
Amada esposa de
Gordon Stuart Findlay,
y madre de
Georgina India Findlay.
Fallecida el 27 de octubre de 1837,
a los 33 años y 4 meses de edad.

*

Al amparo y a salvo del dolor y las cuitas.

Georgina sentía el pecho desbordado de todas las cosas que deseaba confiar a su madre, y, sin embargo, no logró proferir palabra alguna; ni siquiera fue capaz de reunir los pensamientos para mantener una conversación muda. Todo en ella le dolía; tenía el rostro contraído, y las primeras lágrimas empezaron a correrle por las mejillas.

Sollozando, cogió unas flores de la cesta que había llevado y las depositó en la tumba, pero el viento se las llevó en el acto. Con la siguiente ráfaga, Georgina se levantó, las manos llenas de *kembojas* blancas y rosas céreas, de un olor dulzón. El viento le alborotó las faldas y el cabello; un rayo la cegó, y el trueno que siguió le puso la carne de gallina y abrió las manos. Se vio envuelta en un remolino de flores antes de que el aire esparciera las *kembojas* por todas partes y a ella le cortara la respiración.

Permaneció allí, jadeante, junto a la tumba de su madre, Singapur a sus pies. Un campo cuidadosamente labrado de casas blancas con tejados rojos y marrones, las torres de las iglesias católica y armenia y de San Andrés como guías en los senderos que recorrían ese campo. La tormenta que se avecinaba se abrió paso por la densa verdura de la ciudad, sacudiendo árboles gigantescos, zarandeando las palmeras y enfureciendo al mar.

Rayos y truenos empezaron a competir entre sí, la lluvia caía del cielo en enérgicos riachuelos. Georgina cerró los ojos y echó atrás la cabeza, y las gotas de lluvia se entremezclaron con sus lágrimas.

Sintió cuán largas y fuertes eran sus raíces y cuán profundas se hundían en la tierra roja de la isla, una tierra que la lluvia reblandecía bajo sus pies. Se apoderó de ella el deseo, poderoso y desmesurado, de asir la vida con las dos manos y devorarla, sin temer el arrepentimiento o el dolor, para no desperdiciar ni la más mínima gota de dicha.

Se sacudió como una nutria, de pura alegría de vivir, rebosante, se recogió las faldas y echó a correr colina abajo entre las tumbas, levantando barro, y en mitad de la tormenta que barría la isla, sentía el corazón rebosante de alegría.

La tormenta que se desató ese día de octubre en Singapur acabó con el desasosiego que pesaba sobre el cuerpo y el alma de Georgina. Los días grises, húmedos del monzón del nor-deste, que inundaba las calles de la ciudad y ni siquiera se detenía ante las tapias de los jardines de Beach Road, pasaron en un estado de serenidad y alegría.

Sus días transcurrían en compañía de los libros que sacaba del armario del salón entre los asientos de rota, la veranda y el pabellón, aunque a menudo se perdía soñando despierta con el libro abierto. Saboreando el recuerdo de cada momento vivido con Raharjo, se imaginaba con él a bordo de su barco, navegando hacia costas lejanas. Imaginaba cómo sería su casa a orillas del río Serangoon; quizás un bungaló amplio, espacioso e inundado de luz. Con una veranda de la que se salía a un jardín agreste, exuberante, lleno de mariposas y pájaros cantando, desde el que se veía el río y se podía observar el vuelo de los martines pescadores.

Llegaron cartas de Inglaterra, de su tía Stella y de Maisie, y una de la señora Hambledon, de China, y un par de veces Jati las llevó a ella y a Kartika a la ciudad, para comprarse *sarongs* y *kebayas*. Un periodo de tiempo tranquilo, casi de ensueño para Georgina, en el que volvió a encontrarse en el ritmo de vida de L'Espoir, como cuando uno se pone un vestido viejo, usado, que saca del armario al cabo de

mucho tiempo.

Entretanto, en los *godowns* la actividad era intensa. Noviembre, el mes en el que caía el día de San Andrés, marcaba el final de la temporada para los bugis de Sulawesi, Célebes, Bali y Borneo, que traían a Singapur en sus panzudos barcos los tesoros del sudeste asiático. Distintas clases de algas para las cocinas japonesa y china y aletas de tiburón. Nidos de golondrinas, que se podían vender a China por mucho dinero como manjar exquisito y remedio medicinal. Madera de ébano y sándalo, rota y arroz y especias nobles. El cachú, una sustancia que se extraía de una especie de acacia de Java y Sumatra, de cuyas hojas se obtenía un tinte marrón, casi negro, para el algodón y la seda, pero que sobre todo era muy codiciada para curtir la piel. Para cuando finalizaba la carrera por conseguir los mejores géneros, los mejores precios y se gestionaba el posterior transporte, el año prácticamente tocaba a su fin.

Diciembre y enero suponían un descanso para tomar aliento en la dinámica vida comercial de la ciudad. Llamada por los malayos de la isla «la época de las desembocaduras cerradas», los fuertes aguaceros y los vientos tempestuosos impedían el tráfico marítimo. Tan solo algún que otro comerciante intrépido de Java o Siam seguía llegando a los puertos; negocios que además se podían llevar a buen término si uno tenía la mano larga.

La Navidad venía y se iba, y llegaba el nuevo año, tranquilo y sereno, en comparación con la celebración del nuevo año chino, en febrero. Los chinos recibieron el año del perro de metal de manera colorista y ruidosa y encendiendo buscapiés. Ah Tong frunció el ceño en señal de preocupación, ya que en un año así se alternaban la dicha y la desdicha en profusión, y las viruelas, que se propagaban por la isla, eran como un mal augurio para el nuevo año.

Gordon Findlay, en cambio, miraba el nuevo año lleno de confianza, después de que, como miembro de la Cámara de Comercio, tuviera la ocasión no solo de estrecharle la mano a lord Dalhousie, el gobernador general de la India, con motivo de su visita de tres días de duración, sino también de cambiar unas palabras con él, de escocés a escocés, de veterano de la India a veterano. Tanto Dalhousie como su esposa parecían encantados con Singapur, que aunque poco más que un pueblo de pescadores, era mejor que una colonia penal. Una visita que alimentó la esperanza de que Dalhousie se ocupara de que en el futuro Singapur recibiera más apoyo, y sobre todo con mayor rapidez, de Calcuta.

Durante este tiempo Georgina salió en dos ocasiones con Paul Bigelow, con el consentimiento de su padre y en su compañía. Veladas en marcos modestos, en las que se comía mucho, se bebía aún más, se bailaba un poco y, sobre todo, se hablaba de negocios. Y en tales ocasiones sociales Paul Bigelow resultó ser más o menos igual de torpe que ella, si bien no permitía que eso le agudara la fiesta, un entusiasmo que contagiaba a Georgina. Así todo fueron noches de oropel, resplandecientes a la luz de las lámparas, pero sin un valor duradero, y no tardaron en ser olvidadas.

En cuanto se avistó el esperadísimo primer junco desde Government Hill, la enarbolada bandera anunciando su llegada, la noticia corrió por la ciudad como un reguero de pólvora. Y es que a ese primer junco siguieron muchos, muchos más, cargados de preciados objetos procedentes del Imperio del Centro, para los que había mercado en el mundo entero. Losas de granito y azulejos, loza, porcelana y parasoles de papel. Tallarines y manzanas, albaricoques y melocotones desecados y toda clase de hierbas, raíces y polvos curativos. Pebetes y dinero fantasma: vistosos billetes de papel pintados y decorados que los chinos quemaban para honrar a sus muertos. Harina y galletitas dulces o saladas, confites y semillas de loto y jengibre escarchados. Nanquines amarillos, verdes y azules, satén y sedas de colores.

Y, claro está, té, gran cantidad de té de distintas variedades y calidades. No pocas veces el valor del cargamento de un único junco alcanzaba la cifra de diez mil dólares españoles, la moneda oficial con que se realizaban los intercambios comerciales en Singapur y otros lugares.

Durante este tiempo Georgina solía refugiarse en el calor húmedo de la iglesia de San Andrés. En ese trocito de su antigua patria, escocés por los cuatro costados, que habían erigido en ese extremo del mundo comerciantes como Gordon Findlay. Y cada vez que lo hacía, pedía a san Andrés, el pescador del

lago de Genesaret, patrón de los pescadores y los marineros, cuyos restos mortales llegaron intactos a las costas de Escocia, los confines del mundo antaño, tras naufragar, que le devolviera a Raharjo sano y salvo.

La lluvia cedió, los días se volvieron más claros y pronto se alternaron los cielos de un azul irisado y el sol con fuertes tormentas.

Y, por fin, por fin el viento cambió y sopló del este.

Georgina caminaba por la dura hierba dando grandes pasos. El aire era cálido, sin ser sofocante, y en él flotaba un aroma embriagador a *kemboja* y jazmín, a heliotropo y los racimos color champán del árbol *tembusu*.

Tras las fuertes lluvias que había dejado a su paso el monzón a lo largo de los meses anteriores, el jardín era una explosión de color. Las ramas de árboles y arbustos colgaban pesadamente, cargadas de exuberante follaje, por todas partes brotaba y proliferaba el verde, de tal modo que Ah Tong apenas daba de sí recortando y arrancando malas hierbas.

Georgina se adentró en la espesura, en la que había vuelto a abrir una estrecha senda, una vereda. Cada día el corazón le latía desbocado, esperanzado, cuando subía los pasos de la veranda, y cada día aceptaba como buenamente podía la desilusión que la embargaba al encontrarse ambas habitaciones desiertas. Sin nada que indicase que Raharjo había estado allí.

Se movía ágilmente por la trémula luz crepuscular azul verdosa del pabellón. Por el susurro de las hojas que el viento hacía entrechocar contra la construcción y el suave canto de las olas del mar.

Se detuvo bruscamente en el marco de la puerta.

Tras la mosquitera de la cama se dibujaba una silueta. A Georgina se le paró un instante el corazón antes de empezar a latir a trompicones, jubiloso, y se acercó de puntillas.

Estirado cuan largo era, Raharjo dormía profundamente, el pecho subiendo y bajando con calma.

Estaba más delgado de lo que recordaba Georgina, tan solo músculos y tendones bajo la camisa ligeramente sucia, los pantalones deshilachados, el rostro más anguloso enmarcado por el desgredado cabello. Probablemente ello se debiera también a la barba que rodeaba su boca y las últimas señales de agotamiento en los relajados rasgos; era como si hubiese cruzado a nado un océano para llegar hasta ella.

Con cuidado para no despertarlo, se sentó en el borde de la cama y subió los pies. Dando un respingo y cogiendo aire profundamente, Raharjo levantó la cabeza y miró a su alrededor con el entrecejo fruncido, hasta que la vio.

—Nilam—musitó con esa voz como de café solo, fuerte, con mucho azúcar, y se incorporó—. Por fin.

Sus manos le rodearon el rostro y su boca besó sus labios. Sabía a la sal del mar.

Se aferró a ella como un náufrago a algo que flota en el agua, y Georgina no se opuso a que él la desvistiera, a que sus toscas manos se deslizaran por debajo de la *kebaya*, tirando con impaciencia de los finos tejidos de la blusa, la camisilla y el *sarong*, tanto que las costuras se dejaron oír: Georgina ya había esperado bastante.

Parecía lo más natural del mundo estar tendidos juntos desnudos, tocar al otro, saborearlo. Y acariciar las cicatrices de las viejas heridas, las mismas que tuvo bajo sus manos de pequeña, rozarlas con los labios fue como cumplir un deseo del destino anhelado tiempo atrás.

Georgina admiró el cuerpo de Raharjo, tan familiar, tan desconocido, que convirtió el suyo en una lluvia de arena, barrida por una ola tras otra. Los sonidos que salieron de su boca cuando su mano se deslizó por el oscuro delta de entre sus piernas fueron broncos y seductores como los de un ave marina.

Se ahogó en un estado febril y se tornó un mar proceloso en el que Raharjo se precipitó, un nadador que dividía las olas con tanto vigor como delicadeza, y Raharjo descubrió que una mujer podía ser a un tiempo tierra y mar y cuán cerca podían hallarse dos personas al sol y las estrellas.

Con la ardorosa mejilla contra el pecho de Raharjo, Georgina escudriñaba la penumbra del camarote y escuchaba el sonido de las olas que rompían contra el casco del barco y lo mecían.

Allí abajo hacía un calor sofocante y pegajoso debido al sudor de ambos, y el olor dulzón y pesado, especiado y acre del calor que desprendían los cuerpos y el deseo colmado se entremezclaba con el del océano.

Alzó la vista para mirarlo. Con los ojos cerrados, Raharjo daba la impresión de estar durmiendo, con

esa expresión soñadora de una dicha saciada, serena, que se reflejaba en la beatífica indolencia de sus extremidades. Solo su mano, que le acariciaba sin cesar el muslo, revelaba que estaba despierto.

Georgina extendió la pierna, se apoyó en un codo y se tendió boca abajo sobre Raharjo. Durante un beso largo, que los dejó a ambos sin aliento, y estuvo a punto de morir de dicha cuando él la miró, los párpados pesados, como si para él fuese el mundo.

–¿Tú también tienes hambre?–musitó mientras jugueteaba con mechones del cabello de Georgina.

Esta enarcó una ceja con descaro y pegó los muslos a su miembro, fatigado y blando, que empezó a despertarse de nuevo.

Raharjo se rio; esa risa grave, queda, que ella tanto amaba, como el rugido de un trueno aún lejano.

–Me refiero a hambre de la otra.

Le apartó con suavidad unas guedejas y le acarició la mejilla mientras con la otra mano seguía la curva de la nalga.

Georgina asintió. Esas horas extáticas pasadas con Raharjo en el pabellón o allí, en su barco, la dejaban siempre como extenuada en cuanto quedaba saciado el otro deseo, más apremiante.

–En ese caso iré a pescar algo.

Salió de debajo de ella con suavidad y, sobre la estera que cubría el inestable suelo, echó mano de los pantalones.

El sol de mediodía cegó a Georgina cuando subió a cubierta, y entornó los ojos. El viento que soplaba de mar abierto jugueteaba con su cabello, con el *sarong* y hacía que la *kebaya* tremolara como las velas, que hasta entonces habían llevado desplegadas. A lo lejos vio pasar barcos y *perahus* de menor tamaño, y tras ellos distinguió un tramo de costa que la bruma difuminaba hasta convertirlo en una línea trazada con un gis color pastel.

Observó a Raharjo, que metía en la barca auxiliar distintas lanzas con puntas metálicas que lanzaban destellos peligrosos, soltaba la embarcación y acto seguido bajaba por la escala.

Con unos pasos ágiles, Georgina se acercó al borde del barco.

–¿Puedo ir contigo?

Raharjo se rio.

–¿Sabes lo que significa para nosotros, los *orang laut*, que una mujer y un hombre salgan a pescar juntos?–Echó la cabeza atrás para mirarla–. Así es como nos casamos. Con el mar y todo cuanto vive en él por testigo.

Su intención fue decirlo como si tal cosa, quizá con una leve sonrisa, pero le salió, sin querer, con gravedad. Acompañado de una pregunta latente que resonó en él.

Vio que ella solo lo creía a medias, y por primera vez sintió algo parecido al pesar por el hecho de que no fuese una *orang laut*. Y eso que era precisamente ese algo distinto, desconocido, lo que lo cautivaba de ella. Su sangre medio escocesa, responsable de la pureza de sus rasgos. De su piel dorada y esos ojos azul zafiro que siempre lo embelesaban.

Con las cejas fruncidas con aire pensativo, aovilló uno de los sedales para peces pequeños.

De no haber tomado su vida un derrotero distinto, a esas alturas ya había estado casado hacía tiempo, y probablemente también fuese padre de varios hijos. Según las costumbres de su pueblo, ya entonces, cuando se refugió en el jardín, herido, era un hombre, no hacía mucho de la primera vez que había estado físicamente con una muchacha. Nunca se había planteado comprometerse con alguien, todo su ser se hallaba volcado únicamente en ganar dinero sacando partido de sus conocimientos de las riquezas que encerraba Nusantara. Solo con Nilam..

¿Cuándo se había convertido la niñita que cuidó de él y lo enseñó a leer en la mujer con la que quería compartir su vida? Sin duda ya lo era el día que él decidió comprar las tierras a orillas del *sungai Seranggong* y erigir en ellas una casa. Quizás incluso antes, él ya no lo recordaba.

Como si alguien le hubiese administrado sin su conocimiento un filtro elaborado con lágrimas de

vaca marina, como contaban las antiguas leyendas de los *orang laut*.

–Aun así, ¿puedo ir?

Raharjo percibió en su voz el miedo de cometer algún error, romper un tabú, y torció el gesto sin querer. Que precisamente Nilam tuviese miedo, ella, que podía manejarlo a su gusto con tan solo quererlo con la misma facilidad que él manejaba los sedales. La persona por la que él iría hasta los confines de todos los mares y bajaría hasta el fondo del océano más profundo.

Raharjo dejó caer el sedal enrollado en la barca y se arrepintió en el acto, ya que sin él no sabía qué hacer con las manos. Y es que ahora era él el que tenía miedo, de no ser lo bastante bueno para la hija del *tuán* escocés. Un *orang laut* sucio, que había nacido y se había criado en un barquito en medio del océano. Que había pasado su juventud haciendo correrías por el mar y había matado a un hombre por primera vez cuando tenía aproximadamente la misma edad que Nilam antaño. Nunca le había contado la cantidad de dinero que había ganado con el nácar y el carey y con las perlas que los hombres de las islas recogían del lecho marino para él. Cuánto dinero más ganaría probablemente gracias a las personas a las que había engatusado en su último viaje, y ya era demasiado tarde para hacerlo.

Tragó saliva.

–Entonces, ¿quieres ser mi mujer, Nilam?–La miró, debatiéndose entre la esperanza y el temor–. ¿Aquí y ahora?

La increíble sonrisa que iluminó el rostro de la muchacha y lo hizo resplandecer, la dicha inefable que se escondía tras las lágrimas que anegaron sus ojos, casi lo arrebató.

–¡Sí!–exclamó ella–. ¡Sí, Raharjo!

Con piernas temblorosas, él se acercó al borde de la barca y le tendió la mano.

–En ese caso, ven.–La bajó con brío a la barca y la estrechó entre sus brazos–. Pero para ello hay que superar una prueba de valor–le susurró entre beso y beso.

Cuando Georgina lo miró con los ojos muy abiertos, inquisitivos y un tanto temerosos, pero también con un valor invencible y rebosante de confianza, le recordó de tal modo a la pequeña Nilam de entonces que estuvo tentado de creer que de verdad existía el destino.

Georgina sentía un revoloteo en el estómago y el corazón en la garganta, tanto de dicha como de nerviosismo, mientras observaba a Raharjo, que dejó que la barca se pusiera en movimiento y arizó la vela.

No se imaginaba qué clase de prueba tenía él en mente, no se quería imaginar lo que pasaría si no salía airosa de ella.

Raharjo la cogió de las manos y la levantó, manteniéndolos en equilibrio a los dos en la inestable barca.

–¿Estás preparada?

«No.» Asintió.

Él la situó de cara al agua y la rodeó con sus brazos.

–Saltas al agua sin más y pasas por debajo de la barca –explicó–. No es difícil, y este es un buen lugar para hacerlo. Con la cantidad de agua perfecta, ni poca profundidad ni mucha.

Georgina miró con cautela el agua, que aunque despedía una tenue luz verde clara y turquesa, se le antojaba un abismo espantoso; nunca se había zambullido sola, sin Raharjo. Tenía la sensación de que saltaría mal y haría zozobrar la barca, que después la mantendría sin piedad bajo el agua. Se movería desvalida por las profundidades, los pulmones se le llenarían de agua y se ahogaría.

–El matrimonio es como el mar que nos alimenta a nosotros, los *orang laut* –musitó con la boca enterrada en su cabello–. Unas veces sereno y tranquilo, y otras, tempestuoso, con bajíos y corrientes traicioneras. Un viaje de por vida por aguas familiares y por costas nuevas, desconocidas. Saltar al agua significa que uno va al matrimonio rebosante de confianza y seguridad. Entonces, ¿confías en mí?

Georgina asintió.

–Entonces créeme si te digo que lo puedes hacer. Si te prometo que no te pasará nada.

La besó en la sien, la soltó y dio un paso atrás.

Georgina sentía el pulso martilleándole en los oídos, y justo cuando el estómago le dio un vuelco, cerró los ojos y saltó.

Se hundió pesadamente en el agua, que la apresó y siguió tirando de ella hacia abajo; no veía nada, y prácticamente no oía nada, tan solo el gorgoteo del agua inundaba sus oídos. Se obligó a abrir los ojos, buscar en la titilante luz verdosa la barca, describió un círculo hasta descubrir el alargado casco y fue nadando hacia él. Raharjo tenía razón, allí el agua no era muy profunda, y, sin embargo, el suelo arenoso se hallaba lo bastante lejos para pasar con facilidad por debajo de la barca.

Georgina se dirigió hacia él con movimientos enérgicos, pero en cuanto tuvo encima la embarcación, sobre sus hombros se asentó una carga angustiosa, y sintió opresión en el pecho. Siguió adelante con terquedad, hasta que el agua se arremolinó delante y se enturbió.

De la niebla salió una sombra que iba directa a ella, con veloces, ágiles movimientos ondulados. Más grande que una nutria, con el cuerpo esbelto y moreno y los ojos negros. Una foca que le sonreía. Un *selkie* con el rostro de Raharjo.

Expulsó el aire de los pulmones y le entró agua en la boca. Movié los brazos y las piernas a su alrededor, sintió que la cogían por el talle y tiraban de ella, y subió a la superficie con Raharjo.

Georgina tosió y escupió agua, jadeó y cogió aire con avidez.

–Mi valiente Nilam–alabó Raharjo, que la mantenía a flote estrechándola contra sí con un brazo mientras con la mano contraria le apartaba el cabello del rostro y la besaba–. ¿Sabes una cosa?–le dijo contra la mojada mejilla–. Cuando el hombre y la mujer se reencuentran inmediatamente debajo de la barca quiere decir que están hechos el uno para el otro. Que ya nada podrá separarlos.

Georgina se escurrió el pelo y se hizo una trenza pasándolo por el hombro. El sol le quemaba la piel y arrancaba destellos dorados al agua, y Georgina se vio obligada a entrecerrar los ojos.

–¿Qué puedo hacer?–le preguntó a Raharjo, que mantenía el equilibrio de pie en la barca.

Él se volvió a medias y se llevó un dedo a los labios, y Georgina puso cara de culpa. Risueño, él se inclinó y le dio un hilo enrollado en cuyo extremo había afianzado un penacho de plumas alrededor de un fino anzuelo.

–Arrastra el anzuelo por el agua–le explicó en voz muy baja–. Cuando notes un tirón en el sedal, recógelo deprisa.

Georgina dejó que el cebo bailoteara en el agua, incapaz de dejar de mirar una y otra vez a Raharjo. Parecía ser uno con el elemento, como si sintiera cada ola en su cuerpo. Como si entendiese el murmullo de los peces. Permanecía en su sitio, inmóvil como una estatua de bronce, cada uno de sus tenos músculos como grabados en el bruñido metal; tan solo el brazo que sostenía el arpón parecía relajado; del cabello le caían gotas de agua que hacían brillar su piel.

Bajó la vista y se centró en el cebo. De pronto la barca se escoró y empezó a moverse a un lado y a otro como un caballo pegando coces. Georgina se agarró al borde para no caer al agua y profirió un grito quedo; un grito que se perdió en el bramido triunfal de Raharjo y en el chapoteo del agua.

–¡Menuda captura!–exclamó risueño, y subió con una mano el imponente pez, que se agitaba en la punta de la lanza y salpicaba agua de mar antes de que Raharjo lo depositara en el suelo–. ¡Sujétalo con fuerza, Nilam!

Georgina sacó el sedal del agua y gateó por la vacilante barca. Intentó coger con las dos manos el resbaladizo pez, que se volvía y se rebelaba, e intentó aplastarlo contra el suelo, asombrada de la indómita fuerza que tenía.

Raharjo cogió un puñal y hundió la punta en la blanda carne; el pez aún movió unas cuantas veces las aletas y después se quedó inmóvil. Georgina percibió el olor metálico de la sangre y el fresco e intenso del agua salada cuando Raharjo introdujo la hoja tras las agallas y después, hábilmente, soltó el arpón

del cuerpo del pez.

–Nos traerá buena suerte–musitó–. Riqueza y salud y muchos hijos.

–¿De verdad somos ahora marido y mujer?

La asaltaba cierta duda, si no haría falta más que ese pez bajo sus manos para marcar la transición entre muchacha joven y mujer casada.

Raharjo levantó la cabeza y la miró con ternura y una gravedad solemne en sus ojos negros.

–Sí, Nilam. Lo somos. Para siempre.

–Para siempre–repitió ella, entre el asombro y la promesa salida de lo más hondo del corazón.

Raharjo se inclinó hacia ella y la besó, con su mano mojada y caliente en su mejilla.

A Georgina no le importó que tuviera las manos manchadas de sangre, como las suyas, y embadurnadas de la humedad viscosa de la piel del pez.

Se sentía bendecida, sentía que había tomado parte en un rito arcaico tan antiguo como la humanidad misma. Como la sangre que su cuerpo derramaba cada mes, como la semilla de Raharjo, una parte del eterno misterio de la vida y la muerte. Una parte de ese mundo en el que ambos se sentían como en casa.

Aunque vivieran en mundos distintos de allí, en esa barca, se habían fundido de una vez por todas.

Las olas bañaban el casco del barco entre murmullos, en esa pesadez untuosa que adquiría el mar cuando era del mismo negro de tinta como el cielo en la noche.

Georgina estaba sentada a la luz de la lámpara en las esteras que Raharjo había extendido en cubierta, saboreando los últimos bocados del pescado, tierno como la mante-quilla.

Sus dedos recorrían el relieve ondulado del borde del recipiente de barro esmaltado, y una vez más sus ojos vagaban por las tenues luces que se veían en la orilla y se concentraban allí donde el río Singapur se derramaba en el mar.

Una miríada de manchas luminosas bailaba delante de la costa en el agua: las luces de los barcos y las barcas que echaban allí el ancla por la noche. Una alfombra de velas flotantes, como encendidas expresamente para Georgina bajo el manto del cielo bordado de plata. En el aire de fluida seda, el horizonte se perdía, haciendo que el cielo y el mar se fundiesen; el barco parecía una islita en la resplandeciente vastedad negra, repleta de luces del mar celeste.

–Es precioso–aseguró ella, y Raharjo emitió un sonido de aprobación.

–¿Te ha gustado?–le preguntó él al mismo tiempo que alargaba la mano para coger el recipiente.

–Mucho.

Los pescados, cangrejos, langostas y gambas sabían a brisa de mar y al agua salada en la que los capturaba Raharjo; el arroz, las frutas y las verduras, que siempre tenía en el barco, se especiaban de manera distinta a la que estaba acostumbrada Georgina con la cocina india de Anish, pero el resultado era tan picante como le gustaba a ella, y le encantaba mirar a Raharjo junto al fuego en cubierta, trajinando con sus cacerolas de hierro y esos recipientes de barro de un marrón grisáceo.

Georgina se limpió las manos en el *sarong*.

–Probablemente sea la peor de las esposas–musitó, sintiéndose culpable, los ojos clavados en los dedos, que descansaban entrelazados en su regazo–. Ni siquiera sé cocinar.

Raharjo apartó los recipientes de barro y se rio.

–No es ese el motivo por el que me he casado contigo.

Se acercó a ella, le pasó un brazo por el hombro y la atrajo hasta situarla entre sus rodillas.

–Nunca tendrás que cocinar para mí–susurró, y le apartó el cabello y la besó en la mejilla–. Tendrás suficientes criados para que lean en tus ojos cada uno de tus deseos. Todo cuanto desees lo tendrás.

Risueña, Georgina se arrimó a él, se refugió en el calor de su pecho desnudo, que le llegaba a la piel a través de la *kebaya*.

–¿Qué dice tu familia de que te hayas casado?

Raharjo no dijo nada, y ella se volvió.

—¿Todavía no lo saben?—adivinó Georgina.

Raharjo contempló las luces de los barcos, más allá de ella, y la garganta se le atezó.

—¿Es porque... porque no soy una de vosotros?

—No.—La estrechó con más fuerza—. No, no es eso. Es...—respiró hondo—. No mantenemos muy buenas relaciones. Ya no. Para nosotros, los *orang laut*, han cambiado muchas cosas, pero muchas otras siguen siendo como en tiempos de nuestros antepasados. Mi familia no entiende que tome mis propias decisiones y no obedezca las del jefe de mi pueblo. Que siga mi propio camino me convierte en un *orang lain*, un bicho raro.—Acarició el brazo a Georgina con aire pensativo—. Siempre he tenido la impresión de que mi padre nunca me ha perdonado que no peleara hasta el final y muriese, como mi hermano. Ni siquiera hoy sé si me caí al agua sin más o me tiré para salvar el pellejo.

Mientras hablaba, Georgina se había vuelto hacia él, y ahora le pasaba las yemas de los dedos delicadamente por las cicatrices del brazo.

—¿Aquella vez?

Él asintió.

—Cazadores de piratas. Cuando atacamos un barco de bugis con un buen cargamento. Contra los bugis y los *orang putih* juntos no había nada que hacer.

Como Georgina no sabía qué decir, cómo consolarlo se arrimó a él y acomodó su rostro en la oquedad del cuello.

—En cuanto vuelva—dijo, acariciándole el pelo—, iré a ver a tu padre. Y si insiste en ello, me casaré contigo de nuevo. Me da igual el rito que sigamos.

A Georgina le hormigueó el estómago cuando se imaginó delante de su padre cogida de la mano de Raharjo. Confesándole que se había unido para toda la vida a un *orang laut* en secreto y según la costumbre pagana.

Gordon Findlay apreciaba la cocina india, cultivaba las relaciones con los *towkays* y trataba a sus criados como si fuesen parientes lejanos, pero después de todos esos años seguía considerando Escocia su patria. Un reino espiritual que se había llevado consigo a la India y en el que seguía viviendo también en Singapur, orgulloso de llevar en la sangre virtudes como la templanza y el temor de Dios, la diligencia, la rectitud y la parsimonia. Eso era algo que no se podría ocultar eternamente, Georgina lo sabía, y, sin embargo, jugaba contra reloj, hasta que llegara el momento de convertir en una las dos vidas entre las que se movía.

En cuanto Raharjo regresara.

Con la mano contra su pecho, Georgina se apartó de él.

—¿Te vas a ir otra vez?

—Dentro de unos días. Estoy esperando a que sople el viento adecuado.—Se hallaba de cara a la brisa marina, y el pecho le vibraba como si tomase el viento respirando deprisa, de manera superficial—. Debo hacerlo. Con lo que traiga del próximo viaje podré empezar a construir nuestra casa.—La miró y hundió los dedos en su cabello—. Levantaré un palacio para ti, Nilam.

—¡Quiero ir contigo!—Quería ser valiente, pero estaba a punto de echarse a llorar.

Él sacudió la cabeza.

—No. Así no. No a escondidas. Y sin duda entenderás que solo me presentaré ante tu padre cuando tenga algo que ofrecer.

Sí, lo entendía, y pese a ello sentía el corazón oprimido. Y solo entonces entendió lo que significaba de verdad compartir la vida con una criatura marina siendo ella hija de la tierra.

—¿Y vas a volver a estar fuera tanto tiempo?

Raharjo sonrió.

—No. Antes de que sople el viento del oeste estaré contigo.—Le cogió el rostro entre las manos y la besó en la boca—. Te doy mi palabra.—Acto seguido se inclinó hacia la lámpara y apagó la luz—. Mi

mujer—murmuró, y le quitó la ropa de algodón que llevaba y la vistió con el viento y la noche tropical y el brillo de las estrellas, y la envolvió con el calor de su piel—. Mi mujer.

El jardín se extendía, sombrío, ante la casa, escasamente iluminada.

Un suave murmullo llegaba en oleadas, no se podía distinguir si era el viento al atravesar las hojas de los árboles y los arbustos o el mar al otro lado de Beach Road. Hasta las cigarras sonaban aplacadas, el canto apenas imponiéndose al sonido atronador de las ranas toro, y las luciérnagas atravesaban la oscuridad cual estrellas caídas.

Paul Bigelow se hallaba en la veranda, expulsando a la noche el humo de su cigarro puro.

Gordon Findlay había enarcado las cejas en señal de desaprobación cuando, antes incluso del postre, Paul Bigelow se había despedido de la reunión de hombres de negocios; ni siquiera había mentido del todo al alegar que esa noche tenía otro compromiso. Unos ojos azul violeta lo habían traído hasta donde estaba ahora.

Unos ojos en los que se vio reflejado el anhelo después de que durante el desayuno Mister Findlay informara a Boy Two de que ambos hombres cenarían fuera de casa al término de la jornada laboral, y de que sin duda sería muy tarde cuando volvieran a casa. Una mirada que era como un reclamo, que Paul Bigelow no podía sino obedecer sin más, con la esperanza de estar unas horas a solas con Georgina Findlay.

Sin embargo, de Miss Findlay no había ni rastro, no estaba ni en el salón ni en la veranda, y Paul Bigelow se quitó el sabor insípido de la decepción bebiendo un trago de whisky.

Más negra que el resto del jardín, la silueta del asilvestrado bosquecillo se recortaba contra el nocturno cielo cuajado de estrellas, como si los árboles sin podar, las abandonadas matas, atrajesen la oscuridad, se agruparan y compactaran entre sus ramas.

Había mantenido su palabra y respetado el lugar secreto de Miss Findlay, por más que le costara. A fin de cuentas sabía, gracias a Ah Tong, que ese rincón del jardín ya era agreste cuando él empezó a trabajar en la casa. Primero por deseo de la *mem*, después en su memoria; algo que a su alma china de jardinero afligía visiblemente.

Uno de los numerosos secretos que parecía encerrar L'Espoir. Como los huesos que había enterrados bajo los cimientos de la casa, sobre los que todo el mundo barruntaba algo, pero de los que nadie hablaba. Ni siquiera Cempaka, cuyos ojos se oscurecían cuando él quería saber más de los Findlay mientras ella, con voz bronca, eludía las preguntas ofreciéndole algo de beber o preguntándole si tenía alguna camisa para el *dhobi-wallah*.

L'Espoir. Esperanza.

Ese era el nombre que Gordon Findlay le había dado a la casa, con la esperanza de que su siempre delicada esposa, que había estado a punto de morir con el calor infernal de Calcuta, se recuperase con el clima de Singapur. Con la esperanza de que en esa casa su matrimonio quizá fuese bendecido con un hijo.

Al oír la admiración, el respeto con que Ah Tong hablaba de su difunta *mem*, con la que él asociaba el amor a todo lo que reverdecía y florecía, más favorable era la impresión que causaba el jardinero a Paul Bigelow. Y más la vaga idea que se había formado de la que fuera la señora de la casa.

Y de su única hija.

Él esperaba encontrarse a una niña pequeña cuando Gordon Findlay lo mandó al embarcadero para ir a buscar a su hija, a lo sumo una jovencuela patosa. No a una muchacha joven a la que no faltaba mucho para convertirse en una mujer, cimbreante como el mimbre y, gracias a unos rasgos de una fuerza desconcertante, capaz de ejercer un gran poder de atracción. Con unos ojos de una belleza fascinante y una voz como el terciopelo. Difícil de retener, como el agua que le corría a uno entre los dedos, y, sin embargo, a veces en esos ojos ardía un fuego con el que uno podía quemarse las manos.

Por mor de las conveniencias, él tendría que haber liado el petate y haberse mudado hacía tiempo, y eso era algo que sabía sin necesidad de que Gordon Findlay dejase caer un comentario al respecto. Sin

ver la mirada reprobadora de Cempaka cuando ambos salían a dar uno de sus paseos matutinos a caballo.

Sin embargo, no era capaz de hacerlo.

Con el puro entre los dedos, pasaba la mano por la balaustrada. L'Espoir se había convertido en su hogar, y aunque los muros de la casa rezumaban pena y dolor, y fantasmas del pasado recorrían las estancias, aún se respiraba el amor con el que había sido construida. Una leve señal de esa esperanza que daba nombre a la casa y que para él era como una promesa.

Un crujido en el jardín lo arrancó de sus pensamientos. Una mancha clara se destacó en la oscuridad y avanzó por la crepitante hierba hacia la casa. Poco a poco fue cobrando nitidez, hasta materializarse en una esbelta figura de mujer con el cabello oscuro, y a Paul Bigelow se le aceleró el corazón.

Dio un paso atrás maquinalmente, sumiéndose en las sombras que proyectaban las columnas. Y solo después de que Georgina Findlay subiese la escalera con ligereza y desapareciera en la casa supo él por qué.

Solo fue un instante, en el que la tenue luz le iluminó el rostro, que irradiaba dicha; tenía en los ojos aún el brillo radiante de la sensualidad.

Un instante en el que comprendió cuán necio había sido.

En él se alzó una violenta llamarada, y se bebió la copa de un trago.

Georgina estaba sentada en el peñasco que se alzaba ante la tapia. Con los brazos abrazando las piernas flexionadas. No prestaba atención a los carros de caballos y los tiros de bueyes que iban y venían por Beach Road. Tenía la vista fija en las olas, en las velas de los barcos que cruzaban al otro lado ante la brumosa costa de la isla. En los pájaros que volaban tras ellos en círculos por el cielo para después desaparecer. Deseó ser uno de ellos.

Extender las alas sin más, alzar el vuelo y volar lejos, muy lejos, sobre el mar.

El viento le echaba mechones de cabello por la cara, que se quedaban pegados en las mojadas mejillas, pero ella no hacía nada para apartarlos.

El viento soplaba del sur cuando se despidió de Raharjo, y saludó al viento del oeste como si fuese un viejo amigo al que hubiera echado de menos. El viento del oeste, que olía a dicha y tenía un sabor prometedor y al cabo resultó ser un embustero, ya que no le trajo a Raharjo.

—¿Dónde estás?—le preguntaba en voz queda al viento del norte, que ya traía la humedad pesada, humeante de la lluvia monzónica, y pidió al mar en silencio que liberase a su *selkie* y se lo devolviera.

Antes de que fuera demasiado tarde.

Encogió más las piernas para mantener a raya un miedo que le dejaba el cuerpo temblando y entorpecía sus extremidades. Pero con ello solo logró aumentar el malestar que hacía que el estómago se le contrajera y después se le distendiera de golpe; se hallaba en un mar de confusiones.

Oyó un crujido detrás, más fuerte que el de un ave, una ardilla o un lagarto, y se volvió deprisa. El denso follaje que crecía junto al pabellón se movía.

—¿Raharjo?—dijo, con voz apenas audible, con el corazón martilleando de tal modo que estuvo a punto de vomitar.

La verdura se abrió y de ella salió un hombre con una camisa y unos pantalones claros, con los ojos de un azul luminoso en el rostro tostado por el sol.

—Miss Findlay. Pensé que la encontraría aquí.

—Mister Bigelow—musitó Georgina, pasándose la manga deprisa por las mejillas.

Con las manos apoyadas en las caderas, Paul Bigelow echó un vistazo a su alrededor, contemplando largamente el desmoronado pabellón y la cubierta de hojas, luego el peñasco en el que estaba acomodada Georgina.

—De modo que este es su secreto.—Los ojos le brillaban, y levantó las manos a modo de disculpa—. Lo sé. Prometí dejarle este secreto.—Se acercó a ella dando grandes pasos, las piernas arrancando un murmullo a la maleza, como si vadeara un río—. Es solo que no sabía de qué otra forma podía ayudar, después de que hoy volviera a levantarse de golpe sin probar apenas bocado del desayuno. Además me he valido del pretexto de que por desgracia he olvidado en casa unos documentos importantes y he dejado que Mister Findlay se fuese solo.—Doblando una pierna y cruzando los brazos, se apoyó en el peñasco junto a Georgina, miró a derecha e izquierda y después contempló el mar—. Bonito sitio—comentó al cabo de un rato—. No es de extrañar que lo quiera para usted sola.

Georgina se enjugó con disimulo unas lágrimas que no querían cesar.

—¿No me va a decir qué le pasa?

Georgina se abrazó con más fuerza las piernas; la forma que tenía de mirarla Paul Bigelow, insistente, casi escrutador, le resultaba desagradable.

—Podía haberme dicho tranquilamente que no quería salir a cabalgar más conmigo.—La broma cayó en saco roto, y añadió en voz queda—: Veo que no se encuentra usted bien. Desde hace semanas.

Georgina intentó reprimir el temblor que le recorría el cuerpo y se tragó la acidez que notó en la boca.

—Le dije en su día que quería ser un buen amigo suyo, ¿se acuerda? Esa oferta sigue en pie. Y

permítame que le diga que da la impresión de que no le vendría nada mal un buen amigo.

Georgina siempre había estado sola, no sabía estar de otro modo. Pero nunca antes se había sentido tan perdida. Su tía Stella y Maisie se hallaban muy lejos; ninguna carta por desesperada que fuese habría podido acortar la distancia que las separaba. No se atrevía a emprender de nuevo semejante viaje sin saber si su tía Stella, escocesa correcta y temerosa de Dios como su hermano, le daría con la puerta en las narices sin contemplaciones. Quizá pudiera contar con su tío Étienne, pero desde luego no con la tía Camille, que en su día se alegró visiblemente de que su rebelde y colérica sobrinita saliera de su casa.

—Se lo ruego, Miss Findlay.

Georgina dejó caer los hombros hacia delante y pegó el cuerpo a las rodillas.

—No...—empezó atropelladamente, los ojos clavados en las aguas ya azules, ya verdes—. Conocí...—«a un hombre del mar, a un *selkie*.» Se atragantó antes de soltarlo—. Prometió volver. Tendría que haber vuelto hace ya tiempo, pero no ha sido así. No ha vuelto. Y ahora espero un hijo suyo.

La historia más vieja del mundo.

Georgina, consciente de lo ingenua, lo necia que sonaba, se cubrió el rostro con las manos.

Paul Bigelow no dijo nada. Durante un buen rato.

El silencio era una tortura, el crujido de las hojas con el viento, el murmullo de las olas enervantes; al cabo Georgina se limpió la cara, se secó las manos en el *sarong* y se sorbió la nariz.

—Ahora no sé qué hacer—musitó con la garganta inflamada, la voz empañada por las lágrimas.

Ah Tong jamás le procuraría polvos del barrio chino, lo conocía bien. Kartika no podría ayudarla, Cempaka no querría, y los tres considerarían que era su deber informar al *tuan* Findlay.

—¿De cuánto está?—quiso saber al cabo Paul Bigelow, la voz bronca y áspera como papel de lija.

A ella sus palabras le llegaron sordas y distorsionadas, como sonidos pronunciados bajo el agua; le costó entenderlas.

—¿A qué se refiere con...?

—Quiero saber cuánto hace que está encinta.

La dureza de su voz la devolvió a la superficie.

—No lo sé con exactitud.

Con Raharjo había perdido la noción del tiempo real, había empezado a contar los días, las semanas y los meses guiándose por el sol y las estrellas, por las mareas del mar y por el viento.

—¿Cuatro meses, quizá?

Firme como el peñasco en la que estaba apoyado, Paul Bigelow seguía mirando al frente. Pálido bajo la piel tostada por el sol, casi gris, el rostro duro, como esculpido en granito, los ojos de vidrio azul.

De pronto dio un respingo y se apartó de la peña.

—No se preocupe. Yo me encargaré de todo.

Sin dignarse mirarla, dio media vuelta y la maleza crujió y se dobló bajo sus enérgicos, impetuosos pasos.

—Pero ¿cómo?

—Ya se lo he dicho—respondió sin volverse—, no se preocupe.

Georgina se aovilló de nuevo y contempló el agua, su discurrir y su murmullo eran un eco de lo que sucedía en su cuerpo. De su corazón, que se había parado, pero que a veces le latía con tal furia en los oídos que se mareaba. Un flujo y reflujo de malestar y un hambre atroz. El rugido y el bramido de la sangre que fluía por sus venas. Y dentro, muy dentro de su ser, una criatura diminuta que nadaba y pataleaba como un pecesito. Un renacuajo, un ser que se hallaba entre la tierra y el mar, una criatura de dos elementos.

El hijo del *selkie* que crecía en su vientre.

Se deslizó, cansada, por el jardín, un bosque de sombras lóbregas sobre el que se derramaba el vespertino cielo azul violeta, como de heliotropos reducidos a polvo. Se cernían nubes oscuras,

infaustas, iluminadas por luces titilantes espectrales y acompañadas del bochorno de la tormenta que se avecinaba.

Había pasado el día entero fuera, en el peñasco. Primero la asustó el atronador cañonazo de Government Hill que anunció la quinta hora de la tarde, y, sin embargo, aún pasó algún tiempo hasta que logró cobrar ánimos para volver a casa, para cambiarse de ropa para la cena, cubrir su desesperación con el velo de una cotidianidad metódica que había dejado de existir hacía tiempo.

La fachada de L'Espoir se irguió ante ella como un castillo encantado, con las luces blanquecinas en el inminente crepúsculo. Poniendo un pie delante del otro de mala gana, Georgina subió los peldaños y el olor especiado, dulce y picante del *dal* y los *chapatis* recién hechos, de los distintos curries que flotaba en el recibidor le revolvió el estómago.

Un ruido como de un mueble al caer al suelo la hizo estremecer, un rugido sibilante como el de un tigre la dejó paralizada.

—¡A mis espaldas! ¡Bajo mi techo!

Era la voz de su padre, con una ira desenfrenada y apenas amortiguada por la puerta del despacho.

—Nilam.—Kartika la llamó desde un rincón del recibidor—. Ay, Nilam. Debe de haber pasado algo terrible. Nada más volver a casa *tuan* Findlay y *tuan* Bigelow se han encerrado en la habitación. Al principio no se oía nada, pero luego *tuan* Findlay ha empezado a rugir como un animal salvaje en una jaula.

—¿Es que los jóvenes ya no tenéis decencia?—bramó Gordon Findlay—. ¿Pundonor?

Kartika miraba hacia el despacho atemorizada.

—Nunca había visto así al *tuan*.

«Yo tampoco.» Georgina tragó saliva.

Enfadado, sí, y colérico, de cuando en cuando gritando y dando voces, pero nunca encendido de ese modo. No con una violencia tan devastadora.

Su mirada se cruzó con la de Cempaka, que había aparecido en el recibidor detrás de Kartika.

—Se veía venir—musitó Cempaka, inexpresiva, casi triste y sin el menor asomo de satisfacción o malicia—. Mira lo que has hecho.

Una ráfaga de viento dio la vuelta a la casa y pareció empujarla hacia el mar, y el murmullo entre las copas de los árboles sonaba como si las olas ya lamieran los cimientos, ávidas de engullir de una vez L'Espoir y arrastrarla a las profundidades.

Hora tras hora, Georgina aguantaba en la oscura veranda.

Esperaba, pero no se sabía qué; quizá que el viento cambiase, o que lo hicieran las mareas del destino. No sabía qué otra cosa podía hacer.

No tenía sentido tan siquiera plantearse huir; ningún lugar del mundo podía proporcionarle refugio. Fuera a donde fuese la acompañaría la vergüenza, esperar un hijo de un matrimonio que desde la óptica europea no lo era, puesto que no se había contraído en una iglesia, sino en el mar, con el cielo y los peces como únicos testigos y sin que hubiese constancia alguna de él por escrito. Con un hombre que era tan huidizo como el agua que constituía su vida

Con un hombre de piel morena. Un delito por el que no podía esperar clemencia. En ninguna parte.

El toque vespertino de San Andrés había sonado hacía tiempo. En la planta superior, el leve tintineo de la plata y la porcelana le dijo que los Boys estaban quitando la mesa; ese día no habría cena. Por lo demás reinaba el silencio; un silencio inquietante, amenazador, que le oprimía el alma. Incluso los lejanos truenos sonaban medrosos, como si hasta la tormenta que se alejaba temiese esa fuerza de la naturaleza que era Gordon Findlay.

—¿Miss Nilam?—A su lado apareció la delgada silueta de Boy One—. *Tuan* Findlay quiere verte.

El haz de luz que arrojaba la lámpara de la mesa era de un amarillo sucio, absorbía todos los colores del rostro de Gordon Findlay y le abría profundos surcos; era como si su padre hubiese envejecido de

repente. A cierta distancia, Paul Bigelow estaba apoyado en el marco de la ventana, mirando fijamente un punto en el suelo con la cabeza gacha. En la penumbra, las orejas le ardían como las de un colegial al que acabasen de echar un rapapolvo.

En la habitación el ambiente era sofocante. Sobre la bochornosa noche de tormenta pesaba el sudor de los hombres, más acre aún debido al humo que flotaba en el aire; el cenicero estaba lleno de chicotes; a todo ello se sumaba un marcado tufo a alcohol; la licorera de cristal junto a los dos vasos estaba prácticamente vacía.

—Papá—dijo Georgina, con la voz como la de una niña pequeña, e hizo una leve reverencia, un gesto maquinal.

Ojalá se le hubiese ocurrido cambiarse de ropa, en lugar de plantarse allí con la *kebaya* manchada y el *sarong* lleno de polvo y los pies sucios. Era como si compareciese en un juicio.

Gordon Findlay no decía nada; con las manos apoyadas en los papeles desplegados, como si tuviese que contenerse para no saltar, miraba con fijeza el escritorio.

—¿Papá?—insistió ella, luchando contra un miedo cerval.

Al cabo, él carraspeó.

—Mister... Mister Bigelow me ha hecho saber esta tarde hasta qué punto ha abusado de mi confianza y mi hospitalidad.—Georgina miró al aludido, que tenía la cabeza más gacha aún, con cara de interrogación—. En el fondo, el hecho de que haya decidido resolver la situación lo honra. Sin embargo, ello no atenúa ni la desfachatez con la que me ha engañado ni lo ignominioso de su proceder.—Sus gruesas, rectas cejas se unían en el arranque de la nariz—. En cuanto a tu parte en ello, todavía no he decidido si el único responsable es Mister Bigelow o si me habré equivocado de medio a medio con mi propia sangre. Pero me cuesta imaginar que tu querida tía te haya educado para que te... para que observaras semejante conducta disoluta.

—No, papá—musitó Georgina con voz bronca—. No ha sido así. Yo nunca...

La palma de su padre se estrelló ruidosamente contra la mesa.

—¡No me mientas! ¿O acaso pretendes negar que llevas un hijo en tu vientre?

—No—repuso Georgina con un hilo de voz apenas audible.

—En mi propia casa—añadió, y sonó como el bufido de un animal feroz—. Delante mismo de mis narices. ¡Cómo habéis podido!

—Papá, no...

—¡Calla!—Sus ojos lanzaban rayos azules, y el índice se alzó en un gesto amenazador—. No quiero oír una sola palabra. No creo que haga falta que te diga lo mucho que me has decepcionado.—Cogió aire con fuerza por la nariz—. Al menos Mister Bigelow me ha asegurado fehacientemente la honestidad de sus intenciones. Aparte de esta grave falta, siempre se ha conducido de manera intachable. Es un comerciante capaz y será un buen sucesor para la compañía.

Daba la impresión de que en la estancia había un buen número de trampas, que probablemente ambos hombres hubiesen tendido a lo largo de las horas que habían transcurrido. Antes incluso de que Georgina pudiese buscarse una madriguera, Gordon Findlay estrechó más aún el cerco.

—La gente hablará de todas formas. Os casaréis cuanto antes.

«Un poco de tiempo. Déjame un poco de tiempo.»

Georgina tragó saliva; sabía que no tenía tiempo que perder.

—¡No!—Un intento desesperado de romper el cerco—. ¡No, papá, por favor!

—¡No me repliques!—Se desató una tormenta embravecida que la hizo tambalearse—. Todavía no eres mayor de edad, así que harás lo que yo te diga.

Con los ojos anegados en lágrimas, Georgina miraba ya a su padre, ya a Paul Bigelow, y ninguno de los dos la miraba a los ojos.

—Mañana mismo se publicarán las amonestaciones.

La trampa se cerró de golpe.

Raharjo arrastró la barca por la playa, corrió por la arena y cruzó con pasos largos Jalan Pantai. La impaciencia le tensaba los músculos; hacía mucho tiempo que no veía a Nilam. No podía esperar ni un minuto más, pero había valido la pena.

Aunque unos vientos desfavorables, que se confabularon ante *pulau* Flores y se convirtieron en una violenta tempestad, lo retuvieron por el camino, le depararon la buena suerte de poder tratar con pescadores. Con semanas de retraso, pero cargado de nácar, carey, perlas y oro en polvo, guió su barco primero hasta Malaca y después hasta Singapur; su barco, que en ese momento bailoteaba en las olas ante la costa, ligero y vacío.

Al día siguiente podría empezar a construir su casa, y al otro encargar un barco de mayor tamaño. Y mientras tanto ese mismo día podría presentarse ante el padre de Nilam con la cabeza bien alta, pues había vuelto a Singapur siendo un hombre rico.

Se coló por el boquete de la tapia y permaneció sumido en su sombra hasta que se zambulló en la espesura de ramas y hojas, hierbas y maleza, y después en la luz verde irisada de la habitación.

—¿Nilam?—dijo en voz queda mientras palpaba por enésima vez lo que llevaba en el bolsillo del pantalón.

Un brazalete de oro oscuro, con líneas onduladas y peces. Un alhaja de los *orang laut* que le había dado su madre a cambio de la promesa de que diera a conocer a la familia entera a su esposa próximamente.

Su dedo gordo dio contra algo duro, áspero, y bajó la mirada. Una piedra de lava en forma de junco chino. No muy lejos estaba el abanico pintado, la madera rota, y en un rincón el peine de nácar partido en tres. La pulsera seguía intacta, pero de la concha no había ni rastro. Todas las cosas que había ido trayendo a lo largo de los años para mostrarle a la niñita su agradecimiento estaban como tiradas rotas por una mano furiosa.

De la casa llegaban voces a través del entramado de hojas; más ruidosas y desconocidas de lo que acostumbraba oír en ese lugar, sobre todo más numerosas. Notó en el aire un chasquido como el que precede al primer rayo. Un presentimiento sombrío que se instaló en él como una tormenta en el horizonte, y Raharjo salió corriendo.

Enfebrecido, se abrió paso por el bosquecillo y, cuando salió de él, retrocedió tambaleándose.

Allí delante y en la veranda había numerosos *orang putih*, bien vestidos y con copas en las manos, entre ellos las amplias faldas de las mujeres luminosas como orquídeas.

—¡Vivan los novios!

—¡Por la joven pareja!

—¡Que vivan muchos años dichosos y sanos!

Como olas en la quilla de un barco, todas las cabezas se volvieron hacia una pareja que salió a la veranda y se detuvo en lo alto de la escalera.

Raharjo cerró un instante los ojos, como cegado, e intentó entender lo que estaba sucediendo.

Un *orang putih* con el cabello como la arena, los ojos de un azul brillante y una sonrisa de oreja a oreja en la cara, con Nilam cogida de su brazo, le dio un beso en la mejilla.

Nilam. La niña medio salvaje de un *tuan* y una mujer de la isla, que se había desposado con él pescando en una barca, como era costumbre entre los *orang laut*.

Su mujer. «Para siempre.»

Que se había convertido en una *nyonya* blanca, con un vestido azul de faldas amplias y mangas abullonadas que hacía resplandecer su ebúrnea piel. Era una blanca de cabo a rabo, por su forma de erguir la cabeza, su sonrisa arrogante; sus ojos ya no eran azules como las orquídeas salvajes del *sungai* Seranggong, sino como las venenosas tarántulas que poblaban los bosques de la isla.

Por sus venas no corría una sola gota de sangre malaya, ahora lo veía.

De las profundidades de su memoria emergió otro nombre.

No Nilam. «Georgina.»

Nilam le prometió esperarlo eternamente, y ahora Georgina se había casado con un *orang putih*. Como ella.

Fue como si lo atravesara una bala. Como una hoja que se hundió en su carne, y el colérico latir de su corazón hizo que la sangre le hirviera, y una masa roja, viscosa, le nubló la vista.

De pronto comprendió el Amok de los bugis: el deseo de abalanzarse hacia los hombres con el puñal en alto y clavárselo con ira ciega, una y otra vez, hasta que se derramara toda la sangre. Hasta que reinara un silencio exhausto, mortal, apacible.

Y comprendió lo fácil que era hacer añicos el corazón de una persona. Que incluso el corazón de una criatura marina, de un guerrero del mar, podía estar muerto de un momento a otro.

Raharjo dio media vuelta y se fue por donde había venido, sin prisas, sin detenerse. Sin sentir nada en el cuerpo; ni siquiera sintió nada cuando pisó la pulserita de conchas ensartadas y las afiladas conchas partidas le hicieron cortes en las plantas de los pies.

Volvió a meter la barca en el agua y se subió a ella, pero dejó la vela arrizada. Apretando los dientes, mientras remaba contra las olas y la corriente, disfrutó de la sensación de ardor en los músculos y de tener los pulmones a punto de estallar. En las conocidas maniobras que llevó a cabo a bordo halló asidero, en el tacto familiar de la madera y el esparto y la lona.

Se oyó el chasquido resuelto de las velas, que fue arriando una por una; el casco tiraba con impaciencia de la maroma del ancla, hasta que la subió y el barco surcó libremente las olas. A favor del viento, hacia el que Raharjo orientó las velas, sin otro destino que el horizonte.

Georgina se hallaba sentada ante el tocador de su madre, que había trasladado a su habitación, evitando mirarse al espejo. Los músculos de la cara le dolían tras las horas que se había visto obligada a lucir al menos un amago de sonrisa. Su cabello por fin se había visto libre de la multitud de horquillas que lo habían mantenido en su sitio durante el largo día, pero las pasadas regulares con las que Kartika lo cepillaba la estaban desquiciando tanto como los ruidos graves de las ranas toro. Raharjo, croaban en la noche, Raharjo, cada sonido era una puñalada en el corazón.

Probablemente habían sido una de las últimas parejas en celebrar su boda en San Andrés. No eran muchos los que se casaban en Singapur, y durante el servicio divino el maderamen, que se había visto afectado por el rayo que cayó, no paró de crujir, a coro con los puntales, colocados con sumo cuidado, y del techo y las paredes caía sin cesar una lluvia de polvillo blanco; tarde o temprano acabarían derribando la iglesia, antes de que un domingo se derrumbara sobre la comunidad.

Observó el anillo de oro macizo que Paul Bigelow le había puesto en el dedo durante la ceremonia. ¿Se quitaba uno la alianza por la noche? Georgina no lo sabía, y tampoco sabía de nadie a quien se lo pudiera preguntar.

La puerta se abrió, y Kartika dejó el cepillo a toda prisa.

–Buenas noches, Nil... *mem* Georgina. Buenas noches, *tuan* Bigelow.

–Buenas noches–musitó ella.

La puerta se cerró sin hacer ruido.

–Por fin solos–oyó decir a Paul Bigelow, con un suspiro de alivio en su voz.

Una tensión preñada de expectativas.

Con la cabeza gacha, Georgina oyó que se quitaba el frac y se dejaba caer pesadamente en la cama; al suelo cayó un zapato y luego el otro. El vello de la nuca se le erizó al ser consciente de que a partir de esa noche él dormiría en su habitación. En su cama.

Sintió una llamarada de aversión que se apagó en el acto, y en ella se extendió de nuevo el desierto polvoriento en el que había vivido las semanas anteriores, muda, sorda y casi ciega, mientras a su

alrededor reinaba una agitación febril, pues había que preparar una boda entre las necesarias prisas y los convencionalismos.

–Me puedes felicitar–le dijo Paul Bigelow con la lengua trabada–. Desde hace media hora soy oficialmente socio de la factoría. A partir de ahora se llamará Findlay, Boisselot and Bigelow. Me lo ha comunicado tu padre cuando tomábamos la última copa.

–Enhorabuena–susurró ella.

–Sí, soy un hombre envidiado.–Se puso de pie y se le acercó–. Cuando llegué aquí jamás me habría imaginado nada de esto. Socio de una compañía próspera y para colmo una mujer así.

Georgina rehuyó su mirada en el espejo mientras él le acariciaba el cabello y después los brazos, que el camisón de anchos tirantes dejaba al descubierto.

–Eres tan bella...–musitó con voz bronca.

Georgina se zafó de sus manos, se volvió de lado en el escabel y se levantó.

–¡Despacio!–Él la cogió por los hombros y la volvió hacia él–. ¿No crees que ya va siendo hora de que me des un beso de verdad?

Le pasó un brazo por el cuerpo y la apretó contra sí. La risueña boca, caliente y húmeda, se posó en la de ella; su lengua recorrió sus labios y se abrió paso entre ellos. Sabía caliente como la tierra mojada por la lluvia, casi dulce, y a alcohol y tabaco.

Georgina apartó la cabeza.

–No seas tan tímida. A fin de cuentas no creo que este sea tu primer beso.–Arqueó una ceja con regocijo–. Esperaba que mi esposa me demostrara un poco más de pasión en nuestra noche de bodas.

–¡No quiero!–Georgina intentó soltarse, pero él la cogió del brazo y la miró fijamente.

–No soy un monstruo, Georgina, pero tampoco un santo. Y mucho menos un memo bonachón. He puesto en juego mi posición en la factoría y mi buena reputación para sacarte de la delicada situación en que te encuentras. Tu padre podría haberme despedido ignominiosamente, y no habría vuelto a ocupar un buen puesto en el ramo. Ni en Singapur ni en ninguna otra parte. Lo he hecho de buen grado, porque lo he hecho por ti. Pero también exijo algo a cambio.–Aflojó la presión–. ¿No crees que estás en deuda conmigo?

Arrinconada, Georgina bajó la cabeza, y él le acarició la mejilla con los nudillos y bajó siguiendo la línea del mentón.

–Si supieras cuánto tiempo he deseado esto. Probablemente desde el momento en que te recogí en el embarcadero y me miraste con tus bellos ojos azules.

–El niño–alegó ella–. No quiero que le pase nada al niño.

Una mentira. No quería tener hijos, todavía no. No así, casada con un hombre que le agradaba, pero al que no amaba y desde luego no deseaba.

Él se puso tieso.

–Claro.–Sonó desapasionado, casi frío–. Procuraré tener cuidado.

La llevó de la mano a la cama mientras se desabrochaba el chaleco.

Le daba vergüenza que la viera desnuda. Sentía vergüenza de ese cuerpo distinto, ajeno, mucho más pesado que el de Raharjo, de músculos compactos y piel dorada, y sus expresiones de admiración y las palabras cariñosas que musitaba le resbalaban por la piel.

Él se esforzó por ser cuidadoso, aunque temblaba de deseo, y no pudo evitar agarrarla demasiado fuerte en su estado de excitación, fue tosco en su torpeza; cada vez que le tocaba los pechos, henchidos como frutos maduros y a los que el mero roce del fino tejido de una *kebaya* hacía daño. Puso buen cuidado en no dejar que el peso de su cuerpo descansara en la pequeña cúpula que se alzaba entre los prominentes huesos de la cadera, pero Georgina sintió ardor cuando la penetró, le desagradó la fricción cuando se movió dentro de ella. El aroma de las flores de jazmín que habían esparcido en las sábanas, el acre olor de la piel de él, su respiración acelerada y el calor que desprendía su cuerpo le provocaron

náuseas.

Georgina se alegró de que acabara deprisa, se diera media vuelta y apagara la luz. Por su parte se metió bajo las sábanas temblando, mientras notaba un reguero de pegajoso semen entre las piernas.

«Hasta que la muerte nos separe.»

En la oscuridad dio rienda suelta a las lágrimas, y las ranas toro se rieron y se burlaron de ella.

–Sé que no me amas–lo oyó musitar al cabo de un rato con la voz fatigada tras el acto sexual, pesada debido al exceso de copas de champán y bebidas espirituosas–. Pero creo firmemente en cada una de las palabras que he pronunciado hoy ante el altar. Y sé que puedo ser un buen esposo para ti. Si tú me dejas.

Paul Bigelow, sentado en la veranda, contemplaba la lluvia. Una lluvia mucho más ligera que la de los meses anteriores, en los que el monzón de invierno se había derramado con violencia sobre la isla, pero así y todo las hojas de los árboles y los arbustos se doblegaban con el chaparrón que caía del cielo gris, iluminado por los rayos.

El nuevo año chino estaba regido por el signo del cerdo de metal, lo cual no fue motivo de descontento para Ah Tong: un año impetuoso, sin duda, que auguraba muchos riesgos, pero que prometía riqueza al valeroso y al capaz, y que con el tiempo se vería con agrado.

No obstante, Paul Bigelow albergaba sus dudas sobre las prometedoras perspectivas que según Ah Tong brindaría ese año, 1851, que había empezado igual de turbulento que terminó el anterior.

La gran cantidad de agua caída en enero hizo que el canal de los ríos Bras Basah y Rochor se desbordara y corriese a raudales por la ciudad. Algunas calles quedaron anegadas, la tierra fue arrastrada y las piedras que afloraron las volvieron impracticables. En Bencoolen Street y Middle Road las aguas se llevaron por delante casas malayas, y el arroz y las hortalizas de los huertos se encontraron más adelante en calles que se hallaban a gran distancia. Por la ciudad se veía madera, cocos, cerdos muertos y perros ahogados, y la cortina de muelle de la Esplanade, cuya función era proteger del mar ese espacio abierto, se había derrumbado en muchos puntos. Se tardaría algún tiempo en borrar las últimas huellas que había dejado el monzón.

El cólera volvía a hacer estragos en la ciudad, y los presos indios fueron apartados de la construcción para que dieran caza a los tigres que entraban en las plantaciones del corazón de la isla y dejaban tras de sí un rastro de sangre.

En esas plantaciones, en las que se cultivaban el pimentero y la acacia del cachú, los únicos frutos de la isla que daban beneficios, los *kongsis*, las triadas chinas, en febrero, enfurecidos como tigres, tiñeron de sangre china la roja tierra. La sangre de antiguos miembros que se desligaron de la tupida red de la sociedad secreta después de que el padre Jean-Marie Beurel los convirtiera al catolicismo. Que a partir de ese momento decidieron llenar sus bolsillos en lugar de las arcas de las triadas y ahora eran objeto de su venganza.

Cinco días duró la tormenta roja entre Kranji y Bukit Timah, que se saldó con centenares de muertos y empujó a huir a muchos a la ciudad; por la noche se veía en el cielo el reflejo de las plantaciones en llamas y el aire olía quemado. Hasta que una vez más intervinieron los penados indios y los soldados de la pequeña guarnición de la ciudad y, gracias a la intercesión del poderoso *towkay* Seah Eu Chin, «el rey del cachú», asimismo fundador y cabeza de un *kongsi*, volvió a instaurarse la paz.

Una paz frágil, pues la administración del gobernador Butterworth seguía mostrándose vacilante a la hora de recortar el poder y la influencia de las triadas. Por miedo, en opinión de algunos comerciantes de la ciudad; por intereses económicos, a juicio de otros, que por su parte hacían buenos negocios con miembros de los *kongsis*.

De un tiempo a esa parte de China también llegaban noticias preocupantes. Cuando hacía más de diez años del final de la guerra del Opio, en la que los británicos se alzaron con la victoria, los desórdenes sacudían el Imperio: un movimiento que se hacía llamar Taiping se levantó contra los manchúes y contra la influencia de las potencias occidentales.

Parecía inevitable que estallara una guerra civil, lo cual posiblemente tuviese consecuencias catastróficas para el comercio. Y es que el Tratado de Nankín, que en su día abrió los mercados chinos y permitió el comercio del opio, dio lugar a un ciclo extremadamente lucrativo. El opio, que se obtenía en la colonia británica de la India en cantidades industriales y barato, pasaba a China, y los tesoros que se recibían a cambio, codiciados en el mundo entero, se vendían a su vez con unos márgenes de beneficios ingentes... precisamente para los comerciantes de Singapur. También para la compañía Findlay, Boisselot

& Bigelow.

Al menos por de pronto. No fueron pocos los comerciantes con los que Paul Bigelow se reunía de cuando en cuando para tomar una copa que le aconsejaron que exprimiera el comercio tanto como pudiera mientras aún era posible. Y es que, aunque comerciar en esos puertos en los que no se cobraban aranceles ni impuestos resultaba más que rentable, a la larga el éxito de Singapur no duraría. No sin una administración autónoma, siendo un mero vástago del gobierno de Calcuta. No sin puertos en toda regla, con un río como centro de carga y descarga que, pese a todos los esfuerzos que se realizaban, se enfangaba y se llenaba de arena de día en día. No si competía con los puertos, abiertos al mundo no hacía mucho, de Shanghái y Hong Kong; no estando al lado de Malaca y la holandesa Batavia.

Aún tenían por delante unos cuantos años buenos, después Singapur perdería toda importancia como puerto franco.

Paul Bigelow se frotó los ojos con los puños, pues le escocían, y después se pasó las manos por el rostro; esa mañana todavía no se había afeitado.

A veces dudaba de si había sido buena idea acudir en busca de suerte a Singapur, y a menudo sentía nostalgia. Echaba de menos la sobriedad de Inglaterra y lo estable que era la vida allí. Una cierta seguridad y la vasta, abierta campiña, los colores apagados, incluso el gris. Y echaba de menos las estaciones del año, habría dado cualquier cosa por volver a vivir el invierno, con su nieve y su tintineante hielo.

Sin embargo, mientras los negocios fuesen tan bien como hasta entonces, sería una insensatez levantar el campamento.

Se encendió un puro y siguió el humo con los ojos entornados.

El tamborileo de la lluvia, el gorgoteo de las cascadas que caían del tejado y de los arroyos, que abrían surcos en la roja tierra del jardín, apenas apagaban los ruidos de la planta superior.

Solo cuando sobre la casa se oyó el restallar de los truenos cesaron las voces de mujer unos instantes. E inmediatamente volvieron a oírse los gemidos, el llanto y esos ayes que le llegaban a lo más hondo del corazón.

La mano le temblaba cuando se sirvió de nuevo y se llevó el vaso a la boca.

Posiblemente hubiese sido más sensato haberse ido con Gordon Findlay al *godown* al rayar el alba para distraerse con el trabajo. Y, si fuera necesario, incluso pasar allí la noche hasta que recibiera la noticia de que todo había salido bien. Pero había decidido quedarse allí, aunque solo fuera por si hacía falta ir a toda prisa en busca del doctor Oxley.

No se fiaba de la *mak bidan*, la partera que Cempaka había traído de su aldea hacía semanas e instalado en las dependencias del servicio. El hecho de que cada día la mujer aceitara y friccionara con unguento el abultado cuerpo y las piernas de Georgina, la envolviese bien prieta en un *sarong* y la encordelara como si fuera un paquete ya no le molestaba, a su juicio incluso parecía tener sentido. En cambio recelaba de las hierbas que quemaba cerca de Georgina y de las canciones que entonaba al hacerlo, que a él le sonaban a charlatanería; de los brebajes que le administraba y de que vigilase estrechamente las comidas de Georgina y las sazónara por su cuenta.

Y es que Georgina sufría con el niño, que daba la impresión de mermar sus fuerzas. Había palidecido, tenía el rostro afilado y las mejillas hundidas, el cabello mate y reseco. Una figura grotesca con el vientre considerablemente abombado y los brazos y las piernas como palillos. Como si llevase un monstruo bajo el corazón que la devoraba por dentro y hasta el último momento no había parado de revolverse en su vientre de tal forma que ella había estado vomitando continuamente.

En cuanto a Gordon Findlay, no hacía caso alguno a sus recelos, su preocupación; dejó a su hija al cuidado de Cempaka, que defendía su autoridad con uñas y dientes. Frente a ella Paul carecía de autoridad, a fin de cuentas no era más que el yerno, el segundo señor de la casa, y en cualquier caso todo aquello era cosa de mujeres.

Paul torció el gesto y bebió otro trago.

Mientras que su relación con él volvía a ser casi la de antes, a veces incluso un tanto más cordial, Gordon Findlay seguía sin perdonar a Georgina. Padre e hija parecían dos extraños que vivían por accidente bajo el mismo techo, ambos ensimismados y taciturnos, ambos igual de intransigentes, sin que Paul consiguiera mediar entre ellos.

Nunca le había preguntado a Georgina quién era el padre de su hijo, y tampoco lo quería saber. Singapur era una ciudad pequeña, el riesgo de que antes o después se cruzara con el hombre que la había dejado embarazada, y posiblemente lo golpeará hasta hacerle papilla el rostro, era demasiado grande.

Y, de todas formas, tampoco habría cambiado nada. Sabía en lo que se metía cuando decidió hablar a solas con Gordon Findlay, y tenía lo que quería.

Oyó un grito agudo, débil, cuya angustia hizo que un escalofrío le recorriera la espalda.

Apagó el puro con aire distraído y apuró lo que le quedaba de whisky; no podía seguir oyendo aquello.

Georgina se ahogaba en un océano rojo sangre de dolor. Un dolor abrasador, agudo, que le devoraba las entrañas. Y el cuerpo del niño que le desgarraba el bajo vientre era negro y pesado y amenazaba con romperle la pelvis.

Oleadas de dolor que iban y venían, abrasadoras y violentas; las contracciones mermaban sus músculos, sin que en tan doloroso camino avanzase un paso, por pequeño que fuese.

Las voces de Bethari, la *mak bidan*, de Cempaka y Kartika, murmullos y arrullos que oía desde la madrugada, se convirtieron en un parloteo airado en el que de pronto se dejó oír una voz masculina.

—¡A callar todo el mundo! ¡Y sin rechistar! ¡Soy el señor de la casa y es lo que quiero!

El repentino silencio coincidió con un momento de calma que permitió que Georgina respirara hondo, aliviada; escuchar al otro lado de la ventana el murmullo de la lluvia, sentir su grato frescor en el acalorado rostro, hizo que se le saltaran las lágrimas.

—Georgina.

Una mano fuerte le agarró los sudados dedos, y ella puso cara de desconcierto. Un rostro de hombre sin afeitar, blanco a pesar de estar tostado por el sol, la boca tensa y el blanco en torno al azul iris enrojecido.

—¿Paul?—dijo, arrastrando la palabra, y un sollozo le recorrió el cuerpo—. Paul.

—Estoy aquí—respondió—. No te dejaré sola. Me quedaré contigo, ¿quieres?

Georgina quería cabecear, pero en lugar de hacer eso asintió y prorrumpió en un llanto lastimero.

—No pasa nada—la tranquilizó él, la voz bronca y desvalida, y le apretó la mano.

Un apretón que ella devolvió débilmente.

—Si no sobrevivo...

—No digas disparates—la cortó bruscamente al mismo tiempo que se acomodaba entre ella y el cabecero de la cama—. Pues claro que vas a sobrevivir a esto.

Georgina se tragó el resto de las palabras. La cabeza apoyada en el ancho pecho de Paul, su mano en la de él, cogió aire y una vez más se precipitó cabeza abajo al rojo mar.

La camisa se le pegaba a la piel, tenía los pantalones húmedos, adheridos al trasero y los muslos. Paul Bigelow nunca se había sentido tan sucio, tan agotado. Tan revuelto.

Las manos temblorosas, sin fuerzas, llenas de medias lunas rojas y arañazos sangrientos, en los bolsillos del pantalón, se hallaba delante de la cuna sorprendido de que el niño fuera tan pequeño. Y tan grande para un cuerpo como el de Georgina.

Varón, saltaba a la vista. Delgado y fuerte, y con las extremidades largas, con su vozarrón ensordecedor despejaba desde el principio cualquier duda de quién era el nuevo señor de la casa.

Ahora estaba tendido apaciblemente, desnudo a excepción de una faja de tela blanca alrededor del vientrecillo, las manos eran diminutos puños con los que boxeaba en el aire. Tenía el rostro rojo y

arrugado, y la zona alrededor de los apretados ojos, hinchada. Un rostro que todavía era conmovedoramente pequeño y al mismo tiempo encerraba la sabiduría de toda una eternidad.

La cabecita con la espesa cabellera negra se movía a un lado y a otro, con la carnosa boca torcida; daba patadas al aire de mala gana.

Paul esbozó una sonrisa, que se extinguió en el acto. Con el ceño fruncido, le cogió un pie al niño y luego el otro. El pesaroso chascar de la lengua y el cuchicheo de la partera, la mirada que esta intercambió con Cempaka, de pronto cobraron sentido.

–Pobrecito–musitó él.

Fue una conmoción sostener en sus manos a esa criatura que acababa de nacer. Su vitalidad incontenible, lo suaves y delicadas que eran las arrugadas plantas de los pies.

La vivencia del parto del que acababa de ser testigo se le antojó abrumadora; una fuerza de la naturaleza perturbadora y brutal y merecedora de un profundo respeto, que casi hizo que se avergonzara de ser hombre. El olor a sudor acre y sangre espesa, dulzona, que aún flotaba en el aire lo aturdió, y el miedo cerval de no estar a la altura de lo que le esperaba lo dejó sin aliento.

Salió de la habitación dando traspiés, bajó la escalera y corrió a que le diera el aire. La masa densa y gelatinosa que era el aire de lluvia, que olía de un modo sofocante a moho, le revolvía el estómago.

Justo detrás de los pasos de la veranda se puso de rodillas, salpicándose de barro, y vomitó hasta echar bilis. Pugnó por respirar, jadeante, y dejó que la lluvia le diera en el rostro; para entonces ya estaba calado hasta los huesos.

–Venga conmigo, *tuan*.–El desgarbado Ah Tong se arrodilló a su lado y lo cogió de los hombros para que se levantara–. Póngase a cubierto.–Con suavidad y determinación, lo condujo hasta la veranda y lo obligó a sentarse en el último peldaño–. Espere aquí, *tuan*. Ahora mismo vuelvo.

Resollando y temblándole el cuerpo entero, Paul miraba a la nada, pasándose las manos por el barbado rostro y la manga por la reseca boca.

Alzó la cabeza cuando Ah Tong le puso una toalla en los hombros antes de agacharse a su lado en los pasos y ofrecerle una taza de humeante té.

–Beba con cuidado. Está muy caliente.

El té, que sabía a hierbas y especias, arrastró el mal sabor de boca que tenía y le aclaró las ideas.

–Gracias–dijo entre sorbo y sorbo.

Ah Tong se limitó a asentir.

–Las mujeres de esta casa...–empezó al cabo de un rato, mirando al tejadillo, del que goteaba agua–. Las mujeres de esta casa tienen algo extraño. Durante mucho tiempo uno cree que tiene delante mariposas. Tornasoladas, delicadas y frágiles. Y luego, un buen día, cuando menos lo sospecha, se da cuenta de que en realidad son tigresas salvajes. Capaces de clavarle a uno las garras en el cuerpo sin pestañear y arrancarle el corazón.

Paul pensó en Georgina, a menudo tan callada que no parecía del todo de este mundo, pero que podía abrasarlo con el fuego azul de sus ojos. Que ese mismo día, aullando y regañando los dientes, había traído a un hijo al mundo mientras le arañaba las manos a Paul y le clavaba de tal forma la cabeza en el pecho que probablemente tuviera el esternón amoratado.

Georgina, que vivía con él bajo el mismo techo, dormía en la misma cama y, sin embargo, se le antojaba tan lejana. A la que después de casi medio año de matrimonio apenas conocía, y menos aún entendía.

–Sí–añadió.

–Uno puede cazar y disparar a un tigre. Capturarlo y encerrarlo en una jaula. Pero jamás podrá domesticarlo. Tan solo podrá hacerse amigo de él con mucho cuidado. Debe dejar que sea libre e impetuoso. Y de ese modo a veces el tigre acudirá a uno por su propia voluntad, porque incluso un tigre necesita compañía y protección de cuando en cuando.

–Y posiblemente solo quede confiar en que el tigre no se lo piense mejor y lo haga trizas a uno, ¿no?

–Así es.–Ah Tong sonrió satisfecho y Paul se rio–. Un varón–añadió Ah Tong con una ancha sonrisa, mientras cogía a Paul Bigelow de los hombros y lo zarandeaba–. Un varón sano y fuerte, *tuan*.

–Ya–contestó él maquinalmente. Una sombra cubrió su rostro, y él bajó la vista a la taza, casi vacía–. Ya. Un varón.

El estridente berrido hería los oídos de Georgina y resonaba con fuerza en su cabeza.

–¡Bethari!–llamó–. ¡Bethari! ¡El niño!

Por un instante en la habitación reinó el silencio, pero después se reanudó el llanto.

–¡Bethari! ¡Cempaka! ¡Kartika!

Nadie acudía a ocuparse del niño o de ella.

–¡Bethari!–Georgina soltó un gallo, y también el llanto del niño se tornó más agudo–. ¡Calla! ¡Cállate de una vez!

Llorando, Georgina hundió el rostro en el rulo y se tapó las orejas con los extremos del cojín. Aunque los berridos se oían amortiguados, el pequeño no se tranquilizaba. Como si su cuerpo absorbiera las vibraciones del aire, el bajo vientre de Georgina se contraía dolorosamente, los colmados pechos palpitando de manera molesta.

Tiró el cojín con furia y se levantó de la cama. Cada paso que daba era como caminar sobre cristales; sentía el bajo vientre desgarrado y dolorido. Agradecía que Bethari la hubiese envuelto desde el talle hasta las rodillas en un apretado *sarong*, una medida cuya finalidad era devolver sus órganos a su sitio original y la forma a su cuerpo, aunque en ese momento, sobre todo, le proporcionaba sostén.

Acezante, se apoyó en el borde de la cuna.

–¿Qué quieres?–le preguntó al niño, que estaba envuelto en coloridas telas.

Por un instante el recién nacido enmudeció y miró a su alrededor con aire inquisitivo. Después cogió aire y se puso de nuevo a berrear; tenía el rostro rojo y arrugado como una flor de hibisco, la desdentada boca con la lengua rosácea completamente abierta, rabioso.

–Tiene hambre.

Cempaka estaba en la puerta con el semblante severo, pe-ro con una mirada que podía pasar por compasiva en los ojos.

Georgina se enderezó y se apartó los mechones de cabello del rostro.

–¿Por qué no habéis ido en busca de un ama?

Cempaka chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

–Tienes leche más que de sobra para él. No hay razón para desperdiciarla.

Georgina miró a ese niño que le había hecho pasar un infierno. Que le había arruinado la vida. No quería darle de comer. Ni siquiera quería tenerlo cerca.

No quería ser madre.

Notó una extraña sensación en el estómago, que se extendió y fue subiendo hacia el pecho. Algo a medio camino entre el dolor y la añoranza, que hizo que se derritiera como la cera, gotease por el borde de la cuna y después fluyera.

–No... no sé cómo se hace...–Miró a su *ayah* medrosa–. Ayúdame, Cempaka.

Esta asintió y señaló la cama.

–Siéntate, yo te lo llevo.

Georgina, obediente, cruzó la habitación cojeando y se dejó caer en la cama, gemebunda. Se irguió a duras penas y se re-costó; parecía una mujer anciana, decrepita.

Vio, asombrada, el cariño con que Cempaka le retiraba las telas al pequeño mientras le susurraba ternezas. No recordaba haber visto nunca a Cempaka tan benévola, sus rasgos reflejando tanta dicha.

Sus brazos imitaron automáticamente la forma con la que Cempaka traía al niño, envuelto en pañales y con una camisita. Finalmente se lo cedió, antes de ayudarla con delicadeza a colocar debidamente al

niño.

–No, mira, tienes que hacerlo así. Sí, mejor. Así está bien. Sí. Así.

Georgina soltó un gritito, sorprendida con el dolor agudo que le atravesó el pecho y le llegó hasta los dedos de los pies. Con las oleadas de calor que arrasaron las profundidades de su vientre.

–Se pasará enseguida–musitó Cempaka al mismo tiempo que le ponía una mano en el hombro con suavidad–. Dentro de nada te sentirás mejor. Ya lo verás.

El dolor se aplacó, y Georgina respiró hondo, aliviada. Exhalando un suspiro, echó la cabeza atrás y cerró los ojos, disfrutando de los tironcillos, el hormigueo, el cosquilleo y el calor que le recorrían el cuerpo.

Cuando abrió los ojos, Cempaka ya no estaba.

–Gracias–musitó Georgina y, bajando la cabeza, miró al niño que tenía al pecho.

Estaba concentrado al máximo, con las cejas, una pelusilla sombreada con un pincel fino, fruncidas. Los pequeños ojos eran grises, casi plateados, como el mar un día de tormenta. Georgina alzó una mano vacilante y acarició con cuidado el negro cabello y la mejilla, que era tan suave como los pétalos de las *kembojas*, y de su boca salió un sonido de dicha.

Arrobada, tocó los dedos del pequeño puño, las uñitas perfectas, nacaradas, y pasó la mano, risueña, por los surcos de las articulaciones de las piernas, por cada uno de los dedos.

Miró con más atención, abrió atemorizada primero un puño, luego el otro, dedito a dedito. Observó de nuevo los dedos de los pies, los contó varias veces, al cabo los friccionó con toda la fuerza con la que se atrevió.

–No–musitó espantada–. No, por favor, no.

En ambos pies, casi hasta la punta, los dedos segundo y tercero crecían unidos, con una membrana entre ellos. Una membrana natatoria. Como la de una nutria o una foca.

El *selkie* había dejado una huella en su hijo.

Georgina profirió un gemido prolongado, el dolor palpitante que le había dejado el parto en el cuerpo como un eco de su corazón roto.

Las lágrimas rodaron de sus ojos y cayeron sobre su hijo.

Cempaka enterró la oscura placenta y el argénteo cordón umbilical, ese hermano espiritual del recién nacido, en el jardín, bajo un mangostán joven que plantó ex profeso Ah Tong. Como era costumbre allí, para que el alma del niño pudiera echar raíces en la tierra roja de Singapur.

Mientras era bautizado en San Andrés y recibía el orgulloso nombre de sus antepasados escoceses, por el dañado tejado de la iglesia se coló una lluvia tormentosa que cayó sobre la frente del pequeño.

Sin embargo, Duncan Stuart Bigelow, el hijo del *selkie*, engendrado cuando soplabla el viento del sur, nacido con el viento del oeste, recibió su primer bautismo con las lágrimas de su madre.

Saladas como el mar del que llegó su padre.

II
Entre tigres
1854-1861

Tigre, tigre, que te enciendes en luz
por los bosques de la noche
¿qué mano inmortal, qué ojo
pudo idear tu terrible simetría?

WILLIAM BLAKE

Dos tigres no pueden habitar una misma montaña.

PROVERBIO CANTONÉS

Viswanathan se jactaba de sus conocimientos sobre el oro y las piedras preciosas. Y no menos se jactaba de su instinto para los negocios y de su memoria, a la que encomendaba no solo largas columnas de números, sino también cada detalle, por nimio que fuese. Y de su olfato para las personas.

Sin embargo, no entendía lo más mínimo al hombre que tenía sentado frente a él a la mesa. Seguía sin entenderlo, aunque a esas alturas ya habían hecho bastantes negocios. Buenos negocios.

Mientras ante las ventanas caía la lluvia monzónica, Viswanathan sorbía ruidosamente del platillo el té que bebían juntos después de cerrar cada uno de esos negocios y observaba con disimulo al hombre que tenía delante, que lo tomaba de la taza.

Era preciso mirar con atención para ver que su sencilla camisa blanca y los pantalones claros eran de un tejido exquisito y cuidada factura. También las empuñaduras de la daga y del arma de fuego que llevaba al cinto habían sido cinceladas primorosamente. Pese a que siempre iba acompañado de tres o cuatro hombres armados que se encargaban de meter las arcas en casa y después esperaban a que su señor partiera de nuevo tomando té y mascando betel a la sombra de la veranda.

Eran malayos, probablemente como él mismo; había algunas cosas en él que, por lo que Viswanathan sabía de los malayos a los que había conocido hasta la fecha, eran distintas, como su particular forma de hablar.

Siempre entraba en la casa con la cabeza bien alta, seguro de sí mismo, casi arrogante, aunque nunca trataba con desdén a Viswanathan. Su conversación se limitaba a lo estrictamente necesario; serio, sin ser descortés, no se reía nunca y muy rara vez sonreía. Y nada más cruzar el umbral era como si llevase consigo el aire salado del mar.

Resultaba difícil calcular la edad que tendría. Su aspecto era el de un hombre que había visto mucho y vivido mucho, que había prosperado. Esbelto y espigado, se movía con la energía y la agilidad de la juventud. Y aunque su rostro aún era joven, ya mostraba líneas de decepción y amargura, que a primera vista le sumaban algunos años. Era un rostro duro, con la línea del mentón y los pómulos marcados. También sus ojos reflejaban dureza; unos ojos negros como la noche, al igual que su cabello ondulado, corto. Un hombre al que sin duda las mujeres encontraban bien parecido y atractivo. Sumamente atractivo, incluso, y Viswanathan reprimió un suspiro.

Muchos lo llamaban «el hombre sombra», porque era poco lo que se sabía de él, aparte de que era rico y tenía una gran casa. En Serangoon Road, más allá de los pastos y los tejares, los campos y las granjas, los pantanos y los bosques. En algún lugar a orillas del río, por debajo de las casas de los culis y sus chiqueros y las aldeas malayas y oculta tras altos árboles. Algunos contaban que los tigres que vagaban por la zona nunca se atrevían a acercarse a esa casa, pues temían el poder de su propietario; Viswanathan, no obstante, creía que esas eran supersticiones de almas simplonas.

Era inaccesible y huidizo, de cuando en cuando desaparecía sin dejar rastro a bordo de su manejable barco para regresar de Borneo con oro y a veces con un puñado de diamantes que incrementaban más aún su riqueza. Con perlas, nácar y corales del mar. Con un luminoso ámbar color miel de Kalimantan, todavía más de tarde en tarde con ámbar de Sumatra, que era dorado si se contemplaba al trasluz, pero verde oliva cuando le daba la luz, y por el que Viswanathan obtenía elevados precios. Y en dos ocasiones llevó algo tan poco común, tan valioso, que incluso un comerciante como Viswanathan, que ya creía haberlo visto todo, se quedó sin habla: un ámbar azul, como lapislázuli fundido. Una gota congelada surgida de las profundidades del océano.

Para Viswanathan era un raquero que vagaba sin rumbo por los mares y sencillamente iba recogiendo por el camino lo que encontraba en la arena.

Ese hombre al que Viswanathan conocía como Raharjo, un nombre que era como un talismán, que prometía riquezas.

«Marionetista», lo llamaban otros, porque hacía tiempo que no se dejaba ver en todas partes, sino que manejaba los hilos en segundo plano, a veces sirviéndose de una larga cadena ramificada de intermediarios. Y no pocos estaban convencidos de que más de un hilo pasaba por sus dedos cuando un junco chino, un buque mercante europeo, una vez más caía en manos de los piratas, que pese al empeño de los británicos seguían haciendo de las suyas en los mares de Singapur, malayos, bugis, pero cada vez más también chinos.

Allí donde hay mar hay piratas, se decía en Singapur.

En el otro extremo de la habitación se abrió una puerta sin hacer ruido. Su esposa asomó la cabeza; en su rostro redondo como la luna, por lo común dulce, había cierta expresión de enojo. Le hizo un gesto que revelaba su impaciencia.

Viswanathan reprimió un segundo suspiro y esbozó una sonrisa cautivadora.

—Sé que sois un hombre muy ocupado... pero quizá podáis quedaros a comer. Para mi esposa y para mí sería un honor que fueseis nuestro invitado.

No era su deseo prolongar una visita así más allá del obligatorio apretón de manos al concluir el negocio y la taza de té o café subsiguiente. No tenía ningún interés en estrechar los lazos con los comerciantes, en forjar relaciones personales o incluso amistosas. Su mercancía y el precio que recibía por ella eran lo único que contaba para él; si alguien solo se la quería comprar si él lo adulaba, prefería ofrecerla en otra parte.

Con todo, Raharjo aceptó la invitación de Viswanathan. Quizá porque consideró oportuno celebrar al menos una única vez esa relación comercial más que lucrativa para ambos; pero quizá también porque se olía que el comerciante tenía algo en mente que iba más allá de comprar perlas y corales, y ello despertó su curiosidad.

Dicha suposición se vio corroborada por la infinidad de platos que había en la mesa, así como por el hecho de que Sujata, la esposa de Viswanathan, a la que él no había visto a menudo, lo saludara respetuosamente y le detallara todos y cada uno de los platos.

Arroz con escalonias, ajo, anacardos y uvas pasas, aderezado con canela, cilantro y comino. Arroz con cúrcuma, arroz solo. *Ikan pindang*, pollo con leche de coco y jugo de tamarindo, picante por las guindillas y refrescante por la hierba limón. Distintos tipos de pescado, gambas, bogavante. Coloridos *chutneys* y *sambales* y curries. Frutas como el mango, la *nangka*, la papaya o el mangostán.

Un festín digno de un sultán.

—Servíos, servíos.—Viswanathan señaló las humeantes fuentes con profusión de gestos—. Una pequeña selección de nuestra cocina, en la que se conjugan la antigua y la nueva patria.

Además de los presos y de la pequeña guarnición de cipayos, en Singapur vivían muchos indios: los *orang kling*, cuyo nombre se debía al reino de Kalinga, que en tiempos pasados tenían relaciones comerciales con la península malaya y las islas de Nusantara.

Para entonces ya debían de ser miles, la mayoría procedente del sudoeste, pero también de Ceilán y de la provincia de Sindh, de Gujarat y Kerala; hindúes, musulmanes, un puñado de cristianos. Empleados y escribientes en los despachos de los *godowns* y de la administración, trabajadores en los tejares y en los campos, criadores de ganado y pastores, labriegos y trabajadores, y los intocables, que se entremezclaban con los chinos de culís. Muchos abrieron tiendecitas o probaron suerte en el comercio, y algunos, como Viswanathan, se enriquecieron con él.

Resultaban especialmente llamativos los *chettians*, una casta de comerciantes del sur de la India, con sus marcados rasgos faciales y su piel oscura, que contrastaba poderosamente con los colores claros del *sarong* y el pañuelo, además de las habituales líneas blancas pintadas en el rostro, los brazos y el pecho. Allí tenían sus estrechos establecimientos comerciales en Kling Street, en los que prestaban dinero a pequeños comerciantes, trabajadores, vendedores ambulantes y propietarios de plantaciones y vivían muy bien de ello, y también en Market Street, cerca del mercado de Telok Ayer, el vibrante corazón del barrio

chino.

–Me vine aquí, a Singapur, cuando era un hombre muy joven. Desde Cuddalore. Cruzando Malaca, donde viven parientes míos. ¿Vos sois de aquí? ¿De esta región?

Raharjo asintió.

–Ya.–Viswanathan esbozó una sonrisa ancha, y su cuidada barba, entreverada de gris y medio oculta bajo la prominente nariz, se movió alegremente—. Como mi esposa. Es de Johor.

Raharjo miró a Sujata, que se había retirado a un rincón de la estancia, la frente con el punto rojo, que indicaba que era una mujer casada, con la mirada baja en señal de sumisión, las manos entrelazadas en el regazo de su sari de color púrpura.

–¿Sois musulmán o cristiano?

–Ni lo uno ni lo otro.

Una respuesta que pareció satisfacer a Viswanathan; al menos no preguntó más.

La puerta se abrió con suavidad y se cerró, y a Raharjo le llegó un olor delicado, como a rosas.

–¿Deseáis tomar una taza de té, *tuan*?–preguntó a su lado una voz de mujer dulce, joven y temblorosa.

Raharjo asintió.

–Mi hija, Leelavati.

Por lo general no le interesaba quién le servía el té en esa casa, la mayoría de las veces solía ocuparse de ello algún muchachito flaco; él ni siquiera sabía si siempre era el mismo. Pero el comentario de Viswanathan hizo que alzara la vista.

La muchacha le sirvió el té con la cabeza baja y mano insegura, las pulseras de oro que lucía en los fuertes brazos tintinearón mientras un chorro vacilante llenaba de té la taza. El sari, del color de los albaricoques maduros, hacía que su piel, color café, como la de su padre, pareciese más oscura aún, y aunque el escote del *choli* era recatado, la ceñida blusa permitía distinguir redondeces femeninas. Su rostro se asemejaba al de la madre: redondo y plano como la luna, con una boca carnosa, demasiado grande, de un vivo tono palo de rosa. Las aletas de la ancha nariz temblaron cuando la muchacha hizo una reverencia, derramando algunas gotas de líquido. Acto seguido se acomodó junto a su madre con la tetera en la mano.

–¿Vos también tenéis hijos?

Raharjo negó con la cabeza.

–En tal caso seguro que los dioses os bendecirán con ellos a vuestra esposa y a vos.

–No estoy casado.

«Ya no.»

–Ah.

La radiante sonrisa de Viswanathan iluminó la pequeña habitación con las paredes encaladas y el pesado, oscuro mobiliario. El hombre hizo una señal a ambas mujeres, que se alejaron silenciosamente, con el frufrú de los saris, y cerraron la puerta al salir.

–Si permitís que un anciano como yo os dé un consejo... No esperéis demasiado para casaros. No como yo. Cuando aún era joven, dediqué toda mi atención y mi energía al negocio. Primero me faltó tiempo para buscar esposa, y después pasé mucho tiempo sin encontrar una. Cuando por fin di con mi Sujata, ya no éramos precisamente jóvenes. Tuvimos que esperar mucho la llegada de un hijo, y al cabo solo nos fue concedida una hija. Ahora soy viejo y me preocupa quién se hará cargo del negocio cuando yo falte. Sin lugar a dudas, preferiría dejarlo en manos de un yerno capaz o un nieto y no tener que ir a la India en busca de un sobrino o del hijo de un primo.

Raharjo lo escuchaba en silencio, barruntando ya el curso que iba a tomar el discurso de Viswanathan.

–Ahora Leelavati tiene diecisiete años. Hace tiempo que está en edad núbil. Oh, no es que le falten pretendientes; ya habéis visto que es una muchacha encantadora. Pero debo proceder con cautela en lo

tocante a mi futuro yerno. He de tomar en consideración muchas cosas. Entre ellas, claro está, el dinero.— Bajó la voz hasta convertirla en un susurro elocuente—. En juego hay mucho dinero.

A su mirada expectante Raharjo respondió con un invitador enarcar de cejas.

—Leelavati está bien educada. Ha crecido protegida y retirada, como debe ser.—El semblante de Viswanathan se ensombreció—. Sin embargo, quiero ser franco con vos: me temo que hemos mimado demasiado a nuestra única hija. Probablemente hayamos sido demasiado indulgentes, cuando lo cierto es que no le habría ido mal una mano dura.—Captó la mirada que le lanzó Raharjo y le restó importancia a lo dicho moviendo las manos—. ¡No es lo que posiblemente estéis pensando! Es una muchacha virtuosa, de reputación y conducta intachables. Solo que de vez en cuando se muestra un tanto... caprichosa.—Se rascó detrás de una de las orejas, de soplillo—. Y el caso es que se le ha metido en la cabeza que seáis su esposo.

Raharjo clavó la vista en él, desconcertado.

—Probablemente os haya visto desde aquí arriba, por las ventanas, en vuestras idas y venidas.—Viswanathan lo miró por encima de su gran nariz, avergonzado—. Desde entonces nos importuna con sus ruegos, nos dice que no quiere a otro salvo a vos.—El hombre suspiró—. No sé mucho de vos, pero sé que siempre habéis sido justo conmigo en los negocios. Que sois un buen comerciante. Y vuestra reputación es intachable. ¿Podría desear a un esposo mejor para mi hija? ¿Máxime cuando en ello está en juego su corazón? Leelavati será un ama de casa capaz y juiciosa para vos. Os dará muchos hijos. Y aportará al matrimonio una generosa dote.—Con los ojos brillantes de un comerciante astuto que cree que cerrará un negocio especialmente lucrativo, añadió con celo—: ¿Qué decís?

Raharjo no dijo nada.

No era la primera proposición de ese tipo que recibía, pero sí, con mucho, la mejor: Viswanathan era no solo un hombre acaudalado, sino también un ciudadano que gozaba de respeto en la ciudad. Tan arraigado como se podía estar en Singapur, con una red de relaciones muy ramificada.

Fue a comer tres veces más a Kling Street, y en cada una de ellas Sujata y Leelavati se sentaron a la mesa, sin tomar parte del festín; en silencio, con la mirada baja y las mejillas encendidas, la muchacha mostraba en sus labios una sonrisa de dicha apenas disimulada. Locuaz y curiosa, la madre sobre todo pareció aliviada al saber que en la casa de Serangoon Road no habría ninguna suegra esperando a su hija.

Raharjo ya no acudía mucho al río Kallang. No desde que su hermana pequeña se había casado e instalado en algún lugar de la isla, como casi todos los *orang laut* de su pueblo, que poco a poco iban siendo absorbidos por la vida sedentaria de los malayos, como el agua en un ladrillo sin vidriar. No desde que su padre había fallecido, hacía un año, apaciblemente, a bordo de su barca, cosa que apenas afectó a Raharjo. Ya prácticamente nada le afectaba.

Le desagradaban las preguntas de su madre, su hermano menor y la esposa de este: cuándo iba a acudir con su esposa, si no esperaban por fin un hijo. Le avergonzaba tener que admitir lo mucho que se había equivocado.

No quería hablar de Nilam, que se había burlado de él como del pez al que se hacía creer que unas plumas eran un mosquito para atraparle. Ni de Georgina, la bella mujer blanca que lo traicionó y le arrancó el corazón a sangre fría. Le hería el orgullo que no tomaran el dinero que les quería dar porque, al igual que antes, seguían viviendo del comercio de trueque; iba en contra del honor de los *orang laut* aceptar un dinero por el que no le podían dar nada a cambio. Solo ahora tantos años después, empezaba a darse cuenta de que había perdido sus raíces al tomar un rumbo distinto del que habían seguido sus hermanos y hermanas.

Ya iba siendo hora de que fundara su propia familia.

Llegaron a un acuerdo cuando finalmente Viswanathan aumentó un tanto más la dote y Raharjo, encogiéndose de hombros, accedió a que Leelavati pudiera practicar libremente su credo y educar a sus hijos en el hinduismo, y ambos hombres sellaron el compromiso con un resuelto apretón de manos.

Se consultó a un astrólogo para que elaborase la carta astral de la pareja y escogiera un día favorable para celebrar el enlace. En el caso de Raharjo fue sencillamente imposible, dado que ni sabía exactamente en qué año había nacido ni menos aún el mes y el día, la hora por descontado. Solo conocía la época del año y el lugar: cuando soplaban el viento del norte, en una barca al este de la costa de Singapur.

El astrólogo lanzó un suspiro y blasfemó, contó y calculó, y al cabo, a cambio de mucho, mucho dinero, presentó un horóscopo repleto de armonía conyugal, dicha y una numerosa prole. Para la boda recomendó un día especialmente propicio: cuando soplara el viento del este, en el mes de *pankuni* del calendario tamil, abril.

La noche era serena.

Solo se oía el viento, que se colaba por las hojas de los altos árboles que había dejado en pie, los plantones que había mandado trasplantar en el aún joven jardín. A ellos acababan de unirse tres más: una higuera, un baniano y un nim, por las diosas Shiva, Visnú y Shakti.

Al otro lado del jardín se oía el suave murmullo del río, que corría alegremente a lo largo del embarcadero de piedra y madera que había hecho construir para su barca. En los húmedos campos se oía el croar sofocado de las ranas toro, y sobre su cabeza, en el maderamen de la veranda, chirriaba un gecko.

Había erigido una casa grande, casi tan grande como Istana, el palacio del sultán de Johor.

Las habitaciones de las dos plantas eran amplias, de techos altos y de un blanco cegador, con los suelos, las vigas y las escaleras de madera oscura, brillantada, el mobiliario sencillo y parco, casi escaso. Una casa inundada de una luz ingrátida, teñida suavemente del verde de los árboles y los arbustos, que titilaba con los rayos del sol que rielaban en el agua. Una casa por la que corría el aire, se dejaban sentir el hálito del río, el atisbo del cercano mar. El aleteo y el canto de las aves, el chisporroteo de las irisadas libélulas.

Llamó a su casa Kulit Kerang. Como su barco: *Caracola*.

Esa noche reinaba un silencio delicioso, grato tras el trajín de los últimos cuatro días.

La boda había sido una fiesta por todo lo alto, en la casa de la novia, adornada con profusión y provista de un *pandal*, un baldaquino de seda y ornamentos florales, en la cara que daba a la calle Kling. Viswanathan invitó a medio Singapur, al menos a la población india, y a numerosos chinos. Los invitados de Raharjo, un puñado de sus mejores hombres, *orang laut* como él, estaban completamente perdidos en medio de la ruidosa, festiva y tambaleante multitud.

Cuatro días que, desde temprano y hasta tarde, estuvieron repletos de rituales y gestos solemnes, y en la noche del cuarto día llegaron a su apogeo con una gran ceremonia. Después de abluciones, ofrendas e invocaciones a los dioses, el novio y la novia se obsequiaron mutuamente con magníficas ropas, y Raharjo tomó a su esposa del regazo de su padre. Se pusieron uno a otro guirnalda de flores en el cuello, juntos rodearon siete veces el fuego sagrado y, más tarde, formando una solemne comitiva, recorrieron la ciudad en un carruaje abierto, engalanado con flores, desde Kling Street hasta la casa, cruzando el río Singapur.

A Raharjo la cabeza le daba vueltas de oír los monótonos cantos y oraciones en una lengua que no entendía, una música estridente, ruidosa, que le hacía daño en los oídos. De todas las voces, las risotadas y las palmas y el ruido que hacían tantas personas en tan poco espacio. Del brillo y los destellos del oro y las piedras preciosas talladas, los luminosos rojos y amarillos y blancos. Los recargados estampados por doquier, que lo mareaban.

Le provocaron malestar el incienso y el olor a flores, los intensos aromas a azafrán y cúrcuma, la transpiración de numerosos cuerpos y el *panaham*, agua con azúcar de caña, cardamomo y pimienta negra, que bebieron juntos los novios.

Ansiaba la tranquilidad del mar abierto. El murmullo de las olas y del viento, que era uno con su

corazón, con su respiración. El aire límpido, fresco de cubierta y la vastedad infinita, solitaria.

No ser atormentado por el recuerdo de otra boda.

Una boda celebrada bajo el viento, en una barca entre el frío mar y el cielo abierto. Sangre y humedad y escamas de pescado en las manos y la piel suave y dorada de una mujer que prometió que lo esperaría siempre.

Le lavati lo estaba esperando. En la habitación de la planta superior, en la que a partir de ese instante yacerían juntos como marido y mujer.

Estaba sentada en el borde del amplio lecho conyugal, el brillante cabello negro extendido por los hombros. Su mano, adornada con dibujos de henna, al igual que los pies, fue directa al escote del salto de cama de seda roja y lo cerró, y las pulseras rojas y plateadas que le cubrían los brazos casi hasta los codos, como si fueran parte de una armadura, tintinearón con fuerza. Pese a ello la muchacha sonreía, y la mirada de sus oscuros ojos era radiante.

—Hoy es el día más feliz de mi vida—aseguró.

No habían hablado mucho durante las semanas que siguieron a los esponsales, poco más que unas frases.

—¿Te parece bien que ponga a tu servicio a una mujer o prefieres traerte a alguien de tu casa?

—Sí, me parecería muy bien, muchas gracias. ¿Te importaría que instalara un altar en un rincón de la casa? Será muy pequeño, quizá ni siquiera te des cuenta de que está.

—Como quieras.

Raharjo deseó que dejara de mirarlo como lo estaba haciendo. Como si fuese un príncipe que hubiese descendido de una nube para salvar a la doncella de las garras de un monstruo. El sueño de una muchacha convertido en realidad. Y, sin embargo, despertó en él las ganas de poseer su virginal cuerpo.

Le dio la espalda y se sacó por la cabeza la larga camisa bordada.

—¿Quieres... quieres que me desvista?—oyó decir tras él—. ¿Y me tienda en la cama?

Raharjo notó que rompía a sudar. Semejante noche de bodas era algo muy distinto de dar rienda suelta a su deseo en una isla cualquiera. Con una muchacha, una mujer, a la que no conocía y nunca conocería. De la que estaba lejos incluso cuando se perdía físicamente en ella, durante los instantes escasos, demasiado breves del éxtasis del placer. De un olvido que, aunque suponía cierto alivio, no bastaba para sanar.

A lo largo de los últimos cuatro años había habido muchas mujeres.

—Como quieras.

Un latido sordo le subió por la nuca, hacia la cabeza.

Oyó un frufrú y se volvió. Agarrándose el salto de cama con las dos manos, la muchacha se había tendido en el lecho y le sonreía, en sus ojos había excitación y miedo, pero sobre todo un deseo expectante.

—¿Quieres que apague la luz?—preguntó él, subiéndose a la cama.

—Como prefieras.

Raharjo vaciló, y la imagen de la divinidad que ocupaba la mesita junto a la cama acabó decidiendo por él. Sujata la había llevado a casa esa misma tarde, antes de despedirse de su hija sumida en un mar de lágrimas. Un duende feo con la piel de color azul y una expresión ufana en el rostro.

La luz se apagó y la noche inundó la estancia.

Él se quitó los pantalones, le abrió el salto de cama y se inclinó sobre ella. El aroma de las flores de jazmín esparcidas por el lecho se entremezclaba con el de su cabello, a aceite de rosas y madera de sándalo. Con el denso, especiado olor de su piel, como a tierra removida y húmeda, el latido que sentía en la cabeza se intensificó.

Su boca rozó la de ella un instante; a Raharjo no le gustó la docilidad con la que sus labios se abrieron bajo los suyos. Notó sus pechos turgentes y hinchados en sus manos; el talle, fino; el pequeño

vientre, terso; las redondas caderas se derramaban en un vello suave bajo el que latía una pasión serena.

La muchacha temblaba, respiraba pesadamente, le acariciaba con torpeza un hombro mientras musitaba algo que sonaba seductor.

Algo se desgarró en él. Un rayo rojo que se encendió tras sus ojos, un hambre que se tornó deseo sensual.

Le cogió la mano con rudeza y la apretó contra la sábana, le abrió las piernas y la penetró. Disfrutó al sentir cómo se rompía el himen, cómo se tensaba la muchacha y gritaba, disfrutó de la fricción, del roce. Se embriagó con su propia violencia, y soltó un bramido cuando descargó su éxtasis en una viva explosión.

Se dejó caer en el otro lado de la cama, jadeante. Los ojos le hacían chiribitas, sentía un martilleo doloroso en la cabeza, y solo un sueño negro, plúmbeo, le proporcionó alivio.

Leelavati, inmóvil, escrutaba la oscuridad, irritada y dolorida entre las piernas, pegajosa de semen y sangre. Sus sueños aplastados como las flores que tenía debajo, su corazón pisoteado. Hasta que reunió la fuerza necesaria para darse la vuelta y llorar en silencio contra su almohada.

El *palanquin* frenó en seco en la techada entrada.

Paul Bigelow se bajó de un salto, pagó al *syce*, con el oscuro y arrugado rostro crispado y bañado en sudor, y subió la escalera deprisa, dando grandes zancadas. Tras él el caballo salió al trote, el coche alquilado envuelto en una nube de polvo rojo.

–Bienvenido a casa, *tuan* Bigelow.

Boy One no dejó traslucir lo mucho que debió de sorprenderlo su temprano e inesperado regreso; quizás estuviese al tanto ya, algunas nuevas se propagaban más deprisa que el polen de las flores en el aire.

El semblante del criado tampoco se inmutó cuando Paul le entregó el fusil.

–Llévalo al despacho y déjalo en la cómoda, detrás de la puerta.

–Sí, *tuan*.

–Que Jati enganche el caballo, vaya al *godown* y espere allí a *tuan* Findlay, tarde lo que tarde. Y dile que tenga cuidado, la ciudad es un infierno.

–Muy bien, *tuan*.

Paul se obligó a caminar despacio y sin hacer ruido cuando atravesó el recibidor; no quería privarse del placer que sentía. Ni siquiera en un día como ese.

Se detuvo en la entrada de la veranda, se apoyó en el marco de la puerta con los brazos cruzados y echó un vistazo fuera. A su rostro asomó una sonrisa.

Eso era lo mejor de cada día: volver a casa.

Le gustaba su trabajo, ocuparse de géneros, listas y números; era adicto al cosquilleo que le producía la carrera por conseguir los mejores artículos, el mejor precio. A la tensión hormigueante que se generaba durante las negociaciones y el subsiguiente triunfo, y a la presión de llevar a buen término lo antes posible, lo más seguido posible, la compra, la venta, el transporte. Sin embargo, nada de eso le importaba lo más mínimo en comparación con la sensación de dicha absoluta que le esperaba allí cada día, en cuanto volvía a casa.

Estaba orgulloso de ser uno de los pocos hombres de la ciudad que tenía esposa, y nada menos que una esposa como Georgina; disfrutaba de las miradas de envidia, de admiración, cuando la llevaba del brazo, bien peinada, bien vestida. A una cena, a ver una obra de teatro a los salones Assembly Rooms, a los pies de Government Hill o como no hacía mucho, en febrero, al baile que dio el gobernador en uno de esos salones para festejar la fundación de la ciudad, hacía treinta y cinco años. A las carreras de caballos del hipódromo que había al otro lado de Serangoon Road, con un bonito sombrero en el recogido cabello, al concierto al aire libre en la Esplanade y a la regata anual el día de Año Nuevo. O sencillamente los domingos a misa, que después de que la iglesia de San Andrés, que amenazaba con desplomarse, fuese derribada, se celebraba en la antigua capilla de la misión, en Bras Basah Road, o en el asimismo viejo y deteriorado palacio de justicia, que se alzaba entre High Street y la orilla del río Singapur.

Sin embargo, como más le gustaba verla era así: con un *sarong* y una *kebaya*.

Descalza, con las plantas de los pies llenas de polvo y las piernas extendidas, el cabello recogido en una trenza hecha sin poner especial cuidado, a sus veintidós años Georgina aún parecía una jovencita, no la madre de los dos hijos que estaban sentados con ella y con Cempaka en el piso de madera de la veranda. Absortos en uno de los juegos con los que Georgina ocupaba los días de los pequeños, con historias y mundos de fantasía que permitían intuir a Paul cómo había sido la infancia de Georgina allí, en L'Espoir.

Duncan, la cabellera más oscura, casi negra, inclinado sobre la casa que estaba construyendo, levantó la cabeza y señaló con un gesto invitador un rincón de la tapia de la casa. Medio instalado en el regazo de Cempaka y guiado por su mano, el pequeño David colocó en ese lugar el cubo de madera que antes

agitaba en la mano con impaciencia. Con la lengua fuera, contra el labio superior, sus dedos se abrieron. Cuando comprendió que el cubo se quedaría donde lo había puesto, chilló y aplaudió. Con una sonrisa de felicidad en la cara, cogió el siguiente cubo que le dio su hermano.

La sonrisa de Paul se ensanchó al ver cómo hablaba Georgina con sus hijos y se le iluminaban los ojos.

Si es que era posible, con el nacimiento de David, hacía algo más de un año, Georgina le parecía aún más bella. Ya durante el embarazo, que le resultó mucho más llevadero que el anterior, Georgina estaba radiante, habría podido pasarse días enteros con ella en la cama. Los brazos rodeando su cuerpo cada vez más abultado, sintiendo los movimientos del niño. Hundir el rostro en el cabello de Georgina y aspirar el olor de su piel, ese aroma a la hierba áspera del jardín y al aire poco antes de una tormenta nocturna.

De cuando en cuando se sentía culpable de satisfacer su deseo siempre que le apetecía, aunque se daba perfecta cuenta de que a ella le traía sin cuidado. Culpable aun a sabiendas de que tenía perfecto derecho a ello, siendo como era su esposo. Se esforzaba por tratarla con tiento, dejarle su tiempo, quizás incluso encontrar algo que pudiera gustarle.

Y entretanto acallaba su mala conciencia comprando juguetes extravagantes y caros para los niños. Una joya para Georgina, un sombrero nuevo. Regalos con los que parecía alegrarse sinceramente, en particular con los libros que encargaba para ella y con los dulces pegajosos que le llevaba del barrio chino.

Sin embargo, con la cacatúa enjaulada cometió un error, y al final no le quedó más remedio que pedirle a Jati que los llevara al interior de la isla para liberar al ave. Sin embargo, los ojos brillantes con los que Georgina siguió a la cacatúa cuando se alejó volando, su forma de echarle los brazos al cuello y besarlo en la mejilla mientras le daba las gracias en un susurro valieron cada uno de los peniques que le costó.

En el calor de Singapur Georgina era como una refrescante brisa marina que le permitía respirar. Que le daba calma.

La sonrisa se le borró. Se resistía a poner fin a ese idilio, quería prolongar ese momento todo lo posible; desde hacía un par de horas entendía por qué en su día Gordon Findlay desarraigó a su pequeña hija y la envió al extranjero.

Georgina, que contemplaba el jardín, miró hacia la veranda y finalmente lo descubrió en el rincón al que se había retirado.

Un leve rubor se extendió por sus mejillas, y acto seguido le sonrió.

–Hola.

Los dos niños levantaron la cabeza.

–¡Papá!

David se puso a agitar los brazos, y el cubo de madera salió despedido, describiendo un gran arco. Cempaka lo ayudó a levantarse; los ojazos azules brillantes de emoción y dicha, fue directo con pasos rápidos, aún un tanto vacilantes, hacia su padre, que se puso de rodillas y recibió a su hijo con los brazos abiertos.

–Hola, hijito–musitó en el sedoso cabello rubio del niño, una vez más conmovido con esa personita que siempre estaba alegre y lo colmaba de amor.

Con su hijo en brazos, salió a la veranda, se sentó al lado de Georgina y la besó en la mejilla.

–Hola, mi hermosa hada.

Miró a Duncan, pegado a su madre con el ceño fruncido, su piel del mismo tono dorado claro que ella, su rostro de rasgos marcados, una audaz variación de los de Georgina.

–¿Es que mi primogénito no me va a decir hola?

La frente de Duncan se distendió y el pequeño se acercó a él, mostrando una sonrisa apenas visible en

la carnosa boca.

A Paul le costaba lidiar con el niño, aun cuando a veces olvidaba que había sido engendrado por otro hombre. Quizá porque Duncan era sumamente tímido, mesurado, lento incluso, y hablaba poco.

Durante mucho tiempo Paul estuvo convencido de que era retrasado, pero no. Al contrario: Duncan no paraba de sorprenderlo con todo lo que sabía y entendía, y con las inteligentes preguntas que planteaba de sopetón, antes de sumirse de nuevo en el silencio. Con esa tranquilidad atenta, profunda, que a Paul se le antojaba extraña, casi inquietante en un niño tan pequeño.

Tal vez tuviese algo que ver en ello que el semblante serio, poco infantil, de Duncan rara vez permitía intuir lo que le pasaba; sus ojos eran de un gris desconcertante, unas veces como el mercurio, otras como el granito. El niño de cuando en cuando reaccionaba de manera colérica, con accesos de rabia, y Paul, desvalido, se veía obligado a ver que nadie salvo Georgina lograba tranquilizarlo: acariciándolo, mirándolo a los ojos y hablándole en voz baja.

Sin embargo, había momentos poco comunes, como ese, en que Duncan se le arrojaba, enterraba el rostro en su cuello, y él le acariciaba la cabeza y la nuca, y el niño respiraba dichoso, y él notaba cuánta confianza y cuánto afecto le dispensaba ese niño, y en esos momentos Duncan era su hijo.

Georgina se acercó, le pasó la mano a Duncan por la espalda y se apoyó en el hombro de Paul. Uno de esos pequeños gestos que tenía de un tiempo a esa parte. Cuando lo cogía de la mano, se acomodaba en el pliegue de su brazo o incluso le devolvía un beso que él le daba, su esposa le parecía una flor tierna, que durante mucho tiempo había resistido medio agostada en la sombra, y con la lluvia y el sol se iba abriendo poco a poco con aire vacilante. Y con ello alimentaba su esperanza de que quizás algún día incluso llegara a amarlo.

Alzó la vista al cielo, al sol.

—Hoy has vuelto pronto.

Intranquila, Georgina vio que, a instancias de Paul, Cempaka cogía a David en brazos y se llevaba a los dos niños dentro. La mirada que Duncan, de la mano de su *ayah*, le lanzó, inquisitiva, casi temerosa, le llegó al alma.

—¿Ha pasado algo?—musitó, mirando sin querer hacia la casa—. ¿Le ha... le ha ocurrido algo a mi padre?

—No te preocupes. Tu padre se encuentra bien. No tardará en venir.—Le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia sí—. A mediodía se ha producido un incidente en la ciudad. Dos chinos se han peleado por una bagatela; por el precio de una pequeña cantidad de arroz o algo por el estilo. La trifulca ha atraído a los curiosos y de pronto se ha armado la gorda y no ha tardado en verse envuelto el barrio entero. Por las callejuelas volaban piedras, los hombres arremetían los unos contra los otros con palos y cuchillos. Han echado abajo y saqueado puestos y tienduchas. El ejército está intentando contener los desmanes.

—¿Y has dejado a mi padre solo en el *godown*?

Los ojos de Georgina lanzaban chispas, y Paul no pudo por menos de sonreír; cuando fue a desasirse de su abrazo, él la retuvo con firmeza.

—No soy ni de lejos el canalla por el que me tienes. Tu padre quería ocuparse personalmente de guardar todas las cosas de valor e importancia en el despacho y cerrar el *godown*. Y de que sus empleados y trabajadores se pusieran a salvo. A mí me ha enviado aquí a proteger a mi esposa y mis hijos.—Le dio un beso en la ardiente mejilla a Georgina—. Seguro que mañana ha terminado todo.

A Singapur aún le fue concedida una noche de calma.

Una noche al amparo de cuya oscuridad los chinos se reunieron en bandas y, provistos de cualquier cosa que pudiera servir de arma, se lanzaron al ataque al despuntar el día.

Chinos oriundos de Cantón contra chinos de Fukién y Amoy, muchos de ellos aún sedientos de sangre como animales feroces nerviosos tras haber huido no hacía mucho a Singapur. *Sinkehs*. Recién llegados

de una China que se estaba despedazando en la rebelión Taiping, que no tenía intención de acabar. Teochew contra hokkien: el abismo entre los dos dialectos chinos, siempre patente, siempre visible, desgarró la isla. Un abismo que siguió abriéndose, ya que en la isla había poco trabajo y el arroz era escaso y caro, y que se llenó de cristales rotos y escombros, fuego y sangre.

El puñado de agentes del orden de la ciudad era incapaz de controlar semejante estallido de violencia. El ejército tuvo que intervenir, así como la dotación de los cañoneros que se hallaban fondeados frente a la costa. Setenta hombres, una gran parte de la población europea, se unieron para formar una milicia de voluntarios; incluso el sultán de Johor acabó enviando a doscientos de sus guerreros, y *towkays* poderosos como Tan Kim Seng y, una vez más; Seah Eu Chin, hicieron lo imposible por interceder.

Sin embargo, las aguas no volvieron a su cauce, continuaron imparables en su violento avance, desde la ciudad hacia las zonas rurales del interior del país, hasta Paya Lebar, Bedok y Bukit Timah, y de vuelta, sin perder fuerza por el camino.

En ese mayo se vivieron días angustiosos, enervantes, mientras los chinos vandalizaban y saqueaban Singapur y se mataban los unos a los otros. Ah Tong y los tres Boys andaban por el jardín y la casa como perros apaleados, avergonzados de los suyos y sumamente preocupados por lo que pudieran pensar de ellos sus señores.

Georgina se enjugó la mojada frente y miró al cielo, de un blanco lechoso. Un silencio opresivo se cernía sobre el jardín. Solo se oía el gorgoteo intranquilo del mar al otro lado de la tapia; pronto estallarían una nueva tormenta.

Movía a un lado y a otro la hamaca que Ah Tong afianzó en su día a las vigas del techo de la veranda para el recién nacido Duncan, que al principio solía pasarse horas berreando; entonces era David el que dormitaba en ella, relajado y con la boca abierta. Ese niño, que en su físico, en su manera de ser era tan parecido a Paul, como si Georgina solo hubiera sido un receptáculo para traerlo al mundo, nada más. Quizá porque no sintió gran cosa cuando lo engendraron, como pensaba a veces.

A Cempaka, que solía acunarla para que se durmiera y velaba su sueño, la había mandado a casa, y confiaba en que los monótonos movimientos la calmaran. Sin embargo, se sobresaltaba con cada chasquido que se oía en los árboles, con cada crujido y cada crepitar.

—No temas—dijo Gordon Findlay—. Aquí estamos a salvo. Aquí, en Beach Road, los europeos no despertamos el menor interés de esos alborotadores.

Georgina miró a su padre, que, sentado a la mesa de terno, tomaba una taza de té y hojeaba el *The Straits Times*.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

—Singapur es así.—Le dirigió una mirada bondadosa—. Si querías llevar una vida normal, segura en todo momento, tendrías que haberte quedado en Inglaterra.

Lo dijo con objetividad, sin que sonara a reproche y sin un ápice de acritud; el nacimiento de sus dos nietos había apaciguado a Gordon Findlay, casi lo había dulcificado.

A Georgina le partía el corazón la idea de que los chinos de la ciudad estuviesen enfrentados entre sí.

Recordó las callejuelas y las calles en las que, bajo los sinuosos tejados, se sucedía una tiendecita tras otra, en las que se podía comprar de todo, desde una navaja hasta pólvora, pasando por un destornillador. Toda clase de tés y hierbas, dulces, porcelana y cristal y artículos de cestería. Los vendedores ambulantes ofrecían agua, caña de azúcar y piña, mango y yaca troceados; en los puestos se vendía sopa, carne de cangrejo, arroz y platos de verduras. Había escribientes que, a cambio de dinero, escribían cartas al país de origen o leían las que recibía el destinatario, y los barberos siempre estaban ocupados: les afeitaban la cabeza a los chinos por completo a excepción de la omnipresente larga trenza. Afeitar y recortar barbas y limpiar los oídos con toda suerte de pinzas, varitas y cepillitos.

Le vinieron a la memoria Poh Heng, su zapatero, y su sastre, Ah Foo Mee, con el que estudiaba las

revistas de moda mientras tomaban una taza de té, revistas que su tía Stella le enviaba a Singapur para que el hombre le confeccionara a Georgina un vestido nuevo como por arte de magia. Georgina también compraba su exquisito papel de cartas en una de esas tiendas chinas cuando iba allí con Kartika.

A veces le pedía a Ah Tong que la acompañara, so pretexto de que quizá necesitara a un traductor, pero en realidad porque le hacía feliz ver la sonrisa radiante que se le dibujaba en el rostro cuando se codeaba con los suyos, decir hola aquí, parlotear un poco allá, esperarla en alguna parte tomando una taza de té o acercarse un momento al templo de Thian Hock Keng, de la Felicidad Celestial, que se hallaba frente al mar, para rezar a sus dioses bajo los ondulados tejados de tejas rojas y verdes, coronados por dragones.

El corazón, angustiado, le latía a trompicones.

—Tengo miedo de que le pase algo a Paul—musitó.

Desde hacía diez días se vivían desórdenes en Singapur, y desde hacía nueve Paul Bigelow, miembro de la milicia de voluntarios, iba de ronda por la ciudad. Solo acudía a L'Espoir de cuando en cuando, para sumirse en un sueño plúmbeo, darse un baño y comer algo a la carrera unas horas, sudoroso, cubierto de polvo y cansado, un agotamiento, una dureza en la mirada que reflejaban lo que habían visto sus ojos.

—No tienes de qué temer—la tranquilizó Gordon Findlay—. Físicamente es fuerte, y además está alerta. No le pasará nada así como así.—Guardó silencio un instante—. Escogiste un buen esposo.

Un elogio poco frecuente, inesperado, que a Georgina le alegró el corazón.

—Lo es, sí.

Su padre frunció las cejas, negras como el azabache, y siguió hojeando ruidosamente el periódico.

—Si exceptuamos el fiasco de la plantación. Y eso que le dije que de ahí no sacaría nada. A fin de cuentas somos comerciantes, no sabemos nada de plantaciones. Ahí ya fracasaron otros antes. Como Balestier, el que fuera cónsul americano en su día, con su plantación de caña de azúcar. Por aquel entonces, en los años treinta.

La acacia del cachú y el pimentero, dos plantas que se favorecían mutuamente en su crecimiento y su fruto y con las que se podía obtener un buen dinero, de un tiempo a esa parte devoraban la jungla en el corazón de la isla, y no pocos chinos se habían hecho ricos con sus plantaciones.

Durante mucho tiempo Paul alimentó la idea de embarcarse en ese negocio. Demasiado tiempo. Cuando, poco después de que naciera Duncan, finalmente compró una plantación con capital de la compañía, no tardó mucho en ponerse de manifiesto que el suelo de la isla era demasiado pobre para el cultivo permanente de esas plantas. Después de diez años, a lo sumo quince, el cachú y la pimienta habían agotado el suelo, si bien este aún servía para el cultivo de la modesta piña. Las plantaciones se trasladaron a la península malaya, que ofrecía suelos mejores en un clima idéntico y, además, un espacio considerablemente mayor que la isleta de Singapur, y el precio del cachú se desplomó.

—Entonces, ¿por qué le diste el dinero?

Su padre arqueó una ceja.

—¿Cómo si no iba a aprender a valorar los riesgos? Es un hombre despierto y sabe mucho, ha reunido mucha experiencia desde que está aquí, pero no la suficiente. No para que a lo largo de los próximos años pudiera ir dejando la factoría poco a poco en sus manos sin cargo de conciencia. Además—bebió un sorbo de té—, de ese modo nos hemos hecho con un buen terreno. Y eso nunca viene mal. Siempre puede servir.

Hacía un buen rato que Duncan había dejado de añadir cubos de madera a la torre que ya tenía y escuchaba atentamente a su madre y a su abuelo. Dejó a un lado la pieza que aún tenía en la mano y fue descalzo hasta donde se encontraba Gordon Findlay.

Georgina contuvo la risa. Tal y como estaba el niño, tieso como un ajo y bien plantado en el suelo, los brazos a la espalda, era la viva imagen de su abuelo.

Este escudriñó a su nieto.

–¿Quieres leer conmigo el periódico?

Duncan asintió.

–Ven.

Gordon Findlay lo acomodó en una rodilla y empezó a leerle, parando de cuando en cuando para explicarle o contarle algo. A ese hombre, para el que el trabajo era el elixir de la vida, no parecía importarle que la factoría siguiera cerrada por precaución; más bien daba la impresión de que disfrutaba del tiempo que podía pasar con sus nietos en L'Espoir.

David emitió un ruidito, hizo una mueca, pestañeando, y se frotó el rostro con el dorso de las manos. Georgina le acarició la mejilla y volvió a mover la hamaca. A la rosada boca del pequeño asomó una sonrisa; acto seguido volvió la cabeza mientras tomaba aliento y continuó durmiendo.

La mirada de Georgina se detuvo en el bosquecillo, que se recortaba sombrío contra el cielo gris claro.

Hacía mucho que no iba allí. La última vez fue unos días después de que se acordara su compromiso con Paul Bigelow. Confiando desesperadamente en que Raharjo pudiera haber regresado, le hubiese dejado alguna señal que la salvara de ese matrimonio. Una esperanza que resultó ser vana e hizo que, furiosa, destrozara todo cuanto le recordaba a él.

A veces el tiempo que pasó con Raharjo le parecía un sueño. Un cuento que había vivido con todos los sentidos. El cuento del joven pirata que llegó del mar y de la muchacha de la tierra roja de Singapur. Que se esfumó de repente, como por arte de magia, cuando la realidad se apoderó de él.

La realidad... esa eran sus dos hijos, que tenían hambre y escupían y echaban dientes y lloraban. A los que había que poner pañales, que aprendían a andar y a hablar y a utilizar el orinal. Que a veces tenían fiebre, se hacían chichones y se lastimaban la rodilla y querían mimos. Estaban ávidos de entender el mundo poco a poco, paso a paso, ávidos de compañía y cariño, de juegos nuevos e historias viejas.

A veces era como si Raharjo no hubiera existido. Tan solo en su imaginación.

Sin embargo, la membrana en los pies de su hijo le recordaba constantemente que un día había amado a una criatura marina. Cuando Duncan torcía el gesto o fruncía el ceño de una manera determinada, igual que Raharjo. Y cuando sus ojos grises miraban a lo lejos, como si escuchase la llamada del mar, como su padre, casi se le antojaba insoportable.

Le dolía no poder compartir esas cosas con nadie.

El bosquecillo que un día amara tanto Georgina, en el que fue tan dichosa, tenía ahora algo amenazador. Ya no era únicamente un lugar agreste, sino una úlcera vegetal que se propagaba con rapidez, que se había convertido en símbolo de la desgracia, que—Cempaka estaba convencida de ello—llevaba consigo allá adonde iba. Quizá le hubiera traído mala suerte a Raharjo y no hubiera vuelto de ese viaje por mar; quizás ella misma hubiese atraído sobre sí misma la mala suerte al confiar en un hombre para el que no había sido más que un amorío pasajero.

Probablemente no llegara a saberlo nunca.

–¿No crees que deberíamos talar de una vez por todas el bosquecillo?—preguntó en voz queda, más para sí—. Y derribar el pabellón. Eso si no se ha venido abajo ya. No vaya a ser que alguno de los niños se haga daño allí.

Gordon Findlay alzó la cabeza del periódico y contempló el jardín.

–Sí, es posible—repuso al cabo de un rato, con el delgado pecho de su nieto seguro en su gran mano. A continuación miró a Georgina con sus ojos azul mate, como excoriados—. Pero le prometí a tu madre que no lo haría. No mientras yo viva.

Georgina asintió y volvió a mirar al jardín. Posiblemente fuese mejor conservar el bosquecillo, mejor que ver el mar sin trabas.

Solo podía confiar en que no le trajera mala suerte también a Paul.

El murmullo de la lluvia y el retumbar de un trueno lejano arrancaron a Georgina del sueño profundo al que se había abandonado. Con la sábana húmeda y caliente y pegajosa en la mejilla, pestañeó en la crepuscular luz. La lámpara aún ardía.

Notó que le dolía un hombro cuando se estiró. Debía de haberse quedado dormida mientras esperaba a Paul, atemorizada e intranquila.

En la canción de la lluvia se entretejieron susurros, risas; después pasos y el sonido de la puerta al abrirse y cerrarse con cuidado. Georgina se incorporó.

—¿Cómo es que estás despierta aún?—le preguntó Paul en voz baja al mismo tiempo que se sentaba en el borde de la cama—. Es de noche.

Ella bostezó y se frotó los adormilados ojos, se encogió de hombros y fue a tocar la costra de sangre que Paul tenía en la frente.

Él echó atrás la cabeza, risueño.

—Solo es un rasguño. Parece más de lo que es.—Le puso la mano en la mejilla a su esposa—. Ya pasó todo, Georgina. Han detenido a varios cientos de hombres, los demás se han dispersado. En las calles vuelve a reinar la calma.

Georgina se abrazó a él con la respiración entrecortada, como si sollozase.

—No llores más.—Paul le acarició la espalda y rio quedamente—. No vaya a ser que me haga ilusiones de que temías por mí.

Sin decir nada, ella lo abrazó con más fuerza, la mejilla contra los cañones de la barba, que no tardaron en reblandecerse.

Él la apartó con suavidad, le levantó el mentón con la mano y la miró a los ojos, una mirada que ella trató de rehuir.

En sus labios se dibujó una sonrisa de asombro.

—Conque temías de verdad por mí.

Ella se echó hacia delante y lo besó en la boca. Comenzó a acariciarlo con aire vacilante, a besarlo de manera cada vez más perentoria, más exigente.

Paul jadeaba cuando ella se apartó bruscamente, se quitó la *kebaya* por la cabeza y la camisilla que llevaba debajo y después el *sarong*.

—Georgina...

Pegó su cuerpo desnudo a él y le cubrió la boca con besos febriles. Sus manos recorrieron sus caderas y tiraron de él hasta tenderlo en las sábanas. Su piel sabía a la lluvia que caía fuera, ante la ventana.

La lámpara, a punto de extinguirse, arrojaba una sombra titilante sobre la cama.

Paul contemplaba a Georgina, que dormía a su lado con la cabeza apoyada en su brazo doblado y las piernas encogidas. Sus ojos recorrieron la línea de su rostro y los densos abanicos de sus pestañas. La curvatura del cuello y la redondez de sus hombros. Sus pechos, tan suaves al tacto, y las caderas, ligeramente redondeadas; los muslos, más llenos que antes.

Con la piel perlada de sudor, como gotas de rocío, parecía una flor extraña, que acabara de abrirse. Entonces. Después.

—Ciertamente eres una tigresa—musitó con un nudo en la garganta.

Seguía ebrio de la pasión con la que lo había arrastrado consigo, como una tormenta tropical. Era como un náufrago que había probado una vez la salada agua del mar y quería más y más.

Deseó poder detener el tiempo para no tener que vivir cuán espantosa sería la sed por la mañana.

A lo largo de esa década, Singapur vivió años turbulentos, emocionantes.

Se calculaba que sesenta mil personas, probablemente incluso más, vivían y trabajaban en la isla, que ni siquiera llegaba a los trescientos metros cuadrados. Y cada día llegaban más, sobre todo de China, donde la rebelión Taiping parecía no tener fin, mientras que en el horizonte alboreaba una nueva guerra contra Gran Bretaña por la cuestión del opio. Presidarios de Hong Kong a los que nadie quería eran enviados a Singapur, así como otros de las colonias holandesas de las Indias Orientales, de los que se hacía cargo benévolamente. *Sinkehs* a los que ofrecían amparo los *kongsis*, que pasaban a integrarse con los suyos, de los que había una aplastante cantidad.

También malayos, indios, armenios, judíos, árabes querían hacerse con su parte de riquezas de la ciudad o al menos vivir bien con las posibilidades que ofrecía Singapur. Personas cuyo color de piel, cuya forma y color de ojos los identificaban como eurasiáticos, llegados de todas partes, donde ya se habían mezclado las sangres europea y asiática.

Personas y más personas que buscaban trabajo y lo encontraban, fundaban compañías, abrían tiendas o se ganaban la vida de vendedores ambulantes, se compraban una parcela o la arrendaban para cultivar hortalizas y criar animales. Personas que necesitaban ropa y comida y un alojamiento, y que con el dinero que les quedaba se permitían adquirir lo que la ciudad tenía que ofrecerles.

Los números hablaban por sí solos. La cantidad de barcos que tocaron puerto en un año superó el medio millón por primera vez. En abril de 1885 en la oficina de correos se contabilizaron casi treinta y dos mil envíos. Para entonces Singapur podía vanagloriarse de contar con tres hoteles respetables, dos dentistas itinerantes franceses que durante su estancia en la ciudad efectuaban visitas a domicilio y varios médicos privados en ejercicio para la población europea. *The Singapore Free Press*, un diario en lengua inglesa, se publicaba semanalmente; *The Straits Times*, dos veces a la semana, y después a diario; y a estos no tardaría en sumarse un periódico más. Un nuevo tratado que facilitaba el comercio entre Gran Bretaña y el reino de Siam contribuyó a que los negocios cobraran un nuevo impulso. Se calculaba que cada año el comercio se incrementaría en un millón de libras esterlinas.

Sin embargo, aunque en Calcuta este desarrollo se veía con buenos ojos, pues Singapur era desde hacía más de veinte años la capital de las Colonias del Estrecho, un grupo de territorios británicos ubicados en la península de Malaca, los fondos destinados a la construcción, la conservación y la administración de Singapur seguían siendo escasos; se prefería invertir *in situ*, en el subcontinente indio. La propuesta, efectuada una y otra vez por el gobierno de Bengala, de llenar sin más las arcas de Singapur incrementando los impuestos del comercio y los derechos de aduana, no obstante, se topó con una enconada resistencia, ya que iba en contra de la ética de los comerciantes, sobre todo escoceses, de que cada cual se labraba su propia suerte. Vivir en Singapur era libre, y libre debía seguir siendo el comercio. Sin control del gobierno, sin injerencia de las autoridades. Pues solo un comercio libre era un comercio lucrativo, en particular en ese rincón del mundo, en el que rivalizaban varios puertos.

De manera que se gravaron únicamente el vino y las bebidas espirituosas y el opio, que en la isla, con los culis y el duro trabajo que desempeñaban, contaba con muchos consumidores; la venta de terrenos sin edificar y, con una pequeña cantidad, los espacios habitables alquilados, y se mantuvieron las tasas, las multas y los portes. Se confiaba en las tradicionales virtudes escocesas de la parsimonia y la laboriosidad, y en último caso se pagaba del propio bolsillo, aunque fuera a regañadientes, lo que la ciudad necesitaba de manera perentoria, con la esperanza de que esa inversión no tardara en ser rentable para el comercio.

Para entonces Singapur ya tenía un faro, el faro Horsburgh, erigido sobre un afloramiento de rocas de granito blanquecinas del guano que depositaban las aves marinas al este de la isla, a escasos kilómetros de las costas de Johor; allí donde las aguas del estrecho de Singapur se entremezclaban con las del mar

del Sur de China. Y no mucho después se levantó un segundo, en las rocas del punto más meridional de la isla, ante la costa, bautizado faro Raffles en honor del fundador de la ciudad.

Estaba prevista la construcción de un tercer puente sobre el río Singapur, a la altura de la oficina de correos, con el fin de acortar el largo camino actual por el puente Thomson o sirviéndose de una barca para cruzar el río. De madera, para transeúntes y con un carril de casi cinco metros de ancho, pero los cerca de diez mil dólares que se calculó que costaría se consideraron excesivos, de manera que acabó siendo un simple puente de transeúntes, para cuya utilización había que pagar un cuarto de centavo, y sobre el río Rochor no tardó en tenderse el puente Victoria, de ladrillo. Después de que los antiguos salones Assembly Rooms amenazaran con desplomarse, se colocó la primera piedra de un nuevo Ayuntamiento, financiado por comerciantes de la ciudad. Y también de sus bolsas, engordadas con ayuda de Calcuta, salió el dinero con el que se volvería a levantar San Andrés, más grande y más bella.

La Peninsular & Oriental Steam Navigation Company, que en su ruta de ida y vuelta a Australia arribaba a Singapur ya no una, sino dos veces al mes, se estableció al oeste de la desembocadura del río Singapur, en un tramo de costa al que la naturaleza dio forma de puerto amplio, protegido, con un nivel de agua elevado, el New Harbour, y pronto se sumaron otras grandes compañías.

Cuando fundó Singapur, sir Stamford Raffles tenía en mente una segunda Batavia. Una «reina del Lejano Oriente» que prometía superar a Batavia, la «reina de Oriente», quizás incluso destronarla.

En ese momento, en su cuarta década de vida, Singapur daba la impresión de cumplir esa promesa.

El *palanquin*, después de traquetear colina arriba, continuó por una llanura arenosa, pedregosa a veces. Con cada sacudida de la litera Georgina era lanzada contra Paul, que la rodeaba con sus brazos en ademán protector. El olor a polvo se colaba por las tablillas de las persianas; de cuando en cuando entraba un rayo de sol y le acariciaba la mejilla a Georgina.

–Tal vez deberíamos habernos quedado hoy en casa–musitó Paul contra sus labios, mientras su mano bajaba al talle de su esposa.

Georgina rio con suavidad.

–Pero si querías hacer a todo trance este viaje conmigo.

Volvió la cabeza y miró por las rendijas amusgando los ojos, intentando distinguir entre las sombras y los cegadores destellos del sol, entre las nubes de polvo y el follaje, dónde se hallaban.

–Ah, no–repuso Paul con fingida reprobación, y le volvió el rostro hacia él–. Si miras, echarás a perder la sorpresa.

–¿Qué sorpresa?

Paul enarcó las cejas con gesto elocuente.

–¡Di!–Georgina rio y le dio unos golpecitos entre las costillas.

–Ten un poco de paciencia. Mientras tanto te distrae-ré yo.

La estrechó con más fuerza y la besó, y ella notó un leve cosquilleo en el vientre.

El *palanquin* moderó la marcha.

–¿Aquí, *tuan* Bigelow?–se oyó preguntar desde el pescante.

Paul se separó de ella de mala gana y, tras mirar por un resquicio de la persianilla, abrió la portezuela.

–Sí, aquí es. Gracias, Jati.

El ancho, polvoriento camino se perdía en la distancia.

Sus bordes se hallaban sumidos en las grandes sombras que arrojaban imponentes árboles, tras los cuales a un lado se alzaba la cima de Government Hill, y al otro, la de la colina Mount Sophia. Allí olía a sol y sombra, a polvo y follaje y hierba. Un olor dulzón, como de fruta madura, de flores, y un poco a especias jóvenes, aún verdes. Los pájaros gorjeaban en las copas de los árboles, de las ramas llegaba el canto argéteo de las cigarras.

Georgina nunca había estado en ese sitio, a lo sumo había pasado una vez por allí, quizá, cuando

fueron a soltar a la ca-catúa en el interior de la isla.

–Ven.–Paul la cogió de la mano.

Avanzaron por la hierba, entre hileras de árboles que parecían no tener fin; Georgina distinguió almendros, mangostanes y mirísticas, y macupas ácidas, de un amarillo verdoso, en las ramas.

Paul se detuvo y extendió los brazos.

–¿Qué dirías si mañana todo esto fuese nuestro?

Georgina lo miró con los ojos muy abiertos.

–¿Un huerto?

Él se rio.

–Sí, un huerto.

Los azules ojos le brillaban, y la alegría que irradiaban lo envolvía en un halo dorado que ejercía una atracción irresistible en Georgina y la impulsó a dar un paso hacia él.

–Aquí, en Orchard Road todo está lleno aún de árboles frutales. Lleno de plantaciones de mirísticas y pimenteros. Pero el precio de la nuez moscada no para de caer. ¿Y ves esa mirística de ahí? ¿La de la corteza blanquecina y las ramas cubiertas de plantas trepadoras? Muchos de los árboles están enfermos y se mueren. Los dueños de las primeras plantaciones se están planteando vender sus tierras.–La miró con expectación, pero ella no estaba muy segura de qué le quería decir con eso. Se situó detrás, la rodeó con sus brazos y pegó su mejilla a la de ella–. ¿Es que no lo ves?–musitó–. Nuestra nueva casa. Con un jardín grande para ti y para los dos pilluelos.–A Georgina le ardía el rostro, como si con sus palabras él le hubiese propinado una bofetada–. ¿Georgina?–A ella se le formó un nudo en el estómago–. ¿Por qué no dices nada?

Con los ojos arrasados en lágrimas, apartó la cabeza, pestañeando.

–Pero si... si ya tenemos una casa–logró decir al cabo.

Él le acarició los hombros para consolarla.

–Sé lo mucho que significa L'Espoir para ti. Y para mí también. Pero has de admitir que está vieja y ajada. Su cercanía al mar se ha cobrado su tributo a lo largo de estos años.

A Georgina le costaba respirar, y hablar, más aún.

–Pues... la reformaremos.

–Si arreglamos todo lo que hay que arreglar, sin duda nos costará lo mismo que levantar dos casas nuevas.–Lanzó un suspiro–. Aprecio mucho a tu padre, pero a la larga será demasiado vivir con él bajo el mismo techo. Y de todas formas la casa es demasiado pequeña, ahora que los niños están creciendo.–Metió una mano bajo su brazo y, tras apoyarla en su vientre, lo acarició con suavidad–. Quiero tener más hijos contigo–le dijo al oído–. Cuanto antes, mejor.

Georgina se mordió el labio. Bethari le había enseñado que había días especialmente fértiles y otros que no lo eran, por los cuales intentaba guiarse para evitar quedarse encinta, con la ayuda adicional de hierbas. No quería otro hijo, todavía no. No ahora, que aunque David ya no utilizaba pañales, ambos niños, con una enorme curiosidad y una alegría desbordante, empezaban a explorar el mundo con todos los sentidos y se animaban mutuamente a vivir aventuras cada vez más osadas en el jardín.

Georgina se zafó de su abrazo y dio unos pasos por un suelo que no le ofrecía estabilidad alguna, como si tratase de caminar sobre el agua.

El agua de un río encantado y al margen del tiempo.

Respiró hondo y se enjugó las lágrimas antes de volverse.

–¿Por qué te quieres instalar ahora aquí? ¿Cuando todo este tiempo has abrigado dudas de si Singapur tenía futuro?

Él se metió las manos en los bolsillos del pantalón y se encogió de hombros.

–He cambiado de parecer.–Sus ojos escrutaron el horizonte, con un brillo frío–. Si en efecto Lesseps consigue abrir ese canal en Egipto... Sé que comerciantes como tu padre dicen que ese canal nos

arruinará el comercio en la India, pero yo no lo creo. De ese modo las rutas marítimas con Europa se acortarían, y más aún con los buques de vapor, que cada vez son más numerosos y más rápidos. Yo más bien pienso que el comercio saldría beneficiado de ello. Incluido el de la India. Y Singapur...—En su boca se dibujó una sonrisilla de satisfacción—. La naturaleza ha sido más que generosa con Singapur. Con su situación en el mapa del mundo. Con sus puertos naturales, sus fondeaderos protegidos. Con eso no pueden competir Penang y Malaca. Si sabemos sacar provecho de este regalo de la naturaleza, con prudencia y perspicacia y avances técnicos... Singapur crecerá mucho más. Será mucho más rica.—Su sonrisa se ensanchó—. A estas alturas estoy convencido de que para Singapur los mejores tiempos aún están por venir.

Georgina sonrió a su vez sin querer; le gustaba cuando hablaba con ella de la compañía. De lo que constituía su día a día. De sus preocupaciones, de lo que se le pasaba por la cabeza.

La sonrisa de su esposo se tornó un tanto inquieta, insegura.

—¿Acaso no es eso lo que más quieres? ¿Quedarte en Singapur? ¿Para siempre?

Georgina asintió.

Paul se encogió de hombros, un gesto de desamparo.

—¿Por qué no aquí? ¿En Orchard Road? Sin duda te habrás percatado de lo poco que hemos tardado en llegar hasta aquí. Podrías pedir que te llevaran a L'Espoir siempre que quisieras o incluso ir a caballo y pasar tiempo allí. Tan a menudo y tanto como desees.

Georgina contempló las hileras de árboles que se sucedían hasta el infinito, como en una galería de espejos.

—Aquí no hay agua—musitó al cabo.

Paul señaló un lugar detrás de Georgina.

—Por el otro lado del camino discurre un canal que lleva bastante agua dulce todo el año. Aquí nunca tendríamos que temer que en épocas de sequía el agua nos escasee, como sucede en otras partes de la ciudad. Precisamente por los niños. Es probable que aquí incluso haya demasiada agua. En todo caso tendríamos que plantearnos drenar el suelo.

A modo de prueba hundió el pie en la tierra.

—No me refería a eso.

La mirada escrutadora de Paul hizo que le costara encontrar las palabras adecuadas.

—Aquí... aquí no hay mar—intentó explicar finalmente.

Él la miró largo tiempo y después sacudió la cabeza.

—No te entiendo. ¿Sabes lo infeliz que pareces cuando miras el mar? ¿Lo triste que te pones cuando las olas rompen con especial fuerza y se oyen en toda la casa? Pensé que supondría un alivio para ti no tener el mar a la puerta.

Tampoco Georgina se entendía. Era incapaz de perdonar al mar que le hubiera arrebatado a Raharjo, y, sin embargo, se le antojaba inconcebible no tenerlo tan a mano a diario, como en L'Espoir. Había crecido con el canto de las olas, que la había arrullado desde el momento en que nació, como si fuera la voz de su madre.

Un lazo invisible la unía firmemente a L'Espoir. Desde siempre, desde antes incluso de conocer a Raharjo.

—De verdad que no te comprendo—continuó Paul, en voz queda, pero con una gravedad inexorable en la voz—. Cada vez que quiero empezar a forjar una vida en común contigo, me apartas. Como cuando planteo la cuestión de dónde deberían ir a la escuela los niños. Cuando te digo que quiero tener más hijos. Cuando intento que te relaciones con personas que son importantes para mí. Sonríes y conversas con ellas, pero no consigo desprenderme de la sensación de que no pones el alma en ello. Y jamás se te pasa por la imaginación corresponder tú con una invitación ni sale de ti que acudamos a otras reuniones.

Avergonzada, Georgina bajó la cabeza. Su punto vulnerable, desde siempre. No era capaz de forjar

relaciones duraderas o entablar amistades. Las personas se le seguían antojando ajenas. La ramificada y firmemente arraigada familia del difunto cónsul de Portugal y comerciante José d'Almeida. Los Lisk, Robb, Napier, Pickering y Taylor. Incluso los Oxley. Aunque casi tenía la misma edad que Isabella Oxley, las separaban mundos de distancia. Un abismo que Georgina no deseaba salvar.

Como si antaño, a su regreso, hubiese vivido demasiado tiempo en el mundo de Raharjo como para después poder aclimatarse al suyo.

El hecho de que los europeos que iban a Singapur fuesen casi exclusivamente hombres, no se quedaran mucho tiempo y acabaran marchándose no facilitaba las cosas. Los Butterworth habían abandonado Singapur el año anterior, y también los Oxley hablaban de regresar a Inglaterra después de casi treinta años. Y los que llegaron después tenían otro punto de vista, otras ideas de lo que era la vida en el trópico. Querían vivir allí igual que en casa cuando no estaban ocupados en amasar dinero, lo que significaba relacionarse con los suyos. El servicio era el servicio y nada más, no era familia, y aun cuando trataban con los *towkays* chinos, con los malayos y con los indios por intereses comerciales, anteponian en sus relaciones a los que eran como ellos. En el recién fundado club de *cricket*, por ejemplo, o en el Club Teutonia, en el caso de los alemanes.

La ciudad estaba cambiando, cosa que quizá se notase con mayor claridad cuando uno había nacido allí, como Georgina. Por fuera Singapur tenía una corteza fina, lisa y dura, que brillaba como las fachadas de *chunam* y era igual de blanca.

Georgina había aprendido a desempeñar su papel social junto a Paul, un papel que, sin embargo, abandonaba en cuanto llegaba a casa, se despojaba del vestido de noche y del de tarde y se ponía el *sarong* y la *kebaya*. Volvía a ser de nuevo ella misma, callada y absorta, contenta en su pequeño mundo, leyendo las cartas de su tía Stella y de Maisie, que para entonces ya se había casado y era madre, y escribiéndoles.

—Siempre que tengo la sensación de que por fin me acerco a ti, te me escapas.—Sonaba desalentado, triste y dolido—. ¿Tan poco significa para ti lo que tenemos juntos?

—No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

Georgina lo miró con franqueza.

—Es que así es como soy.

Paul le sostuvo la mirada con aire pensativo.

—No sé si de verdad eres así. O si más bien la cosa tiene que ver conmigo.

Georgina no sabía cómo explicarle que era como si le faltase una parte de su ser. Siempre había sido así. Un fragmento que había perdido hacía tiempo y que Raharjo le había devuelto, para llevárselo consigo después. Que desde entonces ella buscaba en vano. Que quizá volviera a aparecer, si sabía ser paciente.

—Aún piensas en él, ¿no es cierto?

Una pregunta que era como un tajo, que con su fría dureza no dejaba la menor duda de a quién se refería con ese «él».

El silencio de Georgina bastó como respuesta.

Paul, respirando pesadamente, se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Olvidémonos de la casa. No ha sido muy buena idea. Volvamos.

Se alejó dando pasos largos. Unos pasos que parecían cansados, y la decepción, un lastre pesado, palpable sobre sus hombros.

Raharjo era una sombra que la perseguía. Que la mayoría de las veces ella ni veía, porque iba detrás, pero que se cernía sobre ellos dos justo cuando Georgina creía haber encontrado algo parecido a la felicidad junto a Paul.

Raharjo se miró en el espejo.

La chaqueta larga con el cuello chino le sentaba bien; su corte ceñido resaltaba la silueta de su cuerpo, alto y delgado. Era blanca, al igual que los ajustados pantalones, se cerraba con pesados botones dorados y estaba recamada con hilos de oro; el bordado, tan exquisito que solo se veía cuando él se movía en la luz de la lámpara y el tejido brillaba levemente.

En el fajín rojo que llevaba anudado al cinto se afianzaban el *keris*, la sagrada daga de sus antepasados, que había heredado de su padre, con la hoja curva como una llama plateada, y la pistola, sin la que no salía nunca de casa.

No soportaba llevar sombrero o turbante, necesitaba poder sentir en todo momento el viento en el cabello. Y los brillantados zapatos marrones, según la moda europea, le apretaban, le impedían sentir el suelo bajo sus pies. Pero sin ellos apenas podía ir a alguna parte.

Levantó la mano izquierda para pasársela por la barba que se había dejado. Un marco preciso y cuidado en torno a la boca y el mentón, que acentuaba más aún sus marcados rasgos, lo hacía parecer mayor. Imponía respeto.

Se estremeció a mitad de gesto; las cicatrices del brazo y de la pierna le tiraban, llevaban así todo el día. Tal vez había hecho un mal gesto cuando navegaba de vuelta a Singapur del que solo era consciente entonces; o quizá fuera el tiempo.

—¿De verdad tienes que ir allí esta noche?

Arrugando la frente, echó mano de los dos anillos de oro macizo, profusamente grabados, y se los puso en los dedos: el que tenía un rubí en el izquierdo; el del ónix en el derecho. Rojo como la sangre. Negro como la noche.

—Has estado mucho tiempo ausente y solo hace unos días que has vuelto.

—Whampoa es un hombre importante—se limitó a decir Raharjo, y se volvió.

Sentada en la habitación, en una butaca, estaba Leelavati; en la frente lucía el punto bermellón de las mujeres casadas. Se había apartado el extremo del sari y se había levantado el *choli* para darle el henchido pecho a un lactante.

Harshad. A Raharjo le había costado grabarse el nombre en la memoria. Tenía unos meses, Raharjo no sabía exactamente cuándo había nacido, mientras él se hallaba en el mar.

La desnudez no le era ajena, Leelavati amamantaba al pequeño tan abiertamente como habían hecho siempre los *orang laut*; sin embargo, esa imagen le asqueaba, y apartó la cabeza.

Leelavati sin duda se lo vio en el rostro: el tintineo de sus numerosas pulseras de oro y el frufrú de la seda se lo indicaron, y cubrió a toda prisa el pecho y al niño con el extremo del sari.

A veces sus grandes ojos marrones oscuros, de espesas pestañas, le recordaban a los de una vaca, igual de mansa, igual de paciente. Parecía una diosa de la fertilidad, con su piel oscura, sudorosa, su cuerpo fuerte y delicado al mismo tiempo y de exuberantes redondeces. Hundía tan profundamente sus raíces en el suelo que no había nada que pudiera hacerle perder el equilibrio.

Un ruidito de satisfacción a sus pies hizo que bajara la vista. En el suelo había una niña, el denso cabello negro semejava un brillante casco en torno a la cara, redonda como la de su madre y mofletuda. Le sonrió tímidamente y alargó la mano hacia la pernera del pantalón de su padre, probablemente para agarrarse a ella y ponerse de pie.

Veena. Había llegado al mundo ni un año después de casarse, mientras él navegaba de bolina tras la isla de Ceram. Al igual que su hermano, fruto del sentido del deber y del instinto más primitivo, engendrada con indiferencia, quizás incluso con cierto desdén. Ni fruto del deseo ni tan siquiera del afecto.

Su rostro se ensombreció, y dio un paso atrás.

La sonrisa en el rostro infantil titiló y se apagó; levantando el trasero, la niña se puso en pie y salió corriendo, se agarró a su madre y enterró el rostro en los pliegues del sari.

Raharjo se metió en el bolsillo su cigarrera de carey y oro. Una nueva costumbre que había adquirido, igual que aceptar invitaciones como la de esa velada para no tener que pasar la noche en casa.

–Deseo tener un dormitorio propio. Abajo. Los trabajadores vendrán la semana que viene.

Leelavati no dijo nada, la cabeza gacha, absorta en el niño que tenía en brazos.

Raharjo no vio que una lágrima le corría por la mejilla cuando sus pasos se alejaron.

Esa noche hacía un calor sofocante.

A Georgina la seda de su vestido, azul violeta como las flores del heliotropo, se le pegaba a la espalda, aunque estaba sentada bien recta, con más de un palmo de separación entre su cuerpo y el respaldo de la silla, y los largos pantalones, las enaguas, húmedos, se le adherían al trasero y a los muslos. Al menos la crinolina de ballena, el último grito en Europa, aunque pesaba, proporcionaba cierto alivio, al soportar el peso de la fastidiosa falda de seda y mantenerla apartada del cuerpo. Al caminar se movía, al sentarse se levantaba ligeramente por la parte delantera y permitía que le llegara algo de aire a las piernas.

Empezó a abanicarse, pero se sentía ridícula, de manera que cerró el abanico y lo dejó. Estaba allí sentada como la imagen estereotipada de una dama europea, que se quejaba del calor que hacía siempre en el trópico y se aburría mortalmente, exhausta e irritada en la misma medida. Deseó haberse quedado en casa.

Volvió la cabeza y escudriñó, impaciente, la noche.

Aún no había oscurecido cuando entraron en los famosos jardines por una de las puertas chinas. Latánias y árboles gigantes proporcionaban sombra, y nenúfares gigantes, regalo del rey de Siam, se movían en un lago; los grandes, hinchadas flores de un blanco puro o rosa; las hojas, lugar de reunión de bandadas de aves acuáticas.

A la casa, que se hallaba en medio de un laberinto de setos, se llegaba por sinuosos caminos arrebatadoramente dispuestos y de una verdura exuberante. Grácil como un pabellón pese a sus impresionantes dimensiones, ligera gracias a sus numerosas ventanas y arcos, flotaba suspendida sobre pilotes, bajo los cuales corrían canales de agua, crecían flores de loto y brillaban peces de un rojo dorado.

Farolillos y faroles hacían que la silueta del bonito pabellón asiático resaltara en la oscuridad, la construcción rodeada de cuidados árboles, setos y parterres. El glugluteo de un pavo se impuso al canto de las cigarras, el suave murmullo y el fluir de los arroyos. Las sombras que arrojaban arbustos convertidos en dragones y delfines, elefantes, perros y cocodrilos, gracias a una estructura de alambre, habían cobrado vida. Un paisaje de cuento a medio camino entre Oriente y Occidente. Un país encantado, modelado con una fantasía sin límites por la mano del hombre en el inagotable reino de la naturaleza.

Ah Tong adoraba esos jardines, en los que podía entrar todo el mundo durante la celebración del año nuevo chino; Georgina se moría de ganas de contárselo todo con pelos y señales al día siguiente.

Delante se oían las risas de los caballeros. En el aire flotaba un pesado olor a bebidas espirituosas y a una mezcla de sudor masculino, acre humo de cigarros puros e incienso. Sin duda aún tardarían un poco en servir la cena. Georgina captó una mirada de disculpa de Paul, antes de que el señor Gilman, de Hamilton, Gray & Co., y un comerciante de Suiza volvieran a enredarlo en la animada conversación que mantenían sobre los *kongsis*, la construcción de muelles y los impuestos que gravaban el opio.

Conversaciones que por lo general Georgina gustaba de escuchar, aun a sabiendas de que sus ideas al respecto no tenían ningún valor.

–«¿A un día de verano compararte?»–Una voz masculina, grave y melodiosa, en un inglés impecable, pero teñido del inconfundible dejo chino–. «Más hermosura y suavidad posees.»

Georgina echó la cabeza atrás y se rio.

–Se nota que nos acabamos de conocer, Mister Hoo. Sin duda nadie que me conozca bien diría de mí que soy más suave que un día de verano.

La barba, negra como el carbón, larga y rala como la cola de dos ratas, se movió al sonreír su dueño.

–El maestro Shakespeare, al que tanto aprecio, lo diría, señora. ¿Me permite?

Cuando Georgina asintió, él se acomodó a su lado.

Era alto para ser chino, pero no tanto como Ah Tong. Aunque debía de sacarle más de veinte años a Georgina, su rostro ovalado, de frente convexa, era terso como una porcelana amarilla clara. Los ojos, bajo las altas y finas cejas, como un trazo de tinta, habrían tenido un aspecto amenazador de no ser por la picardía bonachona y el considerable encanto que irradiaban.

–Se lo ruego, señora, llámeme Whampoa. Todo Singapur lo hace. Whampoa, por mi lugar de origen, en Cantón.

Le cogió la mano a Georgina sin ceremonias y se la llevó a los labios. Aunque se mantenía fiel a la tradición china de lucir la cabeza rasurada y una larga trenza, vestía de frac, como sus invitados europeos. Tan solo el puñado de *taukehs* chinos que se hallaban presentes esa noche seguía su moda de pantalones holgados y camisa de seda de manga larga.

–Poder contar con una dama tan cautivadora como usted entre mis invitados esta noche en mi humilde morada es para mí el mayor tesoro.

Óleos de paisajes ingleses cubrían las paredes en compañía de aguadas con tinta china, pergaminos y estampas enmarcadas de retratos de la familia de Su Majestad, la reina Victoria. Jarrones italianos, tallas japonesas y porcelana china descansaban sobre muebles ingleses y asiáticos junto a tallas en jade y esculturas del Lejano Oriente y Europa. En esa casa, que tenía vidrieras de colores alemanas, cuyo piso era de cerámica con dibujos procedente de Inglaterra y en la que las horas las daban relojes franceses.

En medio de semejante plétora de arte y curiosidades, Georgina tenía la sensación de ser como un objeto decorativo más, un préstamo ornamental para una velada. Comprendió que Paul le había pedido que acudiera precisamente con ese objetivo, a juzgar por cómo la miraban los caballeros allí reunidos: el capitán Marshall, el agente de negocios de la Peninsular & Oriental Steam Navigation Company en Singapur; el señor Dunman, el intendente del pequeño cuerpo de policía de la ciudad; el señor Kerr, de Kerr, Whitehead & Co.; los señores Zapp y Ritterhaus. No de un modo ofensivo, aunque alguna que otra mirada disimulada iba dirigida a su escote; más bien con respeto y admiración, en particular su anfitrión.

Georgina enarcó una ceja.

–Por otra parte, también soy la única dama presente esta noche.

Whampoa soltó una carcajada y le dio unos toquitos cariñosos en la mano, un gesto más paternal que galante.

–Muy cierto, señora. Y además agudo. Realmente, Mister Bigelow es un hombre envidiable.

–¡Mister Whampoa!–El señor Duff, del North Western Bank of India, lo llamaba con insistencia para que se uniera a ellos–. Venga, necesitamos su inestimable opinión.

El aludido exhaló un suspiro hondo.

–¿De qué le sirve a un hombre como yo poder gozar de la poesía de su presencia cuando la prosa banal de los negocios se inmiscuye? Disculpe, señora.

Besándole nuevamente la mano, se despidió y volvió a mezclarse con sus invitados.

Paul la miró con una sonrisa de satisfacción y asintió, co-mo si quisiera decirle «bien hecho».

Whampoa era un personaje importante en Singapur, no solo como hombre de negocios, sino también por ser cónsul de China, Rusia y Japón. Decían que su fortuna casi era inconmensurable; al menos era tan rico como para poder permitirse que uno de sus hijos estudiara en Edimburgo.

Había llegado allí de China cuando era un muchacho, para trabajar en la tienda de su padre, que vendía carne, pan y hortalizas cerca de los *godowns* chinos, en Boat Quay. Un establecimiento que, a la muerte del progenitor y en manos de Whampoa, se convirtió en un imperio al suministrar toda clase de

artículos de primera necesidad a los buques de la Marina Real Británica. Suyos eran un almacén de hielo de osada construcción, con sus balaustradas de forja, plantaciones y una próspera panadería en Havelock Road. No estaba de más granjearse las simpatías de Whampoa.

Georgina sonrió a su vez a Paul, pero este había vuelto a centrarse en los negocios.

Entre las cabezas de los hombres, que se hacían movimientos afirmativos, giraban las unas hacia las otras y se apartaban, se echaban atrás entre risas, durante un instante pudo ver la puerta situada en el otro extremo.

En ella había un hombre vestido como un príncipe malayo, el blanco de la chaqueta marcaba un fuerte contraste con su piel, marrón como el azúcar de palma. Tenía un rostro duro, implacable, y también su boca era dura. Sus ojos, en cambio, negros y brillantes como ónix fundido, parecían perdidos.

Como si no estuviese seguro de si ese era su sitio. O como si se hubiese extraviado y no fuese capaz de encontrar el camino de vuelta.

A Georgina le dio un vuelco el corazón.

Las cabezas de los caballeros le ocultaron la vista, tan solo un momento, para liberarla de nuevo.

En el marco de la puerta no había nadie.

A Georgina le faltaba el aire, le costaba respirar, mientras el corazón le martilleaba en el pecho. Se levantó con las piernas que le flaqueaban.

Nadie le prestó la menor atención; tan solo uno de los muchachos chinos que, ataviados con pantalones negros y camisa blanca, movían abanicos de bambú y se ocupaban de que a los invitados no les faltara bebida, le dirigió una mirada de sorpresa cuando vio que salía al aire libre tambaleándose.

El aire se pegó a su piel, a sus pulmones como si fuese un pañuelo húmedo y caliente mientras caminaba dando traspies por el césped. Por un camino de piedras en el que tropezó más de una vez con los tacones altos que llevaba hasta llegar a otra extensión de hierba, donde finalmente se detuvo, jadeante, casi sollozando.

Ya había estado el día entero de un humor extraño, deambulando por la casa sintiendo las extremidades pesadas y la cabeza embotada. Sin poder pensar con claridad, ensimismada, casi confusa, como si hubiese tomado demasiado champán. Y nada de lo que comió o bebió logró que de su boca desapareciera el sabor a sal y a algas.

Tomó una bocanada profunda del húmedo aire, que olía a flores dulces, a hierba y a hojas y a mar, aunque se habían adentrado un tanto en el interior del país, por un largo camino festoneado de bambús, amplias palmeras y almendros salvajes, los troncos cubiertos de plantas trepadoras y orquídeas, y protegido por setos de heliotropo silvestre.

El jardín cantaba. No eran solo los pájaros, que trinaban y gorjeaban en el follaje, quizá también en una pajarera. No eran solo las cigarras, las ranas toro y los pavos reales. Era un canto dulce, suave, que entonaba el millar de voces de las hojas, que parecía el murmullo del mar, el susurro del viento en mar abierto. El alma de Georgina se sumaba a la tonada, una sensación que no tenía desde hacía tiempo.

Su corazón se fue calmando despacio, su respiración se tornó más pausada. Y antes incluso de que oliera el tabaco se volvió.

Un jirón de tela blanca, surgida de la vítrea luz crepuscular de la noche y las lámparas. El contundente perfil, en su día tan familiar, como tallado en madera tropical, lijada y brillantada, medio en sombra, medio en luz.

Una fuerte corriente serpenteó entre las piernas de Georgina, tiró de ella y la arrastró hasta él.

—De verdad eres tú—musitó, convencida de que cuando diera un paso más se desvanecería como una fatamorgana. Huiría como un animal marino esquivo.

Bajo las pesadas cejas, los ojos de Raharjo se hallaban fijos en el ascua del fino cigarro puro. La tensión que se dejó sentir en el aire que los separaba puso de manifiesto que era consciente de la presencia de ella.

«Siete años. Casi han pasado siete años.»

El tiempo le había afilado y endurecido los rasgos. Quizás ello se debiera, en parte, a la barba, que enmarcaba la boca y le confería un aire altanero, feroz.

—¿Dónde has estado?—preguntó Georgina con voz apagada, sintiendo en su interior un remolino de dicha y fascinación. Y el deseo que la arrolló, como una ola estruendosa, hizo que se tambaleara. El siguiente paso que dio la precipitó al vacío, cuando comprendió que no había sido el mar el que se lo había arrebatado. Dio un traspié y halló asidero en una ira llameante—. ¿Dónde has estado todo este tiempo?—Un bufido siseado que destilaba rencor, reflejo del fuego que ardía en su cuerpo—. ¿Dónde has estado mientras yo te esperaba, confiaba en ti y temía por ti?

Al cabo él alzó la mirada, si bien la mantuvo fija en un punto indeterminado situado más allá de Georgina.

—No creo que sufieras mucho tiempo. Tan solo lo que tardaste en arrojarte en los brazos del siguiente.

También su voz se había vuelto más dura, tenía un tono metálico, como el zumbido de una espada. A Georgina se le subió la sangre al rostro.

—No tuve elección—adujo.

«Tu hijo necesitaba un padre. Un apellido.»

Pugnaba por encontrar las palabras con que contárselo.

—No, naturalmente.—Sus ojos se clavaron en ella, negros y brillantes como el cielo en una noche sin luna—. Más tarde o más temprano tenías que caer en tu red de mentiras.

A Georgina la sangre le desapareció del rostro, acumulándose en las entrañas y avivando de nuevo la ira.

—Yo nunca te mentí. Nunca he mentido a nadie.

—Llámalo como gustes.—Avanzó hacia ella con una actitud amenazadora, su voz plana y bronca—. Tal vez solo sea un sucio *orang laut*, pero tengo mi orgullo. Mi honor.

Georgina buscó a Raharjo en su rostro, pero no lo encontró. Un extraño se había puesto la piel de su *selkie*. Quiso retroceder, pero su olor, ese olor familiar, que tanto había echado en falta y nunca había olvidado, a mar y algas, como cuero y canela, intensificado por el humo, la empujó hacia él.

Su rostro se acercó al de él, tanto que la barba casi le rozaba la mejilla, el calor que desprendía su piel la encendía.

—Ese *orang putih* maldecirá el día en que te convirtió en su esposa—le dijo Raharjo al oído—. Tu padre, el día que te engendró. Te arrebataré todo aquello que amas y te es querido. Y cuando haya terminado contigo, lamentarás haberme conocido.

Se dio media vuelta de sopetón, tiró a la hierba el cigarro puro a medio fumar, y se alejó con pasos lentos, enérgicos, hasta que lo engulló el jardín nocturno.

Paul se esforzó por disimular su enojo cuando esa noche en la que tantas esperanzas había depositado acabó antes de lo debido para él. Antes incluso de la cena y de la actuación de una compañía de danza malaya que, según decían, era el broche de oro de la noche. Sin embargo, pesaba más la preocupación que sentía por Georgina, que iba sentada a su lado, muda y blanca, en el *palanquin*, los ojos muy abiertos y fijos, y tan oscuros que casi parecían negros. Notaba su mano fría en la suya, pero era como si su piel transmitiera una tensión crepitante, que le resultaba perturbadora.

Como si se hubiera topado con un fantasma en los famosos jardines de Whampoa.

Un fantasma del pasado, al que él había entrevisto fugazmente, al cruzar el umbral de través y medio de lado. Un traje blanco como una esquirra de hueso cortante. El rostro moreno, la línea del mentón marcada, el perfil duro. La boca, sin embargo, sorprendentemente delicada, carnosa y sinuosa.

Lo atravesó como la hoja de un cuchillo entre las costillas.

Procuró que no se le notara nada esa noche. Ni los días que siguieron.

Pero desde entonces veía a Duncan con otros ojos.

Con una manta extendida en el suelo, Georgina estaba sentada en la hierba; el cielo mostraba un azul sin piedad. Las lejanas nubes eran tan compactas y esponjosas que parecía inconcebible no poder caminar por ellas descalzo hasta el fin del mundo.

No muy lejos de ella, Ah Tong recortaba el jasmín y se oía el rítmico chasquido de las tijeras de podar, el ruido que hacían las ramas que caían. Las voces y las risas de Duncan y David inundaban el jardín, ambos en pantalones cortos y absortos en un juego en el que correteaban por el lugar como si fuesen potros.

–No eres feliz, Miss Georgina.

Esta observaba a sus hijos, tan distintos por fuera y por su forma de ser, pero casi siempre tan unidos, como en ese momento, que correteaban alrededor de un árbol armando jaleo y pegando grititos; quizás hubiesen visto uno de los monos salvajes que a veces se extraviaban e iban a parar allí.

Cuatro años antes el conflicto bélico que enfrentó a Rusia contra el Imperio otomano, respaldado por Gran Bretaña y Francia, en Crimea tuvo por resultado un derramamiento de sangre nunca visto. Pese a que la guerra se libró muy lejos, Singapur fue consciente de golpe y porrazo de lo desprotegida que se hallaba la isla en el mar. Singapur, que no había sido nunca una colonia en el sentido estricto de la palabra. No era una parte de Gran Bretaña que uno trasplantaba en un lugar salvaje, incivilizado, tras conquistar territorios y vencer a los nativos, parapetarse en una fortaleza y mantener un ejército dispuesto para la lucha.

Singapur era un retoño del espíritu emprendedor y el capital británicos, fruto de negociaciones y tratados, criado en apacible coexistencia, una comunión de distintos pueblos que tenía por objeto el beneficio mutuo. Un tesoro sin guardar que suponía un blanco atractivo para un ataque sorpresa, eso era lo que se veía ahora, y bastaba un único buque de guerra ruso para acabar con la ciudad fácilmente desde el agua y, de ese modo, herir en su punto sensible a Gran Bretaña como potencia económica y como nación.

Desde Calcuta se forjaron grandes, osados planes para fortificar la ciudad, unos planes que sufrieron modificaciones y se llevaron a cabo de nuevo. Mientras tanto, los ciudadanos de Singapur una vez más se organizaron por su cuenta y fundaron un cuerpo de fusileros partiendo de la milicia que se formó en su día para contener los desmanes de los chinos en la ciudad. Voluntarios que, valiéndose de sus propias armas, conformaron un regimiento para defender la ciudad en caso necesario, entre los cuales se hallaba Paul Bigelow.

La guerra de Crimea acababa de tocar a su fin cuando en la India primero los cipayos del ejército y después las gentes en el campo y las ciudades se levantaron contra los señores coloniales británicos. Una rebelión sangrienta, que hirió en lo más profundo no solo a la India, sino también a Singapur.

La preocupación hizo que en el rostro de Gordon Findlay se grabaran profundas arrugas mientras seguía los acontecimientos y esperaba recibir noticias, aunque el levantamiento se restringía prácticamente al norte y el centro del subcontinente indio y todo parecía apuntar a que no llegaría al enclave francés de Pondichéry.

Nadie sabía lo que supondría ese levantamiento para Singapur, que ese año probablemente duplicaría el volumen de negocio en comparación con el de hacía quince años. Nadie sabía cómo se comportarían los cipayos de la guarnición de Singapur, los tres mil presidiarios, los varios miles de indios de la ciudad, frente a los cuales ni siquiera había cuatrocientos europeos. En un año que empezó con huelgas y protestas contra la recién formada y exclusivamente europea junta municipal, que asumió la administración de la ciudad y en un futuro decidiría sobre impuestos y tasas, y los recaudaría, dispondría sobre el mantenimiento de calles, la eliminación de inmundicias, la construcción y el derribo de casas, y que implantó unas nuevas ordenanzas policiales con gran dureza.

Cuando corrían unos tiempos en los que los ricos cada vez eran más ricos, y los pobres, más pobres.

En los que Singapur se encontraba dividida entre la libertad previa del *laissez faire* y la necesidad de contar con cierto orden y seguridad, entre el deseo de tener el respaldo de Calcuta y de independizarse del gobierno de Bengala.

Aunque durante mucho tiempo Singapur había sido una isla activa, pero así y todo de ensueño en los confines del mundo, prácticamente de la noche a la mañana las agitadas olas del mar del mundo rompían contra sus costas, y en el entramado comercial que permitió que Singapur se sintiera a salvo y prosperara con fuerza se abrieron grietas. Unas grietas que se extendieron por el suelo que pisaban todos, ramificándose sutilmente como rajadas en el esmalte de una fuente de porcelana china.

Se instaló una sensación de amenaza desconocida hasta entonces, sobre todo en Georgina tras su encuentro con Raharjo, que se le antojaba una pesadilla.

Fue un martín pescador el que esa mañana le devolvió de golpe ese mal sueño que había espantado y reprimido durante meses. Un destello rojo anaranjado y azul cobalto entre los árboles, rayo de esperanza y augurio aciago al mismo tiempo; Georgina no recordaba haber visto ninguno nunca allí, en L'Espoir.

—No—musitó al cabo.

—Sé escuchar, ya lo sabes. Y soy discreto.

Georgina se dio la vuelta en la manta hacia Ah Tong, si bien evitó las miradas que él le lanzó entre las floridas ramas.

—Creo que ahora sé que hace mucho tiempo enterré mi corazón. Igual que el *tuan* entonces.

Ah Tong seguía cortando ramitas sueltas del jazmín.

—Perdona que te contradiga, Miss Georgina, pero no es así. Solo hay que verte cuando estás con tus hijos. Cuando *tuan* Bigelow llega a casa. Ahí es cuando se sabe que tu corazón sigue latiendo en tu pecho con la misma fuerza de antes.

Su curtido rostro, más arrugado cada año, reflejó el esfuerzo cuando cortó enérgicamente una rama y la dejó caer al suelo.

—Pero te creo cuando dices que tienes la sensación de haberlo enterrado. Se viven momentos así. También nuestra *mem* pasó por ellos.—El hombre miró con atención a Georgina, y una sonrisa le iluminó el rostro—. ¿Te he contado alguna vez que me trajeron a esta casa para despejar y domesticar el bosquecillo que crece junto al mar? Pues sí, así fue.—Ah Tong bajó las tijeras y apoyó una mano en una rama y después la frente. Vaciló, como si tuviese que sopesar si debía seguir hablando—. Por aquel entonces yo no estaba seguro, pues a fin de cuentas nunca me había relacionado con señores como el *tuan* y la *mem*, pero tenía la sensación de que no pasaban por su mejor momento. Aunque no cabían en sí de gozo con su hijita, los dos parecían infelices. Sobre todo la *mem*.—Las hirsutas cejas se fruncieron dolorosamente—. Muy infeliz, incluso. Era ella la que quería que se talara la espesura. Y eso que el *tuan* la había conservado así expresamente para ella cuando construyó la casa. Para que tuviera algo que le recordara a su país de origen. Con el pabellón junto al mar, para que pudiese disfrutar de la brisa marina. Justo la mañana que cogí la sierra, vino corriendo a mí. Había cambiado de opinión. Quería que la dejase como estaba.—Ah Tong rio de tal modo que la huesuda nuez bailoteó—. Me invadió la desolación, porque pensé que me despedirían sin pagarme. Que volvería al muelle a trabajar de culi arrastrando cajas. Pero me pude quedar.—Levantó la cabeza y asintió para sí—. Creo que en cada matrimonio hay sequías. Hay tormentas. Pero no hay que abandonar la esperanza. Ni perder la fe. Poco después volvió a reinar la armonía entre el *tuan* y la *mem*. Fueron tan dichosos como solo puede serlo un matrimonio. Hasta el final.

Ah Tong se dispuso a utilizar de nuevo las tijeras.

Georgina tiró de un hilo suelto del *sarong* mientras sopesaba con tiento las palabras que la consumían desde hacía tanto tiempo.

—¿Sabes de qué murió?

Ah Tong se detuvo y la miró atentamente.

—¿Es que no te lo ha contado nadie?—Profirió un suspiro y retiró algunas hojas amarillas del follaje—.

Claro que tú eras muy pequeña. Después probablemente no se le ocurriera a nadie decírtelo.—Tiró con saña de una rama aún tierna, aunque mustia ya, pero acto seguido se sirvió de las tijeras—. Quería tener otro hijo, aunque todos los médicos decían que era demasiado peligroso para ella. Aunque la *mak bidan* también la previno. Pero lo quería a toda costa, y también el *tuan* estaba muy esperanzado. Sin embargo, fue perdiendo uno tras otro. Hasta que su cuerpo se quedó sin fuerzas.—Miró al frente, apesadumbrado—. El último le costó la vida. Un varón, según dijo Cempaka.—Se volvió a medias y se pasó la manga con disimulo por los ojos y las mejillas antes de cortar otra rama con decisión—. Si alguna vez ha habido una *mem* con un corazón de tigre, esa fue nuestra *mem*. Y tú, Miss Georgina, has salido a ella.

Georgina, la mirada perdida, se abrazó el cuerpo; cuánto deseó tener un hermano o una hermana cuando era pequeña. Podía dar gracias por haber traído al mundo a dos hijos sanos, delgado y tenaz el uno, más fuerte el otro. Se alegraba de que los dos niños no crecieran únicamente con su madre y su padre, sino también teniéndose el uno al otro. Sobre todo ahora, después de que los Oxley le hubiesen dado la espalda a Singapur, y Duncan y David tuvieran que despedirse de Thomas, Edward, Gertrude y Eva, con los que a veces jugaban allí, en el jardín, o en Killiney, en casa de los Oxley.

Su semblante se iluminó al ver a David con los ojos como dos estrellas azules en el dorado rostro. El niño corría con todas sus fuerzas por el jardín hacia ella, que extendió los brazos.

El pequeño se arrojó a ellos a todo correr. Puso el rostro contra el hombro de su madre, se agarró a ella con fuerza, con el cuerpecillo agitado, medio sin aliento, medio dando hipidos.

—¿Qué sucede?—musitó Georgina con la boca contra su pelo, que olía a sol, limpio, y a dulce, como la savia, y un poco a sal, y le acarició la espalda.

—Duncan es bobo—repuso en su cuello.

—¿Os habéis peleado?

El pequeño asintió con vehemencia.

—Y, además, me ha empujado.

Georgina levantó la cabeza y buscó ansiosa a su hijo en el jardín.

No habría tenido ningún sentido prohibirles que se adentraran en el bosquecillo, pues era demasiado tentador para un niño, y sus hijos eran demasiado curiosos, estaban demasiado llenos de vida.

Georgina se había sumergido una vez más en la cambiante luz verde de las dos estancias, en ese mundo como submarino. El corazón cerrado a la fuerza, sordo y ciego a los recuerdos, centró por completo su atención en descubrir deterioros en la madera y la mampostería del pabellón con los que pudieran hacerse daño sus hijos. Lo que quedaba del tiempo que había pasado con Raharjo lo había reunido maquinalmente y lo había guardado sin miramientos en un cajón del tocador; tan solo cogió la oxidada navaja, para tirarla antes de darle la espalda definitivamente al pabellón y cedérselo a los niños.

«Te arrebataré todo aquello que amas y te es más que-rido.»

Una bola de fuego de miedo se extendió en su estómago. Cogió a David con más fuerza de la necesaria, lo apartó de sí y lo miró con severidad a la cara.

—¿Dónde está tu hermano?

El niño movió los hombros malhumorado, liberó un brazo y señaló la tapia, detrás de él.

El mar.

—Ha dicho que soy demasiado pequeño.—Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Que solo él. Él solo, ha dicho.

—Yo me ocupo, Miss Georgina.—Con dos o tres pasos largos Ah Tong se plantó a su lado y agarró de la mano a David, que había empezado a sollozar ruidosamente.

Georgina se puso de pie y salió corriendo; la dura hierba le cortaba las plantas de los pies.

Franqueó el portón a la carrera, cruzó Beach Road, pasando a duras penas entre un *palanquin* y un tiro de bueyes, y fue directamente a la pendiente.

El pequeño estaba metido en el agua, que le llegaba por encima de las caderas, inestable en el

blando, mullido fondo, expuesto al embate de las olas.

No oyó que su madre lo llamaba.

Tenía los brazos abiertos, como en trance, ofreciéndose al dios del mar.

Las olas iban avanzando hacia donde se encontraba el niño, encabritadas e impetuosas, calmándose y amansándose a escasa distancia de él. Un animal feroz rápido, fluido, que rondaba y engatusaba a su hijo, listo para atraparlo de un momento a otro y devorarlo.

Georgina levantó paredes de agua cuando echó a correr hacia él, mojándose las ropas y notando cómo le ardían los arañazos y las rozaduras que tenía en los descalzos pies. Se abalanzó hacia su hijo, lo agarró y se lo llevó consigo; parecía sumamente pesado.

Duncan gritó como si lo estuviera despellejando vivo, pataleó, sacudió los brazos, intentó darle puntapiés. Hasta que a Georgina las piernas le cedieron y se desplomó en la arena mojada, lamida por finas lenguas de agua espumeante.

Con las últimas fuerzas que le quedaban, intentó retener a su enfurecido hijo, que quería zafarse de ella, se resistía y trataba de pegarle.

Quería alejarse, volver al mar.

Hasta que también sus fuerzas se agotaron, sus gritos se tornaron un llanto endeble y se agarró a su madre y descargó su pena contra su pecho.

Georgina cogió en brazos a su hijo, a su precioso, salvaje niño del mar, y lo meció. Le acarició el cabello mojado y compartió su añoranza. Su dolor. Su ira.

Al día siguiente, Georgina empezó a enseñar a nadar a sus hijos; primero a Duncan, luego a David.

Y pidió a Paul que se mudaran de casa los cuatro.

Lejos de L'Espoir. Lejos del mar.

Singapur crecía.

La riqueza aumentaba, pero también las personas.

Los alquileres de los *godowns* y las viviendas habilitadas encima, de casas y habitaciones privadas, experimentaron un incremento vertiginoso. Todo el que se lo podía permitir se planteaba dejar atrás las estrecheces y la suciedad de la ciudad. Alejarse del ruido, el hedor y las siempre inundadas entradas de las casas, y trasladarse a una zona tranquila con más espacio, un aire más puro y sus iguales por vecinos.

Si antes eran propietarios de plantaciones como el cónsul Balestier o el doctor Oxley los que adquirirían terrenos en el interior del país para destinarlos a una plantación y de paso erigir una casa y después algún que otro *towkay* y europeos ricos que querían hacer gala de su prosperidad, cada vez eran más los comerciantes que dejaban la ciudad para irse al campo.

Una necesidad que coincidió con el ocaso de las plantaciones de pimienta y cachú, y con la muerte de las mirísticas, ocasionada por escarabajos. Los terrenos se vendían enteros o en parcelas o bien se levantaban casas en ellos y después se arrendaban. El doctor Oxley había malvendido hacía tiempo su propiedad en Killiney con las achacosas mirísticas, de alrededor de ciento ochenta yugadas, antes de partir con su esposa y sus nueve hijos a Inglaterra; a lo largo de los años que siguieron se construyeron allí casi cuarenta casas. Tanglin era un lugar que gozaba de especial predilección, al otro lado de Orchard Road, donde los caminos eran buenos y las vistas bellas, y desde donde un *syce* podía llevarlo a uno cómodamente a trabajar al despacho.

Al mismo tiempo se llevó a cabo una reorganización del plano de la ciudad, que databa de la era de sir Stamford Raffles y William Farquhar, su gobernador. Los canales que aseguraban el abastecimiento de agua de la ciudad por fin recibieron un nombre. Commercial Square pasó a denominarse Raffles Place; las calles situadas en la orilla norte del río Singapur, que se llamaban igual que su prolongación al otro lado del río, fueron rebautizadas. Church Street se convirtió en Waterloo Street; Market Street, en Crawford Street.

«¿Lo hueles? ¡Otra vez ese olor puro a lavanda!», se decía irónicamente de la calle que discurría hacia el norte al otro lado del río Rochor, en dirección a Serangoon Road, entre plantaciones y pequeños huertos abonados con *night soil* y las porquerizas. Y el sobrenombre acabó siendo oficial: Lavender Street.

Paul Bigelow pudo hacerse justo a tiempo con un terreno en Orchard Road. Y es que en el plazo de tres años el valor del suelo y las propiedades se duplicó; al final incluso se triplicó, y hacía ya tiempo que la demanda era superior a la oferta.

Singapur vivía la fiebre de la construcción.

La lámpara de la mesilla de noche arrojaba una luz placentera sobre la cama. Sobre el libro abierto que Georgina tenía apoyado en las flexionadas piernas. Llevaba algún tiempo sin pasar de página, pues escuchaba los sonidos de la noche.

El viento susurraba entre las hojas de los vetustos árboles, que no habían tenido corazón para talar mientras estuviesen sanos, y en la estancia se colaba el canto de alguna cigarra que otra; era una noche seca.

Echaba en falta el mar, una y otra vez creía oír el murmullo y el batir de las olas. Un sonido fantasma. Era como si se hubiese quedado sorda de un oído.

También Duncan sufría, ella se lo veía en los ojos, en la nostalgia que reflejaban. Y mientras David recorría las habitaciones feliz y contento por explorar su nueva casa, Duncan estuvo mohíno durante días; ni siquiera el poni que Paul les compró a los dos niños y que pasó a sumarse a los caballos de la caballeriza logró consolarlo.

Los niños dormían desde hacía tiempo, y Kartika, que no cupo en sí de dicha al saber que se iría a la

casa nueva en calidad de *ayah*, estaba en su habitación. También los criados se habían retirado a sus cuartos, en la parte posterior del jardín. El cocinero indio, recomendación de Anish, se hallaba con sus ayudantes. Tres *boys* chinos, dos sirvientas malayas, los tres *syces* y el *tukang ayer*, que iba por agua, partía leña y vaciaba los orinales. Los tiempos en que comerciantes escoceses como Gordon Findlay se sentían orgullosos de poder arreglárselas con el menor personal posible eran historia.

Al caer la noche los dos vigilantes malayos habían entrado de servicio. Georgina oía de cuando en cuando sus voces quedas, sus risas sofocadas, cuando recorrían la propiedad. Y Boy One aún estaba en pie, esperando el regreso del *tuan*. Al igual que Georgina.

La casa, construida a cierta altura del suelo para mantener la humedad a raya y el piso fresco, sobre una base de ladrillo, era grande y bonita.

La llamaron Bonheur, Suerte, en honor a la madre de Georgina y porque lo consideraron un buen augurio.

Aún olía a nuevo, al reciente *chunam* de las paredes, a madera brillantada y al bambú de las persianas; al exquisito mobiliario, realizado ex profeso, de maderas tropicales y rota; a plata y latón recién limpiados, y a la tierra regada, las hojas verdes de las plantas de las macetas.

Y en el aire siempre flotaba el aroma dulzón y especiado del huerto. El olor seco de la hierba, el gredoso de la tierra roja y el frescor de los brotes de bambú, *tembusu* y heliotropo silvestre, de cañas de Indias y distintas variedades de jazmín.

Ah Tong se mostró dispuesto a ayudar a Georgina a elegir las plantas y dar instrucciones a los dos jardineros malayos que se desplazaban hasta allí a diario desde su *kampong*. Sin embargo, rehusó amablemente, pero con firmeza, el ofrecimiento de Georgina de que se mudara a la casa con Cempaka: su sitio estaba en L'Espoir.

Abajo, en el salón, un reloj dio la hora, y Georgina contó las campanadas: medianoche.

Por la tarde Paul había enviado a un mensajero: llegaría tarde, de modo que no lo esperara para la cena. La segunda vez esa semana. De un tiempo a esa parte se quedaba trabajando hasta tarde a menudo, con frecuencia incluso los fines de semana, en su despacho de la planta baja, y cuando por fin subía, se limitaba a estrecharla entre sus brazos y besarla en la mejilla antes de quedarse dormido al instante.

Una vez más la invadió una sensación opresiva.

Aguzó el oído. Un ruido de cascos de caballo y crujir de ruedas se aproximó a la casa y enmudeció, después se volvió a oír y se alejó de nuevo. Acto seguido escuchó abajo las voces de Paul y Boy One, y respiró aliviada.

Sin embargo, no oyó pasos en la escalera.

La casa seguía igual de silenciosa que antes.

Notó las baldosas del recibidor frías en sus descalzos pies. El lugar estaba oscuro, a excepción de la cuña de débil luz que salía del despacho.

Paul se hallaba sentado a la mesa, con un vaso delante cuyo contenido despedía un brillo ambarino a la luz de la lámpara. Con la vista clavada en los papeles extendidos, se frotaba la frente. Parecía agotado, abatido.

—¿No quieres venir a la cama?

Él alzó la cabeza y los ojos se le iluminaron.

—Georgina. ¿Te he despertado?

—No. Aún estaba despierta.

—Vuelve arriba.—Le sonrió, un gesto cuyo propósito probablemente fuese tranquilizarla, pero que se le antojó angustiado—. Aún tengo que mirar unas cosas, pero subiré en cuanto termine.

—Debo hablar contigo—musitó Georgina.

Él arrugó la frente.

—¿Les pasa algo a los niños?

Georgina sacudió la cabeza.

—¿Se trata de algo importante?—Sonaba impaciente, casi irritado—. ¿No puede esperar a mañana? ¿O al fin de semana?

Ella se acercó al escritorio y pasó el índice por el borde mientras daba la vuelta y se detenía en la parte estrecha. La carga que llevaba le oprimía el corazón, le costaba darle forma y expresarla en palabras.

—¿Tienes... hay... hay otra mujer?

Paul la miró fijamente, las cejas fruncidas, la boca entre-abierta.

—¿Otra mujer?—Un destello iluminó sus ojos, y él rompió a reír—. ¿Qué otra mujer iba a haber? ¿Las señoritas Napier, quizás? ¿O la señorita Cooke, de la escuela para señoritas chinas?—Le lanzó una mirada pícaro—. Aunque, ahora que lo pienso... Lucy Oxley podría haber sido de mi agrado, claro que por desgracia ya no sigue aquí.

Georgina no fue capaz de reírse con él; se mordía el labio, tensa, y seguía el motivo en relieve que recorría la mesa.

—Ven aquí.—Le tendió una mano.

Ella no se movió, y él se echó hacia delante, la cogió por la muñeca y le hizo dar la vuelta al escritorio. Georgina dejó que la sentara en su regazo de mala gana.

—¿Qué clase de necio sería si engañase a una mujer como tú?—musitó—. Si tú eres todo cuanto deseo.—La besó en el desnudo brazo y a continuación pasó por él la mejilla sin rasurar—. Te prometo que pronto volveré a tener más tiempo para ti y los niños.

Georgina miró los papeles, largas filas de números y notas escritas deprisa y corriendo, subrayadas con un trazo enérgico aquí y allá, algunas palabras dentro de un círculo.

—¿Es la compañía?

La última vez que Paul había hablado con ella de los negocios debía de haber sido hacía meses; la casa nueva había acaparado por completo la atención de ambos, y por añadidura ahora Georgina, a sus veintiséis años, debía ocuparse por vez primera del cometido de ser la *mem* de una casa.

Exhalando despacio, Paul se retrepó en la silla.

—En este momento hay algunas dificultades, sí. Precisamente ahora que hemos invertido tanto dinero en la casa y no nos vendrían mal unas ganancias.—Hizo una mueca y se pasó las manos por el rostro y acto seguido por el corto cabello, como si quisiera sacudirse algo—. Nos han fallado algunos *towkays*, y no sabemos por qué. Ahora mismo me paso los días llamando a las puertas de sus *godowns* como si fuese un pedigüeño para hacerles cambiar de parecer o al menos que me den la razón por la que lo han hecho. Y, entretanto, me dejo las suelas para hacer nuevos contactos.

Georgina sabía cuál era el patrón por el que se regía el comercio en Singapur.

Los comerciantes europeos aportaban el capital inicial en forma de género importado de Europa y América, como artículos de ferretería, acero, armas y la correspondiente pólvora. Hilo de cobre y vidrio, cerveza, vino y bebidas espirituosas y lo que proporcionaba la India colonial, como algodón, productos derivados del coco, yute, té, salitre, trigo, arroz, garbanzos y, sobre todo, claro estaba, opio.

Productos que eran adquiridos a crédito por los *towkays* chinos y entregados a su vez, asimismo a crédito, a los capitanes de los juncos y otros comerciantes, que ponían rumbo a Siam y China, Cochinchina y Tonkín, y a comerciantes menores y tenderos, a agentes que enviaban los artículos a Sumatra, a Borneo y a la península malaya, donde los compraban comerciantes menores aún.

Los artículos de todo el sudeste asiático emprendían el camino contrario, de los pequeños comerciantes, pasando por los *towkays*, a los europeos, desde cuyos *godowns* eran enviados al mundo entero. Especies, estaño, oro, tapioca, azúcar, arroz, gutapercha, pieles de animales y cuernos de búfalo y todo lo que salía de las junglas y los mares y podía convertirse en dinero. A esto había que añadir los tesoros de China, canela, alcanfor, jengibre, anís, seda, porcelana y té. Azúcar de Siam, arroz de Java y

Birmaniam. Madera de sándalo, caballos y barcos de Australia. Tabaco, café y cáñamo de Sudamérica.

Un entramado tan vasto y finamente ramificado como las raíces y las ramas de los mangles. El tronco eran los comerciantes chinos, que unían la raigambre y la copa y las nutrían de manera recíproca al vincular las vías ascendentes y descendentes de capital y género. Perder las simpatías de los *towkays* tenía resultados funestos.

—Para colmo de males ayer recibimos la noticia de que hemos perdido un cargamento caro. El barco que lo transportaba fue atacado y saqueado.—Paul abrazó a Georgina y le besó el hombro—. Pero no te preocupes. Nos recuperaremos, tu padre y yo.

A Georgina el corazón se le aceleró.

La luz del sol que entraba por el follaje de los frondosos árboles era dorada y tenía un efecto mágico en la refrescante sombra que arrojaban. Hacía calor, pero no bochorno; era uno de esos días calurosos en Singapur que dibujaba nítidamente las siluetas y confería un brillo audaz a los colores, pero convertía en un susurro indolente el canto de los pájaros y las cigarras.

Flotaba un barrunto de agua que volvía el aire límpido y llevaba consigo el sonido de las olas, aunque no se oía, tan solo se sentía, un susurro en la piel.

La casa destacaba vivamente en medio de la verdura, la lisa fachada aún más blanca contra las puertas y postigos de madera oscura, brillantada. Un cauri. Como el que Raharjo le dejó en su día en el pabellón. La casa que quería erigir para ella antaño.

Kulit Kerang. El *syce* del coche de alquiler supo de inmediato en qué parte de Serangoon Road vivía un hombre llamado Raharjo.

La casa debía de ser igual de grande que Bonheur, quizá más, el tejado cubierto con las mismas tejas rojas de Malaca. Esa mañana parecía abandonada. Reservada.

Georgina tragó saliva.

—*Mem?*

La ancha sonrisa del *syce* se volvía más insegura cuanto más tiempo se veía obligado a esperar, una mano en la portezuela abierta, la otra tendida hacia ella. También los dos vigilantes apostados ante la casa la escrutaban desconcertados, lanzándose miradas inquisitivas; iban armados, al igual que los dos hombres que guardaban el camino por el que se accedía a la propiedad.

Haciendo un esfuerzo, Georgina tomó la mano que le ofrecía el *syce* y se bajó del coche. Llevaba la cabeza cubierta con un sombrerito de paja adornado con cintas, bien alta. Fue directa a los dos guardianes.

—Llévame ante vuestro *tuan*. Decidle que Nilam desea hablar con él.

La escudriñó en silencio.

Georgina estaba en pie, recta, ante su escritorio, con un sombrero absurdo en el cabello recogido. Con uno de esos vestidos con el talle estrecho, las mangas amplias y holgadas y las faldas similares a una cúpula. Un vestido de gran calidad, pero no excesivamente caro, que resaltaba sus intensos colores. Bonito, pero no especialmente llamativo, confeccionado en un algodón ligero estampado con florecitas de dos clases.

Blancas y azules, como la porcelana china. Como el mar y la espuma.

¿Se habría vestido así deliberadamente?

Nunca la había tenido por una persona calculadora, pero podía estar equivocado. Como en tantas otras cosas. Tampoco pensaba que pudiera ser tan atrevida como para ir a visitarlo. En un primer momento su intención fue ponerla de patitas en la calle, pero después decidió hacerla esperar en el recibidor, hasta que la curiosidad pudo con él. Hasta que las viejas cicatrices lo incomodaron demasiado.

Sus ojos eran fríos y claros. Como el día en que se casó con el *orang putih*.

Tan solo su modo de pasar los dedos por los guantes, que sostenía en la mano, por el cierre del bolso,

revelaba que no se sentía tan segura como aparentaba. Tras la *nyonya* madura, adulta, se podía ver la niñita que había sido.

La muchacha a la que él conoció y, sin embargo, no llegó a conocer nunca.

—¿Qué quieres?—espetó al cabo, con aspereza.

—Quiero que devuelvas el cargamento que le has robado a nuestra compañía.

Raharjo hizo una mueca de burla.

—¿Qué tengo yo que ver con eso?

—Sé que has sido tú.

Frunció el ceño.

—El que es pirata muere siendo pirata, ¿no? Siempre será un ladrón. Eso es lo que crees saber.

Ella se encogió de hombros.

—Simplemente lo sé. Y también te has ocupado de que *taukehs* importantes ya no quieran hacer negocios con nosotros. Aunque no sepa exactamente cómo lo has hecho.

¿Era costumbre entre los *orang putih* que los hombres hablaran de sus negocios con sus esposas? Esbozó una sonrisa a medias mientras sacaba un cigarro puro fino de la caja de plata.

—No me culpes a mí si te casaste con un hombre que no sabe nada del comercio.—Se encendió el puro y expulsó el humo con fruición, alegrándose al ver cómo se teñían de rubor sus mejillas, sus ojos echaban chispas. El pulso se le aceleró, haciendo que la sangre le corriera más aprisa por las venas. Se retrepó en su asiento y cruzó las piernas, entre las que había empezado a sentir un hormigueo—. ¿Y si así fuera? ¿Si hubiera tenido algo que ver? ¿Qué recibiría a cambio?

Georgina enarcó las cejas, y acto seguido las frunció, furibunda.

—¡Lo que has hecho no está bien! Deberías contentarte con devolver lo que nos pertenece.

—No está bien.—Su voz le sonó cáustica, desagradable incluso a él mismo—. Probablemente entiendas por eso algo muy distinto de lo que yo entiendo.

—Te puedes quedar con todas mis joyas—musitó ella—. Si es preciso, incluso con las de mi madre.

—¿Y qué hago yo con eso?—Se rio, una risa áspera y ruidosa; tenía la boca seca.

—Te lo pagaré, si lo prefieres. Me las compondré para reunir el dinero. Poco a poco.—Su pecho subía y bajaba deprisa—. Te lo... te lo ruego—añadió.

¿Es que no tenía orgullo? ¿Tanto amaba a ese hombre que no se avergonzaba de humillarse por él? Su semblante se endureció.

—Sé lo que quiero a cambio.

Sus ojos se clavaron en sus pechos, fueron bajando deliberadamente despacio y subieron de nuevo. Vio satisfecho como las mejillas de Georgina enrojecían más, bajaba la vista.

—De acuerdo.

La respuesta fue apenas audible.

Toda la sangre de Raharjo afluyó a la zona central de su cuerpo y formó un remolino que continuó bajando.

—¿De verdad estarías dispuesta a convertirte en una ramera por tu esposo?

Ella abrió mucho los ojos, refulgentes como zafiros tallados.

—No. Pero sí que lo haría por la compañía de mi padre. Y por mis hijos.

Con el cigarro encendido en la mano, Raharjo se puso de pie despacio, se acercó a la puerta que había tras la mesa y la abrió.

—Demuéstralo.

La mirada de Georgina descansó en él, en la puerta, abierta de par en par, y en la habitación que había tras ella.

En la penumbra, con los postigos echados, parecía tan sobria y sencilla como el recibidor en el que tanto tiempo había estado aguardando hasta que él la hizo llamar, como el despacho en el que se

encontraba. Por algún motivo esperaba que Raharjo estuviese rodeado de un lujo ostentoso, con tejidos de vivos colores y mobiliario ornamentado, plata y cristal, porcelana y mármol; quizá porque había visto la casa de Whampoa y siempre asociaba la forma de vida malaya al colorido. Sin embargo, esa casa, noble en su sencillez, en refrescante blanco y marrón oscuro, casaba con él, al igual que la sencilla camisa blanca que llevaba, los pantalones marrones y el hecho de que fuera descalzo.

Los ojos de Georgina se clavaron en la amplia cama con dosel y el rostro se le incendió. Con la barbilla adelantada con altanería, pero la mirada baja, pasó por delante de él, moviendo las faldas con aire enérgico, disimulando a duras penas su indignación.

Dejó los guantes y el bolso en una silla que vio tras la puerta, se quitó los alfileres del sombrero y depositó encima el sombrero. La puerta se cerró con un suave clic.

—¿A qué estás esperando? Desnúdate.

Georgina reprimió una sonrisa.

—Me tienes que ayudar. El vestido se cierra por detrás. Y también con el corsé.

Raharjo vaciló, se acercó a ella y comenzó a hacer lo que le pedía. Torpe y cuidadoso al principio, después con una rudeza intencionada; dos corchetes saltaron y cayeron al suelo tintineando. Cuando sus dedos le rozaron la nuca, Georgina notó que un escalofrío le bajaba por la espalda.

Se despojó del corsé y lo arrojó lejos, después dejó que la enagua y la crinolina resbalaran al suelo. Impaciente, Raharjo tiró de la cinta del corsé, y su mano, que tenía apoyada en las costillas de Georgina al hacerlo, le abrasó la camisilla y la piel.

Georgina se fue deshaciendo de capa tras capa, fue dejando caer al suelo prenda tras prenda, mientras veía con el rabillo del ojo que él la rodeaba, apagaba el cigarro en un platillo de cristal junto a la cama y se desvestía. Georgina surgió de las nubes de tela desnuda como Venus de la espuma del mar y fue hacia él, evitando su mirada acechante.

El cuerpo de Raharjo era oscuro en la sombra gris perla, moteada de luz empolvada de la estancia, como si estuviera hecho de la reluciente madera del suelo, de la maciza cama, los surcos y las suaves curvaturas de músculos, huesos y tendones tallados. Desprendía un calor hacia el que se vio arrastrada. Que le hizo la boca agua.

Su mano le acarició el cuello, y después la agarró de repente por la nuca y la empujó hacia abajo. Quería obligarla a ponerse de rodillas, a que acogiera en su boca su anhelante miembro. Ella se puso rígida, apoyó las manos con todas sus fuerzas en el pecho de Raharjo y echó la cabeza atrás; antes tendría que partirle el cuello.

—No—bufó, fulminándolo con la mirada.

Sabía lo que quería.

Con fuego en los ojos, Raharjo la tendió en la cama de un empujón y se arrojó encima. Sus manos, más delicadas que antes, pero así y todo un tanto rudas, la trataron con dureza, su boca feroz en su piel, cada roce casi una dentellada, y Georgina lo comprendió.

Quería castigarla infligiéndole dolor. Humillarla forzándola. Mortificarla.

Qué absurdo. Qué sin sentido.

Cuando a ella la abrasaba el deseo desde que se topó con él la última vez. Mientras las manos de Raharjo hacían que su cuerpo se fundiera, su boca le dejaba huellas candentes y su barba le acariciaba la piel.

Una sensación de alegría recorrió el cuerpo entero de Georgina, que empezó a reírse, a carcajadas, sin control, dichosa. Una risa que desconcertó a Raharjo, que lo excitó todavía más.

Georgina se dio cuenta de que a Raharjo le sorprendía que no opusiera resistencia cuando la penetró. Que le diera la bienvenida como lo hizo.

La risa se tornó un grito prolongado, bronco, añorante y como de un animal en celo. Él le tapó la boca con la mano y sus miradas se cruzaron. Ella relajó los labios como si fuese a besarlos, y le hundió los

dientes despacio en el pulpejo de la mano hasta que la piel se abrió. Notó el sabor a sangre, y al mirarlo vio que él también lo estaba disfrutando.

Un río impetuoso arrolló con furia la orilla en violentas olas que los arrastraron a los dos y los precipitaron en un abismo oscuro, que arrasó su ego.

Georgina siguió con la mirada las volutas de humo azul hasta el dosel; una parte se quedó enredada en la tupida trama de la mosquitera, otra se coló por la malla de la tela y continuó su camino hacia las vigas y los maderos del techo. El calor que seguía desprendiendo el cuerpo de Raharjo atravesaba con facilidad la vara de sábanas blancas, frescas, que los separaba y se entremezclaba con el rescoldo de su propia piel.

La luz del sol, filtrada por las hojas y los postigos, bailoteaba por la estancia. Georgina oía el río, su suave murmullo, su borboteo.

Parpadeó unas cuantas veces.

Por las tablillas de los postigos de las ventanas entraban voces, alegres y agudas, como de niños pequeños, una risa perlada, y volvió la cabeza.

—¿Tienes hijos?

La mirada de Raharjo seguía fija en el dosel.

—Una hija y un hijo. Mi esposa espera el tercero.

Aunque Georgina sabía que no tenía ningún derecho a sentirse así, la respuesta le llegó al alma. Y más aún la indiferencia, casi frialdad, con que lo dijo.

Raharjo se tumbó de costado hacia ella y expulsó el humo, un humo acre, que fue como una caricia que hizo que sus pechos se irguieran. Extendió un brazo y echó la ceniza en el platillo de cristal antes de que su mano descansara en la cadera de Georgina. Las yemas de sus dedos dibujaron las finas líneas plateadas, apenas visibles ya, que pese a los cuidados de Bethari, le había dejado Duncan, y su roce y el calor que desprendía el cigarro, peligrosamente cerca de su piel, la hicieron estremecer.

—¿Y tú?

—Dos hijos.—Una sonrisa asomó a su rostro—. Ambos son buenos nadadores. Les he enseñado yo. Como me enseñaste tú a mí.

También los labios de Raharjo formaron una suerte de sonrisa, mientras su mirada se perdía en la distancia y retiraba la mano, dejando tras de sí un frío desagradable. Sus ojos eran claros y brillantes tras el humo del cigarro. Impenetrables, como la piedra.

Georgina sabía que tendría que habérselo dicho, pero no fue capaz. No quería confiarle algo más que su cuerpo. Todavía no.

Su mano se deslizó en la de él, le quitó el cigarro puro y se lo llevó a la boca. Solo aspiró levemente, lo justo para saborear el rastro húmedo que habían dejado los labios de Raharjo en el áspero pergamino y llenarse la boca del acre humo antes de devolvérselo. El humo que expulsó se desvaneció en el que salió acto seguido de la boca de Raharjo.

—Háblame de tus hijos—musitó ella—. De tu esposa.

Raharjo extendió el brazo para apagar el cigarro en el cenicero. Con una rodilla entre los muslos de Georgina, los antebrazos apoyados cerca de su cabeza, se tendió sobre ella, los rostros muy cerca. Vaciló, y acto seguido posó su boca en la suya. Georgina profirió un ruidito, asombrado y casi quejumbroso. Cerró los ojos y se abandonó a ese beso. Y al siguiente, y al otro.

Las manos de él, sus labios le acariciaron la piel con tanta delicadeza que le dolió. Se abrió a su dureza, y fue como si estuviese entre sus brazos en una barca que se mecía con suavidad por el río Serangoon, su aliento en su oído como el fluir del agua que musitó su nombre.

Las lágrimas se agolparon a sus ojos cerrados, le corrieron por las sienes, calientes, y se enterraron en su cabello.

—Debo irme.

Georgina se desasíó de su abrazo y se puso de pie. Los músculos le temblaban al caminar por el liso piso de madera; fue cogiendo una prenda tras otra y empezó a vestirse. Todo su cuerpo, sus extremidades vibraban, huellas de las manos, la boca de Raharjo; al día siguiente estaría llena de moraduras. Los labios le ardían, los sentía hinchados, se notaba irritada entre las piernas, y olía a sudor y a sexo, a almizcle y sal.

Confiaba en poder llegar a casa a tiempo de darse un baño antes de que volviera Paul del *godown*.

No sentía vergüenza ni culpa. Tan solo la exaltación de haber recuperado lo que le había sido arrebatado años atrás. Lo que era suyo.

Experimentó un soplo de dicha. Una suerte de poder. Y cierta tristeza.

—¿Me ayudas, por favor?

Con las manos apoyadas en las caderas, esperó a que Raharjo se situara tras ella y le cerrara las cintas del corsé.

—La próxima vez ponte otra cosa. No soy tu ayuda de cámara.

Georgina rio y se puso la crinolina.

—¿La próxima vez? Has conseguido lo que querías. Ahora has de cumplir tu parte: devuélveme lo que has ro-bado.

Raharjo le ciñó el cuerpo sin miramientos y a continuación comenzó a abrochar los corchetes.

—¿Acaso contabas con que tendríais hoy mismo vuestro preciado cargamento a la puerta del *godown*? ¿O delante de vuestra casa, en Orchard Road?

Un escalofrío recorrió a Georgina.

—¿Sabes dónde vivo ahora?

Raharjo resopló, y ella notó su aliento caliente en la nuca.

—Sé mucho de todo cuanto pasa en la ciudad.

Georgina suspiró sin querer cuando él bajó las manos y pudo dar un paso para alejarse de él y ponerse los zapatos, recogerse debidamente el cabello, que se había soltado; faltaban algunas horquillas.

—Me es indiferente que lo hagas de una forma o de otra, pero hazlo.

Él la cogió del brazo y tiró de ella.

—No me digas lo que tengo que hacer ni cómo debo hacerlo—musitó con voz bronca, la boca pegada a su cuello. Después aflojó la presión y la besó en la nuca, aún sudorosa, en el fino vello ensortijado—. Yo seré quien decida cuándo está saldada tu deuda.—La soltó, y ella se acercó a la puerta y cogió las cosas de la silla. Sintió los ojos de Raharjo clavados en su espalda—. No intentes jugar conmigo, Nilam. No te conviene.

Georgina no se volvió.

Raharjo recorrió la hierba, salpicada de sombra, y fue al río. Iba tranquilo, y también se sentía sosegado.

En paz. Sereno. Una sensación nueva, desconocida.

Se detuvo bajo uno de los árboles.

No muy lejos de él jugaban Veena y Harshad; un juego que a todas luces giraba en torno a darle una palmada al otro en alguna parte del cuerpo y después salir corriendo. Harshad era derrotado sin remedio por su hermana mayor, lo cual no mermaba en modo alguno su alegría, que manifestaba chillando y riendo a carcajadas. Miraba una y otra vez en busca de aplauso a su madre, que estaba sentada a lo Buda en una manta.

Veena, alta para los cuatro años que tenía y delgada, tras dar el estirón el año anterior, fue la primera que lo vio.

Se detuvo en plena carrera; la mano en alto bajó y agarró un extremo del vestidito rojo anaranjado que llevaba. La sonrisa radiante que lucía en el rostro, más redondo aún debido a la trenza que recogía su cabello, que permitía ver los aros de oro en las perforadas orejas, se esfumó. Miró fijamente,

atemorizada, a su padre, que unas veces podía ser desabrido y reservado y otras se mostraba tan amable que la desconcertaba. Que a menudo desaparecía de la noche a la mañana y se ausentaba tanto tiempo que ella casi lo olvidaba, hasta que un buen día aparecía, trayendo consigo olor a sal y agua, a viento y madera.

–¿Me permites?

Leelavati levantó la cabeza, asintió y se hizo a un lado para que él se sentara. Con la vista baja, cohibida, se acarició el vientre, abultado bajo el sari que llevaba.

Entonces vio también a su padre Harshad, que quizá fuese demasiado pequeño aún para sufrir con los cambios de humor de su padre, o tal vez sencillamente fuese de carácter más indiferente que su hermana. Profiriendo gritos de alegría fue corriendo hacia su padre, se arrojó sobre él y apoyó la cabeza en su pecho, riendo como loco. Raharjo lo rodeó con un brazo y llamó a Veena.

Ella, doblando un pie con aire inseguro, miró a su madre con cara de interrogación. Solo cuando Leelavati hizo un gesto afirmativo, la niña se puso en movimiento, despacio, pero se sentó junto a su madre, apoyando la mejilla en su vientre y escrutando a Raharjo con recelo.

–¿Te encuentras bien? ¿Y el niño?

Leelavati lo miró fijamente, sin dar crédito, y necesitó un instante para reponerse; él nunca le había preguntado cómo estaba. Ruborizada, asintió mientras le acariciaba el cabello a Veena.

–He pensado que podría venir una *ayah* a casa en cuanto nazca el niño. Quizás incluso antes. ¿Qué te parece?

A Leelavati el corazón le latía con fuerza; tal vez las cosas aún pudiesen dar un giro positivo.

–Es muy amable por tu parte. Muchas gracias.

–Los niños tienen que aprender a nadar de una vez por todas. ¿Tú qué opinas, Veena?–La niña se estremeció y lo miró con los ojos muy abiertos–. ¿Vamos mañana a nadar? ¿Al río?

–¡Yo también!–protestó Harshad, levantando la cabeza mientras su hermana miraba ya a su madre, ya a su padre, el ceño fruncido en señal de desconfianza.

–Sí, tú también.–Raharjo se rio y zarandéo a su hijo–. ¿Qué, Veena?, ¿tú qué dices? ¿Te apetece?

Finalmente, los ojos de la niña se iluminaron, a su rostro asomó una tímida sonrisa y asintió.

Con la mirada baja, Leelavati miró de reojo a su esposo. En sus cinco años de matrimonio nunca lo había visto tan distendido, de tan buen humor. Tan accesible.

«Fuiste tú la que se empecinó con ese desconocido apuesto. Y ya ves de qué te ha servido–la regañaba su madre, que solía ir desde Kling Street para echarle una mano con los niños, cada vez que se quejaba–. No tienes a una suegra mala que te haga la vida imposible, y tu esposo no te pega. ¿Acaso salió de su boca alguna palabra mala cuando el primer hijo que trajiste al mundo fue una niña? ¿Eh? Eso vale mucho, hija mía, muchísimo. Tienes una casa magnífica, en la que puedes campar a tus anchas, y numerosos criados. Y, por añadidura, más dinero del que puedes gastar y dos hijos sanos. ¿Es que no te basta? ¿Qué más quieres? Además, deberías haber sabido que engendrar hijos no es ningún camino de rosas. No sé de dónde has sacado los pájaros que tienes en la cabeza. De mí no, desde luego.»

Tal vez fuese cierto que los dioses regían el destino de todo el mundo.

Leelavati, en cualquier caso, hacía cuanto podía para que estos le fueran propicios. Con ofrendas e incienso y plegarias salidas de lo más profundo de su corazón, tanto en el altar que tenía en casa como en el templo de Sri Mariamman, en el barrio chino.

La última vez que su esposo había subido a su habitación para yacer con ella la había tratado con menos brusquedad; cuando engendraron al hijo del que estaba encinta, incluso encontró algo de gusto en ello.

Sí, quizá los dioses lo arreglaran todo y sus sueños de amor y dicha se hicieran realidad.

Raharjo se echó hacia delante para acariciarle la mejilla a Veena, que se dejó hacer de mala gana, debatiéndose entre el rechazo y la añoranza. Un movimiento que hizo que Leelavati percibiera su olor,

ese olor a mar y canela que la enloquecía a pesar de los pesares. Ese día olía más a fresco, como la hierba en la que estaban sentados, como el aire poco antes de una tormenta. Y más intenso, más fragante, como el pachuli y la madera de sándalo. Como después del acto carnal.

Se le pasó por la cabeza la mujer que había acudido a la casa esa mañana, la había visto por la ventana de arriba, cuando le ponía el vestidito a Veena. La mujer que había suscitado los cuchicheos de los criados.

Porque era una *nyonya* distinguida, con la tez clara y los ojos azules, bella como la mismísima Shakti. «No puedes tenerlo todo, hija mía.»

Y, entonces, la sonrisa que acababa de ensancharse en el rostro de Leelavati se apagó.

Con los ojos cerrados, Georgina aspiraba el sutil aroma a madera embebida de sal y henchida de sol, el perfume de las sábanas, rígidas y frías aquí y allá, después empapadas y suaves sobre su piel desnuda, el olor a agua de mar y viento. El sensual olor de su cuerpo, sobre el que se percibía el que había dejado otro cuerpo.

La mano que recorrió su espalda despacio, arriba y abajo, que siguió las sinuosidades de su columna y se detuvo en su nalga, la hizo ronronear, tanto las partes blandas de los dedos, de la palma, como las callosidades, más duras y ásperas. La misma mano que, junto con la otra, antes la había agarrado con tanta fuerza, le había acariciado el cuerpo con tanta firmeza que el camarote le daba vueltas del placer y del deseo.

Fuera las olas se estrellaban contra la madera, indolentes, imprimiendo un balanceo uniforme y suave a la cama. Georgina oía voces en cubierta, un murmullo y un mascullar indescifrables, que una y otra vez desembocaban en risas.

Dian, que probablemente tuviese la misma edad que Raharjo y era su mano derecha; el rostro, curtido por el sol y el viento, oscuro como el té fuerte. Sus ojos, negros como el carbón, se encendían cuando bromeaba o hablaba del tiempo con Georgina y le enseñaba desde cubierta delfines que retozaban a cierta distancia en las olas, en una ocasión incluso una majestuosa ballena. Con Tirta y Yuda apenas hablaba. Ambos jóvenes, que llevaban el cabello más largo, anudado con una cinta para mantenerlo apartado del bronceado rostro, se limitaban a sonreírle con amabilidad, a veces a guiñarle un ojo en señal de complicidad.

Por un instante la asaltó una pizca de turbación por lo que los hombres de arriba podían haber oído e hizo que las mejillas se le encendieran, pero no duró mucho; era asombroso a lo que llegaba a acostumbrarse uno con el tiempo. Casi alarmante.

—¿Qué pensarán tus hombres de que subas a bordo a tu amante blanca?—musitó risueña.

El aliento caliente de Raharjo deambulaba por su nuca.

—Se les paga por trabajar, no por pensar.

La sonrisa de Georgina se ensanchó.

—¿Acaso ya no te atreves a estar a solas conmigo en un barco?

Los dientes de él se clavaron allí donde el cuello daba paso al hombro, y ella se estremeció. Para suavizar el gesto su lengua trazó la misma línea.

—¿Cómo podría fiarme de una adúltera? ¿De una impostora?

Georgina se puso rígida y abrió los ojos.

—Deja que te tranquilice—farfulló contra su piel—. No te consideran una *nyonya* blanca. Ellos creen que por la mitad de tu cuerpo corre sangre malaya. Como lo creía yo entonces.—Pegó su cuerpo al rojo contra la espalda de ella, haciéndole saber que la deseaba de nuevo—. Y ninguno de ellos se toma muy en serio la fidelidad cuando pasamos mucho tiempo en el mar.

Georgina lo empujó hacia un lado y se volvió.

—¿Eso creías? ¿Antes? ¿Que soy medio malaya?

Él la escudriñó con el ceño fruncido.

—¿Qué otra cosa iba a pensar?

Se pasó la mano por el cabello, un gesto que pareció tan nervioso como su tono de voz.

Georgina miró al frente antes de volver a mirarlo a él.

—¿Habría... habría cambiado en algo lo nuestro? ¿Antaño?—No hizo falta que Raharjo le contestara, ella lo vio reflejado en sus ojos, y en el estómago se le formó un nudo—. No lo sabía—añadió.

—Y ahora ya no tiene importancia.

A su voz afloró un dejo de malhumor, y buscó la camisa y los pantalones.

Georgina lo miró acongojada.

Siempre ocurría lo mismo entre ellos. Se vigilaban y rondaban el uno al otro, con expectación y recelo, casi con hostilidad. Y ello daba paso de repente a una lucha apasionada, en la que se herían con uñas y dientes. Solo el cansancio subsiguiente dejaba algo parecido a la cercanía, a la ternura. Hasta que uno de ellos soltaba la primera puntada y el otro se la devolvía, poniendo en peligro continuamente la frágil paz que reinaba entre ellos, que podía romperse y desencadenar una guerra de un momento a otro. En la casa de Serangoon Road y allí, a bordo de ese barco. En esas dos caracolas, amplias y luminosas, que, sin embargo, proporcionaban una intimidad nostálgica.

Durante todos los días robados que vivieron desde su reencuentro, interrumpidos por el medio año que Raharjo pasó en el mar y que dejó a Georgina entumecida y vacía.

El frío que le atenazaba el vientre dio paso a un calor que llegó de golpe y porrazo.

—No has cumplido tu promesa.

Él enarcó las cejas.

—Ni has devuelto el cargamento que robaste ni te has ocupado de que la factoría vuelva a gozar del favor de los *tauhehs* con los que hacía negocios antes.

Paul había vendido el terreno en el que había probado a cultivar pimienta y cachú, y con cierto beneficio, incluso, pero no al precio que habría alcanzado si hubiese esperado uno o dos años, pues se hallaba demasiado a las afueras de la ciudad. Findlay, Boisselot & Bigelow aguantaba con valentía, pero andaba achacosa; era una pesada carga sobre los hombros de Paul.

Raharjo soltó una carcajada, una risa seca y fea, mientras se ponía los pantalones tumbado y se incorporaba.

—Ya te dije en su momento que no es culpa mía si tu esposo no sabe nada de negocios.

—Lo prometiste.

Sus ojos la atravesaron.

—Eso es lo que tienen las promesas, que algunas no se pueden cumplir.—Sonrió vagamente y se puso la camisa—. Si quieres, te puedo dar unos dólares después. Por tu compañía.

Georgina se levantó de prisa para darle una bofetada, pero él se le adelantó y se le echó encima. Agarrándole las muñecas, la inmovilizó, su cuerpo tan pesado sobre el suyo que ella apenas podía respirar.

En silencio, apretando los dientes, se miraron fijamente a los ojos, midiendo encarnizadamente sus fuerzas, su voluntad: un músculo contrayéndose una y otra vez, ninguno de los dos queriendo dar su brazo a torcer. Hasta que Raharjo aflojó la tensión y su rostro se acercó al de ella como para darle un beso.

—Ven conmigo, Nilam—le susurró al oído—. A algún lugar donde nadie nos conozca. Nusantara es grande. Si quieres, nos haremos hoy mismo a la mar y no volveremos.

Georgina cerró los ojos. Sus palabras satisfacían el anhelo que anidaba en lo más hondo de su ser, desde que era una niña. Desde que se sentaba en el peñasco del jardín de L'Es-poir, contemplando el mar y esperando a que regresara su *selkie*. El eco de sus palabras la ablandó, tenía el sí en la punta de la lengua.

—No puedo—susurró al cabo, abriendo los ojos—. Tengo a mis dos hijos.

—Tráetelos. Les gustará navegar.

Una sonrisa de dolor se instaló en el rostro de Georgina.

«Tu hijo no se podría imaginar nada mejor, cierto. Ama el mar tanto como tú. Pero David no. No el hijo de Paul, que está tan apegado a la tierra como su padre. Que prefiere trepar a los árboles a ir a nadar y no podría estar más encariñado con su poni.»

—No puedo—repitió, medio ahogada por la tristeza.

Raharjo profirió un suspiro, la soltó y se levantó despacio. Parecía cansado, descorazonado, exactamente igual que Georgina. Quizá ya no fuesen lo bastante jóvenes para dar rienda suelta a esa

pasión en la que los mares del deseo y el odio se unían y formaban violentos, traidores remolinos.

Georgina se incorporó, dobló las piernas y cruzó los brazos para cogerse los hombros.

—¿Y tú? ¿De veras podrías dejar a tus hijos sin más? ¿Y a tu esposa?

Raharjo no contestó, el rostro vuelto a medias.

—Paul no es un mal comerciante—afirmó en voz queda—. Y es un buen padre para mis dos hijos. Y un buen esposo para mí.

Raharjo la miró abiertamente, los ojos brillantes.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?—inquirió con aspereza.

Georgina miró a la nada. Eso. Entonces, ¿por qué estaba allí? Ya ni lo sabía.

Sacudió la cabeza y, deslizándose por las sábanas, cogió el *sarong* y se lo puso.

—Llévame a tierra.

Notó que la miraba mientras se ponía la camisilla y la *kebaya*.

—Lo digo en serio, Nilam—susurró—. Ven conmigo. A donde quieras. Tú y tus hijos.

Cuando ella se disponía a contestar, Raharjo añadió:

—No. Hoy no. Dentro de seis meses. Cuando vuelva. Solo entonces querré oír tu respuesta.

Georgina, que se estaba colocando la *kebaya*, había congelado el movimiento. Las manos le temblaban.

—Dile...—empezó él titubeando, para acto seguido continuar con seguridad, directamente cortante—. Dile a tu esposo que compre casas en Upper Circular Road. Dentro de poco allí pasarán cosas.

Georgina se levantó y se alisó el *sarong*.

—Llévame a tierra—se limitó a decir.

El retumbar de los truenos era vacilante. La tormenta se encabritaba una y otra vez y hendía el humeante aire con estruendo, cada vez procedente de una dirección distinta, pero más y más lejos. Tan solo la lluvia seguía cayendo con fuerza, tamborileando sobre el tejado y las hojas de los árboles, borboteando y arremolinándose en la tierra roja del jardín de Orchard Road.

—Lluvia estúpida—refunfuñó David, arrugó la respingona nariz y empujó una cigarrera, haciendo que se deslizara por el suelo.

—¡Eh!—Lo reprendió Paul cariñosamente y, cogiéndolo por el cuello, lo sacudió con suavidad—. Yo también preferiría jugar a la pelota con vosotros en el jardín, pero, como no puede ser, os he traído una cosa.

Estaba sentado con los dos niños en el suelo, en el salón, donde en las horas que habían transcurrido, con cajitas de puros, latas y cubos de madera habían ido levantando a lo largo de la vía las construcciones por las que pasaría el nuevo ferrocarril. En rojo carmesí, verde jungla, negro y azul marino resplandecían las dos locomotoras, el tónder y los numerosos vagones de hojalata, que esperaban hasta poder pasar bajo las sillas que habían dispuesto a modo de túneles. Con las cajas de cartón en las que iban embalados los trenes haciendo las veces de estaciones y con soldaditos de estaño de espectadores, pasajeros que aguardaban, vendedores ambulantes y labriegos en el campo.

El ferrocarril había costado un dineral, pero Paul quería celebrar el buen negocio que había concluido ese día. Quería resarcir a los niños por haberlos visto tan poco de un tiempo a esa parte, y se había tomado la tarde libre ex profeso.

—Ahí queda sitio—apuntó Duncan al mismo tiempo que señalaba un espacio vacío junto a las vías previstas.

A David se le iluminó el semblante.

—¡Un fuerte! Necesitamos un fuerte—afirmó, con el aire saliendo por el hueco que le había dejado el segundo diente que acababa de caérsele.

—¡Eso, sí!—corroboró, entusiasmado, Duncan.

Los dos niños saltaron como muelles para ir en busca de cigarreras y llevar los cubos de madera,

para los que, a decir verdad, ya eran demasiado mayores, dispuestos a erigir un fuerte a su antojo. Entre sus voces, que debatían y negociaban con seriedad profesional lo que necesitaba semejante fuerte, en qué sitio y cómo debían ser los detalles, se oyeron voces que llegaban de abajo.

Paul se levantó y fue a la puerta.

Con la *kebaya* empapada en los hombros, el cabello húmedo, recogido con poco esmero, Georgina subió la escalera descalza; llevaba en la mano un par de zapatos ligeros. Parecía agotada y tenía la mirada ofuscada, como absorta en sus pensamientos.

–Hola.

Georgina dio un respingo y forzó una sonrisa.

–Paul.–Su sonrisa se volvió insegura–. ¿Ya estás en casa?

–Como puedes ver.–La dureza que destilaba su voz se atenuó, tornándose inseguridad, y metió las manos en los bolsillos del pantalón–. Kartika me ha dicho que estabas en la ciudad.

La mujer le había parecido desconcertada al decirlo, rehuía un tanto su mirada. Como si temiera que él le fuese a pedir cuentas porque su *mem* había salido sin ella y, por añadidura, no sabía decirle cuándo iba a volver.

–Sí.–Georgina bajó la vista–. Tenía cosas que hacer.

Los ojos de su esposo le recorrieron la *kebaya* y el *sarong*, con el entrecejo fruncido.

–¿Y bien?

Ella se encogió de hombros.

–Tenía prisa y pensé que no tardaría en volver.

Paul se puso nervioso, cambiaba continuamente el peso de un pie a otro; al cabo le tendió la mano.

–Ven–pidió con suavidad.

–Casi me muero de calor por el camino, y estoy sudando a mares. Me cambio en un momento, ¿de acuerdo?–Esbozó una sonrisa débil y se alejó hacia el cuarto de aseo.

Cerró la puerta al entrar.

–Ven a jugar, papá–pidió David.

–Ahora mismo voy.

¿Era culpa suya que Georgina le resultara una extraña? Sus ojos, antes tan claros, parecían brumosos a menudo como el mar una de esas mañanas; sus pensamientos, océanos distantes. En el desayuno y en la cena se sentaba a la mesa como si ya no formara parte de la familia, se alejaba cada vez más de ellos, como madera a la deriva.

Una bella desconocida que dormía en su cama y respondía a sus caricias de manera rutinaria cuando a él lo asaltaba el deseo. Más instinto que verdadero deseo, más mecánico que sensual. Tenía demasiadas cosas en la cabeza, pensamientos que lo distraían, mientras el cuerpo que tenía entre sus manos, aunque obsequioso y complaciente, carecía de alma y de fuego.

Una mano caliente le tocó una pierna por detrás, y Paul bajó la mirada. Duncan se apoyó en él, la dura cabeza contra el costado de su padre, y lo miró como si quisiera consolarlo. La mano de Paul, que iba a descansar en el liso cabello, paró a medio camino.

Escudriñó los ojos del niño, argénteos como la luz de la luna, y las marcadas cejas. La poderosa nariz y la carnosa boca. La línea de la mandíbula, que con la segunda dentición se había vuelto más clara, más angulosa.

Ese niño, sin el cual probablemente Georgina no habría sido tuya. Al que había acompañado en su llegada al mundo y para el que había prometido ser un padre, aunque no fuese carne de su carne. Sabía desde el principio que no sería fácil.

El hijo de Georgina y de otro hombre.

Se apoderó de él un sombrío presentimiento, que se compactó y le presionó dolorosamente el esternón, cortándole la respiración un instante.

Al cabo, bajó la mano y acarició la negra cabellera del niño.

Demasiado tarde. Duncan, altanero, echó la cabeza atrás y se zafó.

Corrió de vuelta con su hermano, donde siguió construyendo el fuerte común en silencio. Con las cejas fruncidas y un gesto de amargura, nada infantil, en la boca, y los ojos gris mate y duros como cantos de río. A Paul se le encogió el corazón.

Paul se hallaba sentado en su despacho, comprobando por enésima vez los documentos y las cartas que tenía extendidos sobre la mesa. Los frutos de sus esfuerzos, la información que había recabado en el curso de los últimos meses. Respuestas a sus escritos, que había enviado él mismo a medio globo terráqueo. Había pensado en todo, reunido todo lo necesario.

Había hablado largo y tendido al respecto con Gordon Findlay. En los breves descansos que hacían para comer en el *godown*, que alargaban más de lo debido. Mientras tomaban una copa al término de la jornada. Los domingos, cuando comían todos juntos en L'Espoir después de acudir a la iglesia, mientras Georgina jugaba con los dos niños en el jardín después de tomar el postre, o al atardecer, cuando iba a nadar con ellos.

El hecho de que su suegro no solo coincidiera con él en sus ideas y cavilaciones, sino que incluso aprobara sus deseos, lo ratificó en su decisión.

Sabía que hacía lo correcto; sin embargo, no sentía alivio alguno.

Los golpes sordos que resonaron en la casa le revelaron que los dos niños bajaban la escalera rebosantes de energía. Sus alegres voces se acercaron y se alejaron, hasta que volvió a oírlos fuera.

Se aproximó a la ventana y una sonrisa se instaló en su rostro.

Ambos corrían dando gritos por la hierba a la luz pulverulenta, color pastel, del jardín, entre los arbustos en flor. Los pantalones cortos y las mangas de las holgadas camisetas subidas dejaban al descubierto las esbeltas extremidades color nogal, rebosantes de energía y alegría de vivir. Visiblemente contentos de no tener que seguir sentados delante de los libros de ese día, se atropellaban una y otra vez, se empujaban con brutal cariño, y sus risas llegaban a las colgantes ramas de los vetustos árboles.

Dos hermanos como la noche y el día, como la luna y el sol. Igual de radicalmente opuestos, igual de inseparables.

Paul ya no podía imaginar su vida sin ellos. Sin Georgina.

«Si me dieran un penique por cada vez que me pregunto en qué diantres piensan las mujeres—solía decir John, su hermano mayor, con el semblante afligido, cuando una cita con una muchacha lo sumía en un profundo desconcierto—, sería rico como Creso.»

Debía de haber conocido a una mujer como Georgina.

Paul tenía en mente a una muchacha amable, bondadosa, cuando de joven se imaginaba casándose en un futuro, construyendo un hogar, trayendo hijos al mundo. Y se había hecho con una fuerza de la naturaleza frente a la que se hallaba desvalido.

En los casi diez años de matrimonio había habido un tiempo en el que creyó que Georgina tenía los pies en la tierra, que estaba domada. Una conclusión errónea. Ese océano que era Georgina podía parecer calmo y manso de cuando en cuando, pero era veleidoso, estaba repleto de peligrosos bancos de arena y corrientes y profundidades insondables. Él aún podía mantenerse a flote, pero sus fuerzas mermaban, y temía ahogarse en él.

—Kartika dice que quieres hablar conmigo.

Paul respiró hondo antes de volverse.

Georgina estaba en el marco de la puerta con un *sarong* y una *kebaya*, un tanto insegura, un tanto impaciente. La pregunta no formulada se reflejaba en sus ojos azul mar: por qué no estaba en el *godown* a esa hora del día.

—Sí.—Forzó una sonrisa, sin saber si quedarse de pie o si ir con ella al salón, quizás incluso salir a la veranda, hasta que finalmente se sentó a la mesa. Le costaba mirarla a los ojos—. Quería hablarte de nuestros dos hijos. Deben ir a una escuela de una vez.

—Pero ¿por qué?—Georgina parecía genuinamente sorprendida—. Saben leer, escribir y contar desde hace tiempo. Los dos hablan inglés y malayo con fluidez y hacen progresos con el francés. Duncan

incluso sabe un poco de hokkien. Y yo les tomo la lección a diario.

–Eso no basta. Necesitan una formación adecuada, recibir la debida educación.

Por su forma de coger aire, él supo cuánto la había ofendido.

–Tu tía y su esposo serán tan amables de buscarles una escuela adecuada a los dos. Dentro de dos semanas, Duncan y David se trasladarán a Londres.

–¡No, de ningún modo!–De pronto se levantó un gran oleaje en ella, y sus ojos echaban chispas–. Si ha de ser, irán a la escuela aquí, en Singapur.

–¿Con niños chinos, por ejemplo? ¿Malayos?

–Sí, ¿por qué no?

Las manos de Paul, que se movían inquietas por los papeles que había en la mesa, se volvieron dos puños.

–¡Ni hablar! Es posible que para ti fuese suficiente crecer aquí, probablemente por eso lo veas de manera distinta. O quizá te falte perspectiva. Pero yo pienso en más adelante, en el futuro. Y si quieren llegar a ser alguien en este mundo, necesitan una educación en condiciones.–Con cada palabra pisaba más fuerte, y se relajó un tanto–. Así lo he decidido, por el bien de ambos. Irán a Inglaterra.

–Mi padre no permitirá que envíes al extranjero a sus nietos.

Un argumento que tenía poco peso, en vista de su propia historia, y pese a todo lo hizo valer.

–Cuento con el apoyo pleno de tu padre. La educación siempre ha sido un bien importante para él, y tú deberías saberlo.

Un bufido hondo, grave, salió de su garganta.

–¡No me quitarás a mis hijos!

Los blanquecinos nudillos le dolieron cuando le asestó la puñalada en el corazón.

–Tú irás con ellos.

La madera del suelo se deshizo y una lluvia de polvo cayó bajo sus pies descalzos.

–No me hagas esto–musitó.

Él intentó mantener la calma. La objetividad.

–He intentado convencer a tu padre de que lleve a los niños a Inglaterra u os acompañe a los tres. Lleva mucho tiempo sin disfrutar de unas vacaciones, hace décadas que no pisa su país natal. Yo podría haberme ocupado de los negocios solo durante algún tiempo, pero él no quiere, se considera indispensable aquí.

–No, Paul.–Georgina sacudió la cabeza despacio; daba la impresión de que su ira se había desvanecido, quizás incluso el espanto la hubiese paralizado, momentáneamente–. No volveré a Inglaterra. Nunca más. No iré con ellos. Y no me puedes obligar a hacerlo.

–¿De verdad amas esta isla más que a tus propios hijos?–Sus ojos echaban chispas de ira fría, apenas disimulada–. ¿Qué clase de madre eres?

Georgina notó un zumbido en los oídos cuando la fue arrollando ola tras ola de rabiosa furia.

–¡Eres un monstruo insensible!

Giró sobre sus talones y salió corriendo. Cruzó el recibidor, en cuyo liso suelo dio un traspie y a punto estuvo de caerse, salió de casa y fue directa a la caballeriza, donde pidió a los syces que engancharan el caballo. Paul la llamó, gritó su nombre, pero ella no se detuvo, no volvió la vista atrás una sola vez.

Había tomado una decisión, como un rayo enérgico y cegador que caía con toda su fuerza en la tierra. Después de pasarse semanas sumida en un mar de preguntas y dudas; de atravesar un denso banco de nubes tormentosas, de un gris siniestro, que se negaban a descargar.

No esperaba a que Paul los enviara a Inglaterra a sus hijos y a ella. No podía permanecer en esa casa, que nunca había sido un hogar para ella. No con ese hombre.

La luz crepuscular de la caballeriza y el resoplar de los caballos, el olor cálido, agradable, que

desprendían la paja y los animales la envolvieron; la dulce idea de tomar las riendas de su vida.

—¿Adónde vas?—Paul la cogió por el brazo y tiró de ella.

—¡Suéltame!—Ella trató de zafarse, lo golpeó con la mano que tenía libre, le propinó patadas en las espinillas y perdió el equilibrio.

Él la empujó con rudeza contra la pared de la caballeriza, donde la retuvo firmemente con ambas manos, por mucho que pataleó y se revolvió. Con el rabillo del ojo Georgina vio que un *syce* asomaba la cabeza, los ojos muy abiertos del susto, y desaparecía: más valía no interponerse en semejante pelea entre el *tuan* y la *mem*.

—¡No me puedes encerrar!—le espetó.

—Tampoco pretendo hacerlo. Maldita sea, Georgina, ¿es que no me puedes entender?—Parecía enfadado y preocupado, la mirada herida—. No es mi intención atormentarte con esto.

Las grandes olas de ira que se habían levantado se calmaron, se tornaron una marea que subía de forma inexorable, más y más, humedeciéndole los ojos, tiñéndolos de un color humo azulado.

—No puedo volver a Inglaterra. Por favor, Paul. Pídeme lo que quieras menos eso.

Él apoyó su frente en la suya.

—Piensa en nuestros hijos, te lo ruego, Georgina. Sé que lo que te pido es un gran sacrificio. Y aunque quizá no lo creas, también lo es para mí. Pero te pido que pienses antes que nada en nuestros hijos. Aquí no recibirán la educación adecuada. Para que lleguen a ser alguien en la vida. Y te necesitarán, es la primera vez que viajan al extranjero. A ti, a su madre.—Georgina se relajó. Con manos temblorosas, Paul le acarició los brazos y después rodeó su rostro con sus manos—. No pienses en ti. Ni en mí. Sino solo en los niños. Te lo ruego.

A Georgina las lágrimas le corrían por las mejillas.

—No puedo, Paul. No puedo.

Georgina rompió a llorar, sonora e inconteniblemente, un llanto que salía de lo más profundo de su ser, que respondía a un dolor que venía de antes, cuyo origen se situaba mucho tiempo atrás. Que creía haber olvidado, superado.

Sin ofrecer resistencia se dejó caer contra su pecho, se aferró incluso a él.

—Lo sé—musitó mientras la sostenía—. Lo sé.

Lo dijo como si supiera por qué sufría.

Singapur brillaba con un sol deslumbrante, que disipaba lo que quedaba del velo de niebla de la madrugada y daba lustre al aire.

Georgina, cegada por las lágrimas, miraba fijamente las verdes colinas de la isla. El tapiz de casas blancas, con los tejados cubiertos de tejas, que era mucho más tupido, se extendía mucho más a lo largo de la costa que a su regreso, hacía más de una década. El barullo en el puerto era ensordecedor, vertiginoso, mucho mayor del que recordaba; temía no reconocer Singapur cuando volviera.

Por segunda vez se veía obligada a despedirse de su hogar. Y aunque esa despedida fue más dulce, menos alevosa y brutal, se le antojó más dolorosa. La había afrontado con los ojos abiertos, llenando los días con los preparativos, siendo plenamente consciente de la hora de la despedida, que cada vez estaba más cerca, y de su carácter ineludible.

El buque de vapor se agitaba, impaciente, bajo sus pies. Una impaciencia que Georgina compartía; no quería dilatar más la despedida.

Amusgó los ojos para ver mejor la bandera que ondeaba en Government Hill y la residencia del gobernador.

«Hasta la vista. No me olvidéis.»

Detrás, en Orchard Road, se alzaba la casa de Bonheur entre las ornadas casas vecinas, a la que ese día, al rayar el alba, había dado la espalda sin pesar. Esa vez distinguió con facilidad L'Espoir, donde el día anterior se había despedido de su padre: el bosquecillo que crecía tras la tapia que discurría en

paralelo a Beach Road se dibujaba sombrío, agreste.

La nueva estructura de San Andrés resplandecía en la Esplanade, aún sin terminar y rodeada de andamios. La iglesia sería soberbia, mediría más de sesenta metros de largo; quizás eso hiciera que se acabara olvidando lo mucho que se había tardado en dar comienzo a la nueva construcción, el paso vacilante con que avanzaban las obras.

Agua para el molino de ciudadanos burlones. Rico pábulo de las supersticiones de los chinos, para los cuales ese lugar estaba maldito. Los malos espíritus que lo habitaban eran tan poderosos que los blancos habían abandonado su templo y celebraban en otra parte sus rituales. Tan poderosos que había sido preciso derribar el viejo templo y el gobierno había ordenado a los penados indios que salieran por la noche a las calles a la caza de personas y aplacaran a los espíritus con las cabezas decapitadas de los chinos para poder levantar el nuevo templo.

Ver su símbolo secreto desde que era pequeña, su norte derruido y solo reconstruido en parte, para Georgina fue una alegoría de su corazón dividido, que se quedaba en Singapur y al mismo tiempo acompañaba a sus hijos a Inglaterra.

Estos se tomaron el inminente traslado con sorprendente estoicismo. Para ellos era la aventura que estaban esperando, en la que no solo viajarían en un gran buque de vapor y en el ferrocarril, sino que además verían las pirámides de Egipto y seguro que también nieve y hielo que no salía de un almacén de hielo. Sin duda, una tentación, un consuelo que hizo que la despedida de su abuelo y de su padre fuese serena. David fue el que más lágrimas derramó, por su poni. Quizás aún no fuesen conscientes de la verdadera dimensión de lo que les esperaba, o quizá se resignaran valientemente a lo inevitable.

Llegaron los dos trotando ruidosamente y se agarraron a su madre. El rostro acalorado por la carrera y por el sol que daba en cubierta, después de que culebrearán entre los pasajeros y miraran asombrados todo cuanto había que ver en un barco así.

David derramó sobre Georgina un aluvión de palabras, en las que «taaan grande» y «taaan alto» y «enorme» eran una constante, mientras que Duncan se pegó a ella en silencio y prefirió contemplar la costa con ojos brillantes.

–Cuando sea mayor, yo también seré marinero–musitó, ronco debido a la agitación y la dicha.

–Claro que sí–respondió ella, pasándole la mano por el cabello. Sentía en el pecho una extraña opresión.

Paul clavó la vista en el barco mientras el sampán que lo había guiado regresaba al puerto, aproximándose en la misma medida en que el buque de vapor se alejaba y se volvía más pequeño. Creía poder distinguir aún a Georgina en cubierta, las amplias faldas de color blanco y azul y el sombrero de ala ancha.

No le importaron lo más mínimo las miradas que les dirigieron los pasajeros cuando atrajo hacia sí a Georgina en la cubierta y la besó en la mejilla. Ella se mantuvo rígida entre sus brazos como una muñeca, incluso cuando él prometió que iría a visitarlos lo antes posible. Confiaba en escuchar una palabra amable cuando ella acercó la boca a su oído y le susurró:

–Esto no te lo perdonaré nunca.

Él bajó la cabeza y se frotó los ojos, pestañeando y frunciendo el ceño como si el sol, que daba de lleno y se estrellaba fulgurante contra las olas, lo hubiese deslumbrado.

Había hecho lo correcto, lo sabía, aun cuando no le proporcionase el menor consuelo. Había hecho lo que tenía que hacer para salvar su matrimonio. Para mantener unida a su familia.

Para preservar a Georgina de la locura que se había apoderado de ella y en la que amenazaba con hundirse de manera imparable. Por la que temía perderla.

Whampoa lo recibió amablemente en su *godown*. Se sentaron a la puerta con una taza de té y un cigarro puro, viendo como los culis descargaban las barcas con mercancías para el negocio de Whampoa y como pasaban por delante vendedores ambulantes, que les ofrecían, con profusión de palabras, patos y

gallinas, ostras, bolsas de cuero y bastones tallados. Mientras hablaban de establecer una posible relación comercial, él preguntó, como de pasada, por el malayo al que probablemente Whampoa hubiese invitado a aquella velada, pero que se marchó antes de que pudieran reparar en él. Paul no contaba con que Whampoa se acordase, cuando de aquello hacía casi tres años, pero subestimó la memoria del *towkay*.

Raharjo. El hombre sombra. El marionetista.

Un *beachcomber*, un hombre que peinaba las costas y el mar en busca de tesoros. Más un raquero que un comerciante de verdad, pero que se había enriquecido con ello.

Ya en el mar, la atronadora bocina del buque dio la señal de zarpar, y cuando el sampán entró en la desembocadura del río, Paul perdió el vapor de vista. El ajeteo del río Singapur se le echó encima como un torrente sucio, ruidoso, con olor a especias.

Había perdido la confianza de Georgina, su estima, eso lo sabía, quizás incluso lo odiara.

Si ese instante y para el resto de su vida ella le clavara las garras en el pecho podría soportarlo. Pero no que le arrancara el corazón en vida y lo hiciera trizas.

Porque deseaba a otro tigre más que a él. Al tigre que en su día le hundiera las garras en el corazón y la hiriera profundamente.

No se le podía pedir que se quedara de brazos cruzados, mirando, mientras le sucedía de nuevo.

El calor abrasador del día pesaba sobre el *sungai* Seranggong.

Fluía indolente, atrapando con desgana fragmentos de luz para después liberarlos. Solo muy de cuando en cuando un soplo de aire se colaba entre las hojas de los árboles, debilitado por el sofocante calor, arrancando un murmullo seco que sonaba abatido.

Raharjo, inmóvil en la veranda, miraba fijamente el río, al otro lado del jardín. Sus ojos titilaban cuando un martín pescador entraba en su campo visual, cuando las libélulas hacían entrechocar ruidosamente las alas, pero su mirada no los seguía.

La calma que lo inundaba no era una calma serena, se asemejaba más bien a una nada inconmensurable, quizá también a la calma que antecede a la tormenta; ni él mismo lo sabía.

En su último viaje había estado inquieto, empujado por el deseo de volver a Singapur. Por una esperanza voraz, un deseo embriagador.

Descargó su barco e hizo entrega de sus tesoros con una premura inusitada. Deambuló por su casa con desasosiego, en tensa espera del día, la hora de la verdad. Sin embargo, esta le transmitió el muchacho al que finalmente envió a la casa de Orchard Road.

Ella había partido. A Inglaterra. Donde permanecería un período largo de tiempo.

Sin decir palabra, sin dar ninguna indicación.

Tendría que haberlo sabido. A un tigre no se le borran las listas del pelaje ni siquiera cuando se bañaba en el río.

Había estado a punto de flaquear. Seducido por su voz, por sus ojos de color azul violeta como las orquídeas salvajes que crecían a orillas del río. Por su cuerpo, que había cambiado con el tiempo y, sin embargo, seguía igual. La encarnación viva, real de un espíritu que era como el océano, en el que él quería zambullirse, perderse una y otra vez. Había estado a punto de olvidar y perdonar, de dejar que su sed de venganza se la llevara el viento, las nubes por el cielo.

El odio que lo invadió, negro, profundo y silencioso, fue una suerte de alivio.

Oyó un frufrú de seda que se acercaba, le llegó un aroma a esencia de rosas y madera de sándalo.

—¿No quieres comer nada? Apenas has probado bocado desde que has vuelto.

Miró a Leelavati de reojo. Estaba pálida, lo cual quizá se debiera al sari azul cobalto, al *choli* de un vivo turquesa que llevaba, los ojos grandes y brillantes de preocupación.

—Déjame tranquilo—espetó con aspereza.

Leelavati vaciló y después dio un paso más y le puso una mano en el brazo tímidamente.

—Es esa *nyonya* blanca, ¿no es cierto?

Él dio un respingo y se volvió.

—¡Quítate de mi vista!

Leelavati resistió con valentía su llameante mirada; en su delicado rostro mostraba un gesto de determinación.

—Te ha embrujado.

—Te he dicho que desaparezcas de mi vista—bramó, dispuesto a saltar, enseñando los dientes.

Los dulces ojos de ella parecían sendas ascuas. Leelavati bajó la cabeza, sumisa, y se alejó, el frufrú de su sari, el leve sonido de sus desnudos pies en la madera como olas que se replegaban en la playa, y él pudo respirar de nuevo.

Delante de su cómoda, Leelavati se limpió las mojadas mejillas. Después abrió con manos temblorosas la gaveta donde guardaba sus joyas, levantó la bandeja y sacó la carta. El papel, blanco y grueso, estaba arrugado, sucio y amarillo de los sudorosos dedos de Leelavati, de las veces que lo había tenido en sus manos y lo había mirado.

Lo había llevado un muchacho mientras su esposo se encontraba en el mar. A Kulit Kerang no

llegaban cartas nunca, tan solo mensajeros con recados verbales. Leelavati no sabía leer; tampoco habría tenido el tiempo y la tranquilidad necesarios para sentarse con un libro en la veranda, como hacía su esposo a veces.

Pero estaba segura de que esa carta era de una mujer, conclusión a la que llegó al ver el trazo vital, sinuoso, casi sensual.

Con la carta oculta entre los pliegues del sari, atravesó la casa deprisa.

La llama de la lamparilla titiló y desprendió un humo negro cuando Leelavati se dejó caer de rodillas ante el altar de sus dioses. Arregló cuidadosamente las guirnaldas de flores recién cortadas con que había ornado esa mañana las tallas de Shakti y Krishna y espantó las moscas que pretendían darse un banquete con el arroz, las frutas bellamente dispuestas y los coloridos dulces. Del recipiente metálico que ocupaba el centro del altar cogió las flores que estaban algo secas y las apartó con dejadez. Acto seguido encendió una varita de incienso que depositó entre las ofrendas. El aroma a sándalo, nardos y pachuli le llegó a lo más hondo del alma.

Leelavati sacó la carta y la acercó a la danzarina llamita de la lámpara. El extremo chisporroteó y se tiñó de marrón, luego de negro y empezó a arder. Las voraces llamas devoraron el papel, y Leelavati dejó caer la encendida carta en el recipiente.

Las manos unidas, inclinó la cabeza y pidió a los dioses que su esposo volviera a yacer con ella y le concediera otro hijo. El espíritu renacido de la niña que trajo al mundo hacía dos años y tan solo vivió unas semanas. Una vez más pidió fervientemente a los dioses que ablandaran el corazón de piedra de su esposo para que ella pudiera ganárselo.

Y suplicó a los dioses que rompieran de una vez por todas el hechizo de la *nyonya* blanca.

El mar en el que Raharjo ancló ante la costa el *Kulit Kerang* esa noche era denso y aceitoso. En el sudeste, lejos de los puertos de la isla, de los fondeaderos de los buques de vapor y los veleros.

Allí, en ese tramo de la costa donde las gentes se habían ido a dormir hacía tiempo y habían apagado la última luz, el último fuego, reinaban la calma y la oscuridad; los pesqueros no se harían a la mar hasta poco antes de que despuntara el alba.

Con la cabeza apoyada en los brazos cruzados, Raharjo se encontraba en su camarote, contemplando las sombras chinescas que proyectaba la titilante lámpara en el techo y las paredes. Tenía los músculos tensos debido a la impaciencia; ardía en deseos de estar en mar abierto.

Arriba, en cubierta, oía las voces de sus hombres, que pasaban el tiempo. Esperaban a que soplara el viento adecuado, que empezaba a anunciar su presencia. Dentro de poco zarparían, rápidos como el arpón en la mano de un *orang laut*, hacia las estrellas y más allá.

De pronto las voces pasaron a ser gritos, bramidos; se oyó un golpe sordo, un crujido, y el barco tembló.

Profiriendo una imprecación, Raharjo se puso en pie de un salto y echó mano de la daga y la pistola.

También sus hombres lanzaron blasfemias y blandieron los puños en dirección a la sombra achaparrada que a la luz argéntea de las estrellas había embestido el *Kulit Kerang*. Era un junco chino que navegaba con velas oscuras.

Ágil como un mono, Dian volvió a cubierta trepando por el cabo por el que se había descolgado.

—No es nada, *tuan*. Solo dos o tres arañazos, nada más. Pero volveré a echarle un vistazo de día.— Miró el otro barco y escupió con desdén por la borda—. Hace falta ser tonto para anclar así semejante cascarón.

Tirta y Yuda aparecieron en cubierta, sin aliento.

—Abajo tampoco hemos visto daños, *tuan*.

—Todo en orden, *tuan*.

Raharjo se pasó una mano por el cabello; su barco era sagrado para él. Su esposa, su compañera. Su gemelo.

Clavó la vista en la otra embarcación, que se bamboleaba pesadamente en las olas. Sin un farol en cubierta y al parecer también sin tripulación.

—Velas oscuras, *tuan*. Y lejos de los puertos.—Tirta le propinó un leve codazo—. ¿Qué cargamento crees que tendrá?

De Raharjo se apoderó la antigua fiebre de la caza. Esbozó una sonrisa al mirar uno por uno a sus hombres, cuya mirada era asimismo febril.

—¿Vamos a echar una ojeada?

Las brillantes hileras de dientes más o menos completas que quedaron a la vista le dijeron a Raharjo que contaba con la aprobación de todos ellos.

Las jarcias restallaron en el aire, ganchos metálicos se afianzaron en los correspondientes intersticios, se enrollaron en palos y perchas. Las dos embarcaciones se deslizaron con suavidad hasta situarse en paralelo. Ágiles como gatos y silenciosos como sombras, el puñado de hombres cambió de barco.

Bajo cubierta los recibió un olor acre, sofocante y dulzón, que a Raharjo le irritó la garganta. Así era como olía cerca de los *godowns* chinos, en Boat Quay. En la calle Pagoda Street, cerca del templo al que a veces acompañaba a Leelavati cuando quería rezar o asistir a uno de los numerosos rituales de su religión.

Opio.

Singapur se hallaba en medio del mar, albugínea y brillante, como una valiosa perla engastada en las verdes colinas, la jungla y los jardines. Una perla que, sin embargo, tenía imperfecciones, feas fisuras y manchas marrones.

Marineros sin recursos deambulaban por los muelles en busca de un capitán que quisiera contratarlos. Hombres rudos de aspecto andrajoso llegados de Australia, que habían entregado un cargamento de caballos y mantenían los ojos abiertos por si se presentaba la ocasión de ganar dinero o al menos de divertirse. Personajes dudosos que les echaban somníferos en el aguardiente, los desplumaban y después los molían a palos. A lo largo de Boat Quay, en la orilla meridional y en las calles de detrás, del barrio chino, habían proliferado los tugurios. Como el moho gris viscoso, que diseminaba sus esporas generosamente al sofocante aire, los burdeles y las timbas iban ganando más y más terreno. Y otro tanto sucedía con los fumaderos de opio.

Los británicos importaban cantidades ingentes de opio de la India. Gran parte era embarcado a China y a otros países de Asia, y cantidades inferiores a Europa y América. Sin embargo, también se quedaba mucho opio allí, en Singapur, y los impuestos que lo gravaban y las tasas de las licencias que se concedían a los chinos para su reventa llenaban las arcas de la ciudad. Era un secreto a voces que Singapur ganaba más con los vicios del opio, el arac y los juegos de azar que con la diligencia de sus ciudadanos. Como también se sabía que el opio enriquecía más aún a los *taukeh*s, hacía que los *kongsis* fuesen aún más poderosos.

La demanda de opio era grande. Los chinos ricos disfrutaban de él en sus ratos de ocio, consideraban un gesto natural de hospitalidad y buen tono ofrecer a sus invitados una pipa de opio mientras saboreaban una noble taza de té. Sin embargo, el opio era el elixir de la vida, más importante que su plato diario de arroz, para los pobres, los trabajadores y los culis, los patrones de *tongkangs* y sampanes del río.

El opio era barato. Incluso un culi mal pagado se podía permitir una pipa en uno de los numerosos fumaderos de la ciudad, que proporcionaba alivio a sus doloridos músculos, a sus cansados huesos al final de una larga y dura jornada de trabajo. Cuando el oleaje era fuerte y los sampanes chocaban contra el costado de los grandes barcos, las sogas de las grúas se partían y pesadas cajas, fardos y sacos caían sobre los trabajadores, el opio ayudaba a mitigar el dolor y permitía que la persona siguiera trabajando con un hueso roto y una extremidad aplastada y no perdiera el jornal. El opio acababa con la fiebre y la disentería, el dolor de muelas y la tos y el hambre, atenuaba los efectos secundarios de las enfermedades

venéreas y supuestamente incluso surtía efecto contra las mordeduras de serpiente.

El opio relajaba, hacía olvidar el duro trabajo del día, la nostalgia y las preocupaciones. Era un bálsamo para cuerpos destrozados y almas solitarias. Fumar opio, o perseguir al dragón, que era el eufemismo que se utilizaba, era el camino hacia la paz y la felicidad.

Al menos durante un tiempo, si bien de todas formas la vida de un culi en Singapur era corta.

En el camarote, el aire, tan denso y pesado que se podía cortar, estaba viciado de humo de opio. Con la larga caña de bambú de la pipa en la mano, dos chinos los miraban fijamente bajo la luz teñida de negro de una lámpara de aceite. Con los ojos vidriosos y el semblante completamente paralizado, estaban demasiado intoxicados para que les preocupase el hecho de que hubiera extraños a bordo. Tres chinos más estaban profundamente dormidos, quizá también inconscientes, en el suelo.

–Lamentable–refunfuñó Dian.

Raharjo asintió. Lo que sus hombres hacían en tierra, ya fuera beber arac o mascar betel o quizás incluso fumar opio, le daba lo mismo, pero a bordo de su barco exigía tener la cabeza despejada.

Personalmente no tenía ningún interés en inducir un sueño artificial a sus demonios. Prefería bailar con ellos, a veces en brazos de una mujer; si era preciso, calmar su acalorada furia con el viento y el agua.

–¿Tú qué crees que...?–empezó a decir Dian, pero Raharjo se llevó un dedo a los labios y aguzó el oído.

Había oído algo. Abajo, en las entrañas del junco, antes de enmudecer. Pasaron unos instantes y después se oyó de nuevo.

Fino y débil, como un gimoteo, un llanto quedo.

–Personas–musitó–. Es un cargamento de personas.

Una de las vertientes comerciales más lucrativas de los *kongsis*: contratar a hombres en China y llevarlos allí. Por las molestias, la travesía en barco y la mediación para obtener un puesto de trabajo en el que debían permanecer hasta que hubiese reunido la suma correspondiente, al menos tres años, se pedía a un *sinkeh*, o bien a un ciudadano de su país, en torno a treinta y cinco dólares. Con frecuencia semejante contrato no valía ni el papel en el que estaba escrito; los malos tratos y la servidumbre estaban a la orden del día y era fácil caer en la esclavitud.

En Singapur esta actividad se denominaba «comercio de cerdos».

–*Tuan!* –La voz de Yuda, procedente de abajo, sonaba decidida, casi furibunda, y sin embargo temblorosa–. *Tuan!*

Raharjo se hallaba en la angosta bodega del junco junto con Dian, en silencio.

El barco crujía y gemía con el oleaje.

El hedor a sudor rancio, a sangre coagulada, a vómito, a orina y heces era insoportable. A miedo en estado puro.

Los gritos de Yuda hicieron que el resto de los hombres bajara; se quedaron sin aliento, horrorizados.

El farol que Yuda sostenía en alto arrojaba una luz titilante sobre cajas y sacos. Sobre las muchachas que se encontraban detrás, apretujadas, acurrucadas, abrazadas las unas a las otras. Los despavoridos ojos clavados en los hombres o cerrados debido al miedo, el rostro sucio y humedecido por las lágrimas que habían derramado; una y otra vez se oía un sollozo apenas perceptible. Eran muchachas chinas, al menos una docena, quizás incluso más.

Muy jóvenes, muchas de ellas aún niñas.

Muchachas a las que habían vendido sus padres para ser revendidas en Singapur de sirvientas o de *amah*; la mayoría de las veces, sin embargo, de *ah ku*, prostitutas.

Oficialmente la prostitución estaba prohibida en Singapur, si bien no pasaba inadvertida en el barrio chino. Solo había que fijarse.

No obstante, los británicos, escandalizados, hacían la vista gorda. Sin duda porque temían a los

kongsis, que con ella se hacían de oro, pero quizá también porque sabían que era imposible hacer cumplir semejante prohibición en esa ciudad, en la que miles y miles de chinos vivían lejos de sus aldeas natales, de sus familias.

Las rígidas tradiciones prohibían enviar al extranjero a muchachas chinas decentes para casarse, y eran pocos los culis que ganaban tanto como para poder viajar a su patria en busca de esposa. Eso por no hablar de la suma de dinero que costaba una boda tradicional.

Mujeres y muchachas chinas eran un bien escaso en Singapur. Salvo en los burdeles.

Y burdeles había muchos en Singapur, para todos los gustos: se ofrecían incluso muchachos y jóvenes chinos, y las *karayuki-san*, japonesas, estaban en boga.

El silencio que envolvía a Dian y Yuda, y a los demás hombres, revelaba que estaban pensando en sus propias hijas. En sus sobrinas y las hijitas de sus vecinos.

—Mira, *tuan*.—Tirta llevaba a un chino con el brazo torcido a la fuerza a la espalda—. Lo he encontrado en un rincón. Pretendía esconderse para que no lo halláramos.

El chino pareció barruntar una posible salida. Su rostro, desfigurado por la ira y el dolor, se relajó en fingida complacencia.

—Por favor, *tuan*, mirad a vuestro alrededor—dijo en una mezcla de chino y malayo, el tono de voz ladino y congraciante—. Tengo a bordo la mejor de las mercancías. Para vos y para vuestros hombres. Y os haré un buen precio. Entre doscientos y trescientos dólares por muchacha, dependiendo de la edad y el estado en que se encuentre. Un precio excelente. Por lo general aquí las mejores valen quinientos.

Raharjo, con los ojos despidiendo chispas, hizo una señal con la cabeza para dar a entender a Yuda que se llevara de allí al hombre; le daba lo mismo lo que hiciera con él.

—¡No, *tuan*! ¡No me hagáis nada, os lo ruego! Las he comprado honradamente. A todas. Cada una me ha costado al menos treinta dólares. Al menos restituidme el género, y después haced con ellas lo que...

Su discurso se vio interrumpido abruptamente.

Raharjo miró a las muchachas. Esos rostros planos, con forma de corazón, a menudo aún infantiles, los ojos ora apáticos y resignados, ora angustiados, directamente febriles. Enviarlas de vuelta a China sería absurdo: a las primeras de cambio las volverían a vender y las enviarían a donde fuera.

—Dian.—El aludido lo miró con atención—. ¿Crees que podrías colocarlas en algún sitio? ¿A todas? ¿En casas, tiendas, donde puedan ser útiles a cambio de un pequeño salario? ¿Donde reciban un buen trato? Yo daré algún dinero.

Dian observó a las muchachas; daba la impresión de repasar mentalmente a todos sus parientes, amigos y conocidos. Movió la cabeza con aire circunspecto.

—Es posible, *tuan*. Conozco a algunas personas respetables a las que podría venir bien contar con una muchacha que les eche una mano.—Una sonrisa débil asomó a su rostro—. Mi esposa lleva algún tiempo importunándome con que quiere a alguien que le ayude con los niños, ahora que somos adinerados.—Alzó un tanto más el farol—. Si quieres, las puedo alojar en mi casa y en la de mi hermano una o dos noches. Todo saldrá bien.

Raharjo asintió, dirigiéndose primero a él y después a los demás hombres.

—Llevalas al barco.

Vio que sus hombres se acercaban a las muchachas con movimientos lentos, cuidadosos y se ponían a hablar con ellas en voz baja, tranquilizadora, en su propia lengua y chapurreando los dialectos chinos que conocían. Fueron sacando de allí a una muchacha tras otra; muchachas a las que temblaba el cuerpo entero, que cojeaban, a las que era preciso sostener. Algunas lloraban, quizá de alivio, quizá porque todavía no habían comprendido que se encontraban a salvo o porque pensaban en cuáles serían las siguientes etapas de su calvario. Los hombres tuvieron que llevar en brazos a un par de ellas, que estaban demasiado debilitadas tras la larga travesía.

Raharjo apartó la mirada cuando Dian pasó por delante con una niña que no parecía mucho mayor que

Veena.

–Ya están todas, *tuan* –informó Dian después de revisar la bodega con el farol en la mano, iluminando cada rincón.

Raharjo asintió.

–Vámonos.

Sin embargo, un ruido lo hizo detenerse, tan débil que era poco más que un presentimiento. Su mano fue directa al cañón de su pistola.

Indicó a Dian con un gesto que iluminara una de las cajas que había junto a la puerta. Detrás se distinguía algo claro, brillante, no sabía qué. A otra señal suya, Dian dejó el farol en el suelo, y cuando Raharjo movió la cabeza, apartó la caja de un tirón.

En el suelo, en cuclillas y abrazándose las rodillas, había una niña. Lo miraba atemorizada, el rostro delgado y blanco como la pared.

Raharjo separó la mano del arma y se arrodilló.

–No tengas miedo–le dijo en voz baja en hokkien, con una sonrisa que, esperaba, inspirase confianza–. Nadie va hacerte nada.

La pequeña no se movía.

–Has sido muy lista escondiéndote detrás de las cajas, pero ya no tienes por qué hacerlo. Ven, te llevaremos a un lugar seguro.

Le tendió la mano.

Al cabo suspiró y se acercó más. Despacio, para no asustarla, y con sumo cuidado, la rodeó con un brazo, le pasó el otro por las corvas y se levantó con ella.

No pesaba nada, no mucho más que Veena, aunque debía de ser mayor. Apenas era más que un saco de piel y huesos, las escápulas se le clavaban en el brazo a través de la fina tela de la blusa que llevaba; cada vez que cogía aire, con nerviosismo, le notaba las costillas atravesando su camisa. Apestaba; despedía un olor ácido, a cerrado, penetrante, y la orina que le había empapado los pantalones largos le humedecía a él la camisa.

–Dámela si quieres, *tuan*.–Dian extendió los brazos para hacerse cargo de la niña.

La pequeña cerró los ojos y apoyó la cabeza en el pecho de Raharjo. El cuerpo entero le temblaba, un temblor que se le contagió a él y lo sacudió profundamente.

–No–repuso con voz ronca mientras contemplaba a la niña, que dormía en sus brazos–. Me la llevaré a casa.

Raharjo asomó a la superficie del río, se apartó el mojado cabello del rostro y nadó con movimientos enérgicos, regulares, hacia el embarcadero.

A pesar de la avanzada hora, la noche seguía rebosante de vida. En la orilla, por todas partes, se oían cantos, susurros, crujidos. En el agua, mientras nadaba, se había cruzado con peces que lo habían acompañado en su camino. Como si supieran que esa noche no tenían nada que temer, se habían deslizado por sus brazos y sus piernas mientras él avanzaba sobre el fangoso fondo. Ciego en la negrura de la noche, en ese río oscuro como la tinta. Con una grata sordera, percibiendo y sintiendo únicamente con la piel, los músculos. Con agua clara del río en la lengua cuando emergía y se enjugaba la boca, el agua describiendo un gran arco al escupirla, antes de precipitarse de nuevo a ella.

Se sentía limpio de cuerpo y alma cuando salió del río, más que si se hubiera bañado sin más en casa. Se sacudió y se puso los pantalones y la camisa limpios que se había llevado.

La frente se le arrugó cuando echó a andar hacia la casa y en el rectángulo amarillo claro que dibujaba la puerta, abierta y levemente iluminada, distinguió una silueta. Era Kembang, una de las mujeres de la casa, a la que había despertado para que se ocupara de la niña china; a todas luces llevaba un buen rato esperándolo.

–¿Qué ocurre?

–Disculpad, *tuan*.–Hizo una reverencia, entrelazó las manos ante el *sarong* a la altura del regazo, nerviosa, y las soltó–. Es... es la niña que habéis traído.

–¿Qué le pasa?

Dando unos pasos largos, entró en la casa y la mujer se apresuró a seguirlo.

–La hemos bañado y la hemos vestido, como pedisteis. Y se ha dejado hacer sin decir esta boca es mía. Pero... pero se niega a comer.

Raharjo se detuvo y la miró ceñudo.

–¿Qué me quieres decir con eso?

–Es solo que... que pensamos...–Kembang tragó saliva y se puso a jugar de nuevo con los dedos hasta que logró dominarse y, con un movimiento enérgico, se alisó el *sarong*–. Pensamos que quizá podríais venir a la cocina para convencer a la niña de que coma.

–¿Yo?–Raharjo arqueó una ceja–. ¿Soy el señor de la casa o una *ayah*?–le espetó con semblante sombrío.

Confusa, Kembang bajó la mirada.

–Está bien–refunfuñó él al cabo–. Si no hay más remedio...

En la cocina, que se hallaba en una pequeña construcción independiente, unida a la principal por una veranda, hacía calor. El hogar, de ladrillo y en el centro de la estancia, aún estaba encendido. Los restos de distintas hortalizas y raíces, de una gallina y de hierbas aromáticas, que debido al nocturno imprevisto habían dejado allí sin más, se hallaban esparcidos en una mesa alargada, y su intenso aroma inundaba el aire.

Las cabezas del cocinero y de Bunga, la otra sirvienta, se alzaron cuando entró Raharjo. Ambos se inclinaron ante él, la preocupación escrita en la cara y visiblemente aturridos con el hecho de que el *tuan* hubiese regresado escasas horas después de partir, los hubiese despertado en mitad de la noche y les hubiese hecho entrega de una niña flaca, sucia y aterrorizada.

También la niña lo miró.

Estaba en cuclillas en el suelo, igual que la encontrara en el junco, en un rincón de la cocina, la espalda contra la pared, el largo cabello negro aún húmedo después del baño. La *kebaya* que le habían puesto le quedaba demasiado grande, casi se perdía en ella, y probablemente hubiesen doblado el *sarong* a lo largo antes de enrollárselo.

Raharjo se puso de rodillas delante de ella.

–Tienes que comer, ¿me oyes?–dijo con severidad–. Debes reponerte.

La pequeña, la mirada titilante, encogió más las piernas.

–Y así todo el rato–musitó Kembang a su espalda–. Y tampoco quiere hablar. No ha dicho ni pío. Ni siquiera sabemos cómo se llama.

No sabía qué hacer.

–Dame eso.–Raharjo le hizo una señal al cocinero, que sostenía en la mano una escudilla que le entregó presuroso.

–Está recién hecha, *tuan*. La de antes se ha quedado fría.

Raharjo se sentó en el suelo y movió la espesa sopa antes de acercarle a la niña la cuchara a la boca.

–Vamos, abre la boca y come. Seguro que estás muerta de hambre.

La pequeña se limitaba a mirarlo fijamente.

–Anda, al menos un poquito.

Le pasó con tiento el borde de la cuchara por el labio inferior, y su boca se abrió despacio, temerosa. Al final, igual de despacio y temerosa, la niña empezó a sorber la comida de la cuchara.

En la cocina se oyó con suma claridad un suspiro de alivio. El cocinero y las dos sirvientas se miraron con cara de asombro. Les resultaba conmovedor que el malhumorado *tuan*, al que todos temían, que tan poco se preocupaba por sus propios hijos, tratase con tanto afecto a esa pobre criatura

maltratada.

Raharjo fue dando de comer a la niña cucharada a cucharada mientras le hablaba en voz queda. Y la niña no le quitó la vista de encima ni un solo instante.

III
Perdidos
1865-1871

Aunque el resplandor que
en otro tiempo fue tan brillante
hoy esté por siempre oculto a mis miradas,
aunque mis ojos ya no
puedan ver ese puro destello
que en mi juventud me deslumbraba,
aunque nada pueda hacer
volver la hora del esplendor en la hierba,
de la gloria en las flores,
no debemos afligirnos
porque la belleza subsiste siempre en el recuerdo.
En aquella primera
simpatía que habiendo
sido una vez,
habrá de ser por siempre
en los consoladores pensamientos
que brotaron del humano sufrimiento,
y en la fe que mira a través de la
muerte.

WILLIAM WORDSWORTH

El índigo de la noche se desangró en un azul mortecino y siguió perdiendo fuerza hasta que finalmente cedió ante el tenue dorado que anunciaba la salida del sol.

En el ahumado crepúsculo matutino se recortaron las copas de los árboles, en las que los pájaros entonaban su saludo. Una nutria madrugadora se desperezaba en la orilla y se deslizaba silenciosamente en el agua para atrapar su primer pez.

La casa de Kulit Kerang estaba en silencio, soñando todavía en su nido de árboles y matas, envuelta en el velo de bruma de la nueva mañana. Todos dormían aún, incluidos los tres niños. Tan solo el *ayah*, despierta temprano por la costumbre, entornaba los ojos, adormilada, con la descolorida luz del nuevo día, esperando a que la pequeña Sharmila rompiera a berrear como cada mañana para poder cambiarle el pañal y llevarla a la cama de su madre.

Para entonces en la cocina ya reinaba el ajeteo desde hacía rato. Cuando el *tuan* estaba en casa, solía desayunar al rayar el alba. No hacía una comida opípara, pero sí que tomaba pequeñas cantidades de diversos platos, lo cual implicaba mucho trabajo a una hora temprana.

—Listo.—El cocinero suspiró, pasándose el brazo por los surcos que el tiempo y el peso de sus cometidos habían abierto en su frente, del color de la teca.

Contemplaba con aire satisfecho el revoltijo de pieles y mondas de frutas y verduras, de espinas y cabezas de pescado. Bunga acababa de salir con una pesada bandeja para llevarla a la veranda de la casa.

El aire abrasador que se respiraba en la cocina estaba cargado de aromas. A jugoso, dulce mango y delicados lichis; a café fuerte, pescado recién asado a la parrilla y cangrejos adobados en ajo, un picante curry de verduras. A exquisito arroz con aroma a jazmín.

—*Aduh* —exclamó el cocinero, estupefacto—. He olvidado el arroz.—Giró en redondo—: ¡Muchacha! ¡Deprisa! Llévale a Bunga el arroz.

La niña dejó en la pila la cacerola que estaba lavando y se secó con cuidado las manos, rojas e hinchadas por culpa del agua caliente con lejía. También tenía enrojecido del calor el rostro, delgado y rematado por un mentón puntiagudo como el pétalo de una *kemboja*. Por si acaso se frotó una vez más las manos en el *sarong* antes de coger la fuente de porcelana con el humeante arroz.

—¡Vamos, vamos, date prisa! No hagas esperar al *tuan* —ordenó el cocinero—. Y que no se te caiga por el camino.

Con pasos veloces, pero cautelosos, la niña enfiló la veranda que unía la cocina con la casa.

Con el rabillo del ojo reparó en una sombra que surgía del río.

Se detuvo para mirar mejor. Sus almendrados ojos, de un negro brillante en su blanco rostro, se abrieron de par en par. Tras un breve instante de vacilación, sucumbió a la tentación de ocultarse tras una de las columnas para espiarlo.

Sabía que el *tuan* iba a nadar al río cuando aún era de noche, aunque nunca lo había visto con sus propios ojos. El cocinero decía que el *tuan* debía zambullirse todos los días en el río porque de otro modo moriría como el pez al que sacan del agua, pues era más una criatura marina que una persona. Por eso también su corazón era frío como el de un pez, añadió. Bunga no estaba de acuerdo: el *tuan* era un tigre, igual de salvaje, igual de irritable y agresivo. Se veía ya solo por su forma de tratar a la señora y a sus hijos. El *tuan* no era un animal de manada; un solitario como él habría hecho mejor no casándose.

La niña dijo para sus adentros que no estaba de acuerdo con ninguno de los dos. El *tuan* era como un mangostán: su corteza incomible preservaba un corazón tierno. Ella lo había visto en sus ojos, antaño, y lo había guardado en lo más profundo de su ser; un tesoro precioso que le pertenecía solo a ella.

Su piel era oscura como la canela, mojada y brillante con la suave luz de la mañana cuando salió del río; del cuerpo entero le chorreaba agua; del cabello, de la barba. Con un brillo abismado en los ojos,

admiró su esbelto, fuerte cuerpo, las nervudas, vigorosas extremidades. Su mirada reparó en su sexo, oscuro, peligroso y prometedor, y las ardientes mejillas, que precisamente empezaban a enfriarse, se encendieron de nuevo.

Sin embargo, no era capaz de apartar la mirada.

El *tuan* se sacudió como una nutria, despidiendo gotas de agua centelleante antes de inclinarse para coger sus cosas, los músculos de la espalda marcándosele y dándole a ella la medialuna perfecta, tersa, del trasero. La niña sintió un cosquilleo en el vientre, por su cuerpo se extendió un calor desconcertante que se le remansó en el regazo; tenía la boca completamente seca.

Tragó saliva.

No notaba el calor que desprendía la fuente, pero las terminaciones nerviosas de su piel dieron la voz de alarma. Los músculos de sus brazos se contrajeron, y la lisa porcelana se le resbaló de las manos y fue a parar al suelo, donde quedó hecha añicos.

Con lágrimas en los ojos, clavó la vista en la nube de arroz humeante, el caótico, cortante mosaico verde jade, rosa y azul marino. Se agachó a toda prisa para recoger los pedazos.

–¡Ayyy!–El cocinero se acercó corriendo–. Y eso que te he dicho que tuvieras cuidado.–Le dio un fuerte palmetazo en el cogote, y la niña prorrumpió en sollozos–. Pero mira que eres torpe.

Llegó un sople de aire, salieron volando pequeñas gotas de agua y alguien retuvo la mano del cocinero, levantada y dispuesta a propinar otro golpe.

–No te atrevas a hacerlo.–Una voz de hombre, grave, encolerizada y amenazadora–. En esta casa no se pega a nadie.

–Pero *tuan*...–su protesta sonó débil; la fuerte mano le estrujó el brazo hasta los huesos.

–Y menos por un ridículo plato de arroz. Si vuelvo a ver que pegas a esta niña o a alguna otra persona, ya puedes ir cogiendo tus cosas para marcharte.

–Sí, *tuan* –contestó el cocinero–. Disculpad, *tuan*. No volverá a pasar.–Exhaló un suspiro de alivio cuando el *tuan* lo soltó y se frotó el dolorido brazo. Así y todo debía decirlo–: Pero esta niña no sirve para esto, *tuan* –soltó de corrido–. Es buena y hace lo que se le dice. No es holgazana, se esfuerza. Pero a menudo es lenta, porque sueña despierta. Y terriblemente torpe. Resulta increíble, *tuan*, siendo una criatura tan delicada. Pero ya he perdido la cuenta de las jarras, los vasos, los platos y las fuentes que ha roto desde que está aquí. No vale para la cocina, *tuan*.

Los oscuros ojos de Raharjo se clavaron en la niña, que seguía allí con la cabeza gacha, la larga y tirante trenza, negra como la pez, cayéndole sobre el hombro de la *kebaya*.

–¿Es cierto? ¿Rompes muchas cosas? ¿Por descuido?

La niña titubeó. Temía decir la verdad, pero tampoco quería mentir.

Al cabo hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

–Enséñame las manos.

Tras vacilar nuevamente, separó los dedos, que tenía entrelazados ante el regazo, y se los enseñó al *tuan*. Creyó morir de vergüenza cuando él examinó meticulosamente sus enrojecidas y agrietadas manos, las uñas, partidas y para colmo mordidas. Y murió de dicha al sentir sus pequeñas manos en las suyas, grandes, calientes. Eran suaves, tan solo en algunas partes con callosidades duras, ásperas.

–Estas manos no están hechas para trabajar en la cocina.–Se las soltó–. ¿Sabes usar aguja e hilo? ¿Sabes coser?

Asintió con vehemencia: sí, desde luego que sabía, había aprendido a hacerlo cuando era muy pequeña.

–Mírame cuando te hablo.

Lo dijo con aspereza, pero no enfadado, y la niña levantó la cabeza. Su mirada subió por las perneras del *tuan*, mojadadas en las rodillas y los muslos, por la fina línea de oscuro vello que ascendía por el liso y musculoso vientre. Por el pecho terso, duro, donde el agua formaba perlas, hasta su rostro.

Ella nunca lo había visto tan de cerca; no desde que la sacó del barco aquella vez y le dio la sopa. Al principio se pasó un par de veces por las habitaciones de la servidumbre, o por la cocina, para convencerse de que ella estaba bien, no le faltaba nada, pero desde entonces solo lo veía de lejos. Cuando iba a tirar el agua sucia o iba por agua o sacaba la basura. Parecía un hombre solitario cuando se hallaba en el jardín, contemplando el río; una soledad que ella entendía.

Era mayor de lo que recordaba. Profundas arrugas verticales se abrían a ambos lados de la boca, perdiéndose en su barba; bajo sus escrutadores ojos se distinguía un abanico de finas líneas.

Ella enrojeció hasta más no poder.

—Quizá tenga otro trabajo para ti. Ven conmigo.—Le indicó que lo siguiera con un movimiento de cabeza—. Tráete un mozo de la ciudad para tu cocina—dijo al cocinero, volviéndose a medias—. O a dos, si lo deseas.

—Gra... gracias, *tuan* —balbució el hombre, patidifuso, pero feliz—. ¡Muchas gracias! Es muy generoso de vuestra parte.

El *tuan* siguió adelante dando zancadas; a la niña le costaba seguirle el ritmo, a fin de cuentas él le sacaba casi dos cabezas.

Bunga, que estaba en la veranda junto a la mesa puesta, lista para servir al *tuan*, le lanzó una mirada furiosa.

¿Se puede saber qué demonios has roto?, parecía decirle.

El *tuan* dio la vuelta a la casa hasta llegar a la parte estrecha.

La niña, presa del nerviosismo, contuvo la respiración cuando franqueó una puerta tras él: nunca había estado en la casa. Acto seguido se quedó con la boca abierta al ver la amplia habitación de techos altos. La cama enorme, capaz de dar cabida cómodamente a varias personas. Las blanquísimas sábanas, con pinta de frescas y sin una sola arruga. La madera pulida de los preciosos muebles.

Tanta luz, tanto aire.

El *tuan* abrió una de las tres puertas de la habitación y le indicó que pasara. A un cuartito aparte, solo para la ropa; jamás habría creído posible que alguien pudiera tener tantas camisas y pantalones, chaquetas y zapatos.

—Podrías hacerte cargo de esto. Hasta ahora es una de las tareas de Kembang, pero sin duda se alegrará de que le quites algo de trabajo. Te encargarás de mantener esto en orden. Guardarás las cosas cuando las traiga el *dhobi-wallah* y le darás la colada. Te asegurarás de que no falte ningún botón y no haya ninguna costura descosida. De ser así, te ocuparás de solucionarlo. ¿Podrás hacerlo?

La niña asintió; la cabeza le daba vueltas de pura dicha.

Él esbozó un amago de sonrisa.

—¿Y hablar? ¿Sabes?

A la boca de la pequeña afloró una levísima sonrisa.

—Sí, *tuan*.

—¿Sí que sabes hablar o sí que puedes hacer este trabajo?

La sonrisa se ensanchó un tanto.

—Sí, *tuan*, y sí, *tuan*.

Risueño, Raharjo le preguntó:

—¿Y tienes nombre?

Cuando quiso recuperar el habla y consiguió aprender un poco de malayo, ya nadie se molestaba en preguntarle cómo se llamaba; era, sencillamente, la muchacha.

—Mei Yu—musitó.

Las cejas de Raharjo se movieron cuando se paró a pensar.

—¿Jade valioso? ¿O jade bello? Eso es lo que significa tu nombre, ¿no?

Ella asintió. Su piel clara y sus delicados rasgos habían costado mucho dinero a los hombres que la

compraron a sus padres y la llevaron al barco.

–Bien.–Le hizo una señal de asentimiento, cogió una de las camisas blancas al azar y se la puso—. Si tienes alguna pregunta, acude a Kembang. Y que te dé también útiles de costura.

Ella cogió aire para decir algo, pero acto seguido la abandonó el valor. No le resultaba fácil hablar malayo, lo había escuchado mucho, pero practicado poco.

–¿Sí?

–Muchas... muchas gracias, *tuan*. No lo... lamentaréis.

Él sonrió una vez más.

–Eso espero.

Y se alejó sin más, dejándola sola. En su dormitorio. Entre su ropa.

Con el corazón acelerado, Mei Yu esperaba que alguien entrara corriendo y la regañara, le dijese que no podía quedarse allí haraganeando y la mandara de vuelta a la cocina. Pero no fue nadie.

Asomó la cabeza con cautela por la puerta. Nadie, por ninguna parte.

Recorrió las baldas despacio, grabándose en la memoria dónde estaba cada cosa y cómo estaba doblada la ropa. Pasó la mano con delicadeza por los montones de camisas, una magnífica chaqueta bordada, solo con las yemas de los dedos, para no dañar los exquisitos tejidos con sus estropeadas manos. Su mirada reparó en la gran cesta de un rincón, que estaba en el suelo y llena hasta el borde de prendas arrugadas: la colada para el *dhobi-wallah*.

Miró a su alrededor con disimulo, para comprobar si de verdad no la observaba nadie.

Mei Yu cogió la primera camisa y se la llevó a la cara. Aspiró con fuerza el olor a sal y algas, a cuero mojado y secado al sol y a cobre húmedo.

Cuando se hallaba en el sombrío vientre del barco y él la miró, le pareció un gigante; tan alto que habría podido coger el sol del cielo fácilmente con solo alargar la mano, atrapar las estrellas con la mano. Su voz, como té fuerte, sonó amable, tranquilizadora, aun cuando no entendiera todo lo que dijo.

La levantó del suelo como si fuera una hojita seca, la sacó del barco como un valiente guerrero a una princesa. Y la sostuvo entre sus brazos durante todo el camino, a bordo de otro barco, en un coche, hasta llegar a la casa.

Su rostro contra su pecho, la envolvió en ese olor que le quitó el miedo, le borró la vergüenza. Le dio la increíble, la asombrosa sensación de hallarse a salvo.

Segura.

Georgina respiró hondo. Ese aire viscoso, que casi goteaba y apenas lograba mitigar la fuerte brisa que soplabá del mar y salaba el intenso olor a savia de las hojas, el dulzor embriagador de las flores. Disfrutó la película húmeda que el sudor dejaba en su piel, que hacía que la tela se le pegara al cuerpo, marcando su silueta, y se perlaba en su frente, en su nariz.

Miró dichosa al cielo azul, un azul que en Inglaterra jamás llegaba a ser tan radiante. Sus ojos se empaparon del vivo verde de los árboles, los luminosos colores de las inflorescencias, impregnando su alma. Incluso el bosquecillo, para entonces una jungla en miniatura, que primero amara y después aborreciera, se le antojó una visión grata: volvía a estar en casa.

—¿Te has instalado ya?—quiso saber Gordon Findlay.

—Sí, gracias—repuso Georgina mientras bebía sorbos de su taza de té.

—¿Te las arreglarás, con el espacio? ¿Y... en general?

—Claro.—Bajó la vista.

Georgina no quería que se le notara lo mucho que se alegraba de volver a vivir en L'Espoir. Su padre no lo habría entendido; incluso era consciente de lo pequeña y deslucida que era su casa en comparación con Bonheur. Una concha estriada en la que los años y las tormentas habían dejado su huella, recubierta de musgo y tapizada de líquen, que se aferraba más mal que bien a su cara rocosa, bajo la que las aguas del tiempo espumeaban y formaban remolinos.

Al principio la propia Georgina se sintió consternada y se avergonzó un tanto de la madera combada y las paredes enmohecidas. De la parvedad, la sencillez del mobiliario, los ornamentos y los enseres domésticos, y del sempiterno olor a moho, a levadura, que parecía más abrumador, asfixiante que el rasposo hollín de Inglaterra.

En el avanzado, elegante Londres había olvidado la forma de vida sencilla, primitiva incluso, de Singapur, aun siendo acomodada. La definición del lujo era distinta según los grados de longitud; al menos para entonces en las calles de Singapur había luz de gas, encendida con pompa y ceremonia en conmemoración del día en que nació la reina Victoria. La primera vez que Georgina regresó, el contraste le resultó mucho menos dramático; quizá tuviera que ver con la edad, pues ya tenía treinta y tres años.

—Paul aprecia en su medida el sacrificio que haces—aseguró su padre en voz baja, visiblemente turbado—. Y yo también.

Georgina no dijo nada.

El año previo había sido el más negro que había vivido nunca Singapur para el comercio; en comparación con él, incluso los años que vieron la decadencia de las plantaciones de pimienta y cachú y el declive de las mirísticas fueron fáciles.

El sistema por el que se regía el comercio en Singapur, esto es, vendiendo y revendiendo a crédito artículos importados hasta que las tintineantes monedas encontraban su camino de vuelta a través de cada uno de los puntos de unión de las cadenas comerciales, había funcionado a la perfección durante décadas, rindiendo beneficios a todos los participantes. Hasta que, prácticamente de la noche a la mañana, se desplomó como un castillo de naipes.

La codicia se apoderó de él, los márgenes de beneficios eran cada vez mayores; las reintegraciones de los créditos concedidos se retrasaban, a menudo ni siquiera se efectuaban. Aunque el manglar del comercio singapurense había echado muchas raíces, a la larga el agua salaba demasiado, subía más de la cuenta, impidiendo que las raíces aéreas pudieran respirar, alimentar al árbol.

Tal vez sencillamente la red comercial hubiese crecido demasiado, demasiado deprisa en esa isla en la que según el último recuento vivían más de ochenta mil personas, de las cuales cincuenta mil eran chinas. La madera del tronco y las ramas acabó siendo demasiado pesada para el subsuelo arenoso, fangoso, y el árbol cayó.

Como unas contagiosas fiebres palúdicas, los pequeños comerciantes chinos fueron a la ruina, cientos y cientos de ellos se vieron obligados a cerrar sus negocios. Debido a ello, los *towkays* más importantes sufrieron considerables pérdidas, y finalmente la oleada de quiebras acabó arrollando a las compañías europeas. Las primeras cerraron o fueron a la bancarrota, como fue el caso de José d'Almeida & Sons, una de las mayores y más respetadas de Singapur.

Resultaba inconcebible que esta compañía tan arraigada, propiedad de una familia que era un pilar de la ciudad desde que su fundador, un médico de a bordo portugués, se asentó en Singapur, uno de los primeros europeos en hacerlo, pudiera quebrar; se decía que la deuda ascendía a la vertiginosa cifra de un millón de dólares. Cundió el pánico de que los billetes de banco dejaran de tener valor; fueron muchos los que quisieron cambiar el papel moneda por plata, lo que cogió por sorpresa a los cuatro bancos de la ciudad. Durante un tiempo el comercio entero quedó paralizado. Y la mañana de Nochevieja, el *godown* de McAlister & Co. se incendió; el fuego se propagó muy deprisa a los *godowns* contiguos y los daños ascendieron a decenas de miles de dólares.

Singapur se hallaba en estado de *shock*.

Si antes Findlay, Boisselot & Bigelow ya no iba bien, el hundimiento del comercio y la insolvencia de muchos amenazaban con arrastrar a la compañía y precipitarla al abismo. Georges Boisselot, el primo de Georgina, en Pondichéry, que tras la muerte del tío Étienne hacía cuatro años, se hizo cargo de su participación, se hallaba fuera de sí debido a tan catastróficos acontecimientos, y amenazaba con retirarse del negocio, lo que habría asestado el golpe mortal a la compañía.

Los suaves y blancos copos del algodón eran la única esperanza en los tiempos que corrían. Después de que en la guerra de Secesión, que enfrentó al sur y al norte de América, los estados sureños esclavistas dejaran de exportar algodón a Gran Bretaña y Europa, la atención se centró en el algodón procedente de Egipto y, sobre todo, de la India. Un negocio que, pese a no compensar las pérdidas sufridas debido al bloqueo de los puertos en los estados del sur de América durante la guerra, hizo que Findlay, Boisselot & Bigelow lograra mantenerse a flote.

Esta era una carga que pesaba demasiado a Gordon Findlay, aunque nadie habría podido prever que las cosas fuesen a evolucionar así, y en la compañía nadie había cometido ningún error. A Paul, en cuyas manos había ido depositando cada vez más responsabilidad, más capacidad de decisión, no le reprochaba nada; cargaba con la culpa él solo.

Se le notaba. Como si entonces, a sus sesenta años, los huesos cedieran a la fuerza de la gravedad, caminaba más encorvado que antes, era como si siempre tuviese los hombros caídos. De la nariz al anguloso mentón le bajaban pronunciadas arrugas. Los azules ojos parecían más claros, como descoloridos por el cansancio y la resignación, la piel de debajo se veía arrugada. Una telaraña de finas líneas se había asentado en su rostro, reblandeciendo el contorno, y su cabello, aún poblado, se había vuelto plateado. Únicamente sus gruesas y velludas cejas seguían siendo negras como el carbón, con tan solo uno o dos pelillos canos.

Incluso su voz, grave, siempre un tanto áspera, se había tornado quebradiza.

—Es una lástima, con lo bonita que era la casa—observó en voz queda.

Georgina asintió sin mucho entusiasmo.

Bonheur se hallaba en venta. En cuanto fuese adquirida, el dinero se invertiría en la compañía. Probablemente se malvendería, pero con un poco de suerte se obtendría lo suficiente para tapar los agujeros de mayor tamaño. De haber sido otro el momento, ello habría supuesto una mancha socialmente irreparable, por la que habría sido necesario flagelarse; pero ese año en Singapur los Bigelow no estaban solos a ese respecto.

Hasta que la casa se vendiera, Paul seguiría viviendo en ella, algo en lo que, para alivio de Georgina, había consentido. Aunque fuera a regañadientes y visiblemente dolido.

—Mejor eso que las participaciones de la Dock Company—contestó ella—. En cuanto se hayan

construido los muelles en Tanjong Pagar, nos reportarán algunos beneficios.

Gordon Findlay esbozó una sonrisa de satisfacción.

—¡Esta es mi hija!

Georgina esbozó una débil sonrisa.

Cuando Paul y ella se peleaban, siempre era por la compañía. Por carta. Cuando él fue de visita a Londres. Nada más volver ella. Paul no toleraba que Georgina se entrometiera, aunque solo hiciese una observación, aportara una idea. No sin razón, se le pasaba a ella más de una vez por la cabeza, y sus mejillas se teñían de rojo.

Gordon Findlay bajó la mirada a la niñita que sostenía en el regazo. Su cabecita estaba llena de gruesos y brillantes rizos castaños oscuros, tenía los ojos azules, de pobladas pestañas, clavados en el reloj de su abuelo. Lo había sacado del bolsillo del chaleco y la niña lo toqueteaba asombrada, fascinada.

La pequeña Jo. Josephine Emma Bigelow, nacida hacía dos años y medio en la casa de los Gillingham, en Royal Crescent.

Al cabo de dos años, el reencuentro con Paul casi había sido un choque.

El hombre que acudió a visitarla era un desconocido, de menor estatura, más robusto de como lo recordaba, con los primeros destellos plateados en el cabello, las primeras arruguitas bajo los ojos. Seguro de sí mismo, casi arrogante, una actitud que a ella le repugnó, bajo la cual poco a poco fue aflorando un temor, un cuidado en su forma de tratarla, como si después de doce años de matrimonio quisiera cortejarla de nuevo. Su forma de tratar a los dos niños, con profundo, alegre afecto, y la cordialidad con que los Gillingham le abrieron los familiares brazos hicieron que el corazón de Georgina, contra todo pronóstico, sintiera algo por él. Y ver las humildes condiciones en las que había crecido en Manchester, verlo con sus toscos, torpes hermanos, le dio a conocer nuevas facetas del hombre con el que se había casado empujada por la necesidad y a la fuerza.

Al final fue su cuerpo el que traicionó su voluntad, su razón. Su cuerpo, que estaba hambriento y ansiaba ser besado, acariciado, amado. Que una noche de debilidad cedió; una debilidad a la que no se opuso.

La amargura le quitó la alegría del anuncio de la llegada de Jo. Georgina tenía pensado regresar a Singapur con Paul, un regreso que ya se veía aplazado indefinidamente. Mientras el canal de Suez no estuviese terminado, el fatigoso viaje por tierra, con el calor del desierto y en coches con escasa amortiguación, que iban dando sacudidas a campo traviesa, era demasiado arriesgado para una futura madre. Para un recién nacido. Un bebé de pocos meses.

Los dos años previstos en Inglaterra pasaron a ser cinco.

—No podrías haberme traído nada más hermoso de Inglaterra.—La nudosa mano de Gordon Findlay, llena de arrugas y venas azules, acariciaba cariñosamente el pelo de su nieta. Jo había perdido el interés en el reloj y, acurrucada contra la pechera de su abuelo con confianza, se mordisqueaba un nudillo—. Es igual que tú cuando eras pequeña.—Los ojos le brillaban—. Gracias por llamarla así por Joséphine.

A Georgina le resultaba conmovedor ver la ternura con la que su padre trataba a su nieta, y, sin embargo, le causaba dolor. Siempre.

Así era con ella antes de que se apartara, justo cuando más lo necesitaba.

—Háblame de *maman* —pidió Georgina—. De antes.

Su padre frunció el ceño; permaneció un buen rato en silencio, contemplando a su nieta absorto.

—¿La puedes coger?—preguntó al cabo, la voz seca y áspera—. Me figuro que tendrá que dormir la siesta. Y yo tengo que pasarme por el despacho.

Por esa época, Georgina subía a menudo a Government Hill, a visitar la tumba de su madre.

En ocasiones se llevaba a Jo, que caminaba torpemente entre las tumbas. La niña miraba asombrada los ángeles de mármol, perseguía mariposas y cogía flores, que en sus sudorosas manos perdían su

lozanía deprisa, y no lloriqueaba nunca cuando los mosquitos la rodeaban y le picaban en los bracitos y las pantorrillas.

Pero la mayoría de las veces Georgina iba sola.

Con el aire dándole en la cara, contemplaba el humor cambiante del mar y su juego de colores, siempre distinto. Miraba las nubes, que se apilaban en formaciones como de copos, se erigían en siniestros baluartes de aspecto amenazador para después seguir su camino nuevamente alegres y ligeras. Por un cielo que en ocasiones era de un azul tan claro y resplandeciente que casi tintineaba, y después se cubría, y luego era blanco como la leche. A veces se teñía de gris perla, se oscurecía hasta volverse de un negro tiznado, en el que se aproximaba sobremanera a la pendiente desde la que Georgina contemplaba la ciudad, que a lo largo de ese corto espacio de tiempo había cambiado mucho.

La rebelión de la India había durado algo más de un año, deslustrando con la sangre y el humo de la pólvora el brillo de la joya más resplandeciente de la Corona británica. Un violento terremoto en el corazón del Imperio, cuyas sacudidas levantaron un oleaje que se dejó sentir en Inglaterra. La Compañía Británica de las Indias Orientales fue destituida; la administración de la India pasó a estar en manos de un nue-vo ministerio británico, el India Office.

Singapur ya no estaba supeditada en todos los aspectos al gobierno de Bengala, sino a la nueva autoridad de Londres. Tenía los mismos derechos que Calcuta, en su día la planta madre, de la que, en un principio, Singapur no era más que un retoño.

Singapur era ya consciente de su valor, lo cual también se reflejaba en su fisonomía.

La ciudad se extendía casi hasta donde alcanzaba la vista desde allí arriba. Las casas eran de un blanco brillante con la luz del sol, los tejados de tejas de un rojo luminoso o de un gris favorecedor. Incluso cuando llovía, y las nubes se cernían bajas sobre los tejados como un oscuro manto, el blanco *chunam* permanecía alegre y sereno, de un frescor radiante. También de una elegancia ingrávida era el nuevo ayuntamiento, con su fachada acanalada, sus columnas y grandes ventanas, sus balaustradas, y pronto le seguiría un nuevo palacio de justicia.

El patito feo se había convertido en un bello, orgulloso cisne. En una reina.

La rebelión en la India había sido contenida, y Singapur se había librado de una revuelta cuando el capitán George Collyer, del Real Cuerpo de Ingenieros de Madrás, se lanzó con celo a las obras de fortificación de la ciudad, que por fin habían sido autorizadas: el capitán tenía en mente piezas de artillería a lo largo de la costa, amplias construcciones defensivas a lo largo de Government Hill con arsenal, talleres, barracas y un polvorín. Además de algunos fortines de menor tamaño en las colinas circundantes y una zona de defensa alrededor de los tribunales, el ayuntamiento y la nueva iglesia de San Andrés. El por aquel entonces gobernador Blundell lo contuvo: en modo alguno debía convertirse Singapur en una plaza fuerte que inspirara rechazo, debía seguir sien-do una ciudad portuaria abierta al mundo.

Sin embargo, a Collyer se le permitió construir una cortina de muelle para proteger la zona de Telok Ayer y ocuparse de la ampliación de la superficie edificable ganando terreno al agua. Y Fort Canning, un fuerte que en caso de ataque brindaría refugio a la población europea. Por desgracia, sin suministro de agua independiente en caso de sitio, como se puso de manifiesto más adelante. De producirse una situación de emergencia, desde ese punto los cañones no acertarían a ningún barco enemigo, sino que los proyectiles caerían sobre el río Singapur y el barrio chino.

«*Collyer's folly.*» La locura de Collyer.

El tremendo frío de Inglaterra hizo ver a Georgina lo necia que había sido al plantearse tan siquiera abandonar a Paul, tal vez incluso a sus hijos, e irse con Raharjo.

«*Georgina's folly.*»

Se moría de vergüenza al pensar que había estado a punto de confiar a Paul el consejo que le había dado Raharjo de invertir en casas en Upper Circular Road. Construcciones viejas, venidas a menos, que

hacia dos años habían sido pasto de las llamas. Corría la voz de que había sido un incendio intencionado; los rumores hablaban de especulación inmobiliaria.

Aunque en la calle se había vuelto a edificar, las casas más grandes, más bonitas, y se podía ganar un buen dinero con ellas, la reconstrucción habría significado la ruina segura para Paul Bigelow. Georgina había hecho bien no fiándose de Raharjo. Había pasado a ser su enemigo; qué necia había sido al pensar que la pasión que los unía había anulado las amenazadoras palabras que le dirigió en el jardín de Whampoa.

El momento en que podría haber vivido con Raharjo era irrecuperable ya, ahora lo sabía. Igual que el viejo puente Thomson, donde se reencontraron, había sido sustituido por el puente Elgin.

De la madera al hierro. De algo que podía ser amor al odio ciego, irreconciliable.

Inglaterra había resultado ser una experiencia saludable.

Allí había aprendido que, aunque era hija de Singapur, no lo era de Nusantara.

Sus raíces se hallaban en el trópico, pero su vida descansaba sobre una base europea. Tanto si lo quería como si no: el matrimonio con Paul la había marcado, sus hijos iban a la escuela en Inglaterra, la educación que recibían era inglesa, y por sus venas corría sangre escocesa y francesa.

Ella era uno de esos cardos que crecen entretejidos con la lavanda, no una *kemboja*.

Ya no conocía a nadie en esa ciudad nueva; los primeros moradores habían vuelto a su país natal o fallecido, el resto se había establecido allí no hacía mucho. Y Beach Road hacía tiempo que ya no era una zona distinguida, claro que tampoco Georgina era una dama distinguida. Singapur había cambiado y, sin embargo, en el fondo seguía siendo la misma ciudad. Bella tras las fachadas coloniales, pero indómita.

Una planta inglesa moldeada por el calor tropical, los monzones y el mar. Como Georgina.

Lo más bello de la nueva Singapur era la nueva San Andrés, a la que pronto se añadiría un campanario. La iglesia, de un blanco radiante, cegador, pese a sus impresionantes dimensiones, gracias a sus ojivas, agujas y torrecitas, a ornamentos como de discreta puntilla de encaje, parecía tan ligera y vaporosa que daba la impresión de flotar sobre el verde de la Esplanade. A Georgina le daba un vuelco el corazón cada vez que su mirada descansaba en el cuerpo alargado de la iglesia. Y cuando se sentaba en uno de los nuevos bancos, en esos altos espacios abovedados sustentados en columnas de blanco *chunam*, bajo el techo de oscuras vigas, los muros pintados de azul, el color del cielo y el mar, y el sol entraba por las vidrieras de colores, su corazón crecía y se ensanchaba.

Entonces sabía que volvía a estar en casa.

En Londres, Singapur era un vacío en su corazón; allí, en Singapur, ese vacío, que sangraba dolorosamente, a borbotones, tenía dos nombres: Duncan y David.

En último término había sido buena idea quedarse más tiempo en Inglaterra, hasta que sus hijos pisaron fuerte entre los hijos de Stu, Dickie y Maisie, cuyas hijas eran víctimas complacientes de las travesuras y tonterías de los muchachos. Con las amistades que trabaron en la escuela; David, con su carácter alegre, fácilmente; Duncan, más titubeante y limitándose únicamente a dos chicos que eran igual de taciturnos y reservados que él. Hasta que Georgina pudo marcharse, no sintiéndose aliviada, pero sí sin cargo de conciencia, porque sus hijos eran lo bastante mayores y autosuficientes.

Ahora tenían catorce y doce años. David seguía siendo un niño dechado de alegría de vivir, al que costaba estarse quieto; Duncan, todo brazos y piernas, ángulos marcados y huesos pronunciados, caprichoso de cuando en cuando, y ya con una voz grave. La próxima vez que Georgina los viera ya serían hombrecitos, no los niños a los que llevaba en el corazón, cuyos retratos en tono sepia enmarcados en plata constituían su tesoro más valioso.

Para entonces también estaría conjurado el peligro de que Raharjo le arrebatara a Duncan, si llegaba a enterarse de que era hijo suyo; en Inglaterra sabía que se encontraba a salvo.

Por Bonheur no derramó ninguna lágrima. Su sitio estaba en L'Espoir. Como su padre. Como

Cempaka y Ah Tong.

Pues la dicha era efímera; la esperanza no se perdía.

La esperanza de que lograra sacar el máximo partido posible de la vida que no había elegido, pero que le había sido regalada por el destino. De su matrimonio con Paul, al que no podía perdonar que la hubiese enviado fuera, del mismo modo que no se perdonaba a sí misma su necesidad.

La esperanza no se perdía. Nunca.

Mei Yu tarareaba feliz y contenta.

Para ella el sol brillaba esa tarde sombría en la que un fuerte aguacero caía sobre la casa, anegando el jardín y provocando una crecida en el río que lo convertía en un torrente impetuoso que se oía hasta en la casa, iluminada por lámparas.

El *tuan* volvía a estar en casa.

Guardó silencio y escuchó con atención el chapaleo, el borboteo y los resoplidos que salían por la puerta del cuarto de baño. Volvió a ver mentalmente al *tuan* saliendo del río y desnudo en la orilla, esa imagen que durante tantos meses había grabado y conservado en la memoria. Hundió el radiante rostro entre sus chaquetas, sin una arruga, para refrescarlo antes de continuar ordenando por enésima vez los perfectos montones de camisas y pantalones.

Estaba perdiendo el tiempo adrede: quería volver a ver al *tuan* cuando saliera del cuarto de baño.

A Mei Yu le encantaba su nuevo trabajo, que para entonces ya era una costumbre arraigada. No solo porque de ese modo podía ver de cerca al *tuan*, sino porque le gustaba estar rodeada de esas prendas hermosas y utilizar aguja e hilo, y tenía sentido del orden. Y, además, era un trabajo ligero. Demasiado ligero. Y es que cuando el *tuan* se hacía a la mar y pasaba muchas semanas fuera, no tenía nada que hacer.

Iba por toda la casa como un perrillo detrás de Kembang, que siempre estaba intentando apartarla de su lado a mordiscos, furiosa, porque pensaba que Mei Yu quería quitarle el puesto. Hasta que Kembang comprendió que lo cierto era que solo quería ser útil. Primero escéptica y crítica, después satisfecha, enseñó a Mei Yu el guardarropa de la señora. Mei Yu aprendió deprisa a tratar las valiosas sedas y a quitarles primero las manchas de leche materna y después los restos de pegajosos dedos infantiles. Y siempre se deshacía algún bordado, siempre había que coser o reponer alguna perla o piedrecita o espejito.

Mei Yu sentía mucha curiosidad por saber cómo era la esposa del *tuan*. Se quedó sorprendida y pasmada al ver lo bella que era la *tai tai*, su señora. La piel como de terciopelo marrón vivo, los ojos grandes y el cabello poblado, brillante, de un color mucho más bonito y cálido que el de Mei Yu, fino y de un negro azulado. En comparación con el de su señora, su cuerpo era como si hubiese sido recortado de papel japonés, los escasos detalles añadidos deprisa y corriendo con tinta china. La señora era una diosa de la fertilidad, de caderas anchas y senos generosos, rebosante de amor a sus encantadores hijos y rebosante de sensualidad.

Mei Yu no entendía por qué el de la *tai tai* con el *tuan* era un matrimonio desdichado.

Rara vez compartían la cama, le había contado Kembang cuando cambiaban las sábanas, en confianza. Y solo lo hacían arriba, en la habitación de ella, nunca abajo, en la de él; la señora no entraba en las dependencias de su esposo. Aunque no le pegaba, al menos ni Kembang ni nadie de la casa había visto nunca tal cosa, sí que la trataba con cierta crueldad, que era algo igual de malo, añadió, haciendo chasquear la lengua con gesto compasivo y un cabeceo reprobador.

Mei Yu se avergonzaba profundamente todas y cada una de las veces que veía a la señora, que tan amable era con ella y tan triste parecía siempre que creía que nadie la miraba. Porque lo que le contaba Kembang alimentaba la osada, ambiciosa esperanza de que el *tuan* algún día pudiera ver en ella algo más que a la niña que se ocupaba de su colada.

Los ruidos en el cuarto de baño cesaron. La puerta se abrió, y el corazón de Mei Yu empezó a girar sobre su propio eje. Cogió aire con fuerza, lo expulsó y cruzó el umbral del cuarto de la ropa.

Mantén las manos en el regazo, unas manos que hacía ya tiempo que no estaban enrojecidas y agrietadas, sino que eran blancas y suaves; gracias a un férreo autocontrol ya no tenía estropeadas las uñas, sino lisas y cortas. Con la cabeza gacha, miró de tapadillo.

El *tuan*, sentado esparrancado en el borde de la cama, la miraba con cara de sorpresa.

—Mei Yu. Todavía estás aquí.

—¿Deseáis alguna otra cosa, *tuan*?

¿Se percataría de que llevaba el *sarong* estampado en verde y rojo vivo que él le había llevado de su último viaje, que por regla general le daba pena ponerse para trabajar? ¿Las chinelas bordadas de hacía dos viajes, que no solía utilizar porque le quedaban demasiado grandes? ¿Y de que en las sábanas había una *kemboja*, que ella había cogido del jardín antes de que empezara a llover? A veces él reparaba en las flores que ella le dejaba y decía algo amable o sonreía, lo que compensaba con creces el burlón arquear de cejas de Kembang.

—No.

Tiró al suelo sin más la toalla con la que hacía un instante se había secado el cabello. Mei Yu dio un paso adelante para recogerla, pero él se lo impidió.

—Déjala. Que la recoja Kembang mañana cuando haga la cama.

Mei Yu obedeció, pero sintió que la embargaba la desesperación: no quería irse aún, hacía mucho que no lo veía.

—¿Queréis... queréis que os traiga una taza de té? ¿O de café? ¿O algo de comer?

A veces él aceptaba sus ofrecimientos, agradecido, incluso, y había días que le hablaba de sus viajes, y Mei Yu absorbía cada palabra como si fuese una esponja.

—No.—Parecía cansado—. Te puedes ir.

Se masajeó la nuca, movió el cuello a un lado y a otro antes de alargar el brazo para que Mei Yu le diese la camisa que le tenía extendida en la cama.

—¿Os... os duele? El... el...—Como no recordaba cómo se decía cuello en malayo, se señaló el suyo.

Él hizo una mueca.

—No es nada. Ha sido un viaje duro. Y me hago mayor.

Mei Yu aprovechó la oportunidad que se le ofrecía.

—Yo os puedo ayudar.

Se acercó a la cama dando pasitos ligeros y, tras quitarse las chinelas, se subió a la cama y se apresuró a arrodillarse tras él. Vio que lo había pillado por sorpresa, lo notó porque sus hombros se contrajeron cuando le hundió los meñiques y empezó a trabajar los duros músculos con todas sus fuerzas. De repente la tensión se aflojó y él expulsó el aire haciendo un sonido similar a un ronroneo.

Su piel, marrón como el clavo de olor, estaba caliente, olía a agua y a un jabón acre. Del cabello húmedo, que se rizaba en la nuca, cayó una gota que se deslizó entre sus escápulas y le bajó por la espalda; Mei Yu se sintió tentada de atraparla con la lengua.

—¡Basta!

La apartó de sí con rudeza y se volvió.

Más tarde Mei Yu le dio la razón a Bunga: en efecto, el *tuan* era un tigre. Veleidoso e irritable y peligroso, en según qué circunstancias incluso letal. Porque no soportaba la prisión en la que estaba encerrado. Una prisión a la que lo había desterrado la vida, posiblemente incluso él mismo.

Mei Yu lo vio en sus ojos, que amenazaban con abrasarla y en los que, así y todo, titilaba la incertidumbre.

La vocecita de la razón la previno de que no enfadara al *tuan*; seguro que la castigaría, probablemente, encendido en ira, le levantara la mano. O incluso la echara de la casa y ella se quedara sin saber adónde ir. Sin embargo, ya había ido bastante lejos. Ya había saboreado bastante de lo que deseaba más que ninguna otra cosa en el mundo.

Él se había afeitado, arreglado cuidadosamente la hirsuta barba con la que había llegado a mediodía. Un marco fino, tan elegante como audaz en torno a la boca, que con su sinuosa carnosidad parecía sumamente delicada.

Mei Yu puso su vida en las manos de Kuan Yin, la diosa de la misericordia, cuando se echó hacia delante y posó su boca despacio sobre la del *tuan*.

Fue como si una ráfaga huracanada lo arrollara y le golpease la cabeza contra el mástil.

Solo pudo mirarla fijamente cuando se separó de él y lo miró atemorizada. Con unos ojos cuyo brillo negro era como el cielo en la noche más cerrada. Trató de entender acariciándole la mejilla, y dio un respingo, ya que su blanca tez era tan suave que la muchacha se estremeció con su roce. La mirada de Raharjo se quedó prendida de sus labios, pétalos de rosas en los que brillaba la lluvia.

Necesita cerciorarse.

Su cuello era el tallo de una flor cuando la cogió por la nuca, la atrajo hacia sí y la besó, saboreando su aliento, dulce y fresco; la muchacha se frotó contra él como un gatito.

Esa niña que revoloteaba por sus habitaciones como una mariposa, que con su sonrisa siempre llevaba consigo un rayo de sol y un soplo de aire límpido, refrescante, en el que él podía respirar. Que continuamente intentaba darle una alegría con pequeños gestos, que él le agradecía con gestos similares.

La niña a la que había sacado de las entrañas de un barco hacía cuatro o cinco años, antes de que, víctima de la trata de blancas, acabara en un burdel. Estaba sucia, muerta de hambre y asustada, no pesaba mucho más que Veena, posiblemente tampoco fuera mucho mayor, a lo sumo un par de años.

Ser consciente de ello fue como si le asestaran un puñetazo en el estómago.

La apartó con tanta rudeza que Mei Yu cayó de espaldas en la cama y el *sarong* se le subió, dejando a la vista un muslo esbelto, color crema. Raharjo desvió la mirada y, furioso, se pasó las manos por el húmedo cabello.

–¡Sal de aquí de una vez!–bufó con voz atronadora–. No tengo la menor intención de abusar de una niña.

Con el rabillo del ojo vio que ella se levantaba y se bajaba de la cama. Pero, en lugar de marcharse, se plantó delante de él, con las manos cerradas y lágrimas en los ojos.

–Yo ya no soy una niña, *tuan*.

Raharjo resopló, entre enfadado y, sin querer, divertido.

–No sé la edad que tienes, pero, sea la que sea, yo tengo más del doble de años que tú. Podría ser tu padre.

–Soy mayor de lo que os parezco.

Se quitó con vehemencia la cinta con la que se ataba la ya desgredada trenza y sacudió la cabeza; en efecto, con el cabello suelto, que le caía por encima de los hombros, bonito y liso, parecía algo mayor.

Y bella. Deslumbrante, fascinante, impresionantemente bella.

–Ya soy una mujer–porfió, las mejillas encendidas–. Casi.

A Raharjo lo asaltó una ira ciega. Le entraron ganas de arrancarle la cabeza. De abandonarse a su excitación, que lo atormentaba dolorosamente y hacía que le costara respirar.

–No tienes ni idea de lo peligroso que es el juego al que quieres jugar. No tienes ni idea de quién es la persona que tienes delante.

–En ese caso, mostrádmelo, *tuan*.

Impotente, vio como Mei Yu se quitaba la *kebaya* por la cabeza y la tiraba, se despojaba del *sarong* y lo hacía a un lado de un puntapié. Raharjo era incapaz de mover un solo dedo, de proferir sonido alguno.

Se quedó desnuda delante de él. Un cuerpo aún infantil, delgado, frágil y vulnerable. Casi una mujer, el pubis cubierto de poco más que una pelusilla negra. La cabeza, con el rostro completamente rojo, alzada con orgullo, y en los ojos, una mirada ardiente y suplicante, airada y tierna.

–Por favor, *tuan* –musitó–. Os pertenezco a vos, y solo a vos, desde el principio.

Una ola roja y negra se abalanzó sobre él y lo engulló; soltando una imprecación, Raharjo se levantó de golpe, la agarró y, tras lanzarla sobre la cama, se echó encima de ella.

–Esto es lo que quieres, ¿no?–le dijo, inmovilizándole los brazos contra las sábanas, introduciendo

las rodillas entre sus piernas. Respiraba deprisa y entrecortadamente, como un dragón que lanzara fuego.

Esbozando una sonrisa enigmática, la muchacha asintió.

Él se planteó si en el barco o hasta llegar a él la habría forzado alguien. Le dieron náuseas, pero logró contenerlas. Y con ellas toda su ira.

Tan solo quedó el deseo, quedo y tenaz como la llamada de un mar en calma, y, sin embargo, tan intenso que no lo pudo resistir.

Ciertamente estaba tallada en jade claro. Las manos de Raharjo recorrieron esa preciada obra de la creación con suavidad, y después su boca, su lengua. Su piel era como de nubes, sabía a flores, al sol, a miel y a leche. Estaba dispuesto a parar en cuanto ella opusiera resistencia. En cuanto dejara de proferir esos ruiditos de dicha.

Solo cuando su boca hizo florecer el botón rosáceo de entre sus piernas, paladeó su néctar, no pudo contenerse más y se quitó los pantalones. En ese minúsculo instante, cuando comprendió que era la primera vez de la muchacha, supo que cometía un error. Le hizo daño, ya que era demasiado grande, demasiado poderoso para ella. Demasiado tarde; a esas alturas solo pudo titubear, pues ya no había marcha atrás.

Para Raharjo la muchacha fue un florido jardín blanco, por el que corrió un viento suave que fue aumentando en intensidad hasta volverse huracanado y sacudió las ramas y arrancó las flores. A su alrededor revolotearon miríadas de pétalos que le acariciaron la piel, refrescándola. Calmaron una herida del alma que ni siquiera sabía que tenía.

Hasta que el viento amainó, se alejó entre susurros y los últimos pétalos cayeron al suelo.

Despacio, muy despacio.

–Lo siento–musitó cuando la estrechó entre sus brazos y le secó con el pulgar, torpemente, las lágrimas de las mejillas–. Lo que te acabo de arrebatarte no podré devolvértelo nunca. Es una pérdida de la que nunca podré resarcirte.

Jamás se le habría ocurrido llevarse a la cama a Bunga, Kembang o Embun, la *ayah* de sus hijos. No porque no se sintiera tentado, y las miradas que le lanzaban las mujeres de la casa bajando los ojos, sus mejillas enrojecidas, una ronquera en la voz cuando se dirigían a él, siempre eran una invitación tan seductora como discreta. Sencillamente no le interesaba, prefería satisfacer su deseo de otras mujeres fuera, en la vasta Nusantara.

–No–repuso ella con voz apagada. Poco a poco fue volviendo la vida a sus inmóviles ojos, pestañeó–. No.–Frotó el rostro contra su pecho–. Lo deseaba desde hace tiempo. Y jamás pensé que fuera a ser así. Tan...–Sollozó y le besó la piel, allí donde latía su corazón–. Gracias, *tuan*.

Fue como si el pecho se le abriera y, una vez abierto, ella se adentrara en él, más y más hondo. Resultaba atroz ser tan vulnerable. Tan sensible. Apretó los dientes.

–No me llames *tuan* –pidió; en la voz había una amenaza inequívoca.

Ella lo miró con cara de asombro.

–Entonces, ¿cómo queréis que os llame?

–Por mi nombre: Raharjo.

La muchacha soltó una risita apocada y bajó la vista.

–No, *tuan*. Eso no puede ser.

La mano de Raharjo le asió con fuerza la mandíbula, obligándola a mirarlo a los ojos.

–Di mi nombre.

Más risitas, ahora más fuertes.

–¡Hazlo! ¡Di mi nombre!

El brillo de sus ojos, la sonrisa de su rostro ablandaron a Raharjo.

No entendía por qué Mei Yu no le tenía miedo. Esa muchacha demasiado joven, demasiado bella y delicada, a la que acababa de arrebatarle la flor. Y menos aún entendía por qué aflojó la presión, porque,

en contra de su voluntad, esbozó una sonrisa.

–Di mi nombre–susurró, recorriendo con sumo cuidado la línea de su mentón.

–Ra... har... jo–dijo, insegura–. Ra... harjo. Raharjo.

La muchacha se echó a reír, una risa clara, de niña, que hizo estremecer todo su cuerpo y se contagió a él. Se tendió de espaldas, riendo, y la arrastró consigo.

Las rodillas contra la cadera de Raharjo, se acurrucó contra él y le cubrió el rostro de besos. Su piel, su cabello como seda en la piel de Raharjo, que estaba boquiabierto con el milagro.

Volver a reír con toda el alma, a sentirse vivo. Ser libre. Feliz.

El sol relucía en el follaje de los árboles y los arbustos, hacía que el rojo escarlata, el blanco, amarillo y naranja de las flores destacaran contra el verde vivo; hasta el suave azul violeta del heliotropo era más luminoso. El mundo acababa de limpiarse tras las lluvias monzónicas de los meses pasados.

–¡Hoolaaa! ¡Ah Tooohooong!–exclamó la pequeña Jo desde la escalera de la veranda, en la que estaba sentada con Kartika, moviendo la mano con vehemencia.

Ah Tong, que estaba agachado debajo de una rama cargada de racimos de flores blancas, la miró risueño y le devolvió el saludo.

–Hola, Putri.

Jo, a la que todo el servicio llamaba Princesita, rio encantada. De un tiempo a esa parte decir hola a la gente y saludarla con la mano era su pasatiempo preferido.

–¡Ah Tooohooong! ¡Hoolaaa!

Si era preciso, una docena de veces seguidas.

Gordon Findlay ojeaba *The Straits Times*, el papel emitiendo un leve crujido. Su ritual con el que anunciaba a la familia el inicio del fin de semana a la hora del té.

Uno de los cuatro bancos había sido el primer establecimiento de la ciudad en implantar que los sábados ya no se trabajara la jornada al completo; el fin de semana daba comienzo a mediodía, una norma que no tardó en convertirse en costumbre en Singapur. A fin de cuentas en los *godowns* ya no había tanto que hacer como antes, durante los años de vacas gordas del comercio; en Findlay, Boisselot & Bigelow incluso se habían visto obligados a despedir a algunos empleados.

–Es terrible–musitó–. Me cuesta imaginarlo. Estar ante unas ruinas carbonizadas y tener que empezar prácticamente desde cero.

Ese era el tema de conversación en Singapur. Cuando hacía algo más de un año del gran incendio que redujo a cenizas varios *godowns*, un mes antes se había vuelto a declarar un fuego en Battery Road; los *godowns* de dos compañías habían ardido por completo.

–No quiero ni pensar en lo que habría pasado si el fuego se hubiese extendido–convino Paul–. Nuestro *godown* está muy cerca de esos dos sitios.–Bebió un sorbo de té–. Dicho sea de paso, me llama la atención que haya habido dos incendios prácticamente en el mismo sitio en un espacio de tiempo tan breve. Las dos veces un domingo por la mañana. Si añadimos el gran incendio de Upper Circular Road, tenemos tres en la misma manzana. Casi huele a que ha sido intencionado. Es como si alguien quisiera causar el mayor daño posible. Como si fuese un acto de venganza.

Georgina, que estaba absorta en el libro que sostenía en el regazo, levantó la cabeza. Sus ojos, grandes y de un azul profundo, se clavaron en él, que frunció el ceño.

–¿Qué ocurre?

Las mejillas tiñéndosele de rojo, ella cabeceó.

–Nada.

Al coger la taza, la mano le temblaba.

–Eso es un disparate.–Gordon Findlay torció el gesto en señal de rechazo–. Los almacenes están llenos de cajas y sacos, y hay cuerdas, maderas y especias. Basta una chispa, una brasa o que caiga una lámpara para que todo arda como la yesca. Y mientras no tengamos un cuerpo de bomberos como Dios manda, que pueda salir de inmediato en caso de emergencia...–Pasó una página ruidosamente–. Por eso siempre advierto a nuestra gente que tenga cuidado. Mejor pecar por exceso de cautela que por defecto.

–¡Mamá!–Jo llegó corriendo, los rizos moviéndosele arriba y abajo, e hizo ademán de subirse al regazo de su madre, que dejó el libro a un lado y cogió a la pequeña–. ¿Vamos a nadar, mamá?

–¿Ahora?

Jo asintió con vehemencia mientras jugueteaba con los volantes del escote de la *kebaya* de Georgina.

–Ahora no puede ser. Aún tienes la barriga llena de bizcocho.–Georgina le dio con el dedo entre las costillas, y la niña se volvió, risueña–. Podemos ir más tarde.

–Pero tengo calor ahora.

Su madre le sopló en la acalorada frente, apartándole los rizos.

–¿Mejor?

Jo soltó una risita y, sacudiendo la cabeza, giró medio cuerpo.

–¿Papááá? Por favor...

Con la mirada que ponía con esos ojos grandes, ese tono de voz acaramelado, hacía del corazón de su padre una pasta que podía amasar y moldear a su antojo con sus manitas. Le habría plantado un elefante en el jardín si se lo hubiera pedido, o habría ido en busca de un unicornio; era difícil mantenerse firme.

Risueño, le guiñó un ojo y repuso:

–Cuando se trata de nadar, mamá es la que decide.

Jo giró la cabeza al otro lado, hacia su abuelo, que levantó una ceja y movió el dedo índice.

–Ah, no, de eso nada, señorita. Ni se te ocurra intentarlo conmigo.

Jo volvió a mirar a su madre, con aire suplicante.

–Mami, por fi...

–Más tarde, Josie-Rosie.–Georgina la besó en la mejilla–. Pero mientras tanto podemos ir al jardín. A la sombra, que nos dé el aire. Y veremos si le puedes echar una mano a Ah Tong. ¿Qué te parece?

–¡Sííí!–exclamó encantada la niña, mientras se bajaba del regazo de su madre.

Paul las siguió con la mirada cuando bajaron la escalera y echaron a andar por el jardín.

Madre e hija eran iguales, la piel del mismo dorado suave, salvo que Jo tenía los ojos de un color más límpido y los rizos de un castaño más claro; a veces se parecían incluso en los gestos y la mímica, en el tono de voz.

Mientras Jo medio andaba, medio corría por la hierba, Georgina caminaba despacio a su lado, de vez en cuando daba un gran paso y le hacía cosquillas a la niña en el costado, y ella pegaba un gritito y reía alegremente. Al andar, a Georgina se le pegaba el *sarong* al trasero, sin duda más redondeado; con su tercer hijo se había vuelto más mujer, más sensual.

Entre sus primos de Londres, chispeantes en su seguridad en sí mismos y su locuacidad, su prima, de carácter similar a ellos, todos los cuales habían elegido a un compañero de su misma clase y traído al mundo a unos hijos como ellos, Georgina parecía terriblemente taciturna y tímida; una sobria violeta entre rosas inglesas y elegantes espuelas de caballero. Se veía torpe al lado de su tía, una reina de hielo de cabello plateado que pisaba con pie tan elegante como firme en la sociedad distinguida, pero, sorprendentemente, seguía teniendo buen corazón. Además de un esposo en modo alguno tan distinguido, con una atronadora voz de bajo, que gustaba de subrayar sus palabras dando vigorosas palmadas en la espalda.

En Londres Paul comprendió lo que le había hecho a Georgina al desterrarla. El dolor que le causó al obligarla a decidir entre sus hijos y Singapur. David y Duncan le habían dejado un vacío que ni Jo ni Singapur eran capaces de llenar por completo. Una herida que también en su caso era profunda y no se cerraba así como así.

Intentó disculparse como buenamente pudo, pero, desde que había vuelto, daba la impresión de que Georgina estaba en guerra consigo misma; una guerra que libraba ella sola; resultaba doloroso tener que ser testigo de ello sin poder hacer nada.

A veces Paul ansiaba tener a su lado a otra mujer, a alguien de naturaleza más simple, con un carácter más divertido, alegre. Que le hiciera la vida más fácil en lugar de complicársela. Que no fuese un enigma, un desafío para él. Aunque sabía que llevaba a Georgina muy dentro de sí desde hacía mucho.

–Con el tiempo todo se arreglará–afirmó Gordon Findlay, como si le hubiera leído el pensamiento–. Entre vosotros dos.

Perplejo, Paul miró a su suegro, que seguía con la mirada fija en el periódico.

–Hubo...–Gordon Findlay carraspeó y frunció el ceño—. Hubo un tiempo en que estuve seguro de que había perdido a Joséphine. De que nuestro matrimonio no valía nada y no aguantaría mucho. Y créeme, en comparación con mi Joséphine, Georgie es un manso corderito.

Paul se estremeció sin querer bajo la camisa y la chaqueta; no estaba acostumbrado a hablar de cosas tan íntimas con nadie, y menos con su rígido suegro escocés.

–Las mujeres como Joséphine, como Georgie...–Gordon Findlay hojeaba el periódico con ceremonia—. Las mujeres así son como diamantes. De muchos quilates. Duras e implacables y de aristas tan vivas que puedes hacerte sangre con ellas. Heridas que llegan hasta los huesos. Esas mujeres escasean y son valiosas. Un hombre es rico si tiene la dicha de tener a su lado a una mujer así. Vale la pena ser paciente. Luchar.

Paul no dijo nada, agradecido por las palabras de su suegro. Pero también se sintió aliviado cuando adoptó de inmediato un tono más prosaico, comercial.

–Cuando veo los avances del telégrafo... Quizá debiéramos apostar más por la gutapercha. Me da que en el futuro se va a ver incrementada la demanda.

–Sí–respondió Paul con la voz oprimida.

Su alivio se esfumó con la misma rapidez con la que llegó. Todavía no había logrado reunir el valor necesario para confesarle a su suegro el grave error que había cometido.

El comerciante malayo que le ofreció un cargamento de carey le causó buena impresión. Las muestras que le enseñó a Paul, de la mejor calidad, justificaban el precio inusualmente elevado, pues redundarían en importantes beneficios. Tendría que haberle hecho recelar el hecho de que el comerciante se dirigiera a él directamente, de que la oferta no llegara a través de un *towkay*. Ni siquiera la pretensión, tímidamente formulada, de que pagara la mercancía en efectivo le hizo sospechar; todo Singapur había aprendido de la crisis sufrida hacía dos años. Paul aprovechó la oportunidad y adquirió por mucho, mucho dinero el cargamento entero, que cuando le fue entregado resultó ser baratos caparzones de tortuga. Carentes de valor.

Un error imperdonable que, aunque fruto de la necesidad, no debería haber cometido nunca, ni siquiera cuando era un novato. Sobre todo no cuando la compañía pugnaba por sobrevivir y la familia vivía únicamente de lo que había ahorrado el austero Gordon Findlay a lo largo de décadas, unos ahorros que menguaban a una velocidad alarmante.

El día anterior por la tarde Georgina le había entregado casi todas sus joyas, alhajas que él le había comprado, pero también otras de su madre.

«No es que no me importe–dijo en voz queda, con una calma casi inquietante en sus ojos azul océano—. Pero si con ello puedo ayudar a la factoría... Pero no se lo digas a mi padre–añadió con una pequeña sonrisa.»

Un gesto noble, Paul era consciente de ello, y un gesto que le causaba una profunda vergüenza.

Findlay, Boisselot & Bigelow se hallaba al borde del abismo. Paul no había podido conservar la casa que había levantado para Georgina. Su matrimonio era poroso y quebradizo como una cáscara de huevo. Todos sus sueños de conseguir medrar en Singapur se habían cegado, como la desembocadura del río Singapur.

Estaba rendido y cansado de vivir en el trópico, una vida para la que parecía estar tan poco hecho como para una mujer como Georgina.

Al arrugado, curtido rostro de Ah Tong, que estaba ocupado entre un jazmín rebosante de flores blancas y el seto, asomó una sonrisa radiante cuando Jo se abalanzó hacia él, seguida de Georgina.

–Vaya, pero si tengo compañía. Y además de lo más encantadora. Cuánto me alegro.

–He venido a ayudarte–informó, orgullosa, Jo.

Ah Tong enarcó las cejas con cara de asombro.

–Pero bueno, es muy amable por tu parte, Putri.–Dobló su cuerpo desde sus desmañadas alturas y le acarició la cabeza a la niña antes de señalar las armas y brotes cortados que había desperdigados por la hierba–. Puedes recoger todas esas ramitas y echarlas en ese montón grande de ahí, ¿te gustaría hacer eso?

Jo asintió con vehemencia y se puso manos a la obra. No sin tocar, arrancar y mirar detenidamente las hojas y las flores de cada rama que cogía.

–No te las metas en la boca, Jo–advirtió Georgina con suavidad, y la obediente Jo escupió el pétalo.

–Es mi época preferida del año–observó Ah Tong mientras contemplaba el jardín ensimismado y dirigía al marmolado cielo, de un alegre blanco azulado, una mirada satisfecha–. Justo después del monzón de invierno. Cuando todo está rebosante de savia. Cuando se pueden oler los colores. Cuando se siente la fuerza indómita de la naturaleza. No hay nada, Miss Georgina, nada en el mundo que se le pueda comparar.

Georgina observaba risueña cómo cortaba las ramas.

No sin preocupación: el apergaminado rostro de Ah Tong estaba gris bajo la amarilla tez, y en la frente y el labio superior tenía gruesas gotas de sudor. Georgina no recordaba haber visto sudar nunca a Ah Tong. No de ese modo.

–¿Quieres que te traiga algo de beber?

–No, no, ya he bebido algo antes. Gracias, Miss Georgina.

Ella se mordisqueaba el labio inferior con aire pensativo. ¿Cuántos años tendría Ah Tong? En cualquier caso, más que Cempaka, eso lo sabía. Calculaba que tendría la misma edad que su padre; en la larga trenza ya se distinguían algunos cabellos blancos.

–¿No sería mejor que empleásemos a alguien para que te ayudase?

–No, no, puedo hacerlo.–Tiraba de una rama con obstinación, y lanzó un «ay» cuando por fin cedió y cayó al suelo. Insinuó una sonrisa–. No con tanta facilidad como antes, como es natural. Pero la naturaleza tampoco sabe de prisas.

–Si lo deseas, también te puedes retirar. Con Cempaka.

–Y, entonces, ¿qué hago yo todo el día, Miss Georgina?–Su sonrisa se ensanchó; en un lado le faltaba uno de los torcidos dientes–. Y tener todo el santo día a Cempaka revoloteando a mi alrededor... No, Miss Georgina, no me puedes hacer eso. Solo cuando sea un anciano y me falle la cabeza. O esté medio sordo.

Le guiñó un ojo y se rio, la huesuda nuez subiendo y bajando, y Georgina se unió a él.

La ternura que Cempaka dispensara a Duncan y David en su día se había hecho extensiva a Georgina. Con Jo, sin embargo, se mostraba tan entre fría y grosera como con Georgina antes y nuevamente entonces; quizá Cempaka prefería a los niños.

Ah Tong bajó las tijeras; tenía en los negros ojos un brillo ensimismado.

–¿Te acuerdas, Miss Georgina, de que siempre estabas jugando en el jardín? ¿Absorta por completo en tu propio mundo?

Georgina asintió, y, sin querer, su mirada vagó hasta la sombría silueta del bosquecillo.

–A veces–musitó–, a veces creo que nunca he conseguido salir de ese mundo.

Ah Tong la miró.

–¿Sabes?, Miss Georgina..., un camino largo descubre la resistencia de tu caballo. Un período de tiempo prolongado descubre el corazón de tus amigos.

Georgina lo miró con cara de interrogación, y también Ah Tong parecía extrañado, como si ni él mismo supiese de dónde habían salido las palabras que acababa de pronunciar. Sacudió la cabeza, risueño, se pasó la manga por la cara y se dispuso a utilizar nuevamente las tijeras. Acto seguido se estremeció y pestañeó. Levantó la mano y la bajó de nuevo, se tambaleó. Bajo su piel, el gris se tornó blanco como la cal.

Georgina lo agarró por un brazo y le quitó con cuidado las tijeras, que dejó caer en la hierba.

–Siéntate un momento a descansar, ¿quieres?

–N... no–respondió, inseguro.

–Sí, Ah Tong, no pasa nada.–Lo ayudó a sentarse con suma delicadeza, junto al seto, para que pudiera apoyarse en él–. Solo será un instante, después puedes volver al trabajo.

–Un... un instante. Sí.

Georgina no se lo pensó mucho. Estaban muy lejos de casa, medio ocultos por las matas. Con el murmullo del oleaje posiblemente nadie oyese sus gritos, y no quería ni dejar solo a Ah Tong ni dejar a Jo con él tal y como estaba; en la casa había personas más que suficientes para ocuparse de ella por el momento.

La niña estaba tiesa, los ojos de par en par y la boca abierta, los dedos aún separados después de que se le cayeran las ramas de las manos del susto.

Georgina habló despacio y con voz queda para no asustar más aún a su hija.

–Jo, ve corriendo a casa. Lo más deprisa que puedas. Y llama muy alto a papá y al abuelo. Ah Tong necesita ayuda. ¿Quieres...?

Jo ya había salido corriendo, Georgina oía cómo resonaba su vocecita por el jardín, sorprendentemente fuerte.

–Ahora mismo vendrá a ayudarte alguien–musitó, al mismo tiempo que le apretaba el seco brazo a Ah Tong, que notó extrañamente inerte en su mano.

Con la manga de la *kebaya* le enjugó el sudor del rostro y le limpió los hilillos de saliva que le caían de la desencajada boca.

Ah Tong le rodeó el brazo con la otra mano, inquietantemente débil y fría.

–*Ayu* –farfulló de manera ininteligible, la voz quebrada. La mitad de su boca dibujó una sonrisa, y las lágrimas asomaron a las comisuras de sus ojos–. *Ay. Ayu.*

Oyó que se acercaban pasos presurosos, pesados. Jadeante, Paul dio la vuelta al jazmín; ni siquiera llegó a detenerse: tras lanzar una mirada angustiada a Ah Tong, salió corriendo de nuevo.

–Voy a buscar al doctor Little.

Cempaka llegó a la carrera, arremangándose el *sarong*, las oscuras, nervudas piernas eran sendos mayales que golpeaban la tierra; cada una de sus perentorias aspiraciones, un sollozo. Cayó de rodillas y se arrojó sobre Ah Tong.

Las manos rodearon su rostro, y derramó un torrente de palabras cortas, que subían y bajaban y sonaban desesperadas y al mismo tiempo tiernas. Georgina no sabía que los dos hablaban chino cuando estaban a solas. Su forma de mirarse a los ojos, fija y libremente a la vez, dejó entrever a Georgina por primera vez lo mucho que se querían. Se le formó un nudo en la garganta.

Cempaka alzó la cabeza, los ojos echando chispas tras el velo de lágrimas. Furiosa. Rebosante de odio.

–¿Qué has hecho?–escupió–. ¿Qué le has hecho a mi esposo?

Alargó la mano deprisa y propinó a Georgina un fuerte empujón en el pecho; esta cayó de espaldas, sobre la rabadilla, un golpe duro que hizo que un escalofrío le recorriera la espalda hasta la cabeza.

–¡No lo toques! ¡Eres una... eres una bruja! *Hantu! Hantu!*

Sus gritos, de un estridente y un agudo insufribles, hendieron el aire. Su voz era como de otro mundo, desgarradora, espeluznante.

Tras pasarle una mano por debajo de la cabeza, Cempaka se mecía adelante y atrás. Las lágrimas le corrían por la cara, y su boca lanzaba lamentos al cielo.

Georgina se enjugó los humedecidos ojos, unas lágrimas que sabían a miedo, preocupación y rabia, más amargas que saladas, y alzó la vista.

Gordon Findlay llegó corriendo, sin aliento. El sudor le brillaba en la frente, y tenía las mejillas

coloradas.

–Papá–susurró con tristeza, levantándose. Necesitaba que su padre la consolara.

Sin embargo, no le hizo el menor caso.

Se arrodilló despacio junto a Cempaka, le acarició la espalda y le dijo algo en voz baja. Cempaka, necesitada de apoyo, agarró la mano de su *tuan* y hundió el rostro en su cuello, llorando, mientras Gordon Findlay ponía la otra mano en el pecho, hundido e inmóvil, de Ah Tong.

Un círculo se cerraba, desvelando una historia que no había sido nunca contada.

En la que no había sitio para Georgina.

La noche inundó el jardín de negrura.

Las nubes se desplazaban por el firmamento, engullendo la luz de las estrellas. El río fluía por su cauce con un suave murmullo; una ráfaga de viento pasó susurrando entre los árboles.

A Mei Yu no le hacía falta luz. Conocía el camino de las habitaciones del servicio a la cocina y por el corredor techado a la casa. A los dos vigilantes nocturnos, que hacían su ronda por la hierba sin perder de vista el curso del río, los saludó con una leve inclinación de la cabeza.

Un pájaro madrugador anunciaba el nuevo día con sus trinos, ronco e impaciente.

En la veranda se quitó las chinelas y, con ellas en la mano, se apresuró a dar la vuelta a la casa. Abrió la puerta despacio y entró en la habitación.

Se desnudó con movimientos lentos y cuidadosos, procurando no hacer ningún ruido. Su respiración era superficial, aunque tenía el corazón acelerado, notaba un cosquilleo en el pecho.

El *tuan* tenía el sueño profundo, pero el oído aguzado en todo momento; el afán de Mei Yu era deslizarse en su cuarto sin que se despertara. Fue hasta la cama de puntillas y avanzó por las sábanas hacia el tentador calor que salía del centro.

A Mei Yu le encantaba ir allí antes incluso de que cantara el gallo. Cuando el cuerpo de él, dormido, ardía, a esa hora en la que su piel desprendía su inconfundible olor como a ninguna otra, denso, intenso y salado. Como una prenda de ropa que le acariciara la piel, el alma, se dejó envolver por ese calor, por su aroma, dejó que su boca y sus manos se deslizaran por el cuerpo de él.

Raharjo emitió un leve gruñido, la agarró por las caderas y la subió a horcajadas. La larga bocanada de aire que salió de sus bocas, entremezclándose, fue como si se levantara viento, y Mei Yu echó la cabeza atrás.

Fue como si realmente cabalgase a lomos de un tigre. Un animal feroz, fuerte e indómito, que en ese momento estaba cariñoso, juguetón. Al que podía dirigir y espolear apretando los muslos, por una jungla oscura a esa hora temprana y silenciosa.

Solo se oía la respiración de ambos, el frufrú de las sábanas bajo su cuerpo y los latidos de Mei Yu, cuya intensidad fue en aumento hasta tornarse un tamborileo impetuoso. Hasta que se desplomó sobre él, sin aliento, el rostro enterrado en su cuello, las manos de él en su cabello, su boca en la palpitante sien.

Cuando Mei Yu abrió los ojos, la clara luz perlada del nuevo día inundaba la estancia.

Con la cabeza apoyada en la mano, Raharjo, tumbado a su lado, la contemplaba; sus ojos, de un negro profundo, serenos.

Mei Yu sonrió a ese hombre de rostro rudamente bello. Extendió la mano y le recorrió el arco de la ceja y el marcado ángulo del pómulos; después pasó al otro lado de su poderosa nariz y empezó de nuevo, bajando por el surco hasta llegar al mentón.

—Tengo una cosa para ti.

Alargó un brazo por encima de ella para llegar hasta la mesita que había junto a la cama; la bolsita de terciopelo que depositó entre los pequeños pechos de Mei Yu estaba caliente y era suave e increíblemente pesada.

Ella lo miró con cara inquisitiva.

—¿Qué es?

—Mira a ver.

Mei Yu se quedó sin aliento cuando el oro macizo se escurrió entre sus dedos como si fuese miel. Observó pasmada las mariposas de filigrana, en cuyas alas brillaban piedrecitas azules y blancas, como estrellas cogidas del cielo.

—¿Te gusta?

La muchacha asintió.

—Nunca había visto nada tan bello.—Pestañeó y a continuación depositó la cadena en la bolsita y se la tendió a Raharjo—. Pero no lo puedo aceptar.

—¿Por qué no?—Sus rasgos se endurecieron, poniendo de manifiesto lo ofendido que estaba.

—¿Dónde iba a lucirlo?—contestó con suavidad, acariciándole la espinilla con el pie para aplacarlo—. ¿En el trabajo? Y esconderlo bajo mi cama en el cuarto del servicio sería una lástima.

Raharjo se inclinó sobre ella y le besó el cuello.

—Entonces te lo pondrás aquí—musitó contra su piel, su pulso—. Conmigo. Con nada más en el cuerpo.

Mei Yu se rio. La mano de Raharjo le recorrió las costillas, le apretó el fino talle.

—Tampoco es preciso que sigas trabajando en la casa. Ni que duermas con el servicio. Puedes vivir aquí. Conmigo.

«Como mi concubina.»

Esas palabras no pronunciadas se metieron en la cama con ellos. No era algo ignominioso para una mujer, sus padres se habrían considerado afortunados de saber que su hija había alcanzado esa posición. Sin embargo, en opinión de Mei Yu, era una palabra fea, vergonzosa, para lo que compartía con Raharjo.

En la casa no era ningún secreto que el *tuan* había metido en su cama a la muchacha china. La miraban de reojo, efectuaban comentarios ofensivos delante de sus narices, le lanzaban pullas como flechas envenenadas a sus espaldas. A Mei Yu no le importaba, y tampoco temía la envidia que seguiría sus pasos como riachuelos malolientes si vivía abiertamente con el *tuan*.

Solo que no era eso lo que quería.

Le cogió la mano a Raharjo y, tras depositar en ella la bolsita, le cerró los dedos.

—No lo necesito.—Se arrimó más a él, le echó un brazo al cuello y se pegó con los ojos cerrados a ese hombre que para ella era el paraíso en la tierra—. Tengo todo lo que necesito—susurró—. Soy feliz tal y como estoy.

Raharjo contempló la bolsita que tenía en la mano, perplejo.

Le había parecido de lo más natural regalarle joyas. Ofrecerle una vida mejor que la de una chica que se ocupaba de la ropa. El hecho de que la hubiese rechazado lo ofendía tanto como lo avergonzaba; era como si de ese modo hubiese intentado comprarla.

Bajó la vista para contemplar a Mei Yu, que estaba acurrucada contra él, con el bello y delicado rostro radiante de felicidad.

A menudo yacían así, muy juntos, en esa alcoba del corazón, cuando el deseo físico se agotaba, pero no querían separarse aún. Cuando se aislaban en sus susurros y poco a poco se iban abriendo mutuamente el alma.

Ella le habló de su infancia en China, de montañas envueltas en un velo de niebla, ríos formidables y arrozales. De pobreza y miseria, guerra y hambre, de lo poco que valía allí la vida de una mujer. Se lo contó entristecida, y en más de una ocasión derramó alguna lágrima, pero sin amargura u odio.

Quizá Mei Yu tuviese el aspecto de una frágil mariposa, pero sus alas eran de hierro. Esa niña que había llegado a su vida como si fuese un despojo del mar, que él recogió antes de que la corriente lo arrastrara a las profundidades y se ahogara en un fondo de barro y cieno.

Con su vocecita clara a menudo seguía pareciendo tan infantil que a veces él tenía la sensación de ser un vejestorio repugnante que abusaba de ella una y otra vez; no hacía mucho se había visto la primera cana. Sin embargo, luego ella se abalanzaba sobre él con una pasión tan temeraria que parecía mucho mayor, más madura de lo que decía su cuerpo aññado. Sentía calor y frío con solo pensar en cómo le tocaba a veces el miembro y, en escasos instantes, él estaba a punto de explotar en su mano. En esas ocasiones era la viva encarnación de la feminidad más seductora, sensual y exigente a partes iguales, y tan poderosa que lo subyugaba una y otra vez.

Hizo a un lado la bolsita y la estrechó con más fuerza entre sus brazos.

—Quieras lo que quieras—musitó—, te lo daré.

Raharjo notó que se ponía un tanto rígida, y vio que parpadeaba y finalmente abría los ojos.

–¿Cualquier cosa?–Una pregunta a medio camino entre el descaro y la inocencia.

–Cualquier cosa.

Con la cabeza moviéndose inquieta a un lado y a otro en su brazo, Mei Yu respiró hondo.

–¿Y si es algo que no te gusta nada? ¿Que te contraría?

–Di–le respondió con aspereza, barruntándose algo.

Besándole delicadamente el pecho, Mei Yu levantaba la vista una y otra vez para captar su mirada, como para intentar averiguar de qué humor estaba.

–La señora–empezó con tiento–. Sufre mucho, pues es muy poco lo que le das. Te has apartado tanto de ella, y...

Raharjo se incorporó de repente.

–¿Te envía ella? ¿Fue idea suya para que me ablandaras? ¿Te obligó ella?

Mei Yu lo miró con cara de desconcierto y después se rio.

–No. De ninguna manera.–La muchacha se incorporó a su vez y se abrazó las dobladas piernas, el cabello un manto negro como la tinta sobre su espalda–. Se esfuerza por seguir siendo buena conmigo. Aunque para ella debe de ser terrible. A veces huye de mí, no soporta estar en la misma habitación. A fin de cuentas no sabe que no le estoy quitando nada. Porque no lo estoy haciendo, ¿no?–Insegura, se pasó la mano por los dedos de los pies, mirándolo de soslayo. Al ver que no decía nada, corrió a arrimarse a él, se apoyó en su espalda y lo rodeó con sus brazos–. ¿No puedes ser un poco amable con ella? ¿Dedicarle de vez en cuando una palabra cariñosa? ¿Una sonrisa? ¿Un poco más de tiempo a los niños?

Enfadado, Raharjo intento zafarse, pero ella se aferraba a él como un monito. Como si su piel tuviera garfios, con su boca en sus hombros como las ventosas de una sepia.

–No sé qué es lo que os separó. Sea lo que fuere... los niños no tienen la culpa. Son los que más te echan en falta.

Sus brazos amenazaban con asfixiarlo. Su insolencia lo había enfurecido. Debido a la vergüenza, porque le había restregado por las narices la verdad sin piedad, como sal en una herida abierta.

–Tú no sabes nada. Suéltame.

–Sé que tienes un gran corazón–le susurró en la nuca–. Lo bastante grande para mí y tus hijos. Y seguro que también lo bastante grande para que le hagas un huequecito a la señora. Lo creo firmemente.

Inquieto, Raharjo iba de un lado a otro del dormitorio.

Desde que había vuelto de su viaje, por la mañana, todavía no había visto a Mei Yu. El mensajero al que había enviado debía de haberla puesto al corriente de su llegada: en el cuarto de baño había toallas y ropa limpia; y en las blancas sábanas, una encendida flor de hibisco.

Pero de ella, ni rastro.

Al cabo envió a Kembang en su busca; su anhelo empezaba a tornarse una irritación no exenta de cierta preocupación sombría.

La puerta que daba al jardín se abrió y él giró sobre sus talones.

El sol, que le daba por la espalda, la iluminaba de tal modo que parecía estar bañada en oro claro, una aparición que lo dejó sin aliento. Que se esfumó en el acto cuando cerró la puerta. Mei Yu se quedó allí plantada, tímida, las manos unidas ante el regazo, la cabeza gacha.

–Me has llamado.

En dos o tres pasos largos estaba a su lado, la cogió y le dio tal vuelta en el aire que soltó un chillido. Ella se agarró con fuerza a sus hombros, risueña; rodeando su cuerpo con las piernas, las manos de Raharjo en sus muslos, la llevó hasta la cama y se tumbó con ella con delicadeza, besándola con avidez.

Unos besos a los que la boca de Mei Yu, cosa nada habitual, no se sumaba.

–Te he echado tanto de menos–musitó él contra sus labios.

Sus manos buscaron el extremo de su *kebaya* con idea de deslizarse debajo, pero los dedos de Mei

Yu se aferraron de prisa a su muñeca y la apartaron.

—No—musitó con resolución—. Por favor, no.

Él levantó la cabeza despacio.

—¿Es que no te alegras de verme?

—Sí—contestó ella, vacilante y temblorosa.

Raharjo le escudriñó el rostro. Parpadeando enérgicamente, Mei Yu clavó la vista en el dosel; en los ojos se le acumulaban las lágrimas.

—¿Ha sucedido algo mientras yo estaba fuera?

Mei Yu asintió; las compuertas se abrieron y las lágrimas le corrieron por las comisuras de los ojos.

—No quiero que te enfades conmigo.—De la garganta le salió un sollozo a medias.

Un golpe inesperado, brutal, en el estómago. Raharjo se incorporó, se pasó las manos por el cabello, en el que a lo largo de las pasadas semanas el gris había aumentado. No sentía ira, tan solo tristeza, y algo parecido a un vacío. Tendría que haber sabido que a la larga era demasiado mayor para una muchacha como ella; nunca se habían prometido nada.

—¿Cómo se llama?

Él oyó que Mei Yu tomaba aire con fuerza y después rompía a reír. Confundido, se volvió hacia ella.

—Dame la mano.—Con una sonrisa en los labios, llevó la mano de Raharjo a su vientre—. Aún no tiene nombre.

Raharjo vio con el rabillo del ojo que ella lo miraba asustada, el labio inferior entre los dientes, tenso. Su mano tembló con el calor que desprendía el ligero abombamiento bajo el *sarong*, que le subió por el brazo y después, de un fuerte impulso, le inundó el cuerpo entero. Fue como uno de esos tórridos vientos tropicales que le daban en la cara cuando se hallaba en cubierta, le alborotaban el cabello y sabían a dicha.

—¿No estás enfadado conmigo?

Él, incapaz de proferir sonido alguno, se limitó a sacudir la cabeza.

Un hijo. Un hijo de Mei Yu. Una niña que heredaría sus rasgos. Un niño con su sonrisa.

Le levantó la *kebaya* con cuidado, le bajó el *sarong* y le besó el vientre, donde flotaba el hijo de ambos, aún diminuto y apenas formado.

Con los párpados cerrados, notó que los ojos le ardían.

Leelavati estaba sentada en el jardín, en una manta que había extendido en la hierba. Sus ojos iban y venían continuamente a la casa que a lo largo de las semanas pasadas habían levantado en el terreno.

En comparación con la principal, no era mayor que una cabaña, con tres o cuatro habitaciones a lo sumo en una sola planta, pero sólida y construida con esmero, a la orilla del río y erigida sobre muros ciegos, por si el *sungai* Seranggong se desbordaba. Aunque se hallaba a una distancia respetuosa de la casa principal, era imposible no verla, e incluso cuando a Leelavati no le saltara siempre a la vista, sabía que estaba ahí.

La nueva casa para la amante china de su esposo.

No era una versión en miniatura de Kulit Kerang, sino una suerte de guiño al país natal de Mei Yu, con los leones de piedra que la vigilaban y el sinuoso tejado de tejas rojas y verdes, rematado en sus cuatro extremos por dragones. Un templo para venerar esa repulsiva relación. Una humillación constante para Leelavati; por lo que a ella respectaba, podría haberle clavado la daga en el corazón.

Notó que Embun, que estaba sentada a su lado, la observaba con sus ojos como dos granos de café, y miró de nuevo a Sharmila, que caminaba torpemente con sus gruesas piernecillas para pasear a su muñeca. También notó el estado de agitación en que se hallaba Embun, lo oyó en su resoplar. Como si la robusta *ayah* amenazara con reventar si no lograba que le llegara aire de una vez a su corazón.

—En rigor no es de mi incumbencia—espetó Embun acto seguido—. Pero ¿cómo podéis aguantarlo? No es solo que haya metido en su cama a esa muchacha china, en vuestras propias narices; ahora, para

colmo, ella va a tener un hijo suyo y ni siquiera se avergüenza de ello.

Leelavati no decía nada.

Desearía poder odiar a Mei Yu, pero le había tomado demasiado cariño antes; y a los niños también les agradaba, con su carácter afable; habría sido una buena *amah* para ellos. Más bien sentía algo parecido a la compasión, al ver a una criatura tan tierna en manos de semejante libertino. Aunque no era eso lo que decían el brillo de sus ojos, la luminosidad de su piel. Cabía la posibilidad de que le gustara que él la tratase con rudeza y la tomara con brusquedad; a fin de cuentas con los chinos nunca se sabía.

De la orilla del río le llegaron las risas y los gritos de Veena y Harshad, que se tiraban al agua una y otra vez desde el embarcadero. Al menos una vez había cumplido su palabra y los había enseñado a nadar a los dos. Pero nada más.

De un tiempo a esa parte se ocupaba más de ellos, pero no entendía que era preciso ser paciente para que los niños confiaran en él después de haber estado tanto tiempo prácticamente sin preocuparse por ellos y exponiéndolos a su cambiante humor. A ellos les daba lo mismo que su padre ya no se hiciera a la mar tan a menudo ni durante tanto tiempo; en su pequeño mundo, que era distinto del de su padre, ello no cambiaba nada.

También se esforzaba con Leelavati, era amable con ella, le preguntaba cómo se encontraba, a veces incluso le regalaba una sonrisa. Pero nunca de corazón.

No era eso lo que les había pedido a los dioses. Se sentía engañada, despachada con unas tristes migajas, mientras la muchacha china era colmada con todo lo que Leelavati no solo deseaba desde hacía tanto tiempo, sino que además le correspondía.

El juego al que los dioses jugaban con ella no era justo, aunque Leelavati hacía todo cuanto estaba en su mano por granjearse su simpatía.

Desde que sus padres habían fallecido, ya no tenía a nadie en el mundo, salvo a sus hijos y a Embun y al puñado de mujeres del templo de Sri Mariamman, a las que acuciaban sus propios problemas.

Un hijo enfermizo. Uno con un labio leporino. Penurias. Una suegra mala.

La soledad no era uno de ellos.

Leelavati abrió los dedos, que tenía apoyados en el regazo del caro sari verde esmeralda, y contempló los valiosos anillos, colocó debidamente las pesadas pulseras de oro con piedras preciosas.

–Tienes razón, Embun–repuso al cabo con forzada frialdad–. No es de tu incumbencia.

En años venideros, Raharjo siempre recordaría esa época con Mei Yu como la mejor de su vida. La más feliz.

La desazón de su adolescencia, de sus años de su juventud, era cosa del pasado; su nomadismo había tocado a su fin en un puerto seguro. Rara vez se pasaba por la casa de Kling Street para ver si todo estaba en orden. El comercio con oro y piedras preciosas, del que se había hecho cargo a la muerte de Viswanathan, discurría por las sendas acostumbradas incluso sin él.

Raharjo echó el ancla en la casita de estilo chino que erigió a orillas del río.

Como un barco amarrado, se mecía en el río de los días, contemplando desde la veranda de la casita los martines pescadores y las libélulas mientras Mei Yu dormitaba, apoyada en su brazo, y el niño daba patadas bajo su mano en el vientre; era como si quisiera cogerlo. Cuando Mei Yu cosía camisitas y zapatitos y los bordaba primorosamente con dragones, flores de loto y crisantemos, aves fénix y cabezas de tigre, él leía un libro en inglés. A veces lo hacía a un lado y le relataba a Mei Yu la historia con sus propias palabras, en malayo, mientras le masajeaba los hinchados pies; ahora le valían las chinelas que le había llevado en su día. A veces ella se sentaba a la orilla del río, a duras penas, mientras Raharjo nadaba, metía las piernas, surcadas de venas azules, en el agua, y dejaba que él la salpicase, risueña, hasta que salía del río y la ayudaba a ponerse de pie con el grueso vientre.

Y siempre que les apetecía, ya fuese durante la noche o a pleno día, se retiraban bajo el dosel de seda de la nueva cama, junto a la que ya se encontraba dispuesta la cuna, y se amaban, con cuidado,

tiernamente, al abrigo del murmullo del río, de los susurros del jardín.

Raharjo no sabía que la vida podía ser tan contemplativa y apacible. Que la dicha no tenía por qué ser un estado de ebriedad, sino a veces un río que fluía tranquilo, que llenaba el alma.

Ni siquiera echaba de menos el mar; su mundo se reducía a la cúpula celestial, cada vez más elevada, que era el vientre de Mei Yu. Al océano que aumentaba poco a poco debajo, al ritmo de dos corazones que latían y susurraban, en el que crecía y se desarrollaba el niño, avanzando hacia el día de su nacimiento.

Raharjo miraba fijamente el río desde la veranda sin verlo. Los ojos le ardían; no era capaz de recordar cuándo había dormido por última vez.

El bulto envuelto en una tela se movía en sus brazos; casi no pesaba nada, quizá porque él se había vuelto de plomo. De piedra.

Bajó la mirada.

«*Shao de* –musitó Mei Yu al verlo–. Qué cosita más diminuta.»

Parecía una criatura marina, cuando fue arrojada a este mundo. Antes de tiempo y solo después de librar una lucha que duró casi dos días. De un rosa claro azulado, purpúreo, resbaladiza debido a la sangre y las mucosidades. Arrugada, casi avellanada, como si hubiese pasado demasiado tiempo en el agua. La boca en el chafado rostro abierta para lanzar un grito mudo, al que siguió el primer sonido débil, agudo cuando la *mak bidan* le dio una palmadita.

Ahora, escasas horas después, la piel tenía el color de un té claro con un toque de nata. Aunque seguía con los ojillos apretados, se intuía que serían almendrados, sin duda igual de negros que la sedosa pelusilla que le cubría la cabecita.

Su hija.

Unos pasos ligeros, acompañados de un frufú de seda y un tintineo de joyas, se aproximaron, y él levantó la cabeza. Leelavati se había detenido a más de dos brazos de distancia.

Se miraron en silencio.

Su cuerpo era mucho más vigoroso y fuerte que el de Mei Yu, torturado y desgarrado por los dolores del parto hasta que la *mak bidan*, con las manos aceitadas, ejerciendo sobre ella más violencia aún, le arrancó al niño.

¿Sufrió tanto Leelavati? ¿Aguantó también valientemente hora tras hora, lloró y se lamentó, chilló hasta que ya no tuvo más fuerzas para gritar, tan solo para gimotear?

Raharjo no lo sabía, ya que no había estado presente y tampoco se lo había preguntado.

–Lo... lo siento mucho–dijo Leelavati en voz queda, la voz cargada de genuino pesar.

Él hizo un leve gesto de asentimiento. Naturalmente, ella lo sabía, debía de habérselo contado algún criado.

–Más tarde vendrá un ama de cría. Confío en que esté sana y sea una persona aceptable con mucha leche. No ha sido fácil dar con alguien tan deprisa.–Respiraba pesadamente–. Y he mandado a buscar a un sacerdote del templo de Thian Hock Keng. He... he pensado que debería ser enterrada según los rituales de su tierra. Solo si a ti te parece bien, claro está.

–Sí–repuso Raharjo con voz bronca, la lengua de madera muerta–. Gracias.

Ambos enmudecieron.

Las mejillas de la niña se tiñeron de color; la cabecita, que se movía a un lado y a otro, roja. El botón de rosa que tenía por boca se abrió y profirió un berrido entrecortado que a él le partió el corazón, que hacía un momento creía inerte. Empezó a mecer a la niña con torpeza, a darle unas palmaditas en la espalda, como había visto hacer a Leelavati.

Esta se acercó a él y extendió los brazos.

–Dámela.

Raharjo se estremeció sin querer, y los ojos de Leelavati se empañaron, furiosa y ofendida.

–¡No temas, no le haré nada! Pero lo más probable es que tú la dejes caer, a fin de cuentas no sabes nada de niños pequeños.–Asustada con la dureza de su voz, calló un instante y después añadió, en tono más conciliador–: Y tienes pinta de no tenerte en pie.

Le entregó a la llorosa niña a regañadientes y vio, asombrado, cómo la mecía ella en sus brazos, la arrullaba tiernamente y le introducía entre los labios la punta del dedo meñique, que la pequeña empezó a chupetear tímidamente.

–¿Ya le has puesto nombre?

«Mira, Raharjo, es tan bella como una rosa.»

–Li Mei–respondió él, atragantándose.

«Cuida... cuida de Li Mei, ¿lo harás?»

–Li Mei–repitió Leelavati, incorporando en el acto el nombre al afectuoso arrullo en el que envolvió a la recién nacida.

–¿Por qué... por qué haces esto?

Leelavati le lanzó una mirada fugaz de reojo y resopló.

–Desde luego no por ti.–Sus ojos pasaron de la niña que tenía en brazos al río–. Conozco el valle de fuego, sangre y dolor. Esa senda angosta que discurre entre la vida y la muerte. La he recorrido en cuatro ocasiones. He alumbrado a cinco hijos y enterrado a uno.–Su rostro se enterneció al mirar de nuevo a Li Mei–. Ningún niño tiene la culpa de las circunstancias en las que fue engendrado y nació. Todos los niños merecen recibir un buen trato.

Un latigazo que le estaba bien empleado a Raharjo, que se encontraba en el mar incluso cuando murió y fue enterrada la pequeña Kalpana.

–Me la llevaré a casa–decidió–. He mandado disponer todo lo necesario, cuna, vestiditos y pañales. Intenta dormir.

Sin dignarse mirarlo más, se fue con la niña.

Raharjo aún permaneció un rato en la veranda.

Las hojas de los árboles se movían despacio en el humo azulado de primera hora de la tarde, el *sungai* Seranggong fluía manso y uniforme. En el jardín reinaban el silencio y la calma. Como si no hubiera pasado nada. Como si el mundo no se hubiera hecho pedazos ese día funesto.

No sabía cómo iba a poder dormir de nuevo.

Se volvió con parsimonia y fue al dormitorio.

Tan solo el olor dulzón, a cobre, de la sangre recordaba el campo de batalla de ese día.

Raharjo había librado muchas batallas cuando era joven, matado a algunos hombres, algunas veces había sido herido de gravedad, con hojas y balas. Nada de ello se le antojaba tan brutal como el nacimiento de Li Mei.

Sangre. Tanta sangre.

Roja clara, como las anémonas del fondo del mar. Carmín, como la carne cruda. Púrpura, casi negra. Demasiada sangre para un cuerpo menudo, delicado como el de Mei Yu.

Solo cuando comprendió que todo había terminado permitió que lo echaran de la habitación, con la recién nacida en brazos. Tal vez la había sacado él mismo de la cuna, era incapaz de acordarse.

Entretanto habían limpiado y cambiado la ropa de cama, lavado el cadáver y vestido a Mei Yu con el salto de cama de seda azul que él le regaló.

En la estancia parecía perdurar un eco de la voz de Mei Yu, exhausta debido a los dolores del parto, rasposa por el agotamiento y una vitalidad que la abandonaba. Mei Yu parecía sorprendida, pese a tener los ojos cerrados, como si, al igual que él, tampoco pudiese creer que había muerto. El aññado rostro, las extremidades aún infantiles, blancas como el *chunam*. El vientre bajo la seda del salto de cama, un cielo azul cuya bóveda cubría un mundo vacío, muerto.

Se sentó en la cama temblando, se tendió a su lado y la estrechó entre sus brazos, lavándola en su

despedida con un salado mar de lágrimas.

Llovía a cántaros, el agua tamborileaba ruidosamente sobre el tejado cuando Raharjo bajó la escalera.

Todo le recordaba a Mei Yu, cada paso, cada movimiento, cada latido del corazón. Se pasaba el día aguzando el oído, en vano, para escuchar su vocecita, y por la noche buscaba su cuerpo caliente. Al respirar notaba el vacío que había dejado. Esa mariposa con alas de hierro que había sido demasiado delicada para sobrevivir al nacimiento de su hija.

El tiempo que había pasado a su lado había sido demasiado breve: poco más de un año; de amantes entre los vientos del sur de un año hasta los vientos del oeste del siguiente.

Leelavati retiró a Li Mei de la ama de cría cuando lo vio en la puerta y le hizo a la mujer una señal. Cohibida, la robusta campesina ocultó en la *kebaya* el generoso pecho, del que aún salían gotas de leche. A su rollizo hijo, que estaba sentado en el suelo en cueros, le arrebató el sonajero plateado que hacía un instante sacudía alegremente, lo cogió, se lo asentó en la cadera, y salió de la habitación deprisa, farfullando un saludo.

–Está preciosa–informó, orgullosa, Leelavati mientras ponía a Li Mei contra el hombro y le daba unas palmaditas en la espalda. La niña hizo un ruidito y después echó suavemente el aire, seguido de un borbollar–. Dentro de nada te vas a poner redondita como un *laddu*, ¿eh, Li Mei? Y ya eres igual de dulce, ¿o acaso no, Raharjo? Mira.

Leelavati se volvió un tanto para que Raharjo pudiera ver a la pequeña, que en ese momento chupeteaba la costura del hombro del *choli* de Leelavati. La carita estaba más llena, y ya se distinguían los almendrados ojos negros, que parpadeaban adormilados.

–¿Quieres coger...? ¿Qué es esto?–Leelavati miraba con cara de asombro la bolsita de terciopelo que le tendía.

–Quería darte las gracias. Por... todo esto.–Su mano hizo un gesto impreciso que abarcaba la estancia antes de ofrecerle de nuevo la bolsita a Leelavati, con aire más pensativo–. ¿No quieres ver lo que es?

Ella amusgó los ojos.

–Y quería... quería pedirte perdón.–Casi se atragantó con sus propias palabras.

–¿Con alhajas?

Con su forma de coger en la mano la cabecita de la niña, de moverla en las rodillas para mecerla, era todo amor maternal y ternura. Sin embargo, a su rostro volvieron a asomar la ira y el desdén.

–Ya te dije en su día que lo hago por Li Mei, no por ti. –Leelavati desvió la mirada–. Aprendí deprisa que no me amarás nunca, y me resigné a ello hace tiempo. También a que tengas otras mujeres. Pese a todo he intentado siempre ser una buena esposa para ti. No me he quejado nunca de ello, no me he peleado nunca contigo por ello. Y a cambio me has pagado únicamente con crueldad o con indiferencia. Como si...–Profirió algo parecido a un sollozo, y tragó saliva un par de veces para dominarse–. Como si fuera un castigo estar casado conmigo.–Alzó el mentón y lo miró fijamente–. Hay cosas que no se pueden perdonar. No sé si algún día podré hacerlo. Pero si quieres reparar algo, que sea con los niños, porque echan en falta a un padre que sea algo más que el hombre que los engendró de forma ruda e insensible.–Lee-lavati le dio la espalda y besó en la cabecita a Li Mei–. Si de verdad hablas en serio... los niños están aquí al lado.

En cuanto él entró en la habitación, los niños dejaron de hablar.

Dejaron de hacer lo que estaban haciendo, el cubo de madera aún en la mano levantada, la cuchara con la que se iba a dar de comer a la muñeca, parados a medio camino. Se quedaron mirándolo fijamente, con los ojos muy abiertos. Casi atemorizados.

¿Cuándo se habían hecho mayores? Veena, con su trenza, gruesa como el brazo, y las delgadas extremidades, de una belleza apabullante, con grandes ojos castaños y rasgos delicados. Debía de tener prácticamente la misma edad que tenía Mei Yu cuando él la rescató de aquel barco. Harshad se había

convertido en un muchachito nervudo de rasgos francos, despiertos. Un *orang laut* en miniatura de pies a cabeza, que tenía toda la pinta de gustarle salir a navegar al mar y pescar.

A Raharjo no se le había pasado por la cabeza nunca llevarlo con él. Ni tampoco mandarlos a la escuela, o al menos enseñarlos a leer y contar, y Leelavati se había ocupado de todo. De esos niños que eran tan carne de su carne como Li Mei, a la que sacaba de la cuna cuando lloraba, mecía en sus brazos y hablaba en voz queda hasta que se calmaba. A la que más de una noche había paseado por toda la casa contra su hombro hasta que, agotada, dejaba de berrear.

La vergüenza lo dejó exangüe; la culpa y el arrepentimiento lo aplastaron; se dejó caer en el suelo y hundió la cabeza en las manos. Los oídos le zumbaban y le palpitaban, escuchaba los cuchicheos de los niños como si estuviesen muy lejos.

—¿Estás triste?

Raharjo levantó la cabeza: delante, el cabello negro con rebeldes ondas y sortijas, tenía a la pequeña Sharmila; en los ojillos mostraba una mirada inquisitiva. Por la arruga vertical que se le marcaba en el entrecejo, el gesto de su carnosa boca y su forma de alzar la afilada barbilla, era clavada a las hermanas pequeñas de Raharjo.

—Sí—le contestó, la voz viscosa y pesada—. Muy triste.

La niña sacó barriga mientras se mordía el labio inferior con los perlados dientes, pensativa. Acto seguido se animó y le ofreció la que visiblemente era su muñeca preferida. La boca de Raharjo dibujó un gesto a medio camino entre una sonrisa y un esfuerzo sobrehumano para no derrumbarse delante de los niños.

—Gracias. Eres muy buena.

Parpadeó mientras le daba vueltas a la muñeca en las manos, y cuando Sharmila le puso la manita en la cabeza, torpemente, una lágrima le corrió por la comisura de los ojos.

Sonrió apocado a su hija y después le cogió un brazo con tiento. Sharmila vaciló, lo miró como a un animal al que no supiera si se le podía acariciar o si la mordería. Al final dio medio paso hacia él, y luego otro medio y le echó los bracitos al cuello con timidez.

Raharjo tembló cuando la estrechó contra su cuerpo, aspirando su olor, que curiosamente no le resultaba familiar, pero tampoco ajeno. El consuelo que le proporcionó ese cuerpecillo infantil lo abrumó, y dio rienda suelta a las lágrimas.

Atraída por las risas y risitas, las alegres voces infantiles, que intentaban imponerse las unas a las otras mientras la grave voz de Raharjo se percibía bajo ellas, Leelavati se acercó a la puerta contigua y se detuvo en la sombra del marco.

Abrazada a la muñeca, Sharmila estaba entre las rodillas de su padre, que escuchaba con atención a Harshad, que le contaba lo que Veena y él estaban construyendo en ese momento. Los ojos de Veena reflejaban su recelo: al ser la mayor, era la que más conocía los cambios de humor de su padre. Sabía lo peligroso que podía ser alegrarse demasiado cuando jugaban, porque a ello seguía irremisiblemente la amarga decepción de verlo después descontento y furioso o directamente no verlo. Y el anhelo que pese a todo Leelavati vio en sus ojos le dolió en el alma.

Un dolor que se vio mitigado acto seguido, cuando Harshad echó la cabeza atrás y rio a carcajadas con algo que dijo Raharjo y este le pasó la mano por el cabello. También Veena sonrió y, cohibida, bajó la cabeza y continuó con los cubos de madera mientras lanzaba una y otra vez miradas expectantes y felices a su padre.

De lo que más se alegró Leelavati fue de la cara de sorpresa que puso Raharjo. De la atención que dedicó a sus hijos y de su sonrisa. Porque era de corazón.

El tigre se había amansado; había encontrado la horma de su zapato en la inexorable crueldad de la muerte.

«Ahora ves lo que se siente cuando a uno le arrancan el corazón. Cuando destruyen con brutalidad

todos sus sueños y esperanzas.»

Y Leelavati se avergonzó un tanto por abrigar semejante idea.

A su manera, también ella lloraba la muerte de Mei Yu, esa criatura tierna, delicada, a la que había sido concedida una vida tan corta; desde entonces rezaba a diario por el alma de Mei Yu, para que le fuese otorgada una reencarnación dichosa.

Leelavati frotó tiernamente la mejilla contra la cabecita de Li Mei y pasó la mano con delicadeza por la espalda de la niña, que, dormida, respiraba pesadamente.

Más tarde presentaría a los dioses una generosa ofrenda y quemaría todo un manojo de incienso por Mei Yu. No solo porque en su despedida de este mundo le había regalado a esa preciosa niñita, sino también porque Mei Yu había salido airosa allí donde los dioses habían fracasado.

Leelavati se sentía aliviada y rebosante de esperanza cuando acarició los piecitos de Li Mei.

Esos piecitos que entre el segundo y el tercer dedo tenían una membrana como la de los patos o las nutrias.

El año 1867 marcó el inicio de una nueva era para Singapur.

No solo las quejas y peticiones que realizaron los comerciantes en Londres fueron escuchadas de una vez por todas, sino que además se adoptó una decisión. El 1 de abril Singapur pasó a ser una colonia de la Corona británica, que ya no solo tenía los mismos derechos que Calcuta, sino que era igual a esta y, sobre todo, independiente. Regida por un gobernador que ya no era designado por Bengala, sino por Westminster, que contaba con el respaldo de sendos consejos legislativo y ejecutivo.

El retoño había echado sus propias raíces en el fondo del mar; las raíces aéreas, que en un primer momento alimentaban a la planta madre, pero después se volvieron cada vez más asfixiantes, cortadas. Una nueva joya brillaba en el oro de la Corona británica. Era más pequeña, sin duda, y no resplandecía tanto como el enorme diamante de la gigantesca India, pero no menos soberbia; un zafiro que, azul como el cielo y el mar, miraba al futuro con aire triunfal.

El comercio se recuperó de la crisis a una velocidad pasmosa. El puerto franco de Singapur sencillamente era demasiado importante, gozaba de una situación demasiado privilegiada para que se pudiera pasar sin él en el sudeste asiático, algo a lo que también contribuyó el final de la guerra de secesión norteamericana y el de la rebelión Taiping en China. En el New Harbour se acababa de construir el segundo dique seco, que facilitaría la carga y descarga de mercancías en los nuevos buques de vapor, de grandes dimensiones y, sobre todo, la aceleraría, mientras que en el río Singapur, siempre congestionado sin remedio por sampanes y *tongkangs*, todo requería más tiempo.

La apertura del canal de Suez se esperaba como agua de mayo. Todavía no se sabía si supondría una bendición o una maldición para Singapur. Lo único seguro era que ese canal, que unía el mar Mediterráneo con el mar Rojo, cambiaría el mundo.

Después de décadas en las que épocas turbulentas habían arrasado la isla como si por ella hubiera pasado un tifón tras otro, Singapur contemplaba un mar tranquilo, suavemente rizado, sobre el que el sol reía desde un cielo azul.

También en L'Espoir se vivía el inicio de una nueva era: un conjunto de criados prácticamente nuevo en su totalidad se ocupaba de desempeñar las tareas cotidianas. Jati, con gran pesar, pero atendiendo a la necesidad de sus cansados huesos, se retiró y fue sustituido por dos hombres jóvenes. El anciano Boy One regresó a China; Boy Two ocupó su cargo, y los cometidos de este, a su vez, pasaron a Boy Three; a su lado aprendía el recién llegado Boy Four.

Tras la muerte de Ah Tong, Cempaka no se quedó mucho tiempo en L'Espoir. Pocos días después del entierro recogió sus pertenencias y sus ahorros, recibió de *tuan* Findlay la pensión que habían estipulado desde un principio y, tras más de tres décadas al servicio de los Findlay, volvió a su aldea natal. La joven Murni, esbelta y bella como una caña de Indias, tan alegre y locuaz como dispuesta, le echaba una mano a Kartika, que desempeñaba las tareas de las que antes se ocupaba Cempaka, mientras que, como *ayah*, cuidaba de Jo, la niña de sus ojos.

«No te apures, *mem* Georgina—dijo Kartika con voz firme, refiriéndose a los cambios que se estaban operando en la casa—. Yo me quedaré contigo, con los dos *tuans* y con Putri. No sabría qué hacer en el campo. ¿Atarme a un hombre que me mangonee y derroche nuestro dinero en peleas de gallos? No, *mem* Georgina, no es eso lo que quiero en la vida. Aquí, con vosotros, aquí estoy a gusto, en esta casa se está muy bien.»

Era agradable contar en la casa con su familiar cara y con los dos Boys de siempre mientras se acostumbraban a los nuevos rostros.

—Colonia de la Corona.—Sacudiendo la cabeza, Gordon Findlay cerró *The Straits Times* con parsimonia—. Singapur es una colonia de la Corona.

Era imposible no percibir su orgullo en su voz, en su sonrisa de satisfacción; a fin de cuentas habían

sido comerciantes como Gordon Findlay los que habían convertido a Singapur en lo que era en la actualidad.

Dejó el periódico en la mesita del té y se retrepó en su asiento. Las manos en los brazos, contempló el jardín, donde Jebat y Johan trabajaban con empeño, aunque aún con cierto atolondramiento; a diferencia de Ah Tong, habían preferido seguir viviendo en su *kampong* a trasladarse a las habitaciones del servicio en la casa.

—Es algo que jamás habríamos imaginado—afirmó en voz baja—. Antaño, cuando llegamos.

Con ese plural se refería a los comerciantes de la primera y segunda oleadas, antiguos compañeros de viaje y competidores, de los que apenas quedaba ya ninguno. La mayoría había dejado su compañía en manos más jóvenes y había vuelto a su lugar de origen, y para entonces muchos de ellos habían muerto, ya en Gran Bretaña, ya en Singapur. De un tiempo a esa parte eran muchas las esquelas y necrológicas que se publicaban en los diarios ingleses y escoceses que Gordon Findlay recibía con regularidad. Muchos los enterraban a los que asistía en el nuevo cementerio de Bukit Timak Road.

La muerte de Ah Tong lo había afectado profundamente, Georgina lo sabía, y también la de Anish, al que conocía desde hacía mucho más tiempo aún. Estando ya frágil y achacoso, Anish había enseñado bien a su sucesor, aunque Gordon Findlay se quejaba continuamente de que Selasa cocinaba siguiendo las recetas de Anish, sí, pero la comida era demasiado malaya, y no lo suficientemente india, no le sentaba bien, y que los dulces siempre tenían demasiado poco azúcar.

Quejarse de ese modo era su forma de expresar el dolor de las pérdidas, de hacer frente a ese período de transición. Al reemplazo de su generación por una más joven.

Georgina, risueña, levantó la vista del libro que estaba leyendo y observó a su padre, no sin que la preocupación le atenazara el pecho.

Los vaivenes de la vida y los años, que de un tiempo a esa parte pesaban más, habían ido doblando cada vez más al espigado, ya decaído, abedul, que rondaba ya los setenta años. La corteza parecía fosilizada, agredida por la sal del aire marino el tronco estaba arrugado por el tiempo y los elementos. De cuando en cuando sufría de dolor de dientes, y las tres muelas que el doctor Poiron le había sacado paulatinamente le habían hundido las mejillas, haciendo que la poderosa nariz resultara más prominente y el mentón más pesado, en ese rostro que se estaba convirtiendo en pergamino arrugado.

Con sus brazos y sus piernas excesivamente largos parecía un saltamontes cansado, que descansaba en una hoja, los movimientos lentos y cuidadosos, y su olor había adquirido una nota polvorienta. Gordon Findlay era un anciano.

—Llegué aquí tan solo con una maletita llena de camisas y una bolsita de dinero—contó al cabo de un rato—. Solo para buscar géneros para la compañía que había fundado con tu tío. Corría el año veintisiete, y Singapur ni siquiera era una ciudad en toda regla. Se reducía al puerto con los almacenes, el mercado chino y los *kampongs* malayos. Pero al ver todo lo que había aquí, adónde se podía transportar...—en sus ojos parecían reflejarse los tesoros de Asia, desplegados en los muelles del río Singapur como si de un bazar se tratase. Todavía sorprendido al cabo de todos esos años, cabeceó— entonces escribí a Étienne para decirle que debíamos trasladar la factoría a este sitio. A este filón de oro. Así que arrendamos un *godown*. No el actual, en el que se encuentra la factoría hoy en día. Fue otra casa, situada más arriba. Desapareció hace tiempo.

A pesar del fracaso del cargamento de Carey de mala calidad, Gordon Findlay había dejado la dirección de la compañía en manos de Paul exclusivamente. Ya solo se pasaba uno o dos días a la semana por Raffles Place, únicamente durante unas horas. Menos para ver si todo estaba en orden en la compañía, como pensaba a veces Georgina, que por fuerza de la costumbre, quizás incluso movido por cierta nostalgia sentimental.

Como si en el camino de su vida hubiese llegado a una bifurcación y no supiera a ciencia cierta por cuál de las dos ramas debía seguir, daba la impresión de que se volvía para mirar atrás. Su boca, no más

que una fina línea, una incisión en su rostro, se ensanchó en una pequeña sonrisa.

—A tu madre no le hizo ninguna gracia. Nos casamos jóvenes, no hacía mucho que nos habíamos instalado en nuestra casita de Calcuta, y a menudo no se encontraba bien. —Su rostro se ensombreció y, tras un instante de vacilación, siguió hablando con premura—. El clima de Bengala, ¿sabes? A primera vista Singapur se me antojó más saludable para ella. Con el mar a la puerta, el viento. Aunque me planteé hacerla venir, preferí esperar hasta ver si de verdad me quedaría aquí algún tiempo. Quería buscar primero un lugar adecuado para vivir. Y por aquel entonces no era nada habitual que uno se trajera a su esposa, siendo todo, como era, tan inseguro y no exento de peligro. Ella no quiso ni oír hablar de volver temporalmente con su familia a Pondichéry.—Se rio—. Hizo la maleta sin más ni más y se vino aquí. Sola. Tan solo se trajo a Anish, porque le dije por carta que echaba de menos la comida india. Dios sabe de dónde sacó la fuerza necesaria para hacerlo. Nos instalamos en dos habitaciones sobre el *godown*; Anish dormía en la cocina. Y eso que tu madre estaba acostumbrada a vivir de manera muy distinta. Los Boisselot son una familia muy distinguida, adinerada. Pero no le molestó lo más mínimo.—Asintió para sí, con aire ensimismado—. Así era ella, mi Joséphine.

Las últimas palabras las pronunció tragando saliva pesadamente y tan solo en un susurro; en los ojos, un brillo húmedo. Georgina se echó hacia delante y apoyó la mano en la de su padre.

Gordon Findlay se estremeció; con ambas manos, secas y nudosas como las ramas de un árbol, agarró los dedos de su hija y los acarició torpe pero tiernamente, y un tanto cohibido.

Dando piernas con movimientos lentos, suaves, Raharjo avanzaba por el agua, que era clara y verde como jade líquido. Apenas removía la arena del fondo, que tan solo se hallaba unos palmos por debajo. Bancos de peces pasaban a su lado, las algas marinas lo seducían con sus gestos, le acariciaban las piernas.

Su boca, perlada de burbujas de aire, dibujó una sonrisa. Raharjo cogió una caracola que vio medio enterrada en la arena, se impulsó con fuerza y subió a la superficie.

Ya en la barca, empapado y tan solo con unos pantalones raídos, giró la proa al viento, disfrutando de la vigorosa brisa que le daba en el rostro, el caliente sol en la piel.

Según los criterios de su pueblo, ya era casi un hombre mayor, a comienzos de su quinta década de vida; en el cabello y la barba tenía mechones grises, y bajo los ojos, profundas líneas desplegadas en abanico. Lo bastante mayor para ser abuelo y jefe de un clan, pero él no se sentía viejo.

Solo había perdido algo de energía, resistencia y rapidez, cosa que compensaba más que de sobra con su experiencia, y aún conservaba todos los dientes, aunque ya no fuesen tan blancos como antes.

En la medida en la que la escuela se lo permitía, salía con los niños. Les enseñó a navegar, a nadar y zambullirse en mar abierto, a pescar y limpiar el pescado y a cocinar en una barca. A Harshad, además, lo instruyó en el manejo del arpón, que a Veena le resultaba demasiado brutal, demasiado sanguinolento, y para lo cual Sharmila aún era demasiado pequeña. Les transmitió sus conocimientos sobre el mar, el viento y las estrellas, les contó las antiguas leyendas de los *orang laut* y les transmitió sus orgullosas tradiciones. Sobre todo a Harshad le maravillaba que en su día su padre hubiera sido pirata, y le pedía una y otra vez que le hablara de sus aventuras y sus luchas.

En una ocasión fue al río Kallang, poco antes de que muriera su madre, con los cuatro niños. Aunque nadie dijo nada, vio que a su madre, sus hermanos y cuñadas, sus hermanas y los esposos de estas les extrañaba que tres de sus hijos tuviesen un nombre indio y pareciesen indios y por las venas de la cuarta, a todas luces, corriera sangre china. Por su parte Veena, Harshad y Sharmila se empaparon de todo cuanto rodeaba a su desconocida abuela, a sus tíos y tías, a sus primos y primas, pero ese mundo ajeno les resultó desconcertante; ni siquiera hablaban el mismo malayo.

«Me alegro de que vivamos en casa y no allí», lo resumió tímidamente Harshad, y Raharjo lo entendió. Él mismo se había sentido extraño allí, aunque por sus venas corriese la misma sangre.

Quizá por eso salía a navegar tan a menudo, solo por el placer de hacerlo. Zambullirse para encontrar

conchas y caracolas, a veces una moneda antigua extraviada o alguna otra cosa arrastrada por el agua. Como hacía en su día, antes de que decidiera enriquecerse con los tesoros del mar.

Para no olvidar de dónde procedía. Quién era.

Sus ojos recorrieron la costa y descansaron en un oscuro muro de sombras que se desbordaba con aire amenazador sobre una tapia. Palmas, frondosas ramas y exuberantes matas que parecían avasallarse y devorarse las unas a las otras.

Había dejado que el viento fuese su guía, y la barca lo había llevado precisamente hasta allí.

No había vuelto a pensar en Nilam desde hacía mucho. Como si nunca hubiera existido.

Solo de un tiempo a esa parte había surgido de las profundidades de su memoria, como pedazos de algas marinas. Cuando Harshad miró maravillado sus cicatrices y él recordó cómo habían cosido las heridas los dedos de una niña. Cuando Veena derramó lágrimas de vergüenza porque era la mayor de la escuela que estaba empezando a aprender las letras y los números y él trató de consolarla contándole que su padre era todavía mayor cuando aprendió a leer.

Arrizó las velas con resolución, remó a tierra y sacó la barca a la arena.

Dio unos pasos por Jalan Pantai y vio la casa al otro lado de la tapia, más allá de los coches de caballos y tiros de bueyes que pasaban; tenía un aspecto deslucido. Los líquenes cubrían el tejado, el *chunam* de los muros tenía un color grisáceo, y el musgo crecía en las grietas. La carretera entera estaba en mal estado y venida a menos; aunque quizá se engañara, pues ahora él era un hombre rico que vivía en una casa grande, bonita.

¿Habría vuelto ella de Inglaterra? ¿Volvería a vivir allí, después de perder la casa de Orchard Road?

A su boca afloró una sonrisa de satisfacción.

Había disfrutado con cómo había ido manejando los hilos para lograr que el negocio del *tuan* escocés se tambaleara. Bigelow había hecho averiguaciones sobre él, eso lo sabía, había acudido a Whampoa y otros *taukeh*s. Pero también sabía que las redes que arrojaba un *tuan* blanco no llegaban muy lejos, su malla era demasiado gruesa para pescar algo del comercio habiendo malayos e indios por medio.

Su sonrisa se tornó un tanto desdeñosa. El tal Bigelow no solo era mal comerciante, sino que además no conocía la naturaleza humana. Permitió que un comerciante del que no sabía nada le quitara el dinero del bolsillo a cambio de un cargamento que no había visto con sus propios ojos.

Ella había preferido a un *orang putih* tonto antes que a él. A un mentecato ciego que ni siquiera se percató de que su esposa lo engañaba.

Lo último que había oído era que el negocio estaba justo donde él quería: casi en las últimas.

Entonces lo besó Mei Yu.

Mei Yu había sido su opio. La que mitigó el dolor de viejas heridas, apaciguó la ira y el odio, lo sumió en un olvido beatífico. En una dicha dulce, serena, en la que no tenía cabida ninguna otra cosa. Tener que vivir sin ella hacía que le doliesen el cuerpo y el alma.

Se volvió y dio unos pasos por la arena, se sentó a contemplar el mar, una cinta de seda rizada esa tarde, de color turquesa y azul celeste. Ante la costa de Batam se deslizaban barcos con las velas desplegadas, pasaban pesqueros, y el murmullo y el espumar de las olas era como el latir de su corazón.

En el mar, en el río, Mei Yu se hallaba cerca de él, como un espíritu del agua cariñoso, apacible. En las olas se oía un eco de su voz, su sonrisa asomaba por el sol y las nubes, y el viento le acariciaba la piel como antes lo hacía su cabello de seda. Cuando faltaba poco para que se cumplieran dos años de su muerte, él aún sentía el desgarró en el corazón que esta le había provocado.

Los niños eran un consuelo para él, sobre todo Li Mei. En modo alguno un redondo *laddu*, sino una criatura tan delicada como su madre, que revoloteaba por la casa como una mariposa. Siempre con una sonrisa en la cara, tan parecida a la de Mei Yu, aunque él también se veía reflejado en ella.

En la curvatura del arco de Cupido. En la nariz, con cierta personalidad. En la línea del párpado

superior. En la forma de las orejas. Y en las membranas natatorias que tenía en los pies, las mismas que tenían uno de sus hermanos, una hermana y dos tíos suyos.

Una señal de buena suerte y de que Li Mei pertenecía a un antiguo pueblo *orang laut*.

Estaba muy en deuda con Leelavati. No solo por cuidar de Li Mei como cuidaba de sus propios hijos, sino por todos los años en los que él la castigó por algo que le hizo otra mujer. Una gran injusticia, imperdonable y de lo más vergonzosa.

Había hecho falta tiempo para apartar los escombros que había dejado la frenética danza de sus demonios, y ello se lo debía únicamente al gran, fuerte corazón de Leelavati. Él nunca la amaría como ella ansiaba, como se merecía, pero había aprendido a respetarla. A honrar su cuerpo, ese campo rico, oscuro, en el que habían crecido las semillas de los cuatro hijos a los que había engendrado. Un cuerpo que había pasado de la jugosa juventud a la exuberancia de la madurez, reblandecido y remodelado por las mareas de los embarazos y los partos, y el amamantar de los niños. Un cuerpo que ella volvía a confiarle, aunque vacilante. Que él acogía con un deseo nacido de la gratitud, de una ternura desinteresada que había aprendido de Mei Yu.

En el plazo de unas semanas volvería a ser padre, y esta vez permanecería junto a Leelavati, sostendría en sus brazos a su hijo cuando respirase por primera vez, cuando profiriese su primer grito.

Notó que alguien lo observaba, y al volver la cabeza parpadeó cuando sus ojos se toparon con unos ojos de un azul luminoso.

«Nilam.»

Imposible. Nilam había dejado de ser una niña hacía tiempo. Ni siquiera entonces era tan pequeña.

Y, sin embargo, todo en ella le recordaba a Nilam.

La forma en que la niña, ataviada con un *sarong* y una *kebaya*, apartó la mirada de súbito, de mantener la cabeza baja cuando se agachó y empezó a abrir un hoyo en la arena mojada mientras lo miraba una y otra vez. También su cabello ondulado, recogido en una trenza, se parecía al de Nilam, aunque no fuese tan oscuro; madera de palma, que, sin embargo, había permanecido mucho tiempo al sol.

Estaba claro que a la pequeña le picaba la curiosidad, no paraba de mirarlo de soslayo, fingiendo una indiferencia que a él le resultaba divertida. Daba unos pasos en el agua y después caminaba despacio, deliberadamente ensimismada, por la arena, y entre medias se agachaba para coger algo, lo desechaba y saludaba a los pescadores con una sonrisa radiante.

Y así hasta que se acercó a él.

Se detuvo, escarbando con los pies en la arena, y lo observó con detenimiento.

—¿Qué haces?—preguntó, el malayo fluyendo con naturalidad.

—Estoy sentado mirando el mar.

Su manera de fruncir las cejas formando dos delicados arabescos le llegó al herido corazón, pues al hacerlo se parecía mucho a Nilam.

—¿Solo eso?

—Solo eso.

La pequeña se mordió el labio inferior con aire pensativo y dio un paso vacilante hacia él, que él entendió como una invitación para seguir hablando.

—¿Y tú? ¿Qué haces?

—Busco conchas.—Hizo una suerte de mohín—. Pero hoy todavía no he encontrado ninguna bonita.

Debía de ser hija de Nilam, tenía el mismo rostro delgado. Sus ojos tenían la misma forma, con esas pestañas tan increíblemente pobladas. El iris, sin embargo, era de un azul más claro, natural, no del peculiar azul violeta de las orquídeas salvajes que crecían a orillas del río. La nariz era más pequeña y graciosa, al igual que la boca, y la barbilla parecía más suave, menos energética; tampoco estaba tan delgada como Nilam entonces.

El recuerdo de Nilam lo sacudió con fuerza. Georgina. Desnuda entre sus brazos, retorciéndose y

estremeciéndose debajo de su cuerpo su aliento ardiente en su oreja, en su piel.

Debió de quedarse mirando fijamente a la niña demasiado tiempo. Desconfiando, la pequeña dio un paso atrás.

A Raharjo el corazón le latía deprisa.

—¿Cuántos años tienes?

—Cinco.—Levantó la mano derecha con los dedos abiertos, una pequeña estrella de mar que mostraba orgullosa, como si fuera una distinción—. Pero voy a cumplir seis.—Añadió el pulgar de la otra mano—. Mi mamá dice que el año que viene.

No, de eso hacía demasiado; era hija de Bigelow, y se sorprendió sintiendo una punzada de decepción que lo atravesó como si de una aguja se tratase.

—¿Vives aquí?

—Sí. Ahí.—Señaló decidida la tapia que se alzaba tras Jalan Pantai. El pedazo de jungla de detrás.

—¿Con tu mamá?

La niña asintió.

—Y con mi papá. Y mi abuelo. Y con Kartika, que es mi *ayah* —repuso, abriendo surcos en la arena con los pies—. Y también tengo dos hermanos, pero están en Inglaterra. Donde nací yo. Pero de eso no me acuerdo.

—No, claro.—Raharjo sonrió—. ¿Y te dejan que andes sola por la playa?

La pequeña se sonrojó.

—Nado muy bien—se defendió con vehemencia—. Me ha enseñado mi mamá.

El desgarró causado por la muerte de Mei Yu se abrió más; quizás incluso fuese una herida mucho más antigua que volvía a abrirse. Se levantó de repente.

—Vuelve a casa—dijo con voz bronca—. Seguro que tu mamá está preocupada por ti. Y yo también me tengo que ir.

—¿Esa barca es tuya?—preguntó la niña.

Él volvió la cabeza, en los ojos de la pequeña se veía un anhelo descarnado, y en ese momento se parecía tanto a Nilam que Raharjo sintió que le faltaba aire.

«Te arrebataré todo aquello que amas y te es querido.» Sus palabras resonaron nuevamente en él.

Sintió deseos de coger a la niña, meterla en la barca y alejarse con ella. Asestar a Georgina un último golpe, mortal. Adueñarse de una parte de ella y no renunciar a ella nunca jamás.

—¡Corre!—le dijo—. Venga, vete a casa.

Asustada, la pequeña giró sobre sus talones y salió corriendo, y en ese mismo instante él se arrepintió.

Al mirar la barca reparó en algo.

—Espera.

Con una pierna extendida atrás, dispuesta a dar el siguiente paso, la niña se volvió. Su postura, su mirada y su forma de retorcer un extremo del *sarong*, una mezcla de temor, curiosidad y una confianza ciega tan inocente que hizo que a Raharjo se le oprimiera el pecho.

Corrió a su encuentro y, arrodillándose delante de ella, le ofreció la caracola blanca, casi del tamaño de un puño, que había cogido antes del fondo del mar.

—Toma, para ti.

—¡Graaacias!—Su sonrisa le llegó a un lugar hondo de su cuerpo.

La pequeña era más abierta, más alegre que Nilam, también más candorosa. A ella no la rodeaba una sombra siniestra, una seriedad prematura, nada infantil; Raharjo confió en que ello significase que era querida, crecía en un lugar seguro y nunca estaba tan sola como su madre antaño.

—Y esta es para tu mamá.

Un cauri, manchado como un leopardo.

–¡Yo también tengo una como esa!–exclamó embelesada–. Me la encontré en el pabellón, debajo de la cama, atrás del todo. Y en el cajón me encontré más cosas: una piedra negra que parece un barco, y un abanico, pero está roto. Y...

–Dásela a tu mamá, ¿lo harás?–insistió Raharjo, la voz bronca. Reprimió la necesidad de acariciarle el cabello o abrazarla–. Y ahora vete corriendo a casa.

Con la valiosa concha apretada contra el pecho, Jo atravesó el jardín a la carrera. El hombre era raro, le daba un poco de miedo, pero a pesar de ello le era simpático. Solo que parecía muy triste cuando ella le dijo adiós con la mano antes de meterse por la abertura de la tapia.

Con un cosquilleo de dicha en la barriga, una vez al otro lado fue corriendo a lo largo de la tapia y se abrió paso por la verduca. Con la veranda de madera había que tener cuidado, porque había algunas tablas rotas. Era fácil caerse con la hierba alta, y parte de la escalera estaba podrida.

Jo subió pisando con cautela allí donde sabía que era seguro y entró en la habitación con la cama ladeada.

Aquello era como estar debajo del agua, a media luz, casi a oscuras. Un mundo propio, inmerso en una tenue luz verde de una belleza horripilante. El aire que respiraba era húmedo y olía a mar, a algas y sal. Qué gracia, el hombre olía muy parecido cuando se había puesto de rodillas delante de ella.

Tiró con una mano del combado cajón hasta abrirlo lo bastante. En la casa grande tenía una habitación entera llena de juguetes, pero ninguno era tan bonito como el tesoro secreto que guardaba en ese cajón. Como esa casita.

Su castillo de cuento de hadas. Su palacio del sultán. Su barco pirata.

Acarició con delicadeza la piedra oscura, rugosa, que era un barco encantado. El abanico roto, en cuyos restos de pintura siempre encontraba dibujos nuevos, mágicos. Al lado había trozos de un peine que seguro que era de una princesa hechizada, y una pulsera de conchitas, muchas de las cuales estaban rotas, pero que a pesar de todo se ponía a veces en la muñeca y admiraba sobre su piel.

La caracola blanca la depositó entre las pequeñas conchas que había encontrado en la playa cuando iba a nadar o a dar un paseo con su madre, entre las mitades de venera, con forma de corazón, y las que parecían el cuerno retorcido de un ser fabuloso. Puso la concha con manchas marrones junto a la otra: sí, era exactamente igual que la que había encontrado cuando jugaba allí, solo que sin el resbaladizo musgo.

La sonrisa se borró de su rostro. Esas conchas no se encontraban en la playa, Jo lo sabía, se lo había contado su madre. Procedían del mar, de muy abajo. Si le daba a su madre la concha, tendría que confesar que había ido sola a la playa, aunque no la dejaban; todavía no nadaba lo bastante bien para el vasto, impetuoso mar, todavía no era lo bastante alta ni lo bastante fuerte. Y encima había estado hablando con un desconocido y había aceptado un regalo suyo...

Torció el gesto.

–¡Jo-ho!–Se estremeció cuando oyó la voz de su madre desde la casa, un reclamo risueño–. ¿Vienes, Jo? ¡A comer!

La niña se mordisqueaba el labio inferior, tensa. No quería mentir, pero si decía la verdad seguro que se enfadaban con ella.

–¡Jo-ho! ¡Josie-Rosie! ¿Dónde andas?

Mañana. Mañana seguro que se le ocurría algo. Mañana le daría la concha a su madre.

Aliviada al haber tomado una decisión tan inteligente, cerró el cajón y salió corriendo.

Georgina apenas podía apartar la mirada del espigado, apuesto joven que caminaba a su lado por la arena, erguido y con pasos elásticos, las manos relajadas en los bolsillos del pantalón. Cuando el viento que le alborotaba el cabello oscuro como el café le daba en el torso, la holgada camisa se le pegaba al esbelto cuerpo, los anchos hombros.

No se cansaba de mirar su enérgico perfil, los marcados pómulos; al afeitarse el firme mentón se había dejado algunos cañones.

De cuando en cuando sus ojos, grises como nubes cargadas de lluvia bajo pesadas cejas, se cruzaban con los suyos, y entonces se sonreían, tímidamente casi, y sin embargo con una confianza profunda, que no necesitaba de muchas palabras.

«Mi hijo.» Georgina admiraba a ese guapo desconocido en el que seguía reconociendo al niño al que alumbró y acompañó durante un recorrido demasiado corto de su vida.

–Háblame de David–pidió en voz baja, entre el murmullo de las olas–. ¿Cómo está? Vuestras cartas eran tan contadas y siempre tan cortas.

Duncan esbozó una leve sonrisa que le iluminó el rostro, que el sol de cubierta durante la larga travesía de Southampton a Singapur había teñido de bronce.

–Somos dos chicos normales y corrientes, mamá. No somos poetas.–Su voz era grave, aún rasposa, a medio camino de una voz de hombre que prometía ser fuerte y sonora–. Está bien. Trabajar en la compañía le interesa mucho más que estudiar. El tío Silas y el tío Stu dicen que con ellos llegará lejos.

Georgina asintió. No le pasó inadvertido lo que no le decía, pero lo dejó estar; ya se lo contaría él cuando llegara el momento.

–El abuelo no se encuentra bien, ¿no?–inquirió Duncan, vacilante, al cabo de un rato.

A Georgina se le saltaron las lágrimas, que se apresuró a enjugar.

–No.

–¿Tan malo es?

Ella se detuvo, enterró los pies en la arena y supo que no encontraría asidero; desde hacía algún tiempo ya no sentía el suelo firme bajo los pies.

Frunciendo el ceño, miró el mar, un campo azul claro suavemente rizado sobre el que volaban los pájaros.

–Tiene... una úlcera. El doctor Little dice que no puede hacer nada por él, salvo mitigarle el dolor. Durante... durante el tiempo que le quede.

–Mamá.–Tan solo una palabra, musitada y pronunciada con cautela, y, sin embargo, eran tantas las cosas que resonaban en ella.

Miedo. Preocupación. Consternación. Un intento de proporcionar consuelo.

Georgina le dedicó una sonrisa que pretendía transmitir agradecimiento y valor, pero le salió débil. Acarició la mano que su hijo tenía apoyada en su hombro y se dispuso a continuar, pero Duncan no se movió del sitio.

–Sin duda ahora esto parecerá insensible por mi parte.–Se encogió de hombros, haciendo subir con el movimiento los pantalones, en cuyos bolsillos había metido las manos, de manera que pareció más un niño pequeño que el hombre casi adulto de dieciocho años–. Pero confiaba en que el abuelo pudiera ayudarme. O quizá tú.

Georgina lo miró con cara de interrogación.

Duncan infló los carrillos y expulsó con fuerza el aire mientras volvía un tanto la cabeza hacia el mar.

–Al proponer la idea de que entre a trabajar de aprendiz con el tío Stu... sin duda su intención era buena. La de papá, y la del abuelo. Pero no sirvo para el comercio. Al menos no en un despacho. No como David.–Sus ojos, oscuros como el estaño, se clavaron en ella–. Quiero ser marino, mamá. Siempre

lo he querido.—Dejó caer la cabeza y alisó la arena con el pie—. Para la Marina Real es demasiado tarde, tendría que haber ingresado con trece o catorce años, pero también me parecería estupenda la marina mercante, con tal de ir a bordo de un barco. El tío Stu tiene contactos, y podría buscarme un empleo, pero no puede ni quiere hacerlo sin el permiso de papá. Y papá no quiere oír hablar del asunto, para él no es una profesión de verdad.

Bajó la cabeza.

Los años que Paul y Duncan no se habían visto los habían distanciado, y ambos intentaban disimularlo con todas sus fuerzas, de un modo torpe, tímido. Georgina intuía que Paul, decidido a tratar a Duncan como si fuese su hijo legítimo, se estaba excediendo y lo hacía infeliz.

—No es la parte mercantil—adujo—. Soy espabilado y se me dan bien los números. Pero el trato con proveedores y clientes... con eso no puedo. Lo he intentado más que de sobra, he pedido consejo una y otra vez al tío Stu y al tío Silas. Pero, sencillamente, no soy capaz.—Se volvió a medias y contempló los barcos con una mirada tan anhelante que a Georgina se le partió el corazón—. Yo solo quiero estar ahí. Un par de veces incluso he estado a punto de marcharme sin más y enrolarme en el primer cúter.—Miró de reojo a su madre, avergonzado—. En Inglaterra aprendí a navegar. A escondidas. El tío Stu no lo sabe, y la tía Stella tampoco, solo David. Me lo pagó el tío Silas.—Su semblante se iluminó—. Lo llevo en la sangre, me lo han dicho repetidas veces.

«Cómo no lo vas a llevar.» Georgina observó a su hijo con melancolía.

El hijo del *selkie*. Que debía su piel oscura, su belleza ruda, con la que a veces le tomaban el pelo, no a sus antepasados de la Provenza, ni a sus ancestros de Escocia, donde en su día navegantes españoles y portugueses diseminaron su semilla, legando a los Findlay su cabello negro, sus rasgos marcados, su piel cetrina en ocasiones y unos ojos tan oscuros como la morcilla.

«Como el viejo Douglas Findlay, ¿os acordáis?»

Él era medio *orang laut*, descendiente de un pueblo antiguo, orgulloso, de navegantes, de guerreros del mar, que llevaba en la sangre el océano y el viento, el ansia de libertad y vastedad.

Georgina no se lo podía contar, no en un mundo en el que un eurasiático valía mucho menos que un niño con un padre inglés, cuyo apellido llevaba.

—Consúltalo con tu abuelo—prefirió decir—. Seguro que se alegra de que pases tiempo con él. De que le cuentes lo que te preocupa y le pidas consejo. Y yo intentaré convencer a tu padre de que cambie de opinión.

Duncan profirió un suspiro, como si durante todo ese tiempo hubiera estado conteniendo la respiración.

—Gracias, mamá.—Sus ojos, brillantes como la luz de la luna, se dirigieron al mar—. ¿Vamos a nadar? ¿Como antes?

El hálito de la muerte se dejaba sentir en L'Espoir.

El tufo de una enfermedad incurable salía de la habitación de Gordon Findlay y se extendía por toda la casa, asentándose en escaleras y paredes, uniéndose en los rincones al moho y los hongos. Un olor que resultaba sofocante en el cargado aire, más persistente que el de la ropa recién lavada y el acre jabón. El olor de un cuerpo cada vez más caduco, pero que era demasiado fuerte, demasiado resistente para rendirse, no en vano había sobrevivido medio siglo en el trópico.

La muerte no tenía prisa, quizás incluso se rompiera los colmillos al morder la dura madera de roble escocés de la que estaba hecho Gordon Findlay.

Estaba encogido, no era más que un saco de huesos bajo la grisácea piel, que le caía formando bolsas. Su vientre, que había seguido siendo plano incluso en la vejez, en ese momento estaba grotescamente hinchado; el rostro, chupado; los ojos apagados, de un azul acuoso y profundamente hundidos en las cuencas. Aceptaba estoicamente y con gratitud la humillación que suponía que Kartika y Georgina lo lavaran y le dieran de comer como si fuese un niño pequeño; sabía que ese camino que

descendía con lentitud, con angustiosa lentitud, finalizaría en algún momento.

Para él ya no habría un mañana. El hoy, ese hoy que era una masa inerte, tampoco le deparaba nada ya. Como si quisiera cerciorarse de que realmente había estado presente en este mundo, volvía su mirada al pasado. Su mente, debilitada por la enfermedad, ofuscada por el láudano y de nuevo desconcertantemente lúcida, rescataba recuerdos como si fuesen soberbias piedras preciosas que contemplaba con asombro y sopesaba en la mano. Como para decidir cuál de ellas quería llevarse en su último viaje.

Ese larguirucho oriundo de Dundee, que no sabía nunca qué hacer con los brazos y las piernas. Al que siempre le caía por la ancha frente un mechón de cabello, negro como el plumaje de un cuervo, por mucha crema fijadora que se echase. Que quería ser algo más que un escribiente al servicio de la Compañía de las Indias Orientales y soñaba con hacerse con su parte de las riquezas de la India.

«Étienne tenía el capital; yo, las ideas. Los contactos y los conocimientos. Étienne tenía el carisma para atraer a los clientes y granjearse su simpatía, y después yo afianzaba las operaciones. Así fue como empezamos. Entonces. Con Findlay & Boisselot.»

–Estoy orgulloso de mis nietos–afirmó con un hilo de voz–. Son unos muchachos excelentes, tanto uno como otro. Lo has hecho bien, Georgie.

Esta sonrió.

–¿Aunque el mayor ahora esté fregando cubiertas en algún lugar del océano?

Gordon Findlay se rio, una risa apagada que salía de una boca muy abierta, que hizo que se le movieran las profundas arrugas del cuello, visiblemente satisfecho de haber logrado que padre e hijo llegaran a un acuerdo: si en el plazo de cinco años no conseguía llegar al menos a alférez de fragata, Duncan entraría a trabajar sin demora en Findlay, Boisselot & Bigelow.

–Que friegue, que friegue. Trabajar duro no le ha hecho daño a nadie nunca. Y en la compañía siempre podrá entrar, no va a ir a ninguna parte.–Los enrojecidos ojos se clavaron en su hija–. Paul la sorteó bien, la crisis del sesenta y cuatro. Hará que la compañía vuelva a ser grande. Eso no me preocupa lo más mínimo...–Las ideas lo asaltaban con cuentagotas, su mirada vagaba sin rumbo por la habitación–. David...–musitó al cabo de un rato–. ¿Sigue aquí?

David había tenido el honor de ser el primero de los dos hermanos que había cruzado el canal de Suez, inaugurado el año previo, que acortaba el viaje de Europa a Singapur de tres meses a tan solo uno. Se presentó como un joven dios del sol en la casa, que vibraba con su vivacidad, sus animados relatos y su risa, si es que no estaba atiborrando su corpachón de diecisiete años con los bizcochos de Selasa, como si a partir de ese día no hubiera más comida en todo Singapur.

En adelante así serían las cosas siempre con Duncan y David, pensaba Georgina a veces con melancolía: dos hombres jóvenes que acudían de visita unas semanas para después marcharse a seguir corriendo mundo, a vivir su propia vida.

–Ha salido con Paul a montar a caballo. Vendrá a verte después.

Gordon Findlay asintió y cerró sus ojillos de tortuga, si bien los abrió en el acto, con expresión atemorizada.

–¿Y Jo?

–Estoy aquí, abuelo.

Jo se levantó del suelo de un salto, se subió a la cama y besó a su abuelo en la mejilla tan tierna, como enérgicamente.

Georgina había querido mantener a su hija lejos de ese lecho de dolor, pero Jo buscaba por iniciativa propia la habitación de su abuelo. Podía pasarse horas sentada en el suelo con un libro, leyéndole de vez en cuando o escuchando cuando él le hablaba de antes, hasta que ella misma decidía irse o Georgina la mandaba salir porque era hora de lavarlo.

El semblante de Gordon Findlay se enternecía cuando miraba a su nieta y le acariciaba la cabeza

mientras ella se le abrazaba con esa sonrisa deslumbrante en la que faltaban algunos dientes.

–Igual que tú antes–farfullaba, los párpados pesados, los ojos humedecidos–. Exactamente igual que tú. Como tu madre.

«Era tan bella, Georgie.»

La esencia de su ser: sus recuerdos de Joséphine, a los que acudía una y otra vez. Su mayor temor parecía ser no poder llevárselos consigo, de manera que se aferraba tanto más a ellos.

«Ahí arriba, en la escalera... Llevaba puesto algo de un verde claro que confería luz a sus ojos. Solo cuando bajó vi lo menuda que era.»

Su voz, un susurro seco, evocaba la India que Georgina conocía por las historias que contaba su madre. Un vistoso vestido de seda con brillantes bordados, un olor a especias, a flores y a incienso. A vacas y calor pulverulento, a lluvia monzónica y lumbre de estiércol. Una India en la que las familias que se habían establecido allí desde hacía tiempo, como los Boisselot, vivían en casas espaciosas, con galerías de columnas, y por los jardines se paseaban ufanos pavos reales entre banianos gigantescos y mangos. Una India que discurría entre invitaciones al palacio de un rajá, lujosos bailes, paseos en elefante y cacerías de tigres.

«No sé qué vio en mí, Georgie. En este torpe desmañado. Podría haber tenido a cualquier hombre que hubiese querido. No fui capaz de decir ni mu, incluso se me cayó la copa de vino durante la cena. Y ella... y ella no hizo ninguna mueca, ni siquiera sonrió. Solo más tarde supe que se avergonzaba de no tener los dientes del todo regulares. A mi juicio eso solo la hacía más bella.»

Lo que Gordon Findlay relataba de Joséphine, la niña de los ojos de su padre, vigilada con recelo por dos hermanos mayores, era como un cuento.

«A Gaspard no lo llegaste a conocer; murió cuando tú aún eras muy pequeña.»

Un amor prohibido. Cartas pasadas de tapadillo. Encuentros a escondidas.

«Solo pude pedir su mano cuando el anciano Georges Boisselot estuvo bajo tierra.»

Los dedos de Gordon Findlay toqueteaban inquietos la Biblia que tenía contra el pecho. Unos dedos que, a la titilante luz de la lámpara, se veían huesudos y deformados como las ramas secas de un árbol sin hojas que el viento hacía temblar.

Georgina le leía pasajes a menudo; era como si ahora solo le proporcionaran consuelo las Sagradas Escrituras. Quizá también la sabiduría que encerraba su divisa, el lema de los Findlay, que había escrito delante, hacía mucho tiempo, con una tinta que en su día era negra y había adquirido un color entre pardo y amarillento.

«Ayúdame y Dios te ayudará.»

–¿Tú crees... tú crees que mis deudas me serán perdonadas?–Sus ojos se movían intranquilos en las hundidas cuencas.

–Pero si tú no tienes deudas, papá.–Georgina se inclinó y le cogió la mano. Se le había formado un nudo en la garganta, y parpadeaba. No quería llorar. Todavía no.

–Claro que sí, Georgie. Tengo tantas... tantas deudas. –La miró, los ojos turbios como agua fangosa–. ¿Sabes que tienes un hermano? Tuviste. No, claro que no lo sabes. Nunca te lo contamos. George Gordon Findlay.–A su boca retraída asomó una sonrisa triste–. Era tan pequeño. No tenía ni tres meses. Perdió tantos hijos. Prematuros.–Su mirada volvió a fijarse en el techo, brillante–. Por eso... por eso quería salir de Calcuta. Dejar... todo atrás. Empezar de nuevo. Y yo... se lo pagué con tanta desvergüenza.

Una lágrima le corrió por un surco del rostro.

–No, papá.–Georgina le acarició la inquieta mano–. No te atormentes así. De eso hace ya mucho tiempo.

Él asintió.

–Sí. Mucho tiempo.–Sus párpados se cerraron, su voz se perdió–. Mucho...

Durante un rato solo se oyó su respiración, superficial y laboriosa, como el mar en un día de calor

abrasador, en calma.

–Siempre–empezó a musitar de nuevo–, siempre que te veía me acordaba. Al principio no. Solo cuando... cuando murió Joséphine.–Hizo una mueca como si sufriese un gran dolor–. Porque cada vez te parecías más a ella. Tu risa. Tu voz. Cuando te enfadas.

–Lo sé, papá.–Georgina no pudo contener más las lágrimas y entrelazó la mano con la de su padre–. Sé que me parezco mucho a *maman*.

Su padre abrió los ojos de golpe y la miró con súbita claridad y el ceño fruncido, como si le extrañase que no lo entendiera.

–No a Joséphine. A la mujer que te trajo al mundo: Tijah.

Georgina corría por la oscuridad.

La áspera hierba se le clavaba en los pies y le hacía cortes. Oyó unas voces que primero la llamaron, después gritaron su nombre. Se cayó, se dio un fuerte golpe en la rodilla y se torció la muñeca, pero se levantó y siguió corriendo.

El viento rugía en las copas de los árboles, le provocaba escozor en el acalorado rostro. El estridente canto de las cigarras se le metía en la cabeza, resonando dolorosamente.

Cogía aire, jadeando, mientras sentía el corazón en la garganta, latiendo de tal modo que creyó asfixiarse.

Lejos, tamborileaba al ritmo de su respiración. Lejos, lejos.

Cruzó a la carrera Beach Road, que se hallaba sumida en la oscuridad; a lo lejos los faroles de un *palanquin* bailoteaban como fuegos fatuos. La arena que levantó le acribilló las desnudas piernas. El agua la salpicó, amortiguó sus pasos, su frío la envolvió, fue subiendo más y más, la hizo tambalear, hasta que finalmente se detuvo.

Georgina cerró las manos y gritó, gritó al murmullo de las olas en su rítmico avanzar, desde las profundidades de su cuerpo, las cuerdas vocales a punto de desgarrarse, a las sombrías nubes, a las claras estrellas del cielo.

Su padre había muerto.

Su sostén en sus últimas horas habían sido nombres.

«Joséphine.»

Su plegaria.

«Georgie.»

Después, con un hilo de voz que salió de su agrietada boca.

«Tijah.»

Una y otra vez, «Tijah».

–¡Georgina!–Paul la volvió y la zarandeó–. Por el amor de Dios. Tú no estás en tu sano juicio. ¡Vuelve en ti, maldita sea!

De boca de Georgina salían sonidos desvalidos, entrecortados, mientras trataba de zafarse de él.

«No me toques. Tú ni siquiera sabes quién soy. Ya ni yo misma lo sé.»

Luego prorrumpió en un lamento bronco, mudo, que le salió mientras se apoyaba pesadamente en Paul.

Una verdad intuida, al margen de las palabras.

Su mundo, siempre vacilante, siempre frágil, se había hecho añicos.

Roto en mil pedazos, sus restos flotaban en el mar.

Con las faldas de su viejo vestido de verano, ahora de un tono gris lavanda, extendidas a su alrededor, Georgina estaba sentada en la hierba; allí, en Singapur, no se sentía atada a las normas del duelo, que le había enseñado su tía Stella.

Ese duelo, que tenía un regusto agrio, un regusto que no se debía únicamente al amargor de la muerte.

Estaba sentada allí inmóvil, ni siquiera intentaba espantar a los mosquitos que zumbaban a su alrededor, que le pica-ban en el cuello, las manos, dejando ronchas rojas, que le producían prurito. Miraba a un punto del horizonte, allí donde el cielo y el mar se unían y engendraban nubes.

De un tiempo a esa parte subía a menudo a ese sitio, a contemplar la ciudad y el mar. Allí arriba, en la falda de la colina que se llamaba Government Hill desde que tenía uso de razón y había pasado a llevar el nombre de Fort Canning Hill en honor al idealista, pero inútil fuerte de Collyer.

«Nada es ya como era.»

Orgullosa y bien proporcionada se alzaba la nueva torre de San Andrés, un faro en el mar de casas de la ciudad. Ya no era solo una iglesia, pues el año previo había pasado a ser catedral del obispado anglicano de Labuan y Sarawak, inundada en los servicios por los armoniosos sonidos del órgano, construida para la eternidad. Como si San Andrés le diera a entender: aunque tu mundo esté en ruinas, yo estaré aquí, inmutable y por siempre jamás. A mí no me perderás nunca de vista.

Respiró hondo y contempló la lápida que tenía delante. Debía de ser Ah Tong quien la mantenía limpia antes. Para entonces el musgo y los líquenes amarillentos de aspecto escamoso se habían asentado en ella; a Georgina le habría gustado preguntarle qué había que hacer para desprenderlos.

Llevaba meses aplazando la decisión de trasladar los restos de *maman* para inhumarlos junto a los de Gordon Findlay en el nuevo cementerio, en Bukit Timah Road. Su padre nunca se había manifestado a este respecto, a ella tampoco se le había ocurrido preguntarle; antes probablemente no hubiese vacilado tanto en reunirlos.

«No pienses mal de mí, Georgie. Las amaba de verdad, a las dos.»

Frunció el ceño cuando alargó la mano y la pasó por la inscripción: «Amada esposa de Gordon Stuart Findlay.»

La mano fue bajando, pegada a los caracteres.

«Madre de Georgina India Findlay.»

Estaba grabado en la piedra. Entonces, ¿cómo podía no ser verdad?

Había enterrado a su padre hacía más de seis meses, y desde entonces deambulaba por los días como una envoltura vacía, muda, ciega y sorda. Intentaba encontrar algún sentido a los fragmentos que su padre le había facilitado en el estado crepuscular de sus últimos dos días sobre la faz de la Tierra.

Hurgaba en su memoria en busca de recuerdos de *maman*, cosas que quizás hubiese oído, visto o notado cuando era pequeña, hasta que la cabeza se le llenaba de un vacío algodonoso y le dolía.

Había momentos en que evitaba la imagen que le devolvía el espejo, por miedo de lo que pudiese ver en ella, y otros en los que pasaba mucho tiempo escrutando su rostro desde todos los ángulos, hasta el más nimio de los detalles. Su piel, que no había estado blanca ni siquiera en Inglaterra, siempre había conservado un tenue brillo dorado, pero ni siquiera bajo el sol del trópico había adquirido nunca un tono marrón subido. Ese rostro que ahora, a sus treinta y nueve años, era más redondo, perdía cada vez más firmeza, y bajo los ojos, esos peculiares ojos de un azul violeta, aparecían las primeras líneas. Trataba de compararlo con el de su madre, que en su memoria palidecía tanto más cuanto más desesperadamente lo evocaba.

«Eres una hija del trópico, *mon chouchou*, como yo.»

Recuerdos que eran como agua, que se le escurrían por los dedos. Una lluvia de arena seca, de la que solo se pegaban a la piel granitos minúsculos.

Aún había una persona viva que conocía a Georgina desde pequeña, casi desde el día que nació. Que quizá supiera la verdad, o tal vez solo poseyera su clave.

Apoyó los brazos cruzados en las rodillas y hundió en ellos la cara cuando volvió a asaltarla el miedo que la acompañó en su infancia.

—Por desgracia no la puedo llevar más allá, *mem*.—El dulce, aún juvenil rostro de Andika, cubierto de pelusilla en el mentón, reflejó su pesar cuando la ayudó a bajar del *palanquin*—. Delante el camino es demasiado estrecho y demasiado fangoso. Me quedaría atascado.

—No importa. Puedo recorrer el último tramo a pie sin problema.

Intranquilo, el muchacho se rascó la pechera, la frente surcada de arrugas debido a la preocupación.

—¿No quiere que vaya con usted, *mem*?

—No, no es preciso.

El grupo de niños que se había reunido en el sendero y miraba la litera con los ojos muy abiertos y sin parar de cuchichear salió disparado hacia todas partes cuando Georgina avanzó hacia ellos.

Un humo azulado velaba el aire, aderezándolo con su aroma acre. Allí olía a tierra roja mojada, a pescado y carne asados, a jugoso verde, como de hortalizas recién troceadas o hierbas lavadas, y al dulzor de la fruta madura.

Georgina caminaba con pasos pesados al pasar por delante de los huertecitos cercados, las cabañas. Solo había visto esa aldea desde el río, desde una barca, hacía más de veinte años.

Una eternidad.

Durante el trayecto en *palanquin*, la cabeza baja, se había estado mirando las manos, unidas en el regazo como para dirigir una plegaria ferviente, desesperada. Y así y todo el corazón empezó a latirle con más fuerza cuando algo le dijo que iban por Serangoon Road y estaban pasando por Kulit Kerang.

Georgina se aproximó a la cerca de uno de los huertos: una mujer con un *sarong* rojo y una *kebaya* azul, encorvada y con una azada en la mano, labraba un pedazo de tierra pelada.

—Buenos días. Discúlpeme.

La mujer volvió la cabeza para echar un vistazo y acto seguido se irguió y la miró fijamente, con indisimulado pasmo.

—Disculpe.—Georgina esbozó una sonrisa forzada—. Estoy buscando a Cempaka. Antes trabajaba en la ciudad, en L'Espoir, para los *tuans* Findlay y Bigelow.

La mujer se recuperó de prisa de la sorpresa de que una *nyonya* blanca con un sencillo vestido de muselina, sin sombrero y sin parasol, preguntase por alguien del pueblo en malayo.

—Vaya recto por ahí, *mem*.—Le señaló con la azada la dirección—. Hasta que el camino se bifurca. Luego tuerza a la izquierda y siga hasta que llegue a la casa del mango grande.

—Muchas gracias.

Georgina sintió clavados en la espalda los ojos de la mujer y los de sus vecinas, y oyó los susurros de los niños, que la seguían a cierta distancia, las burbujeantes, continuas risitas.

Cempaka estaba sentada delante de la cabaña, meciendo en las rodillas a un pequeño que se chupaba los dedos y mirando a un puñado de niños que jugaban al pillapilla alrededor del tronco del mango. Junto a la casa un hombre partía leña, y una mujer aún joven arrancaba las malas hierbas de los bancales.

Georgina se aproximó a la cerca y Cempaka dirigió la vista hacia ella, como si alguien hubiese anunciado su visita y Cempaka la estuviese esperando.

—*Selamat sejahtera*, Cempaka.

Como nubes que avanzaran por el cielo, el rostro de Cempaka se puso en movimiento, con unas emociones que Georgina no supo interpretar.

—Quédate donde estás—exclamó al cabo—. Ya voy yo.

Dejó al niño en el suelo, acariciándole con ternura el cabello, y se levantó.

Se escrutaron en silencio, desde su respectivo lado de la cerca.

Cempaka había envejecido a lo largo de los cinco años que hacía de la muerte de Ah Tong. Profundas arrugas marcaban su atezado rostro, cuyos rasgos se habían reblan-decido; el cabello, recogido en un moño tirante, veteado de gris, en las sienes ya blanco. Sus ojos, bajo los cuales asimismo se distinguían arrugas, tenían un brillo hostil, y, sin embargo, había algo más en ellos, algo que para Georgina era un enigma.

—¿Qué quieres?—preguntó finalmente Cempaka, con los brazos cruzados; le faltaba uno de los incisivos de abajo.

—Mi padre falleció el año pasado.—Cempaka alzó un poco más el mentón—. ¿Quién es Tijah?

Cempaka amusgó los ojos.

—Seguro que eso ya te lo dijo él.—Tras mirar más allá de Georgina, respiró hondo e hizo un movimiento con la cabeza—. Ven.

Enfilaron un sendero que discurría entre los huertos, que al fondo se perdía entre sembrados y prados, sobre el que árboles frondosos, de ramas cargadas, arrojaban su sombra; el canto argénteo de las cigarras inundaba el aire dulzón, con olor a hierba.

—¿Cómo te encuentras?—le preguntó Georgina en voz queda cuando no pudo aguantar más el silencio, pero Cempaka no contestó.

Esta se sentó lanzando ayes bajo una imponente higuera y esbozó una sonrisa burlona cuando Georgina hizo otro tanto.

—¿Qué quieres saber?

—A ser posible, todo.

Cempaka se tomó su tiempo, observó los mosquitos y las moscas y siguió con la mirada a una mariposa que revoloteaba hasta que desapareció entre la hierba.

—Tijah era de aquí, de esta aldea—empezó al cabo, en voz baja—. Por aquel entonces muchos hombres jóvenes se iban del pueblo para ir a ganar dinero a la ciudad en lugar de trabajar en el campo o pescando, pero no muchas mujeres. Un buen día llegó un muchacho que trabajaba de *syce* y preguntó si había alguna muchacha que quisiera irse con él a la ciudad. El *tuan* de un *syce* al que conocía buscaba a una muchacha para su *mem*.

—¿Jati?—quiso saber Georgina.

Cempaka sacudió la cabeza.

—No, Jati no. Otro. Muchas muchachas querían el trabajo, pero a la mayoría no se lo permitieron: sus familias se oponían. Aunque un trabajo así da mucho dinero, después ningún hombre se quiere casar con una muchacha que ha pasado mucho tiempo en la ciudad. A Tijah la dejaron, y a Tijah se llevó.—Una leve sonrisa afloró a su rostro, y por un instante pareció más joven—. Todas estábamos muertas de envidia. Tijah era la muchacha más guapa de la aldea, tenía muchos admiradores, y además podía ir a la gran ciudad y ganar dinero. Y cuando venía de visita, una vez al mes, a traerle dinero a su familia, contaba muchas cosas. Hablaba de la casa grande y nueva y del bonito cuarto en las habitaciones del servicio, que tenía para ella sola. Le daban de comer bien y en abundancia, e incluso le regalaban *sarongs* y *kebayas*, que ni siquiera tenía que lavar ella misma. Hablaba maravillas de su *mem*, que era una mujer bella y de gran corazón. Y sumamente infeliz, porque ansiaba tener un hijo, pero no conseguía tenerlo. Ninguno que viviera. Tampoco era buena idea que siguiera intentándolo, pues la próxima vez sería demasiado peligroso para ella.—El semblante de Cempaka se endureció, y tardó un tanto en relajarse—. Y Tijah ponía al *tuan* por las nubes. Un hombre de lo más distinguido, alto y apuesto y generoso, con todos. Sí, estábamos todas muertas de envidia.—Asintió para sí y, entrelazando los dedos en las rodillas, apoyó la cabeza en el tronco del árbol—. Luego Tijah pasó mucho tiempo sin venir al pueblo, y estábamos preocupados por ella. Y un buen día volvió a aparecer. Con los ojos rojos de haber llorado. Ya no quería hablar más de la ciudad y del buen trabajo que tenía, y tampoco quería volver a saber nada de aquello. Poco tiempo después no pudo seguir ocultando más que estaba esperando un hijo.

«El hijo del *tuan*.» Georgina sintió tal opresión en la garganta que creyó ahogarse.

–Pese a todo habría podido casarse con algún hombre del pueblo, siendo bonita como era, pero no quiso.–Cempaka quitó las manos de las rodillas y se abrazó el cuerpo; parpadeó como si tuviera que contener las lágrimas–. Probablemente supiera por qué: porque en sus entrañas no llevaba a un hijo, sino a un *hantu*, un espíritu que le desgarraba el cuerpo. A un *matianak*. Los brazos y las piernas largos y flacos como ramitas, la piel blanca y los ojos fríos, azules. Estaba quieto y no respiraba. Y cuando la *mak bidan* fue a sacarlo, le chupó a Tijah el aire que le quedaba en el cuerpo y se llenó con él sus propios pulmones. En la cabaña todo el mundo notó la ráfaga de viento que pasó de Tijah al *matianak*. Ninguno de los que estuvieron allí u oyeron hablar de ello había visto nunca nada igual. Ni siquiera la *mak bidan*.

Georgina miraba al frente, con las uñas clavadas en las palmas de las manos y los nudillos blancos de la tensión. Después, después pensaría en ello, después sentiría algo.

–Tijah... ¿aún tiene... familia aquí, en el pueblo?

Apartó la cabeza sin querer cuando Cempaka la miró con sus ojos oscuros, insondables. Hipnóticos.

–Tijah era mi hermana.

Georgina cruzó el recibidor con pasos cansados; las visitas a Cempaka le absorbían toda la energía de los huesos, cada vez un poco más.

Se detuvo en la puerta del despacho.

Paul, que había ocupado esa estancia antes de que Gordon Findlay muriese y la había dotado de mayor comodidad con un diván y dos butacas, se hallaba sentado a la mesa, organizando papeles. Se limitó a mirarla de soslayo, reparando sobre todo en las faldas, con costras de barro rojo, y sin ir más allá de las manchas de sudor de la parte de arriba.

–Es todo un detalle que vengas de vez en cuando a casa.

–Sé que últimamente he salido mucho.

–Vaya, ¿tú también te has dado cuenta?–El montón de papeles que estaba revisando se dejó oír ruidosamente entre sus manos.

–Estas salidas eran importantes para mí, Paul.

–A todas luces más que nuestra hija.–Dejó caer con fuerza en la mesa la pila de hojas que sostenía en la mano y finalmente levantó la cabeza–. Santo cielo, Georgina. He sido muy comprensivo, mucho, entiendo que tras la muerte de tu padre necesitas tiempo y tranquilidad. Pero en algún momento tendrás que salir de tu concha y enfrentarte a la realidad. Me dejo la piel a diario en la compañía para sacar el máximo partido posible de la favorable coyuntura económica que estamos viviendo, para que ninguna crisis nos vuelva a doblegar. Y, por si eso fuera poco, aún tengo a tu primo encima por lo de su participación. Así que no puedo ocuparme también de la casa y de Jo. ¿De verdad es pedir demasiado que de cuando en cuando dejes en segundo plano tu esparcimiento?

Georgina dejó que sus palabras, su enojado tono le resbalaran como agua en el plumaje de un martín pescador y cerró la puerta.

–Tengo que hablar contigo.

El silencio pesaba sobre la habitación. Tan solo la lluvia que caía fuera susurraba y murmuraba con miles de lenguas mojadas.

Las lámparas que Paul había ido encendiendo a lo largo de las últimas horas solo arrojaban una luz tenue, dejando mucho espacio a abultadas sombras.

–Santo cielo–dijo al cabo Paul, esparrancado en el diván. Se frotó el rostro, del que había desaparecido todo atisbo de color, antes de centrar su mirada de nuevo en las profundidades ambarinas de su vaso; no era el primero de esa noche. Los chicotes de los cigarros puros que había ido fumando uno tras otro descansaban en el cenicero, como escarabajos muertos–. ¿Y no cabe la menor duda?

–Si se sabe, se ve.–Georgina esbozó una sonrisa herida–. Mi nariz, la forma de mis ojos. Tengo los

mismos ojos que Cempaka, solo que los míos son azules.—Sentada en una butaca con las piernas recogidas, bebía sorbitos de su vaso, que sostenía en la palma de la mano. Acto seguido echó la cabeza atrás—. Ahora muchas cosas tienen sentido—afirmó despacio—. Por qué Cempaka siempre me ha odiado tanto. Por qué mi padre después de que muriera mi... de que muriera *maman* cambió tanto y acabó enviándome fuera. Sin duda yo le recordaba cada día, cada hora, su adulterio. Su deuda con su difunta esposa.

Durante un rato solo se oyeron el repiqueteo y el murmullo de la lluvia. El barrunto del retumbar de un trueno. El crepitar de las lámparas.

—No deberíamos contar nada a nadie—musitó Paul con voz rasposa—. Sobre todo por los niños.

Los tiempos en los que un tal William Renshaw George, que en el transcurso de los años trabajó de tenedor de libros para algunas factorías antes de pasarse al periodismo, no tuvo necesidad de ocultar a la hija ilegítima que tuvo con una malaya, habían terminado hacía mucho.

Paul le tendió la mano, pero la dejó caer a medio camino y se frotó la rodilla. Georgina tragó saliva y cerró un instante los ojos.

—Entendería que, dadas las circunstancias, quieras el divorcio—dijo ella con voz bronca—. Estoy segura de que en lo tocante a la compañía llegaremos a un acuerdo.

Él la miró fijamente.

—¿De verdad crees que es eso lo que pienso? ¿Que te abandonaré porque la casualidad ha querido que se haya puesto de manifiesto que eres medio malaya?—Sus ojos parecían duros a la luz de las lámparas, brillantes y transparentes como cristal azul, que podía resquebrajarse de un momento a otro—. ¿Que solo me interesaba la compañía? ¿El dinero, además de un rostro bonito? ¿Y que de paso podía representar el papel de salvador caritativo de una muchacha caída en desgracia?

Mordiéndose el labio inferior, Georgina guardaba silencio. Paul dejó el vaso en la mesa con fuerza, el whisky escocés revolviéndose y subiendo. Asustada, Georgina vio que iba a un lado y a otro de la habitación, se pasaba una y otra vez la mano por el corto cabello.

—Intenta entenderme—pidió.

—Eso hago, Georgina—exclamó él—. No hago otra cosa desde hace veinte años.—Abrió los brazos y los dejó caer en un gesto desvalido—. Pero ¿acaso has intentado tú alguna vez entenderme a mí? ¿Has intentado entender alguna vez lo que significa para mí estar casado contigo?

La ira la asaltó con furia.

—No fui yo la que te pidió que te casaras conmigo.

—No, es verdad, y no te has cansado de dármelo a entender. Te casaste conmigo porque no tenías otra elección. Porque mentí a tu padre, le dije que el hijo que llevabas en tu vientre era mío. Sí, la compañía fue un argumento. Sí, me dabas pena. Y sí, la idea de tenerte en mi cama incluso hizo que pasara por alto que amabas a otro. Pero, en estos veinte años, ¿te has parado a pensar, aunque solo sea una vez, que tenía otro motivo para casarme contigo?—La dureza de su voz se desvaneció—. ¿Es que no ves que todo lo que he hecho en estos veinte años lo he hecho únicamente por ti?

Ella lo miró con los ojos muy abiertos, sin dar crédito.

La mirada de Paul titiló.

—Ya veo que no.—Se situó tras el escritorio y empezó a rebuscar entre los papeles, a reunir hojas aisladas—. Creo que lo mejor será que no nos veamos durante algún tiempo. De todas formas yo quería ir a visitar a tu primo en Pondichéry. Saldré lo antes posible.—Golpeó un montón de papeles contra la mesa para alinearlos—. Y también creo que será mejor que me lleve a Jo.

—¡No!—Un grito tan seco y cortante como la pinza de un cangrejo al cerrarse—. ¡Jo se queda conmigo!

Paul alzó la cabeza, si bien permaneció encorvado.

—No creerás...—Sus ojos eran oscuros, casi negros a la luz de las lámparas, y Georgina fue consciente de cuánto lo había herido—. No creerás que pretendo... quitarte a la niña, ¿no?

Tiró los papeles en la mesa y se dejó caer en su asiento. Parecía cansado, completamente destrozado.

–Paul...–empezó ella, pero no fue capaz de decir más.

Él sacudió la cabeza.

–No me conoces, Georgina. Ni siquiera has intentado conocerme.–Paul evitó su mirada y se pasó una mano por la cabeza, y por primera vez Georgina reparó en que en la frente el nacimiento del cabello empezaba a retroceder. Respiró hondo y bajó la mano—. Esta noche dormiré aquí abajo.

En cubierta, Paul dejaba que el impetuoso viento le golpeará en el rostro; por primera vez desde hacía muchos años respiraba con libertad.

Necesitaba poner distancia de por medio. Necesitaba pasar algún tiempo lejos de ella.

Sabía que tendría que sentirse culpable por dejar sola a Georgina precisamente en ese momento. Pero también sabía que ella no lo necesitaba. No lo había necesitado nunca, salvo para darle un apellido a su hijo. Lo que Georgina necesitaba, él no se lo podía dar; para eso no era el hombre adecuado.

Los músculos de la mandíbula se le tensaron cuando un sabor amargo se le extendió en la lengua.

Miró a Jo, las cintas de su sombrero de paja ondeando con la brisa; un golpe de viento jugueteó con el extremo de su abrigo azul. Con la barbilla apoyada en un brazo que a su vez descansaba en un larguero de la baranda, contemplaba el mar. La costa de Singapur, una acuarela deslavada en vivos tonos verdes, si bien su mirada parecía introspectiva. Encogía y estiraba una y otra vez el dedo índice de su otra mano, imitando a una oruga que avanzara por el larguero, todo lo que le daba el brazo, y después volvía a empezar desde el punto de partida.

–¿No te alegras de ir a la India?

–Sí.–Una respuesta rápida y maquinal, porque la niña sabía que era lo que su padre quería oír. La oruga acaparaba toda su atención; era como si estuviese rumiando algo—. ¿Por qué no viene mamá?

Paul se puso de rodillas y rodeó con un brazo a su hija.

–Mamá necesita estar sola un tiempo, Josie.

–¿Por lo del abuelo?

–Sí, tesoro, por lo del abuelo.

Se volvió hacia él, y su rostro infantil, con el ceño fruncido, los ojos azules brillantes, humedecidos, era tan parecido al de Georgina que el alma se le desgarró.

–Pero ¿y si mañana se da cuenta de que nos necesita y no estamos?

–En ese caso, mamá sabrá dónde encontrarnos. Tampoco nos vamos tan lejos. Y estaremos de vuelta dentro de un mes.

Jo asintió, poco convencida. A su edad un mes era una eternidad.

–Allí podrás montar en elefante.–Su padre trató de animarla. Distraerla.

La pequeña esbozó una sonrisa radiante, que se esfumó acto seguido.

–Seguro que a mamá también le gustaría hacer eso.

–Bueno, ya se lo contarás cuando volvamos, ¿eh?

Jo asintió con vehemencia.

«Eso si tu madre sigue ahí.»

Paul la estrechó contra sí; moría de amor por su hijita y en la misma medida estaba firmemente resuelto a hacer lo que tuviera que hacer para protegerla.

En L'Espoir reinaba el silencio desde que Jo, la pequeña Putri, se había ido, llevándose consigo su alegre voz, su risa dichosa. Sin *tuan* Bigelow la metódica jornada se vino abajo, y los criados rondaban de puntillas a su *mem*, Georgina, que vivía ajena al tiempo.

Como si en el vacío, en el silencio de sus moradores, hubiese recobrado su voz, la casa empezó a gemir y crujir, a susurrar y murmurar. A contar la historia que había vivido y callado durante mucho, demasiado tiempo.

Georgina escuchaba esa voz, que tan a menudo parecía la de Cempaka. A veces la de Gordon Findlay. Y la de Joséphine.

El estridente chirrido de las cigarras, un sonido argénteo, en comparación con el cual el trino de los pájaros era desvaído y sordo, inundaba la veranda. Solo a veces, cuando las olas llegaban con más furia, se oía el mar.

Georgina intentaba imaginarse a una Cempaka joven, que ni siquiera tenía veinte años, abandonando la aldea para ir a la ciudad y preguntar por la casa de L'Espoir con un capacho en los brazos. Dentro iba un recién nacido dando berridos, una niña, hambrienta y aún con la sangre y la mucosidad de su madre pegadas al cuerpo. Un espíritu. Un *hantu* al que pensaba dejar en el sitio del que había salido.

Un *matianak*.

La palabra sola bastó para que los criados malayos salieran corriendo por todas partes, para que los tres Boys se quedaran perplejos. El *tuan* no estaba, no le podían preguntar lo que tenían que hacer, solo estaba la *mem*.

Con cuánta rapidez debió de transformarse el asombro de esta en dolor atroz, en ira sorda cuando, tras coger aire, vio los ojos azules de la niña. Cuando entendió a qué se debía la desaparición de Tijah. Su propia ceguera. Durante todos esos meses en los que se apartó del mundo, airada con el destino y enfadada con Dios, y hubo de mantener alejado a su esposo para que no la enterrasen con el siguiente hijo prematuro.

Georgina no sabía si Joséphine y Cempaka mantuvieron una acalorada disputa por el capacho o si midieron sus fuerzas guardando un silencio encarnizado. Si todo fue rápido o si duró horas. Hasta que fue la niña la que salió victoriosa al conquistar el maternal corazón atormentado, hecho trizas, partido, de Joséphine.

«Parecía una diosa contigo en brazos. Una diosa intrépida, radiante. Tan poderosa en su bondad y su amor que hasta yo dejé de tenerte miedo y me incliné ante ella con profunda humildad y veneración.»

Cuando Gordon Findlay llegó a casa esa tarde, en brazos de su esposa había un recién nacido, bañado y con un vestidito; bebía con avidez de su pecho, del que la leche en un primer momento salía vacilante, después fluía con fuerza.

«Gordon, mira. El Señor ha escuchado mis plegarias y ha obrado un milagro. Hoy me ha sido regalada una hija.»

Cuando el doctor Oxley examinó a la niña, no disimuló su enojo al saber que Joséphine Findlay, tras su último aborto, no había acudido a él, sino que frívola, imprudentemente, se había puesto en las primitivas, sucias manos de una partera malaya. Ciertamente rayaba en el milagro que la niña hubiera llegado al mundo tan fuerte y sana, dadas las circunstancias.

Esa niña que recibió el bautismo en la capilla de la misión.

«Georgina India Findlay.»

Un nombre tríptico, una de cuyas hojas era mentira.

Era una Findlay, pero no la nieta de Georges Boisselot. Ningún retoño del árbol de esa familia de tejedores de seda y sederos oriunda de la provenzal Orange, que en el siglo anterior había emigrado a la India. La hoja central rebosaba ironía: no era hija de la India, por parte de Joséphine, sino de las Indias

Orientales. La hija de una muchacha malaya llamada Tjah.

Ni siquiera su fecha de nacimiento era cierta: era un día mayor, quizás incluso dos.

Rodeada del canto de las cigarras, Georgina se tapó la cara con las manos.

Georgina rondaba el bosquecillo desde hacía días. Ese pedazo de naturaleza indómita, encantado y maldito al mismo tiempo, que para ella había sido cielo e infierno, hasta que se lo cedió a sus hijos.

Nunca había preguntado dónde habían enterrado a esos hermanos suyos que habían salido demasiado pronto del vientre materno.

Mejor dicho, hermanastros.

Hizo un esfuerzo y se adentró en la espesura. Sintió en la piel gotas de agua de la lluvia que había caído el día anterior, y sus pulmones se llenaron del aire sofocante, del olor a hojas y tierra mojada y orquídeas salvajes.

Se arrodilló delante de la vieja higuera, que antes abrazaba el pabellón y ahora amenazaba con asfixiarlo. El corazón le martilleaba en el pecho cuando empezó a escarbar con manos temblorosas entre sus imponentes raíces, apartando tierra humedecida. Sintió un dolor agudo y lanzó un grito. Se cortó y se hizo sangre en un dedo, sangre que se mezcló con la tierra roja de Singapur.

La tapa del pequeño recipiente de barro se había partido en el transcurso de las cuatro décadas que habían pasado.

Georgina se apresuró a tapar el agujero, apretó bien la tierra y por último la aplanó con las manos, echando encima todo su peso. Como si debiera impedir con todas sus fuerzas que lo que estaba allí enterrado pudiera subir a la superficie.

Su hermano espiritual. La placenta y el cordón umbilical que Cempaka había enterrado allí para que el *matianak* permaneciera en el sitio al que pertenecía.

El vínculo indestructible que unía a Georgina con L'Es-poir. Con Singapur.

Se levantó tambaleándose y, despacio y con paso vacilante, dio la vuelta al pabellón, que flotaba como una balsa en un lago de maleza. Ella siempre lo había conocido con esos líquenes que eran como la piel de un lagarto, con su pelaje de musgo. Dañado y curtido por el aire húmedo, el mar y el viento, avasallado por los árboles y las matas y a la sombra de altas palmeras. Estaba encorvado por la edad y débil, víctima de buen grado de la incontenible verdura tropical, que tarde o temprano la devoraría.

Intentó ver el pabellón como era antes.

Claro y luminoso, recorrido por la brisa marina y un olor a flores, protegido y al mismo tiempo libre en un nido de árboles y arbustos primorosamente cuidados, envuelto en el susurro de las olas y las hojas. Un oasis que Gordon Findlay creó para Joséphine, para que encontrara paz y reposo los calurosos días tropicales, alguna que otra noche sofocante. Para que su cuerpo recuperara las fuerzas, su alma sanara. Un lugar que era saludable para ella, donde una noche estrellada, una tarde calurosa, apacible, romántica, ambos engendraron un hijo que logró sobrevivir.

En un principio a Joséphine le encantaba el pabellón, pero después pasó a evitarlo, pues solo encarnaba una esperanza frustrada. Más adelante lo odiaría.

Georgina creyó oír voces acaloradas procedentes de la casa. Joséphine, que, llorosa, profería improperios y acusaciones; Gordon Findlay, que se defendía con vehemencia y pedía perdón; cabía la posibilidad de que también, avergonzado y mudo, arrepentido y sumiso, aguantase los reproches con la esperanza de que Joséphine lo perdonara.

Joséphine, rebosante de amor por esa niña que había sido un regalo de Dios. Que permaneció el resto de su corta vida unida a su esposo, en un matrimonio feliz. Porque encontró el camino del perdón, que no del olvido. El pabellón y el bosquecillo, a punto de ser derribado el uno, condenado a la tala el otro, permanecerían en pie. A modo de recuerdo eterno, manifiesto de la infidelidad de Gordon Findlay.

Qué forma tan cruel de obtener el perdón.

Georgina subió con cuidado los podridos peldaños, con las hierbas haciéndole cosquillas en los

tobillos y las pantorrillas. Se zambulló en la luz verde lúgubre, el aire húmedo. En ese olor a mar y moho y sal.

Caminó entre esas paredes que parecían imbuidas de un pasado desdibujado. Entró en una habitación llena de recuerdos que no eran de ella, pero que con el tiempo se habían entretejido con los suyos. Repleta de quimeras y sentimientos de añoranza que antes no tenían nombre, que ya sabía nombrar. De los comienzos nebulosos, aún informes, de una historia que había aguantado pacientemente hasta que había llegado el momento de ser contada. Una historia cuyo origen se situaba ahí.

La historia de un Gordon Findlay aún joven, más joven de lo que llegó a conocerlo Georgina. Acababa de cumplir los treinta y tenía el cabello negro como la pez. Espigado y ancho de espaldas, alto y delgado como un árbol de hierro. Y Tijah, mucho más menuda, mucho más joven que él, con los ojos brillantes y el cabello como la madera de palma más oscura. Que solía reírse mucho y no era capaz de dejar las manos quietas cuando hablaba y era tan guapa que todos los muchachos de la aldea estaban locos por ella.

Unos ojos azules y unos ojos negros que se cruzaron, en un primer momento de la manera más normal, cotidiana. Que empezaron a fijarse el uno en el otro, más y más tiempo; demasiado tiempo. Una sonrisa correspondida. Una broma compartida. Palpitaciones. Un roce fugaz, como casual. Unas manos que se encontraron, el primer beso a escondidas y al final el deseo de más. De mucho más.

Georgina miró fijamente la cama.

En la que Raharjo la convirtió en mujer. En la que probablemente concibiera a su primogénito. La misma cama en la que fue engendrada ella. Por su padre y una joven malaya.

El estómago se le encogió. La estancia comenzó a dar vueltas a su alrededor y Georgina se tambaleó y, tras golpearse con fuerza la cadera contra un canto, se agarró al tocador.

Sus dedos asieron el pomo de un cajón. Su caja de Pandora. No encajaba bien, lo tuvo que abrir a trompicones. Las lágrimas se le saltaron al ver la piedra de lava negra. La pulsera de conchitas rotas. El abanico roto.

El puñado de conchas y caracolas, bellamente dispuestas, dejó que una sonrisa alegrara su rostro. Claro, a Jo le encantaban las conchas, siempre andaba en su busca cuando iban a nadar o a pasear por la playa.

Perpleja, Georgina pasó un dedo primero por la gran caracola blanca, después por la que tenía las manchas de leopardo, lisa y reluciente, junto a otra igual, la suya, vieja y cubierta de musgo.

Georgina estaba tendida en la cama del pabellón con los brazos cruzados detrás de la cabeza y las piernas dobladas. Su mirada vagaba sin cesar por la quebradiza madera de las vigas del techo, a través del desgarrado velo de niebla de la mosquitera, inquieta y confusa como un animal enjaulado.

Seguía intentando comprender.

Había hallado la parte de sí misma que parecía faltarle desde siempre, ese fragmento extraviado hacía mucho tiempo que quizá fuese el motivo de que siempre se sintiera una extraña en presencia de otros, de que nunca se encontrara a gusto en Inglaterra.

Sin embargo, esas dos mitades no encajaban, la una era demasiado vieja, la otra demasiado reciente, se habían reencontrado demasiado tarde para poder ensamblarse sin fisuras; se sentía rota por dentro.

Una sombra que se movía en los límites de su campo visual la asustó. Se incorporó deprisa.

Habían pasado diez años desde la última vez que se habían visto.

El tiempo había sido benévolo con él. El gris en su cabello negro, en su barba le favorecía, lo ennoblecía tanto como las finas líneas que tenía bajo los ojos, los profundos surcos que se abrían a ambos lados de su boca. El dolor que se entreveía bajo la reservada cautela en esos ojos oscuros como la noche era como un abismo siniestro, confería a su mirada una profundidad que antes no existía. Parecía más alto y delgado de lo que recordaba, con su sobria camisa blanca, sus sencillos pantalones marrones; quizá porque no contaba con que siguiera manteniéndose tan erguido. Como si los años pasados en el mar hubiesen acabado con una delicadeza juvenil que antes pasaba inadvertida, hubiesen dejado únicamente músculos y tendones bajo la piel.

Por su valentía, su experiencia y su sabiduría parecía un hombre llamado a ser jefe de su pueblo.

–Así que has venido–dijo Georgina en voz baja.

La mirada de Raharjo deambuló por la estancia y pareció perderse en algún lugar situado tras ella.

–¿Dónde está tu esposo?

–No está aquí.–A ella misma le sonó a la confesión de que su matrimonio había naufragado.

Raharjo frunció el ceño.

–He venido porque no estaba seguro de si necesitas ayuda o tramas algo.–Con un movimiento suelto le tiró algo. Ella cogió la concha con la que había mandado a Andika a Kulit Kerang, sin escribir o mandar mensaje alguno. Con manchas de leopardo y lisa como la porcelana, aún conservaba el calor de su mano–. No me vengas con tus juegucitos. –Dio media vuelta, dispuesto a marcharse.

–¡Espera, te lo ruego!

La urgencia que destilaba su voz hizo que se detuviera, quizá notara también su mirada suplicante clavada en su espalda, y se giró a medias.

–Tenías razón–musitó–. Soy medio malaya. Solo que durante todos estos años no lo he sabido.

El recelo que reflejaba su rostro desapareció cuanto más la miraba; al cabo se dejó caer en el borde de la cama.

–Cuéntame, Nilam.

Georgina dio gracias a las nubes, que engulleron los rayos del sol y oscurecieron la luz verde del pabellón, tornándola un gris ceniza que envolvió sus rostros. Dio gracias a la torrencial lluvia y al rugido de los truenos, que atenuaron el silencio opresivo después de que sus últimas palabras resonaran en la habitación.

–No eres ningún *hantu* –aseguró Raharjo al cabo de un rato, la voz como café amargo con un chorrito de leche. Una mano se aferró a su hombro y lo apretó, con tanta firmeza como cuidado–. Eres una persona de carne y hueso.

–Lo sé–repuso ella, la voz quebradiza–. Pero Cempaka creyó que lo era. Para ella *maman* era una diosa que rompió el hechizo del *hantu*. Por eso se quedó con nosotros cuando *maman* se lo pidió. Pero

cuando murió...—Tragó saliva, si bien la aspereza que tenía en la garganta persistió—. Cempaka siempre decía que yo solo traería desgracias.

—¿Por qué no se marchó sin más?

—No lo sé—musitó Georgina—. Para eso no tengo respuesta. Quizá se quedara para cuidar de mi padre, por *maman*. O de su esposo, Ah Tong, nuestro jardinero.—Esbozó una sonrisa melancólica que se desvaneció en el acto—. A ella... a ella no le gustaba que yo anduviera cerca de él.—Clavó la vista en la oscuridad y se estremeció cuando cayó un rayo—. Cuando... cuando esperaba a mi primer hijo, trajo a casa a una *mak bidan* para que se encargara de que... de que...—rio, una risa amarga, casi ponzoñosa— de que no matara al niño al nacer para alimentarme de su espíritu. Para que el mal que habitaba en mí no escapara y deambulase con desenfreno si yo moría en el parto.

Raharjo le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia sí sin querer, mientras sus piernas flexionadas seguían guardando las distancias.

—Ese nacimiento lo cambió todo, pensé yo. Fue como si Cempaka hubiese recobrado el juicio. O eso me parece, visto desde ahora. Como si entendiese que solo soy un ser humano. Duncan... Duncan le recordó a Tijah, desde el primer momento, según me dijo. Y aunque sabía que no soy hija de *maman*, le recordé a ella.—Respiró hondo—. Después la cosa cambió. Todo iba... bien. Entre ella y yo. Con los niños. Hasta que volví de Inglaterra con mi hija. Quizá porque Jo se parece mucho a mí. Y cuando Ah Tong cayó desplomado y murió delante de mí, entonces...

Georgina cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Tú no tienes ninguna culpa.

—Lo sé—repuso ella con voz temblorosa—. Sé que soy de carne y hueso. Por mis venas corre sangre escocesa y malaya. Pero ¿cómo me puedo reconciliar con mi mitad malaya si no se me ve? ¿Si para los malayos siempre seré la *nyonya* de piel clara y ojos azules? ¿Cómo puedo aceptar esa parte de mí cuando se me condena allí donde descansa una parte de mis raíces? ¿Por haber venido al mundo con los ojos azules por casualidad y que Tijah muriera al alumbrarme?—Finalmente manaron las primeras lágrimas, una vez que había logrado expresar la terrible carga que había llevado en el alma. Que no podía compartir con Paul, que quizás aceptase que por sus venas corría sangre malaya, pero era demasiado prosaico, demasiado racional para estar tan siquiera dispuesto a oír que con ello se abría una puerta a un mundo desconocido, que para él permanecía cerrada—. ¿Y si, pienso una y otra vez..., y si de verdad pesa sobre mí una maldición?

Georgina miró atemorizada el borroso rostro de Raharjo, iluminado un brevísimo instante únicamente por el resplandor de un rayo, para sumirse de nuevo en las sombras.

Sin decir palabra, Raharjo la estrechó entre sus brazos, le acarició el cabello mientras ella lloraba en su hombro. La peinó con los dedos, como si quisiera liberarla de algo. Le pasó una mano por la espalda, como si quisiera quitarle algo.

Al cabo empezó a recoger con su boca las lágrimas que se remansaban en las arruguitas de los ojos y le corrían por las mejillas, y la besó, un beso tierno y lento.

Se tomaron su tiempo en desvestirse mutuamente.

Tenían todo el tiempo del mundo. Allí, en el pabellón, donde presente y pasado se unían y anulaban mutuamente, mientras fuera llovía y soplaban el viento, caían los rayos y rugían los truenos.

Una infinidad de tiempo, en el que el cuerpo de Raharjo, más nervudo y duro de lo que ella recordaba, tan delicado, tan confortante, se fusionó con el suyo, reblandecido entonces, más dúctil.

El tiempo necesario para perderse el uno en el otro. Reencontrarse en el otro.

—¿Lo ves?—musitó Raharjo después, en medio del saturado retumbar de los truenos—. No puedes ser un *hantu*, ni un *matianak*. Yo sigo con vida.

Georgina sonrió, con la boca contra su pecho y sus dedos acariciando las cicatrices que Raharjo tenía en el muslo.

–Eres una *orang laut*. Una criatura marina. Puede que así la cosa se compense.–El pecho le vibró al reírse con suavidad.

Georgina echó la cabeza atrás y buscó su mirada a la luz gris perla, cada vez más clara.

–Nunca quise casarme con Paul. Él y mi padre...

Raharjo le cubrió la boca con la mano y sacudió la cabeza, un gesto tan suave como admonitorio.

–No, Nilam–musitó con voz bronca–. Lo hecho hecho está.

No malgastaron ni una sola palabra más hablando del pasado.

Ni ese día ni los que siguieron.

En el pabellón del jardín, cuando llovía. En la barca de Raharjo, con la que se hacían a la mar e iban a nadar cuando el sol brillaba en el cielo. En la aldea de Tijah y junto a su tumba.

El recuerdo de lo que habían tenido en su día no precisaba de palabras. El dolor por lo que habían perdido. Lo que no les había sido concedido.

Llevaban el pasado dentro de sí. La niña con los ojos azul violeta y el joven pirata. La mujer y el hombre que habían sido. Que nunca fueron. Todas esas cosas y esos instantes que habían compartido juntos. Y aquellos que nunca existieron.

Tomaron lo que les fue ofrecido esos días, día tras día, un hoy infinito, eterno.

No se molestaron en pensar en el mañana.

Aunque sabían que ese hoy les corría imparabile por los de-dos, como agua del río Serangoon.

Raharjo, con la vista clavada en el dosel de su cama, contemplaba las danzarinas sombras que la luz de la lámpara hacía errar como fantasmas por la habitación. Los pequeños penachos de humo azul que subían de su cigarro puro.

Sabía que a Leelavati le dolía que volviese a pasar las noches allí abajo, pero a él le habría resultado más mezquino aún que al término de uno de esos días que pasaba con Nilam se metiera en la cama con su esposa, yaciera a su lado sin poder dormir y pensando en Nilam. Aún olía a ella, ese aroma inconfundible al océano y a la tierra roja de Singapur, que era más intenso que antes, tenía una nota más acre, como de hierba descolorida por el sol.

Durante todos esos días habían acordado de forma tácita no prometerse nada. Y, sin embargo, Saharjo no podía evitar pensar y sopesar si debía obligarse a tomar una decisión. Mientras aún había tiempo: en el plazo de unos días, Bigelow regresaría de la India.

Se incorporó y apagó el cigarro puro en el cenicero. Unos pasos veloces en el jardín hicieron que aguzase el oído. Con el primer grito de uno de sus vigilantes nocturnos se levantó de súbito y, antes incluso de que fuera se desatara el caos, ya había echado mano de la daga y la pistola.

Era una noche oscura, sin luna, las estrellas solo se entreveían tras las nubes. Los ruidos y la reacción de su piel le dijeron que la sombra de sus dos hombres había vencido a una tercera. Cuando llegó hasta donde estaban, sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad.

Malim, jadeante, estaba a horcajadas de una figura que yacía en el suelo mientras Ahad abría un arca.

–¿Qué está pasando aquí?

–Será mejor que os lo diga él mismo, *tuan* –bufó Malim al mismo tiempo que cogía al hombre del pelo y le echaba la cabeza hacia atrás.

Era un muchacho malayo que respiraba con dificultad por la boca: los sonidos que emitía al hacerlo sonaban atemorizados. De la nariz le caía una línea oscura que le corría por la boca. Incluso de noche los puñetazos de Malim habían sido certeros.

–Quería enterrar esto.–Ahad le dio con el pie al arca abierta.

Raharjo dio un paso adelante y percibió un olor dulzón inconfundible. Su frente se frunció y se relajó acto seguido.

Opio. Sin licencia. Algo que iba contra de la ley y estaba castigado con elevadas penas de prisión.

–¿Quién te ha pagado para que hagas esto?

El muchacho apretó los labios y cabeceó como pudo, aún sujeto por Malim.

–Malim.

Se vio el destello de una hoja que no tardó en estar pegada al cuello del muchacho, que empezó a lloriquear.

–¿Quién te ha pagado para que hagas esto?–repitió Raharjo.

–¿Es que no has oído?–insistió Malim–. ¡Contesta al *tuan*!

El muchacho pegó un grito ahogado. Una línea oscura apareció bajo la hoja, de la que caían gruesas gotas.

–Bi... Bigelow–se apresuró a decir.

–¿*Tuan* Bigelow te encomendó esto?

–S... sí, *tuan*.

–¿Y quién debía avisar a las autoridades? ¿Tú también?

–Sí, *tuan*.

Una ira rojo sangre acometió a Raharjo. Ira contra esa rata, Bigelow, e ira contra sí mismo, por haberlo subestimado de tal modo.

La tenue luz que se encendió en la planta superior, la silueta regordeta que se recortó en la ventana, los gimoteos lejanos de un niño pequeño fueron como un chorro de agua fría que le refrescó la cabeza y la dotó de claridad.

–Deja que se levante.

Malim se puso de pie por detrás del muchacho y lo levantó tirándole del pelo.

–Está claro que *tuan* Bigelow te dará dinero cuando hayas llevado a cabo tu cometido, ¿no es así?

–Sí, *tuan*.

Raharjo se acercó mucho al muchacho y lo miró a los ojos con el ceño fruncido.

–Tienes dos posibilidades: o te suelto ahora y te esfumas, en cuyo caso te irás con la nariz sangrando y un arañazo, o uno de mis hombres te seguirá como una sombra hasta que vayas a ver a Bigelow, a buscar tu recompensa. Él se ocupará de que le des un aviso a Bigelow: si me vuelve a poner la zancadilla o a amenazarme, me llevaré a esa linda hijita suya con los bonitos ojos azules. Y después alguien se encargará de que al día siguiente tú aparezcas flotando en el río con el vientre rajado. Tú decides.

–Deja que me vaya, *tuan* –suplicó el muchacho–. Por favor.

–¿Tiene dinero a mano alguno de vosotros? Os lo devolveré mañana.

Ahad hizo un gesto afirmativo y, a una señal de Raharjo, visiblemente asqueado, le metió unos dólares en el pantalón al muchacho.

–Para que no olvides lo generoso que he sido contigo.

–Gracias, *tuan*.–Parecía a punto de echarse a llorar–. ¡Muchas gracias!

–Dejad que se marche.

–¿Seguro, *tuan*?–Malim, decepcionado, no obstante soltó al muchacho y le dio una patada antes de que cruzara el jardín a trompicones y saliera a la noche.

–Coge la barca y hunde esa arca ahora mismo en el mar–ordenó Raharjo a Ahad. Acto seguido tendió la mano derecha a los dos hombres y les dio un vigoroso apretón–. Estoy en deuda con vosotros. Y seréis recompensados por ello.

Raharjo cerró la puerta al entrar, devolvió las armas a su sitio y se dejó caer en la cama.

Buscaba una decisión y había tomado una: Bigelow se la había arrebatado, incluso desde la lejana India. En su desdén había cierto respeto por ese *orang putih* que ni de lejos era tan necio como él siempre había creído.

Y lástima por Nilam. Por Georgina.

Que, aunque a la postre era hija de Nusantara, estaba condenada a vivir una mentira.

Sin embargo, él ya no podía hacer nada más por ella, tenía esposa y cinco hijos que lo necesitaban de

manera más perentoria. Que estarían solos y desprotegidos si él pasaba algún tiempo en prisión, y debido a ello quizás incluso perdieran su fortuna y su hogar.

Sabía distinguir una advertencia cuando la tenía delante.

Respirando hondo, se pasó ambas manos por el rostro y por el cabello; le asustó que los dedos le temblaran. Se sentía cansado y viejo; demasiado viejo para urdir una venganza.

En algún momento aquello debía terminar.

Llamaron con suavidad a la puerta del despacho.

–Disculpa, te lo ruego–musitó Leelavati; la débil voz era un hilo atemorizado–. Solo quería saber si estabas bien y si todo está en orden.

–Solo era un ladrón. Malim y Ahad ya se han ocupado de él.–Volvió el rostro hacia ella–. ¿Cómo están los niños?

–Como es natural, muy asustados. Sobre todo Kishor. –Sonrió–. Embun está intentando calmarlo.

Raharjo la escudriñó, allí, en la puerta entreabierta, con su salto de cama de color rosa, una mano ante el voluptuoso pecho, el brillante cabello recogido en una gruesa trenza que le caía por el hombro. Ni los años ni los muchos hijos parecían afectarla, seguía siendo bella, su buena, paciente y fuerte esposa.

Le tendió la mano.

–Ven conmigo.

Leelavati avanzó hacia él con cara de asombro, con ese caminar ágil, con ese contoneo tan suyo, sin hacer ruido, poniendo cuidado en cada paso. La sentó en el borde de la cama y la estrechó entre sus brazos, aspirando su familiar aroma a esencia de rosas y madera de sándalo, como a tierra compacta, mojada por la lluvia.

–Aquí siempre estaréis a salvo, tú y los niños–susurró–. Jamás permitiré que os pase nada.

Con los ojos cerrados Leelavati se abandonó a los brazos de su esposo.

El corazón le latía con fuerza, a consecuencia del susto y del miedo que había cundido antes en su por lo demás protegida, apacible casa. Pero también de dicha.

Olía a otra mujer. Probablemente nunca pudiera ser fiel. Y, sin embargo, ella tuvo la certeza de que por fin le pertenecía por completo.

La única orquídea parecía diminuta en las sábanas, arrugadas y con manchas de humedad.

Era de un azul violeta, del color de un cardenal reciente. La misma sensación que producía mirarla. Una magulladura en lo más profundo del alma.

Con una sonrisa melancólica y una gran tristeza en el rostro, Georgina cogió la flor y salió a la quebradiza veranda.

Sintió el roce de unas ramas de flores rojas cuando trepó al peñasco que se alzaba ante la tapia, y el viento le dio en el rostro.

Permaneció mucho tiempo sentada allí, abandonándose a su dolor.

Por la pérdida de su padre, ese escocés orgulloso, temeroso de Dios y trabajador, que concedía tanta importancia al decoro y a la rectitud. Y que, sin embargo, tenía un corazón tan apasionado que latía no solo por Joséphine, la temperamental leona francesa, la hija del trópico con el corazón de tigresa, sino también, secretamente, por una muchacha malaya. Hasta el día en que murió lo atormentó el sentimiento de culpa por haber causado la muerte a las dos mujeres a las que tanto amaba con su deseo.

Una culpa que Georgina le recordaba constantemente y por la que la castigó cuando también ella esperaba un hijo fruto de un amor clandestino.

Entendía por qué su padre había obrado así. Por qué no le había confesado esa verdad a medias, que en realidad no era otra cosa que una mentira, hasta hallarse en su lecho de muerte; ella estaba haciendo lo mismo con sus hijos. Para protegerlos. Para que tuvieran abiertos todos los caminos en un mundo que antepone la sangre blanca pura a todos los demás colores.

Y, sin embargo, desearía no haberlo sabido. No cuando ya era tan tarde. Demasiado tarde.

Pues el dolor por la pérdida de la vida que le había arrebatado esa mentira se le antojaba insoportable. De la vida que pudo ser, pero no le fue permitido que fuera.

Siendo medio malaya, no tendría por qué haberse avergonzado de llevar en sus entrañas al hijo de un *orang laut*. Habría podido esperar a su *selkie* hasta que el mar se lo devolviera.

Intuía que ese dolor la perseguiría durante el resto de su vida.

Georgina abrió las manos, en las que sostenía la orquídea, que era azul violeta, como sus ojos. Esos ojos cuyo color se había convertido en su destino.

Esperó pacientemente a que el viento palpara la flor con dedos curiosos, jugueteara con ella y, finalmente, se la arrebatara de las manos.

Una gota azul violeta que arrastró hasta el mar.

La cabeza de Jo, dormida, descansaba pesadamente en su hombro cuando Paul subió con ella la escalera; llevaba la chaqueta humedecida con el aliento y la saliva de la niña.

La llevó a su habitación y la tendió con cuidado en su cama.

—¿Ya estamos en casa?—musitó en cuanto su cabeza descansó en la almohada, parpadeando.

—Sí, ya estamos en casa—respondió su padre, apartándole con ternura un mechón de pelo de la cara—. Ahora Kartika te pondrá la camisa de dormir.

—¿Mamá?

—También vendrá a verte dentro de un momento. Espera, que voy a buscarla, ¿quieres?

A la boca de Jo asomó una sonrisa, y volvió a quedarse dormida mientras asentía.

Paul sabía dónde la encontraría.

Si es que aún estaba allí.

Era esa hora del atardecer en la que la isla de Singapur se sumía en un azul humo, pastel. En la que los contornos empezaban a difuminarse y la nitidez del día se atenuaba, adquiriendo una suavidad de ensueño.

Paul contempló sin dar crédito a lo que veían sus ojos: la palmera caída, atravesada en el jardín, las ramas serradas, las nubes de hojas de los arbustos podados.

El amenazador, sombrío muro del bosquecillo había sido abierto, ya no era impenetrable; entre los árboles y arbustos entresacados asomaba el tejado cubierto de líquenes del pabellón. Daba la impresión de que el trabajo aún no había terminado y, sin embargo, ya era como si un soplo de aire recorriese el jardín.

En la luz azul de esa hora Georgina parecía una muchacha, sentada en el peñasco, con las piernas dobladas, contemplando el mar. No se volvió, aunque tenía que haberlo oído, pues al caminar la maleza crujía y crepitaba. Tan solo cuando subió ligeramente los hombros, Paul supo que era consciente de su cercanía.

—¿Has decidido talarlo?—preguntó, en lugar de saludarla.

Ella sacudió la cabeza, con tanta levedad que la trenza apenas se le movió en la espalda.

—Solo aclararlo y podarlo.—Lo miró volviendo la cabeza, con unos ojos que parecían estar hechos de esa hora azul—. Ya iba siendo hora. De que entrara la luz. El aire.—En su voz se percibían tristeza y dolor; entonces fue él quien se encogió de hombros mientras se metía las manos en los bolsillos del pantalón y rehuía su mirada—. ¿Qué tal en Pondichéry?

—Bien. Tu primo y yo hemos llegado a un acuerdo. A partir de ahora la compañía se llamará únicamente Findlay & Bigelow.

El recuerdo de Agnès lo sacudió. De esos fascinantes ojos verde musgo, que flirtearon con él descaradamente en una velada de los Boisselot. Nunca en la vida le había dado a entender de ese modo tan abierto una mujer desconocida que lo deseaba. Una mujer tan bella. Con la piel blanca como el marfil, el rostro de exquisitos rasgos, delicado y orgulloso al mismo tiempo, como una rosa en flor, rodeado de un cáliz de cabello dorado. Voluptuosa y tentadora como un melocotón maduro. Una mujer

que era como el champán.

La viuda del oficial y él vivieron un extático *intermezzo* que duró algunas noches. Desenfrenado. Voraz.

No desdeñable. Pero sin importancia.

Su sitio estaba allí. Junto a Georgina.

«En lo bueno y en lo malo.»

–Te ha echado mucho de menos.

Ella se limitó a asentir.

Parecía perdida, por su forma de mirar de nuevo al mar, y él supo en quién pensaba. Igual que sabía antes de partir a quién acudiría con su pena.

Le dolía, aún, y sin embargo él sufría con ella. En su actitud había algo definitivo, que pese a todo le afectaba.

El hecho de que siguiera allí indicaba que su ardid había funcionado, si bien él no lo consideraba un triunfo. La suya era una victoria pírrica, con la que se había conformado para que ella permaneciera a su lado. Incluso al precio de que su corazón nunca le perteneciese por completo. De que posiblemente ella hubiera elegido otra cosa de haber dejado en sus manos la decisión.

La compensaría, ese día y todos los días de su matrimonio.

Paul se acercó al peñasco y le tendió la mano.

–Ven a casa, Georgina.

IV

Fuegos fatuos

1881-1883

Permitid que no admita impedimento
ante el enlace de las almas fieles.
No es amor el amor que cambia siempre por momentos
o que a distanciarse en la distancia tiende.
El amor es igual que un faro imperturbable,
que ve las tempestades y nunca se estremece.
Es la estrella que guía la nave a la deriva,
de un valor ignorado, aun sabiendo su altura.
No es juguete del Tiempo, aun si rosados labios
o mejillas alcanza, la guadaña implacable.
Ni se altera con horas o semanas fugaces,
sino que aguanta y dura hasta el último abismo.
Si es error lo que digo y en mí puede probarse,
decid, que nunca he escrito, ni amó jamás el hombre.

WILLIAM SHAKESPEARE, *Soneto 116*

La barca se deslizaba por el río al rítmico golpeteo de los remos.

Era una barca pequeña, del lugar, que Duncan le había comprado hacía unos años a un pescador y guardaba bajo el alero de la caballeriza cuando volvía a hacerse a la mar.

Navegaban a lo largo de la costa, por un estrecho canal que discurría entre la isla de Singapur y un puñado de islas de menor tamaño. Al partir de la desembocadura del río, Duncan había arrizado las velas y empuñado los remos.

Los ojos de David, de un azul radiante como el cielo desde el que brillaba el sol, vagaron por un huertecillo cercado en el que mujeres con vistosos *sarongs* y *kebayas* arrancaban malas hierbas y recolectaban, charlando y riendo. Delante de las cabañas se veía a viejecitas arrugadas sentadas a la sombra de un árbol, cuidando a los niños, que retozaban, chillando y dando voces. Los gallos cantaban, las gallinas cacareaban, en algún lugar ladraba con fuerza un perro, y el aire tenía un olor sabroso, a hortalizas asadas, crujientes.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

—Nunca he estado aquí.

David arrugó la frente al oír la respuesta, que para él difícilmente era un motivo.

La orilla estaba festoneada de árboles, algunos tan vetustos y nudosos que era como si llevaran allí toda una eternidad. Tras ellos se distinguían jardines floridos y casas de piedra muy juntas; daba la impresión de que allí vivían malayos acomodados.

—Pensé que podíamos ir a algún sitio de Singapur que aún no conociéramos—adujo Duncan, unas paladas después.

Algo muy típico de Duncan, que se sentía atraído por todo lo nuevo, desconocido, que siempre buscaba poner rumbo a costas desconocidas. La aventura.

David, echado hacia atrás y apoyado sobre los codos, estiró las piernas.

—¿Como turistas?

Una sonrisa iluminó el rostro de su hermano, más oscuro aún debido al sol que le había dado durante su última travesía.

—Seguro que los turistas no vienen a este sitio. Ellos buscan el puerto. Las suntuosas construcciones coloniales y el ajetreo del barrio chino. Quizá también del indio.

Señaló con la cabeza allí donde Serangoon Road partía en dos la isla.

Al igual que los dos muchachos Bigelow, que antaño alborotaban en el jardín de L'Espoir y aprendían a nadar en el mar, al otro lado de Beach Road, ya eran hombres, la ciudad de su infancia también había crecido.

La orilla meridional del río Singapur se hallaba en manos chinas, con un pequeño enclave indio y el corazón europeo de la ciudad, los más que lucrativos *godowns* en las calles en torno a Raffles Place.

El barrio chino era una ciudad en sí mismo, con sus ruidosas callejuelas, las tiendecitas y los puestos y los vendedores ambulantes, los caracteres de los rótulos como arañas y los farolillos de papel en las fachadas. Una porción de China que crecía hacia el mar; en cuanto se edificó el suelo que la mano del hombre arrebató al océano al otro lado de Telok Ayer, el templo de Thian Hock Keng, consagrado a la diosa del mar y protectora de los marineros, dejó de estar a la orilla del mar.

En la ribera norte del río Singapur se alzaba una ciudad distinguida. De una elegancia blanca, luminosa, rebosante de columnas, recorrida de zonas de un verde vivo y sombreada por árboles primorosamente podados. Con amplias calles comerciales, por las que los chinos corrían como alma que lleva el diablo tirando de los *rickshaws*, que habían hecho su aparición recientemente en las calles de la ciudad y parecían aumentar de día en día.

Tras ellas se erguían las coloridas casas y los templos de indios y tamiles, y en dirección a la costa la

ciudad se asemejaba al vistoso tapiz de retazos de los barrios de malayos, árabes y javaneses, allí donde vivían y trabajaban los oriundos de Ceilán y Bali y los muecines llamaban a la oración desde las mezquitas con su melancólico canto.

El día anterior Duncan lo había llevado hasta ese lugar, pasando entre puestos de especias, dejando atrás canteros chinos, cesteros y carpinteros y tiendas en las que se vendían telas de todos los colores del arcoíris. Comieron *satay*, carne en broquetas, y en uno de los cafés, entre hombres de piel oscura únicamente, tomaron un café que hizo que el corazón les bombeara como una máquina de vapor.

Ahora Singapur era una ciudad grande, animada, llena de vida, a la que Duncan y David siempre volvían, como aves de paso que regresaran una y otra vez al lugar en el que rompieron el cascarón.

Tras los años vividos a caballo entre Londres y Singapur, David, a sus veintiocho años, había regresado al seno de la familia, para quedarse definitivamente, y se había hecho un nido: Bonheur, que Paul había vuelto a comprar y renovar hacía unos años.

Regalo de bodas de sus padres a David.

—Todavía no me lo puedo creer—afirmó Duncan con una ancha sonrisa—. Mi hermano pequeño es un hombre casado y pronto será padre.

David lo miró con disimulo.

—¿Qué te parece Liza?

Su hermano puso cara de fastidio y encogió los hombros.

—¿Qué quieres que te diga? Todavía no la conozco mucho. Es guapa y parece muy maja.—Sonrió—. Y se comprometió contigo y te siguió hasta aquí, por lo tanto parece osada. Eso dice mucho de ella.

David le dio en la rodilla con el descalzo pie, como jugando.

—Y a ti, ¿cómo te va, capitán Bigelow?

—Sin novedades—repuso Duncan con el semblante impasible.

—Así que en cada puerto una novia... ¿o acaso dos?

El aludido se limitó a encogerse de hombros, si bien sonrió, y también David esbozó una sonrisa de satisfacción.

Ya era así en Inglaterra. Aunque David, con su cabello color arena y los ojos como dos lagos en los que se reflejaba el sol, de complexión atlética de jugar al rugby y al críquet y montar a caballo, y carácter alegre, lo tenía fácil con las muchachas, era Duncan quien se las llevaba de calle. Sus rasgos marcados, sus tonos oscuros, enérgicos, y su naturaleza reservada eran como un imán para las mujeres. Como si le barruntaran un oscuro secreto que estaba esperando únicamente a que ellas lo descubrieran.

Un atractivo que David no le envidiaba en modo alguno, ya que Duncan era difícil de contentar, y las jóvenes damas desairadas se mostraban agradecidas cuando hallaban consuelo en su hermano, más accesible y asimismo apuesto.

Escudriñó a Duncan, que con sus nervudos brazos guiaba la barca por el río con aparente facilidad, al igual que él con una camisa holgada, pantalones deslucidos y descalzo. Se le notaba lo mucho que le gustaba estar en el agua; su rostro, con el anguloso mentón y los marcados pómulos, la boca carnosa y bien dibujada, parecía relajado.

David se pasó maquinalmente la mano por la barba, que se había dejado crecer durante su noviazgo con Lisa y le confería una apariencia más madura, seria. Aunque el sol de cubierta ya había grabado las primeras líneas bajo sus ojos, Duncan aparentaba menos de los treinta años que tenía; quizá porque, pese a la responsabilidad que asumía al ser capitán, llevaba una vida libre, sin ataduras.

A veces David trataba de imaginar cómo sería vivir como Duncan. Pasar la mayor parte del año en el mar. Haber recorrido toda Asia, Australia y Nueva Zelanda. El norte y el sur de América; incluso había estado varias veces en África. No tener más pertenencias que un cajón y un petate.

Sin embargo, David no estaba hecho para vivir así. Él necesitaba orden, estabilidad, seguridad; poder evaluar y ponderar riesgos. También a ese respecto había salido a su padre, mientras que Duncan

se parecía más a su madre, que nunca había sido como las demás madres.

Le importaba muy poco el aspecto exterior, y no le preocupaba mucho lo que los demás pudieran pensar de ella o de sus hijos. «Hermosa hada», la llamaba su padre a veces, y David entendía el motivo, ya desde pequeño. Tenía mucha imaginación, a veces era un poco soñadora, e incluso ahora de mayor seguía pareciendo una muchacha. Cariñosa, pero sin asfixiar con su amor a sus hijos. Reservada, casi cauta en el trato con los demás, les había concedido a ambos una gran libertad, al parecer sin miedo de que al trepar a los árboles pudieran partirse el cuello o de que se mataran el uno al otro cuando se peleaban. Confiaba en que Liza les regalara a sus retoños una infancia igual de feliz.

Elizabeth Stanton, alegre y encantadora, hija de un armador londinense, era mucho más que un rostro bonito. Inteligente por naturaleza, y además instruida y viajada, no solo hizo latir con más fuerza el viril corazón de David; además, se adaptó sin fisuras a la familia, como si siempre hubiese formado parte de ella. Sensata e ingeniosa, era la mujer que necesitaba a su lado para guiar a Findlay & Bigelow hasta el siguiente siglo.

—A padre aún le gustaría que entraras en la compañía.

Duncan lo miró un instante con sus ojos gris tormenta.

—Lo sé.

Siguieron meciéndose por el río, en silencio, contemplando las irisadas libélulas a su sonoro paso.

—Mira.—La voz de Duncan, grave y melodiosa y un tanto áspera, era poco más que un susurro—. Ahí.

David siguió con la mirada el dedo índice de su hermano y contuvo instintivamente la respiración cuando un martín pescador rojo anaranjado y azul cobalto se lanzó como un rayo al río y poco después emergió, para perderse en la espesura.

Los hermanos se sonrieron.

David se incorporó.

—Déjame remar.

—¿A ti, marinero de agua dulce?—Los ojos de Duncan se iluminaron, resplandeciendo como el nácar—. ¡Pero si ni siquiera sabes coger un remo!

—No presumas tanto de haber nacido con membranas natatorias.

Su hermano echó la cabeza atrás y se rio.

Si a Duncan le ofendía que en Inglaterra fuese blanco de burlas y escarnio por los dedos de sus pies, no lo había dado a entender en ningún momento. Siempre había insistido con la cabeza alta y el semblante indiferente que había sido bendecido por los dioses del mar, y por eso nadaba más rápido que el resto.

Y cuando las palabras no bastaban, hacía hablar a sus puños, a menudo con el respaldo de David, con lo cual se ganaron más de una reprimenda.

David se inclinó, le cogió la mano a Duncan y le dio con ella contra la pierna.

—Vamos, déjame a mí. Y hazme sitio.

—Olvídalo.

Entre risas y voces empezaron a forcejear y empujarse. Cuando la barca se balanceó con fuerza y finalmente se escoró, ni siquiera trataron de equilibrarla. Se dejaron caer al agua chillando alegremente y reanudaron la pelea en las frías aguas del río.

—Chúpate esa, marinero de agua dulce.

Duncan, resollando, metió a su hermano debajo del agua, y este a su vez lo agarró y lo arrastró consigo.

Emergieron, resoplando y riendo, manteniéndose rectos en el agua mientras cogían aire. Duncan se apartó el cabello mojado de la cara y aguzó el oído.

—¿Has oído eso?

—¿Qué?—David se sacudió para que le saliera el agua que se le había metido en un oído.

—Parece un pájaro—musitó Duncan, mirando hacia todas partes.

Unos ojos almendrados negros. Risueños y pícaros en lo alto de un árbol a la orilla misma del río. Las hojas bailoteaban alrededor del rostro de la muchacha, del color del té claro. Un rostro como una orquídea.

–¡Eh! ¡Tú!–llamó Duncan, riendo.

Unos dedos largos y finos cubrieron la rosácea boca. Tras ellos se oyó una risita tenue y sonora como el canto de un ave.

–Sí, me refiero a ti. A la que está ahí arriba.

El rostro desapareció. Las ramas del árbol temblaron y se balancearon; algunas hojas muertas cayeron y fueron a parar al río cuando la muchacha, ágil y diestra como un monito, se movió por las ramas y bajó un tanto por el tronco hasta salvar la distancia que la separaba del suelo, que no era poca, de un resuelto salto.

Se irguió deprisa y echó a correr, descalza, por el jardín, en un ondear de pantalones azules holgados y una blusa suelta con flores bordadas, la larga trenza hendiendo el aire como si de un látigo se tratara.

–¡No, espera!–Duncan cogió impulso para llegar a la orilla de unas cuantas brazadas enérgicas.

–¿Se puede saber qué haces?–David lo agarró para retenerlo–. No puedes entrar por las buenas en una propiedad ajena.

Duncan siguió con los ojos a la muchacha, en silencio, y la atrevida mirada que le lanzó en plena carrera volviendo la cabeza, con una sonrisa en el rostro, le llegó a lo más hondo del alma.

–Anda, volvamos.–David le dio unas palmaditas conciliadoras en la espalda–. Me está entrando hambre.

Duncan volvía la cabeza una y otra vez mientras David remaba río abajo.

Era un jardín grande, con árboles vetustos y arbustos colmados de flores; en el embarcadero, de madera y piedra, había amarrados dos cascarones de nuez. Desde la orilla una casita de estilo chino miraba al río, con el sinuoso tejado de coloridas tejas rematado con dragones; unos leones de piedra la guardaban enseñando los dientes. Detrás y a cierta distancia distinguió entre los árboles una casa considerablemente mayor, de un blanco reluciente, como de *chunam*, con el tejado de tejas rojas. A lo lejos creyó oír más risas y los chillidos de una cacatúa, pero de la muchacha, ni rastro.

–Quítatela deprisa de la cabeza.–Duncan rehuyó la severa mirada de su hermano–. ¡Pero si aún era una colegiala! Y para colmo, china. En Singapur eso no es muy buena idea. No para algo serio.

Así y todo, esos ojos almendrados negros se grabaron a fuego en la memoria de Duncan. Y cuando se hizo a la mar se llevó consigo esa mirada pícara, la energía rebosante de vida de la chiquilla y su risa cautivadora.

Un recuerdo que solo muchos meses después palideció, pero no se extinguió.

El mundo había cambiado.

Se había vuelto más pequeño, giraba más deprisa sobre su propio eje, su latido era laborioso, directamente infatigable, impulsado más incluso por los ambiciosos avances de esos años.

El canal de Suez y los nuevos buques de vapor, capaces de alcanzar velocidades más elevadas, llevaban mercancías y personas de un lugar a otro del mundo en menos tiempo.

Y numerosas vías pasaban por Singapur.

A Singapur la llamaban el Liverpool de Oriente, por las cantidades ingentes de mercancías que se cargaban en un puerto que no paraba de crecer, sobre todo de carbón, para las glotonas calderas de los buques. En el plazo de escasos años el volumen de ventas y, por tanto, los beneficios aumentaron de forma vertiginosa. Rebasaron los márgenes que comerciantes de la primera oleada como Gordon Findlay esperaban obtener en su día y probablemente también lo que soñara sir Stamford Raffles cuando nació la ciudad.

Incidentes como el gran incendio que se desató en el almacén de carbón de la Tanjong Pagar Dock Company y algún que otro descalabro económico no fueron más que un chichón, un rasguño que uno se hacía; pequeñas heridas que se podían sufrir hoy y mañana estaban olvidadas.

Los viajes en el mundo entero no solo se acortaron, sino que se volvieron más cómodos y realmente asequibles. Y quienes querían viajar de Europa a Asia, a Australia o a Nueva Zelanda y volver podían hacer una parada en Singapur. Ocho hoteles respetables, de los cuales más de uno se merecía la distinción de *first class*, ofrecían la posibilidad de descansar unos días o más en esos viajes a lugares remotos. Pasar algún tiempo en esa ciudad grande, bonita y rica, que ofrecía un derroche de exotismo y al mismo tiempo un exquisito modo de vida colonial.

Singapur se había convertido en la Charing Cross de Oriente, la Clapham Junction de Asia: al igual que las dos estaciones inglesas, un cruce de caminos cómodo, animado y admirable.

También la península malaya se acercó más a Singapur. Un territorio agreste, con junglas impenetrables, rico en estaño, para los europeos conformado por una intrincada y desconcertante red de pueblos y sultanatos. En sus negociaciones con algunos de esos sultanatos, los británicos lanzaron fuertes cabos sobre el estrecho de Johor, que amarraron con contratos.

Singapur ya no era un islote solitario en los confines del mundo, sino una rueda dentada que giraba infatigable dentro del gran engranaje del comercio mundial, del que también se beneficiaba Findlay & Bigelow. La compañía vivió un segundo apogeo, regalando a la familia años de tranquilidad.

El cielo, tirante y como recién lavado, se tendía sobre la isla; solo a lo lejos se veían algunas nubes blancas, esponjosas como nata batida.

El mar espumeaba y bullía al otro lado de Beach Road, entretejiéndose con voces alegres y risas.

Era la época que seguía a los vientos monzónicos, cargados de lluvia, del nordeste. La época del año preferida de Ah Tong. En memoria suya el jardín al que a lo largo de tantos años dotó de su inconfundible apariencia, cuidado por Jebat y Johan tan fielmente y con tanto mimo como si lo hubiesen conocido en persona, estaba a rebosar de un vivo fo-llaje verde. Exuberantes racimos de flores adornaban árboles y matas, las formas, los colores del rojo subido, el amarillo dorado y del rosa flamenco al blanco más puro, su aroma dulzón, intenso, embriagador, un festín para los sentidos de Georgina.

En una manta extendida en el suelo se hallaba arrodillada Liza, con el cabello castaño recogido con primorosa sencillez y el sol arrancándole destellos cobrizos. Su hijo, en pañales y con una camisilla holgada, se agarraba con fuerza a sus manos. Moviéndose adelante y atrás el trasero, se esforzaba no solo por permanecer sobre las dos piernecillas de regordetes pliegues, sino también por dar sus primeros pasos. Hacia su tía Jo, que lo llamaba desde el otro extremo de la manta con los brazos abiertos, y empujado por los ánimos que le infundía en voz queda su padre, sentado en la hierba con las piernas

dobladas.

–Ya somos abuelos—observó Paul mientras se inclinaba para apagar el cigarro puro en el cenicero—. ¿No es increíble?

Se retrepó en su asiento y le pasó un brazo por los hombros a Georgina.

Esta asintió.

–Somos viejos.

–Yo, sí.—Le dio un beso a su esposa en la sien—. Tú, no. Solo tienes cincuenta.

Boy Three aún no había quitado la mesa, donde todavía estaban el servicio de té y los restos de dulces indios que Georgina había pedido a Selasa en lugar de una tarta de cumpleaños.

La hija de Tijah quizás hubiese llegado al mundo uno o dos días antes, pero Georgina India Findlay decidió que había nacido ese mismo día hacía cincuenta años.

No quería una celebración grande, sino un té sustancioso con la familia y una cena opípara por la noche. Solo faltaba Duncan; la última vez que había estado allí había sido en el bautizo de su ahijado, en San Andrés.

Los ojos del pequeño Gordon se iluminaron cuando, con ayuda de su madre, con las puntas de los pies metidas hacia dentro, empezó a dar un paso tras otro hacia su tía. Los ojos eran de un azul Bigelow, mientras que su sedosa cabellera de oscuro color caramelo aún no desvelaba si acabaría adquiriendo la tonalidad arena de su padre, el castaño rojizo de su madre o los matices Findlay, entre el marrón oscuro y el negro.

Tras la tormenta que se desató sobre ella con la muerte de Gordon Findlay, hacía diez años, y que no dejó piedra sobre piedra, Georgina quiso tener otro hijo. Dos veces albergó esperanzas, y dos veces frustró su mes esas esperanzas; entonces comprendió que esa época de su vida había acabado para siempre.

Quizá fuese una bendición; ya había tentado bastante al destino con tres hijos sanos, a los que no se notaba su sangre malaya. Algo de lo cual no sospechaban nada, pues ella no se lo había contado. No corrían tiempos que perdonasen la mezcla de sangre.

A Singapur no solo acudían numerosos turistas, sino también hombres de negocios y cada vez más funcionarios de las colonias para ocuparse de la administración de la ciudad y de las Colonias del Estrecho, una administración que cada vez era más vasta.

La que se establecía en Singapur era una nueva casta. La época de los hombres emprendedores, bravucones y aventureros que escogían voluntariamente el destierro para, corriendo grandes riesgos, hacer fortuna en una islita indómita situada en el otro extremo del mundo había terminado.

Esos nuevos ciudadanos de Singapur lucían traje blanco, salacot y bastón a modo de ornamento, y miraban a la variopinta mezcla de pueblos con arrogancia en el mejor de los casos y con desdén en el peor. Y a diferencia de en tiempos pasados, llevaban consigo a sus *mems*, que en modo alguno se planteaban supeditar su hogar al clima o a las costumbres del trópico, sino que se disponían con celo a imprimir en el trópico su civilizado estilo de vida británico. Solo que con más personal.

Los avances de la época les dieron facilidades, y Singapur se convirtió en un barrio tropical un tanto remoto de Londres, que se hallaba a tan solo dos semanas de distancia. Periódicos y revistas mantenían a uno al corriente de lo que acontecía en casa y estaba en boga, y el constante flujo de correo entre Gran Bretaña y Singapur mantenía ocupadas a las *mems*.

En Singapur uno estaba unido a Madrás, Java y las demás ciudades de las Colonias del Estrecho por medio del telégrafo, y después de que la Oriental Telephone and Electric Company se hiciera cargo del primer servicio telefónico privado, la red de telefonía de la ciudad no tardó en extenderse a Johor. Por su parte el nuevo tranvía de vapor competía con los incontables *rickshaws*; se hacían apuestas sobre cuál de los dos medios de transporte acabaría alzándose con la victoria.

El teatro, los numerosos clubes y salas de baile, carreras de caballos y regatas, la biblioteca

circulante y el museo, el jardín botánico y los *smoking concerts* –conciertos para caballeros– proporcionaban una grata distracción, en la que uno se codeaba con los suyos.

Reuniones a las que también acudían Paul y Georgina Bi-gelow, por mor de los negocios y de los hijos. Georgina nunca había superado del todo su timidez, pero se defendía. Saber cuáles eran sus orígenes le servía de asidero, y de cuando en cuando, como un aguardiente autóctono mezclado con champán, experimentaba el enorme placer de moverse entre todas esas damas y esos caballeros distinguidos, con conciencia de clase sabiéndose medio malaya. Un licor que, no obstante, en ocasiones le dejaba un sabor amargo en la boca.

En la nueva Singapur, con el tiempo y a medida que aumentaba la prosperidad, se iban borrando las líneas divisorias entre los pueblos. Chinos, tameses, indios y árabes que se habían establecido en la ciudad se casaban con mujeres malayas y engendraban hijos que a su vez tenían hijos: los *peranakans*, los «hijos del país».

Unas relaciones de las que nacieron una cocina propia, unas costumbres propias, un modo de vida propio, en las que se entremezclaban los mundos del padre y de la madre. *Baba nyonya. Chitty. Jawi peranakan.*

Para la hija de un comerciante escocés y una criada malaya no había ningún nombre que sonara bien.

En la nueva, ordenada, limpia, colonial Singapur ya no había sitio para las criaturas marinas. Los jóvenes piratas. Para *hantus. Matianaks*. Para historias como la de Georgina.

–¿Georgina?

Asustada, esta volvió la cabeza. Paul sonrió y la cogió con ternura por la barbilla.

–Mi bella soñadora. ¿En qué estabas pensando?

Expulsando el aire con un sonido que pareció un suspiro, se arrimó a él y apoyó la cabeza en su hombro.

–En la vida.

Con las muestras de regocijo de su madre, su padre y su tía, el pequeño Gordon se dejó caer en los brazos de Jo, que lo estrechó contra su pecho y lo besó, y David acarició la cabeza a su hijo entre risas. Liza, que los miraba, los saludó con la mano, los volantes de las mangas de su ceñido vestido de verano cayendo como una cascada por los codos. También Jo alzó la mano risueña, mientras con la otra hacía que la manita de Gordon saludara asimismo.

–Mi mejor regalo de cumpleaños–aseguró Georgina.

A los dieciséis años Jo decidió viajar a Inglaterra junto a sus hermanos con el objeto de acudir a una institución para señoritas y mujeres jóvenes para estudiar lenguas, literatura y arte. Había vuelto hacía tan solo dos semanas, una jovencita alta y delgada de diecinueve años, con los ojos de un alegre y resplandeciente azul. Maisie y su esposo, Henry, la habían acompañado; tras la muerte de Stella y Silas Gillingham y después de que su último hijo abandonara el nido, querían conocer el Singapur de su prima; tras tomar el té habían ido a dar un paseo por la playa.

–Me recuerda a ti–musitó Paul–. Antaño, al principio.

–No.–Georgina sonrió y sacudió la cabeza–. Jo es mucho más guapa de lo que era yo antes. Tan segura de sí misma y resuelta. Y tan lista.

A veces se preguntaba cómo habría sido su vida si los genes de Tijah se hubiesen impuesto a los obstinados genes escoceses de los Findlay. Si hubiese llegado al mundo con los ojos oscuros y la piel morena.

Ya no quedaba nadie a quien pudiera hacer preguntas. Cempaka había acabado poniendo veto a sus visitas. Había sido hermana de Tijah y *ayah* de Georgina, pero no quería ser su tía. Así y todo había vuelto una vez más, hacía uno o dos años. Su última visita a la aldea. A la tumba de Cempaka.

–Lista como su madre–afirmó Paul en voz queda–. Sin ti la compañía hoy no iría tan bien como va.

Georgina levantó la cabeza y lo miró con cara de asombro.

–¿Nunca te has parado a pensar que aunque no me mostraba entusiasmado cuando me dabas consejos, al menos los tomaba en consideración? ¿Que siempre me ha servido de ayuda hablar contigo de los negocios? De no haber sido por tus objeciones, aquella vez sin duda habría vendido la participación en la compañía, cosa que hoy lamentaría amargamente.

La Tanjong Pagar Dock Company, no solo la mayor constructora de diques secos en el New Harbour, sino también la más agresiva, que ya se chupaba los dedos pensando en competidores más débiles, desde hacía unos años arrojaba pingües dividendos, que engordaron la fortuna de los Bigelow.

–Y estoy seguro de que los buenos negocios que hicimos con Whampoa también se deben a la buena impresión que le causaste entonces. Siempre que lo veía me preguntaba por ti.

Whampoa, al que el gobernador concedió el gran honor de ser distinguido con la Orden de San Miguel y San Jorge por los servicios prestados a la colonia británica de Singapur, tampoco estaba ya entre los vivos.

–No lo sabía–repuso ella.

Paul sonrió.

–A veces creo que es esa pincelada violeta de tus ojos. Te abre la mirada a otros mundos, pero te nubla la visión para lo cercano, lo palpable. A menudo te vuelve ciega a la realidad.

Las mejillas de Georgina se tiñeron de rubor, y su mirada se centró en el pabellón.

Las nuevas tejas, de un marrón rojizo intenso, brillaban entre las desmochadas copas de los árboles y los podados arbustos. En el curso de las reformas de L'Espoir, los trabajadores se ocuparon también del pabellón, librándolo de la maleza, el moho y el musgo. Ya volvía a ser una casita luminosa y, sin embargo, sombreada, por la que corría sin cesar una refrescante brisa marina y que contaba con mobiliario nuevo de maderas tropicales. Lo único que conservó Georgina fue la cama, cuya reparación puso en manos de un ebanista.

Esa era su manera de reconciliarse con el pasado y hacer las paces.

Miró a Paul, a ese hombre con el que se casó en contra de su voluntad y con el que compartía mesa y cama después de tantos años.

Para rondar los sesenta, seguía estando en buena forma, tan solo un tanto relleno en la parte central del cuerpo. También tenía el rostro más regordete, lo cual quizá se debiera a las entradas que se dibujaban en su pelo encanecido.

Igual que en el oscuro cabello de Georgina se empezaban a distinguir los primeros destellos plateados y hoyuelos en los muslos. Después de haber amamantado a tres hijos, sus pechos ya no eran redondos y turgentes, y en el vientre y las caderas se habían asentado pequeñas gorduras que, pese a que montaba a caballo y nadaba, se resistían tenazmente.

Ella no tenía idea de lo bien que la conocía Paul, al cabo de tanto tiempo. Mientras que, por su parte, seguía sin saber a ciencia cierta lo que ella sentía por él.

–Me temo que tienes razón–musitó mientras le daba un beso en la mejilla.

Paul le pegó la boca al oído.

–¿Vamos arriba? ¿Al dormitorio?

Georgina enarcó las cejas.

–¿Ahora? ¿Por la tarde?

La sonrisa que le regaló Paul seguía siendo, no obstante, tan pícaro y juvenil como antaño.

–Es tu cumpleaños. Puedes hacer lo que quieras.–Le metió un mechón de cabello rebelde detrás de la oreja.–Y de todas formas nadie creería capaz de hacer nada indebido a unos abuelos como nosotros.

Se escabulleron discretamente de la veranda, cogidos de la mano, subieron la escalera y cerraron la puerta, sin aliento.

Para pasar la tarde no como un matrimonio que llevaba tres décadas juntos, sino como amantes furtivos que rompían todas las normas.

Con las perneras de los amplios pantalones subidas, Li Mei estaba sentada a la orilla del río, moviendo los descalzos pies en el agua. Ojeaba desganada el libro que sostenía en las rodillas. Por lo general le gustaba leer y estudiar, era una de las mejores alumnas de la escuela para señoritas chinas, pero ese día hacía demasiado calor, incluso allí, en el agua, a la sombra de los árboles.

En un día así lo único que se podía hacer era meterse en el río para refrescarse y chapotear y pelearse en el agua con el mejor de los hermanos.

Pero Kishor trabajaba desde hacía algún tiempo en la compañía de su abuelo, que su padre había puesto en manos de Harshad, y no volvía a casa hasta por la tarde. Tampoco podía convencer a su padre de que abandonara los libros de contabilidad y los listados para que saliera con ella al mar o sencillamente le hablara de antes, de su madre, porque había vuelto a hacerse a la mar, donde pasaría algún tiempo. Y para jugar con los hijos de Veena y Harshad, que retozaban ruidosamente por la sombreada veranda, con sus diecisiete años se sentía demasiado mayor; eso era algo que incluso le sucedía a su hermana menor, Indira, y eso que acababa de cumplir diez años.

De la casa principal llegaba el parloteo de las mujeres, y Li Mei se planteó ir con ellas; la perspectiva de tomar el té con algo dulce era atractiva, pero sentarse con su madre y Veena, con Dara, la esposa de Harshad, que escogían los tejidos para la dote de Sharmila, colores, calidades, bordados, no le apetecía. Y menos le apetecía aún escuchar los buenos consejos y los a veces vulgares chascarrillos sobre el amor, el matrimonio y los hijos que las experimentadas mujeres daban a Sharmila. Lo único peor que eso era cuando todas enmudecían de golpe en cuanto aparecía Li Mei y se contentaban con dirigirse miradas elocuentes y sonrisas cómplices.

Malhumorada, levantó un surtidor de agua con el pie.

Como si ella no supiera nada de esas cosas. Como si aún fuera una niña pequeña.

Se sentía una mujer desde hacía tiempo, sabía lo que era ansiar que el corazón latiera deprisa y las piernas temblaran y besar, un deseo que a veces le ardía en las venas y le causaba dolor. Pero no sabía si quería que pronto su padre le buscara un esposo, como había hecho no hacía mucho con Sharmila.

Harun, hijo de un acaudalado orfebre del barrio indio de la ciudad, era un joven honrado y atento, y con sus rasgos delicados, los dulces ojos castaños, tampoco era feo, aunque terriblemente insustancial para Li Mei; como el arroz con leche sin especias. No podía entender lo que veía Sharmila en él. Li Mei quería para sí un muchacho más guapo, uno como la pimienta y la sal marina gruesa. Claro que quizá no quisiera casarse, sino ser maestra o...

Con el calor, el hilo de sus pensamientos quedó en un agua de borrajas que dio paso a la modorra.

Reprimiendo un bostezo, enroscó la larga trenza en el dedo índice mientras observaba con ojos vidriosos la barca que se aproximaba por el río. A menudo pasaban por allí barcas cargadas con gallinas en jaulas de bambú o enormes cestas llenas de piñas, plátanos y rambutanes; en una ocasión incluso una cabra atada que lanzaba balidos lastimeros.

Parpadeó cuando el hombre de cabello oscuro que guiaba la barca volvió la cabeza y, con cara de desconcierto, le dirigió una mirada más prolongada y empezó a remar con más vigor.

Li Mei no estaba segura, solo le había visto el rostro un instante, medio de lado, y de eso hacía ya mucho tiempo. Sin embargo, su corazón comenzó a latir a trompicones; sacó los pies del río deprisa y los metió bajo las piernas mientras se apresuraba a clavar los ojos en el libro que tenía delante, mirando de soslayo.

–*Selamat petang.*—De la barca, que se dirigía a la orilla, salió un saludo cortés. La grave, sonora voz masculina, hizo que un agradable escalofrío le recorriera la espalda—. Disculpa, joven dama, pero ¿es que siempre andas holgazaneando en los árboles y riéndote de los hombres que se bañan en el río?

Li Mei sentía el corazón en la garganta. Sí que era él, uno de los dos jóvenes que aquella vez se

tiraron al río desde la barca y estuvieron retozando en el agua como los niños de Kulit Kerang. Y se acordaba de ella, igual que ella había soñado despierta con él mucho después.

—A veces—repuso, con tono marcadamente indiferente, sin levantar la mirada, aunque la trenza giraba más deprisa en el dedo.

—¿Te resulta embarazoso o es que existe algún otro motivo por el que no me miras a la cara?

Li Mei intentó disimular la sonrisa, pero no debió de salirle del todo.

Alzó la cabeza despacio y tragó saliva.

Era mucho mayor de lo que creía; aquella vez le había parecido un muchacho, al ver cómo se comportaba en el agua, tan travieso. Era un hombre hecho y derecho, seguro que le doblaba la edad. Para él ella no podía ser más que una niña pequeña con la que bromeaba y flirteaba, sin pensar en nada más.

Un hombre guapo, con su piel dorada, los marcados rasgos. Con un mentón que era como una provocación latente y una boca que parecía desconcertantemente delicada.

Y con esos ojos, esos ojos grises como las nubes, plateados como la luz de la luna.

Se sentía a sus anchas en la barca. Como si fuese su segunda piel, él un hombre que estaba acostumbrado a estar en el agua. Para él el mar era su casa. Como su padre.

Era una barca autóctona, pero él no tenía nada de malayo, a excepción de la lengua.

Volvió la cabeza con disimulo para cerciorarse de que su madre, o una de sus hermanas, no salía de casa precisamente en ese momento. De que los niños no se habían hartado de jugar o se habían peleado y ahora corrían en su busca. Para comprobar que ninguno de los vigilantes empezara a hacer su ronda; su padre era muy suyo con lo de que entraran desconocidos en la propiedad.

Se acaloró a más no poder.

—¿Qué lees?

—¡Nada de tu incumbencia!—espetó Li Mei, cerrando el libro, con una risita en la garganta, y se maldijo en el acto por comportarse como una colegiala.

—Enséñamelo.—Extendió risueño uno de los nervudos brazos; también tenía las manos bonitas, grandes, delgadas y, sin embargo, fuertes.

Ella apartó el libro profiriendo una risita y acto seguido se quedó helada.

Al reparar en sus pies desnudos, no pudo evitar clavar la mirada en ellos.

Él enrojeció, y de pronto pareció un hombre mucho más joven, un muchacho tímido, torpe.

—No es contagioso—soltó con aspereza.

—Lo sé—respondió Li Mei, inexpresiva, mirándolo con los ojos muy abiertos.

—De mí no tienes nada que temer.—Sonaba cohibido, casi suplicante.

«Lo sé.» Al rostro de Li Mei afloró una sonrisa cuando apartó el libro y estiró las piernas para enseñarle los pies, con los dedos abiertos.

La sorpresa se reflejó en la cara de él. Acercó una mano y la sostuvo sobre uno de sus pies, como si fuera a acariciarle la membrana natatoria; ella notó el calor que irradiaba sobre la piel. Sin embargo, después dejó caer la mano deprisa y la apoyó relajadamente en el muslo mientras se miraba los propios dedos de los pies.

—Mi madre siempre dice que el dios del mar depositó su mano en mí cuando nací.

Li Mei sonrió.

—En mi caso es una señal de que soy hija de los señores del mar.

También él sonrió.

—¿Eres una sirena?

Cohibida, Li Mei alzó un hombro y empezó a balancear las piernas.

—Una señal—repitió él, con aire pensativo, y la miró fijamente, con unos ojos que la hicieron marear.

—Y trae buena suerte—se apresuró a añadir ella, con el rostro de un rojo vivo.

—Me gustaría mucho creer eso.

Aunque sonreía y era amable, sus ojos eran como un mar proceloso hacia cuyas profundidades fue arrastrada Li Mei.

Un mar en el que quería dejarse caer para sumergirse en él.

Duncan contemplaba el agua con los ojos entrecerrados, haciendo un esfuerzo por centrar su atención por completo en las barcas de pescadores que bailoteaban lentamente en las olas.

Un propósito que no duró mucho, pues sus ojos no tardaron en volver a Li Mei.

La muchacha estaba sentada a su lado en la playa, a apenas tres palmos de distancia, al igual que él con las piernas flexionadas. Absorta, trazaba con un dedo lazos y arabescos en la arena. Tenía el ceño fruncido de pura concentración, y los mechones de cabello que el viento había soltado de su trenza de ébano ondeaban como pequeños penachos de humo.

Su virtud de guardar silencio era lo que más le cautivaba de ella.

Duncan no había conocido nunca a una muchacha, a una mujer, que no sintiera continuamente la necesidad de decir algo, de preguntar algo; un zumbido incesante en su cabeza que le resultaba cargante de prisa y le ponía de mal humor. A excepción de su madre; Li Mei se mostraba tan dispuesta a permanecer en silencio como Georgina Bigelow.

No era un silencio ofendido. Ni provocador o enojado. Ni aburrido o negativo. Era un silencio cómodo, fácil y, sin embargo, reflexivo. En el que se entendían con miradas afines, unidos por el corazón.

Como si las únicas que hablaran fueran sus almas.

Así y todo habían hablado mucho durante todos esos días, sobre todo los primeros. Entre la barca y la orilla al principio, después en sus salidas, para las cuales Li Mei se escabullía de casa; ese día incluso había hecho novillos para ir con él hasta esa bahía, situada en el oeste de la isla.

Lo que Li Mei le había contado de su familia era como un cuento. Un cuento como los que su madre les leía o contaba a David y a él cuando eran pequeños.

En comparación con el cual la historia de su propia familia parecía insulsa, si bien Li Mei escuchaba embelesada cuando él le hablaba de su vida en los distintos barcos y de los países, los continentes que había visitado.

De su padre, el *orang laut*, Li Mei hablaba con los ojos brillantes. En su tiempo había sido pirata, un guerrero del mar. Un *beachcomber*, al parecer, que se enriqueció con los tesoros del mar, las joyas de las islas de Nusantara. De su madre, hija de un indio que comerciaba con oro y piedras preciosas y una malaya. Y de su madre natural, que había muerto al alumbrarla a ella. Una china a la que vendieron de pequeña para llevarla a Singapur, y a la que el padre de Li Mei salvó del burdel.

Una historia que solo podía ocurrir en Singapur.

El barrio chino, ese salobre lodazal de vicio, en modo alguno había sido desecado en los años que siguieron desde entonces; más bien se había intentado encauzar con ayuda de diques de contención.

El protectorado chino de Singapur se había establecido a raíz de los desórdenes que cinco años antes sacudieron a la ciudad. Los rumores de que el servicio postal a China previsto por la ciudad no sería una oferta, sino la única posibilidad en el futuro, y se vería gravado con elevados impuestos, se extendieron como un reguero de pólvora. Rumores que difundieron de manera bien calculada los *towkays*, que, con sus barcos y sus agentes, hasta ese momento tenían el monopolio del correo con China, y que hicieron que a los chinos les hirviera la sangre. A pesar de que hasta ese momento el envío de cartas no siempre era fiable, en particular cuando se remitía dinero a la madre patria.

El poder de los *towkays*, de los *kongsis*, no se pudo erradicar por completo, pero sí recortar, puesto que empleados de la nueva autoridad que hablaban chino recibían y ofrecían ayuda a los *sinkehs* a su llegada a Singapur. El protectorado ponía a disposición de los culis un intérprete y un asesor jurídico en caso de malos tratos o secuestro, ordenaba registros en los burdeles, que para entonces eran legales, y ponía empeño en rescatar de ellos a niñas menores de dieciséis años y a las que se encontraban allí por la fuerza.

Así y todo la solanácea del vicio, podada aquí y allá y entresacada ligeramente con mucha buena voluntad, continuaba dando exuberantes flores y exhalaba su seductor, lascivo perfume a mujeres, opio y juegos de azar mucho más allá de las callejuelas del barrio chino.

«Era una mariposa con alas de hierro», contó Li Mei con una mirada radiante de felicidad.

Li Mei era muy distinta de una mariposa; aunque era grácil, casi delicada y menuda—él le sacaba más de una cabeza—, era flexible y fuerte como el bambú joven. A veces le recordaba a una gacela, igual de elegante en sus movimientos, igual de enérgica.

Amaba el mar tanto como Duncan, y a veces el muchacho pensaba que ciertamente debía de ser una sirena.

No había nada más bello que ver cómo guardaba el equilibrio fácilmente en la barca con sus pequeños pies, la blusa y los pantalones pegándosele a su cuerpo menudo, amuchachado con el viento, y cómo manejaba la driza de la vela con fuerza y destreza. Le había enseñado su padre, aclaró entre risas; sabía navegar guiándose por las estrellas, pescar e incluso cazar con el arpón. Y cuando lo hacía casi parecía un muchacho, pese a sus rasgos femeninos, su larga trenza. Como una amazona. Irradiaba una magia gatuna, sensual, que le infundía admiración y respeto.

Como la vez que en una de sus correrías por la isla Duncan se topó con un tigre, en Bukit Timah Road, cerca del puente sobre el río Rochor. Sucedió al caer la tarde, cuando una sombra se cruzó en su camino a cierta distancia y se detuvo. Uno de los últimos tigres de Singapur, en busca de una presa o de nuevo territorio, después de que plantaciones y asentamientos que se extendían rápidamente devoraran con mayor avidez cada año la jungla del corazón de la isla.

El tigre era más grande de como él siempre había imaginado que serían esos animales feroces en libertad; tenía una majestuosidad, una agilidad y una fuerza que hicieron que Duncan contuviera la respiración y no moviera un solo músculo del cuerpo. A la luz azul humo, un mar de llamas desvaído; el pecho y el vientre, un campo cubierto de nieve, el tigre miró a Duncan con ojos candentes, inmóvil y casi de igual a igual. Permanecieron mirándose largo rato, hasta que el animal, enseñando los dientes, lanzó un rugido mudo y desapareció entre las sombras de la espesura.

Con Li Mei sentía lo mismo. La certeza de haber encontrado algo extraordinario, valioso, un encuentro que quizá solo le fuese concedido a uno una vez en la vida. Un barrunto de peligro al que, sin embargo, no temía.

Antes de que lograra apartar la mirada de ella, a la fuerza, Li Mei la interceptó y la sostuvo, sonriendo.

—¿Qué sucede?

«Nada. Todo.»

—Eres muy guapa.

La muchacha se sonrojó.

—Tú también.

Duncan se rio y se pasó los dedos por el cabello.

—Sobre todo soy demasiado mayor para ti.

Li Mei introdujo los brazos por debajo de las rodillas, movió los pies con aire pensativo y miró el agua.

A veces Duncan se veía como un loco sentimental, un gallo vanidoso que creía que aún era lo bastante joven para ella. Como un sátiro que acechara a una niña pequeña.

Y eso que no tenía nada que reprocharse: no había hecho más que cogerle la mano galantemente para ayudarla a subir a la barca o bajar. Ni siquiera quería nadar con ella, para no ver cómo se le pegaban a la piel los pantalones, la holgada blusa, mojados y transparentes, ni que probablemente ella se quitara alguna prenda. Y su forma de mirarlo, sus ojos en sus manos, recorriendo su cuerpo, era una tentación y un suplicio al mismo tiempo. Duncan no sabía cuánto más podría dominarse.

De pronto se quedó quieta y encogió más las piernas.

–Entonces, ¿te gusto un poco?–musitó al viento.

Él quería ser sensato. Honorable. Decir que no. Levantarse y marcharse y no volver a verla.

–Mucho, incluso, Li Mei.

En su rostro de orquídea se dibujó una sonrisa radiante que lo iluminó. La muchacha se acercó más a él, descansó la cabeza en su hombro y lo miró desde abajo. Una mirada inquisitiva. Suplicante.

Inequívoca e irresistible.

Su boca se posó en la de ella, que sabía a té verde y como el viento monzónico. Con la lengua le separó los labios, y ella dio un respingo y lo miró asustada, como si se hubiese quemado con él.

Duncan se disponía a pedirle disculpas, decir que lo sentía, pero la boca de Li Mei, de pronto decidida, aún con inocente torpeza, pero con creciente deseo, acalló sus pala-bras.

Duncan había tenido a muchas mujeres, y besado a más incluso. Pero no sabía que el corazón de un hombre pudiera incendiarse y arder como una tea, hasta sentir dolor.

La fría agua le bañó los tobillos y le empapó las perneras de los pantalones cuando ayudó a Duncan a arrastrar la barca por la playa.

Cogida de su mano caminó por la arena, que desprendía una luz tenue en la oscuridad, a la luz de las estrellas. La guio por un camino y, tras atravesar una tapia por una abertura, el nocturno, húmedo hálito del follaje le dio en la cara.

El canto de las cigarras era el ruidoso latido de su corazón, estridente, debilitado y rápido, y una risa ahogada le hizo cosquillas en el pecho.

Resultaba excitante escabullirse de casa al amparo de la noche. Salir a hurtadillas sin que la vieran los vigilantes nocturnos y deslizarse en la barca por el oscuro río, en cuya orilla se oían crujidos y susurros y el croar de las ranas toro.

Solo las ventanas iluminadas en el otro extremo del jardín le inspiraron temor, y el canto de las cigarras de pronto adquirió un tono amenazador.

Fue detrás de Duncan serpenteando entre los árboles y subió tras él los peldaños de una casita.

–Espera un momento–musitó–. Voy a traer luz.

Li Mei lo oyó revolver algo y acto seguido un tenue resplandor desterró la oscuridad a los rincones de la habitación y dibujó las siluetas de una mesa y una cama.

–¿Qué es esto?

–El pabellón del jardín. De pequeño venía a jugar aquí de vez en cuando. Por aquel entonces estaba medio en ruinas. Mi hermana a veces viene aquí a leer.

Li Mei miró atemorizada a su alrededor.

–¿Y si viene alguien?

Una sonrisa iluminó el rostro de Duncan.

–A esta hora ya no.

Se dejó caer en la cama y le tendió la mano. Li Mei se abrazó el cuerpo involuntariamente.

–¿Has cambiado de parecer?

Ella sacudió la cabeza sin gran entusiasmo.

Había sido Li Mei quien había manifestado el deseo de encontrar un sitio donde pudieran estar solos. Donde no tuvieran que temer que los viera algún pescador y les lanzara algún comentario obsceno. En la casita china de Kulit Kerang, que le pertenecía, no era posible. Durante el día podía presentarse alguien en cualquier momento, y por la noche el peligro de que Duncan cayera en manos de uno de los vigilantes nocturnos era demasiado grande. Si estaba sola, ella podía inventarse una excusa, pero un desconocido en la propiedad...

Sin embargo, ese sitio, que en los relatos de Duncan sonaba tan tentador, a ella se le antojaba inquietante. La madera y la piedra olían a nuevo, si bien bajo ese olor persistía el eterno perfume del

mar. Como si hiciera muchos, muchos años que el pabellón hubiese estado hundido en el fondo y solo hubiese salido del océano a duras penas.

En las sombras acechaba algo. No era nada malo, sino más bien triste. Y prohibido.

Ella no tendría que estar en ese sitio.

–Solo besos, Li Mei. Te lo prometo.

Cobrando ánimo, se tendió a su lado en la cama. En brazos de Duncan se sentía protegida. Los latidos de su corazón, su olor a hierba mojada por la lluvia y piedras calentadas por el sol la tranquilizaban.

Con Duncan era como estar en el mar. En calma, pero no siempre en silencio; su voz, las palabras que pronunciaba hacían vibrar algo en ella, ya de forma delicada y suave, ya con más sonoridad, a veces de manera sumamente repentina y arrebatadora. Con Duncan se sentía como en casa, era la estrella grande y plateada del firmamento por la que se guiaba. Que acompañaba invariablemente su camino.

Sus besos la volvieron osada.

–No.–Duncan la apartó de sí, jadeante, y le sacó la mano de debajo de su camisa.

–No quiero parar–musitó ella.

Duncan le escrutó el rostro.

–¿Estás segura? Puedo esperar, ¿sabes?

–No quiero esperar más–porfió Li Mei, preguntándose de dónde le salía ese valor.

Duncan se quitó la camisa por la cabeza, despacio, y se abrió los pantalones. Li Mei se desvistió con nerviosismo, arrepintiéndose en cuanto los ojos de él le recorrieron el cuerpo.

–Sé que no soy gran cosa–adujo, y se encogió de hombros tratando de sacudirse la vergüenza de no ser ni de lejos tan voluptuosa como Veena y Sharmila.

–Más que suficiente, Li Mei –repuso él con voz bronca–. Más que suficiente.

Respiraba con dificultad cuando las manos de Duncan y su boca deambularon por su cuerpo. Lo dotaron de una forma nueva. Las lomas demasiado pequeñas de sus pechos pasaron a ser suaves almohadas entre las que él enterró su rostro; su vientre firme, los prominentes huesos de la cadera deslizándose con suavidad, como agua. Sus labios acariciaron la depresión de su pubis, y el calor de su cuerpo hizo que su piel cantara como las cigarras.

Entre sus piernas se introdujo un bloque de carne y se abrió paso en su interior. Le pareció repugnante, algo que no estaba nada bien.

Buscó una palabra, una sola palabra, algo como un no... que de repente se transformó en un perplejo, inconcebible sí. La asaltaron oleadas de calor, que la inundaron de una sensación de dicha desconocida, nueva, extraña.

«Conque así es.»

Con dedos temblorosos Duncan le acarició el rostro, siguiendo su orgullosa nariz, que casi era demasiado poderosa para su rostro de muchacha. Los ojos cerrados, brillantes como el nácar, y la boca, esos labios rosa vivo que se asemejaban a una orquídea. Se sintió desvalido, y se alegró de que Li Mei se pegara a él y le proporcionara sostén.

Conque así era cuando no solo se deseaba a una mujer con el cuerpo, sino que se la amaba con cada fibra de su ser.

Quiso decir algo, unas palabras reconfortantes, quizás, o algo significativo, pero tenía la cabeza vacía, la lengua llena del sabor de Li Mei a miel acre, leche salada y azafrán.

Ella abrió los ojos, lo miró fijamente, con esos ojos rasgados, el iris oscuro y abismal como un pozo profundo.

Habló con una voz tan queda que tuvo que leerle los labios.

–Te he estado esperando toda mi vida.

Ese agosto caluroso fue una sucesión de días prestados y horas robadas a la noche, hasta principios de un septiembre abrasador. El tórrido sol, la ardiente oscuridad y el deseo los bañaban en sudor, y cada día era como jugar al escondite sobre brasas encendidas. Cada día una gota que se evaporaba del charco cada vez menor del tiempo que les quedaba. Hasta que Duncan volviera a subir a bordo al término de sus vacaciones. Hasta que regresara el padre de Li Mei.

—¿Es muy severo contigo?—quiso saber Duncan en medio del bramido de las olas que inundaba el pabellón.

Le acarició la mejilla a Li Mei y siguió por el cuello hasta el hombro; sus dedos no eran capaces de distinguir dónde acababa su piel y dónde empezaba la seda de su blusa.

—Solo a veces.—Sonrió, su rostro a la luz mantecosa de la lámpara del color de una exquisita rosa de té—. Pero que me vea contigo a escondidas, lo que hago aquí contigo una y otra vez, no le gustaría nada de nada. Y a mi madre seguro que tampoco.

En Sharmila habían encontrado a una aliada, por su parte perdidamente enamorada de su Harun y esperando con impaciencia la boda. Y en Jo, que tras intentar un sinfín de veces saciar su curiosidad, en vano, finalmente aceptó con un encogimiento de hombros que su hermano se citaba por la noche en el pabellón con alguien, pero no quería desvelar con quién.

La sonrisa de Li Mei titiló y se extinguió, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Tengo tanto miedo por él.

La semana previa un estruendo similar a una explosión había perturbado los solemnes cantos del salmo vespertino en San Andrés. El rudo trastorno del descanso dominical se pensó que era debido a unas voladuras realizadas en el curso de la operación destinada a ganar terreno al mar ante Telok Ayer. El ruido continuó por la tarde y durante la noche y fue causa de inquietud. Algunos creyeron que eran cañonazos de alarma desde Fort Canning Hill o un combate en el mar, quizá con piratas chinos, que, como una plaga de langostas, se aventuraban a entrar en las aguas del país de cuando en cuando. Un golpe tremendo, una explosión y un restallido como del mismísimo dios del trueno en toda su furia devastadora sacudieron la mañana del lunes.

Ese fue el momento en que, a menos de mil kilómetros al sur de Singapur, en el estrecho de Sonda, entre Java y Sumatra, bajo un cielo negro cuajado de humo, el volcán de la islita de Krakatoa estalló como una bomba, escupiendo fuego, cenizas y rocas al aire y levantando una oleaje letal en el mar.

Tras el colapso del servicio telegráfico con Java, las noticias llegaban con cuentagotas a Singapur, que, como si fuera la isla de los bienaventurados, se hallaba lejos de lo sucedido y solo podía intuir el infierno que se había desatado sobre Java y Sumatra, sobre todas las demás islas, próximas y lejanas. Se hablaba de aldeas borradas de la faz de la Tierra y miles de muertos.

—Seguro que logró ponerse a salvo a tiempo.—Duncan estrechó contra su pecho a Li Mei—. Cuando se produce un maremoto, en ningún lugar se está más seguro que en medio del océano.

—Pero si estaba navegando frente a alguna de esas costas... O había bajado a tierra...—Sus dedos se clavaron en su espalda, en busca de apoyo—. Y no puedo parar de pensar: ¿y si los dioses me castigan arrebatándome a mi padre? ¿Por lo que he encontrado a tu lado?

—No, Li Mei—musitó en su cabello—. No pienses eso. ¿Acaso no me has contado que tu padre conoce el mar como nadie? ¿Que es uno y lo mismo con la sangre que fluye por sus venas? ¿Con su corazón?

La imagen que Li Mei había dado de su padre le infundía respeto. Orgullosa, indomable, en ocasiones colérico. Sin duda no era un hombre al que había que contrariar, sobre todo no en lo tocante a su hija, que al parecer era la niña de sus ojos. Y, sin embargo, ese hombre le inspiraba mucha curiosidad. Un hombre del mar, como él. Casi un alma afín; le habría gustado conocerlo.

—Sí—admitió ella—. Eso es cierto.

A Duncan el corazón se le encogió y acto seguido se le ensanchó, los latidos frenéticos, irregulares, cuando notó en la lengua las palabras a las que llevaba días dando vueltas.

—¿Tú crees... tú crees que dirá que sí si le pido tu mano?

Li Mei alzó la cabeza; tenía en las mejillas señales brillantes de haber llorado, los ojos grandes y muy abiertos de dicha e incredulidad. A su rostro asomó una sonrisa, apesadumbrada, casi lastimera, y la muchacha le puso una mano en la mejilla.

—No te puedes casar conmigo, Duncan. Eres blanco. Un *orang putih*. Y yo soy medio china, medio *orang laut*. No puede ser. Aquí no.

La diferencia de edad que existía entre ellos se había invertido bruscamente. Él, el adolescente romántico e ingenuo; ella, la mujer con experiencia, madura, que sabía cómo era la vida.

—Si no puede ser aquí, donde sea, Li Mei—musitó, descansando su frente en la de ella—. Si es preciso, en el otro extremo del mundo.

—¿Dónde está Li Mei?

La sensación de alivio, el júbilo de las últimas horas de saber que el esposo, el padre se encontraba sano y salvo y había vuelto a Kulit Kerang antes de lo previsto, inundó de alegría la casa como con el canto de las cigarras; una casa que tembló con su voz, en la que se percibía un algo amenazador.

—No lo sé—contestó, desconcertada, Leelavati.

Estaba sentada con Indira en el suelo de la veranda, iluminada con lámparas, y acababa de afianzarle la última de las nuevas peinetas de nácar en la trenza a la niña mientras esta, delicada y con ojos de corzo, admiraba la figurita tallada de madera y hueso que le había llevado su padre.

—¿No está en la casa china?

Raharjo, con la barba recién arreglada y el cabello aún mojado después de darse un baño, sacudió la cabeza.

—No, allí no está. Y ni el personal ni los vigilantes la han visto desde mediodía. ¿Kishor?

Las infinitas piernas extendidas, un montón de libros recién imprimidos junto al asiento de rota y absorto en el libro abierto que tenía en las manos, el joven, de rasgos angulosos, reservado, se encogió de hombros.

—Ni idea.

—¿Sharmila?

Con las mejillas coloradas, Sharmila inclinó más la cabeza sobre el bordado que tenía entre las manos y cabeceó. Contarle mentirijillas a su madre no le resultaba difícil, tanto más cuanto que en esos momentos Leelavati no podía estar más ocupada con los preparativos de la boda; pero engañar a su padre no era tan sencillo.

La muchacha notó que los ojos de su padre le atravesaban la cabeza y su madre la miraba con cara de susto.

—Sharmila.—La voz de Raharjo era peligrosamente queda.

—De verdad que no sé dónde está Li Mei—repuso, a medio camino entre la insolencia y el sentimiento de culpa.

—Mientes.

Sharmila, con el redondo rostro completamente rojo, apretó los carnosos labios en una línea fina.

Con un frufú de seda y un tintineo de joyas, Leelavati se levantó pesadamente y, arrodillándose junto a su hija, le cogió con cuidado la muñeca.

—Si sabes algo, debes decírnoslo, Sharmila. Estar fuera de casa a esta hora es peligroso para una muchacha joven como tu hermana.—Sharmila bajó la cabeza aún más—. Dime, ¿sabes dónde podría estar?—Sharmila guardaba silencio—. ¿Es que no entiendes que estamos preocupados? Aunque le hayas hecho alguna promesa a tu hermana, debes decirnos dónde está.

—Sharmila.—La voz de su padre, fría y cortante como un cristal, le puso la carne de gallina—. Dime

ahora mismo dónde está tu hermana. Eso si quieres ser la esposa de Harun en un futuro próximo.

La muchacha levantó la cabeza de golpe, con los pequeños ojos abiertos de par en par, horrorizados.

—No, papá, por favor. ¡No es justo!

—Tú eliges: Li Mei o Harun.

La mirada de su padre era pétrea.

Sharmila, los ojos humedeciéndosele, miró a su madre en busca de ayuda.

—Por favor, Sharmila. Dinos dónde está Li Mei.

A la muchacha le temblaba el puntiagudo mentón.

—Está... está con un... con un hombre.

Los ojos de su padre llamearon.

Leelavati cogió aire ruidosamente, y sus dedos se cerraron con más fuerza en torno a la muñeca de su hija.

—¿Dónde, Sharmila?

—No lo sé.

—Los hombres que convencen a las muchachas de que actúen a escondidas no tienen buenas intenciones. Nunca.—La voz de Leelavati era suave, pero firme—. Por el bien de tu hermana, dinos todo lo que sepas. ¿Por casualidad sabes cómo se llama?

A Sharmila se le saltaron las lágrimas.

—Duncan. Duncan Bigelow.

A Leelavati se le encogió el corazón cuando vio a su esposo.

El color se le había borrado por completo del rostro; estaba gris, tan gris como los mechones del cabello, de la barba. Y en sus ojos se podía ver un odio mortal.

—¿Hablas en serio?—musitó Li Mei entre beso y beso.

Duncan se tendió sobre ella y le acarició el rostro y el cabello, que se derramaba sobre las almohadas como un río negro.

—Nunca he hablado más en serio, Li Mei. Estamos hechos el uno para el otro.

Situó un pie sobre el de ella. Unos pies que no podían ser más distintos: uno de hombre, grande y huesudo, y otro de mujer, más delicado y con el empeine elevado; en común tenían únicamente la membrana natatoria que unía el segundo y el tercer dedo. Como la de las focas o las nutrias.

Una señal del destino.

Un brillo audaz asomó a los oscuros ojos de Li Mei, cuyas manos buscaron a tientas el botón superior de su camisa.

—Demuéstramelo.

La boca de Duncan en su cuello hizo que un escalofrío le recorriera la piel; era como si flotase bajo el peso de su cuerpo.

—Lo eres todo para mí—musitó él contra su piel.

Li Mei sonrió y se estremeció. Acto seguido le tapó la boca con los dedos, lo apartó y, con los ojos muy abiertos, aguzó el oído.

—Ahí fuera hay alguien. Está dando la vuelta al pabellón.

Duncan le quitó la mano y sacudió la cabeza, risueño.

—Ahí no hay nadie. Son solo el mar y el viento. Quizás algún animal en la espesura.

Li Mei pegó un grito cuando una sombra se coló en la habitación y se abalanzó sobre ellos, agarró a Duncan por el cabello, lo arrastró por la estancia y lo golpeó con tanta fuerza contra la pared que él creyó oír cómo se le partía el espinazo.

—¡Quita las manos de mi hija!

Una mano nervuda, dura, le rodeó la garganta, y Duncan notó algo frío y afilado, letal, en el cuello, un corte en la piel.

Vio la cara de un demonio, tan pegada a él que sintió su aliento caliente, entrecortado. Medio oculto entre oscuras sombras, solo veía el destello de los dientes en la boca desencajada y el brillo de los ojos. Rebosantes de odio. De furia asesina.

Un hombre, casi tan alto como él y vigoroso, lo mantenía inmovilizado contra la pared con toda la fuerza de sus músculos; imposible liberar un brazo, una pierna para defenderse. Pugnaba por respirar, el miedo cerval hacía que su corazón amenazara con aplastarle las costillas.

—¡Papá!—Li Mei se bajó de la cama y se precipitó sobre su padre por la espalda, agarrándole los hombros para tirar de él—. ¡Le estás haciendo daño! ¡Suéltalo! Por favor, papá, ¡suéltalo!

Algo duro y puntiagudo, rápido como un arpón, quizás un codo, se le clavó en el cuerpo, y la muchacha cayó de espaldas en el suelo. Con la boca abierta, lanzando un grito mudo, se llevó las manos a las doloridas costillas, al resentido estómago. Aire, no le llegaba aire.

De dolor. De miedo por Duncan.

De la conmoción al ver que su amado padre, en su furia, ni siquiera la respetaba a ella.

Georgina levantó la cabeza del libro que estaba leyendo y miró desde la veranda al nocturno jardín.

—¿Qué ha sido eso?—preguntó asustada.

También Jo había dejado su libro; con los ojos muy abiertos, atemorizada, miraba ya a su madre, ya a su padre.

—Vosotras quedaos aquí.—Dejando a un lado el periódico, Paul se levantó de prisa y entró en la casa.

Jo tiró el libro sobre la mesa, con tal fuerza que los vasos tintinearón, y se levantó de un salto. Georgina la retuvo.

—¿Es que no has oído a tu padre decir que nos quedemos aquí?

Jo se revolvió, asombrada de la fuerza que tenía su madre, y al cabo estampó los pies contra el suelo.

—¡No me puedo quedar aquí, mamá! ¡Duncan está ahí, en el pabellón! Con su amor.

—Papá. Por favor.

Li Mei consiguió pronunciar esa súplica con el escaso aire que le llegaba a los pulmones.

La mano de Raharjo se cerraba más en la garganta de Duncan, presionaba con más fuerza la hoja contra su cuello.

Duncan apretó los dientes, mostrando en la mirada una rebeldía airada. Casi desdeñosa.

—Sucio *orang putih*, no volverás a tocar a mi hija. No la volverás a ver. ¿Me has entendido?

«Nilam.—Las imágenes asaltaban su cabeza, los recuerdos lo rondaban—. Georgina.»

Veía chispas rojas bailoteando ante sus ojos, los oídos le pitaban; quizá también percibiese un frufurú, la respiración de alguien.

—Juro por todo lo que me es sagrado que de lo contrario te mataré.

El aludido volvió la cabeza y puso cara de desconcierto. Incluso a la tenue luz de la lamparita, los ojos de ella seguían siendo azules como el zafiro. Parecía atemorizada, y sin embargo lo miraba con el mentón adelantado con osadía; estaba más regordeta, el oscuro cabello veteado de gris. Y al igual que la Nilam a la que conoció en su día, su hija se hallaba tras ella. La niña a la que hacía años le regalara unas conchas en la playa.

Una sombra se deslizó por detrás y pasó por delante de ella. Cuando cobró nitidez tomó la forma de un hombre de la edad de Raharjo, de estatura más bien reducida y fornido, con un arma en ristre, que clavaba la vista más allá de él.

Se detuvo, esparrancado y tenso, apuntando firmemente a la frente a Raharjo, los ojos con un brillo duro y frío, como cristal azul.

—Si le tocas un pelo a mi hijo eres hombre muerto aquí y ahora.

Raharjo esbozó una sonrisa despectiva.

—¿Es esta tu pobre venganza, Bigelow? ¿Que tu hijo seduzca y deshonne a mi hija porque yo tuve primero a tu amada esposa? ¿Porque fui el primero para ella? ¿Porque no has podido evitar nunca sentirte

un segundón?

Paul no hizo ningún movimiento, ni siquiera pestañeó.

–Ese hijo no es mío, sino tuyo.

El silencio inundó la estancia, hasta el mar parecía con-tener la respiración cuando todos los ojos se volvieron hacia Georgina.

Durante un instante, esta bajó la mirada; se sentía desnuda, hasta lo más profundo del alma. Después abrió los ojos y clavó la vista en Raharjo.

–Eres su padre–confesó, la voz quebradiza y sin fuerzas–. Tú lo engendraste. Aquella vez, cuando soplabla el viento del sur.

Padre e hijo se miraron a la cara por primera vez. Contemplaron las pobladas cejas del otro con ojos titilantes. La poderosa nariz. La boca carnosa, sinuosa, y la dura línea del mentón. Vieron el parecido. Percibieron un leve eco de la sangre que compartían.

A continuación, Duncan dejó de mirar a Raharjo para ocuparse de Li Mei, que estaba acurrucada en el suelo; sus ojos eran dos lagos negros, profundos, de sufrimiento.

Miró sus pies, dos de cuyos dedos estaban unidos por una membrana natatoria.

Heredados de su padre. Que también era el suyo.

Raharjo se tambaleó y dejó caer las manos; la hoja de la daga temblaba, lanzando destellos de luz errante por la habitación. Fue como si encogiera y se desdibujase hasta convertirse en una sombra.

Como si le hubieran arrancado el corazón y se estuviera desangrando, y Georgina sangraba con él.

–Lo siento–se disculpó, la voz apenas audible.

Cabeceó levemente, se volvió despacio y salió fuera con pasos cansados.

El suelo del pabellón estaba lleno de cristales afilados, esquirlas de sueños y esperanzas, de deseos y sentimientos. Restos de más de una vida. Y de él rezumaban lentos regueros de vergüenza y culpa, pútridos, viscosos y nauseabundos. Entre medias, los rescaños mohosos de mentiras pasadas y las huellas mezquinas de una verdad que no hacía ningún bien a nadie, que tan solo causaba un profundo dolor.

Li Mei se cubrió el rostro con las manos, en silencio. Jo buscó asidero en el marco de la puerta, contra el que apoyó la frente con los ojos apretados. Con la mirada perdida, Duncan resbaló por la pared hasta quedar en cuclillas y enterró la cabeza en los brazos cruzados.

Algo sacudió por dentro a Georgina.

–¡Georgina!

Paul dejó caer el arma en el acto y fue a cogerla.

Demasiado lento, se vio únicamente con aire entre los dedos, un aroma a hierba áspera y a aire después de un aguacero tormentoso.

–¡Georgina!

Un grito que sonó como el de un tigre herido, pues había tocado fondo.

La *kebaya* blanca de Georgina se fue apagando en la noche.

Duncan estaba sentado en el diván, inmóvil, en el despacho, suavemente iluminado.

Con los antebrazos apoyados en las rodillas, sostenía un vaso aún medio lleno en la mano y miraba a la nada. Salvo por el parpadeo, parecía de piedra.

Ya llevaban allí mucho tiempo. Hacía un rato Jo había llamado con tiento y, asomando la cabeza, le había hecho una seña a Paul para informarle de que había llevado a Li Mei en *palanquin* a su casa. Antes de cerrar con cuidado, su mirada, pesariosa, descansó en su hermano y dedicó un amago de sonrisa a Paul, reconfortante y, sin embargo, desdichada: tenía toda la pinta de haber estado llorando.

–¿Por qué no me lo dijisteis?–inquirió Duncan al cabo de un rato, la voz herida.

–Pensamos que era lo mejor. Cómo íbamos a sospechar que...

Paul respiró hondo y bebió un trago largo.

Duncan cerró una mano, sumamente despacio.

–Siempre tuve la sensación de que me tratabas de manera distinta que a David. ¿Era por eso?

Daba la impresión de que estaba haciendo un esfuerzo para parecer sereno, pero bajo esa imagen latía un miedo infantil. El ruego de que no fuera así. Duncan merecía una respuesta sincera, razón por la cual Paul se tomó su tiempo.

–Esa es una pregunta que yo también me he hecho a menudo–contestó al cabo, en voz baja–. A veces me costaba mirarte sabiendo que eras hijo de otro hombre. Un hombre al que tu madre prefirió antes que a mí. Sabiendo que solo se casó conmigo porque tú venías en camino. Con el tiempo acabé olvidándolo, pero de vez en cuando algo me lo recordaba. Contigo ha sido con quien más me he esforzado, porque eres muy distinto de mí. No por fuera, sino de carácter. Siempre has sido para mí un desconocido. Como tu madre. Porque es a ella a quien me recuerdas siempre. A esa mujer a la que a día de hoy sigo sin poder entender del todo.–Expulsó el aire pesadamente–. Pero no descarto por completo que haya habido momentos en los que te hice sentir que no eras mi hijo natural. Pese a todas las buenas intenciones y probablemente sin darme cuenta.

Duncan asintió levemente.

–Es tan amargo–musitó al cabo de un rato–. Todo este tiempo pensando que no podía casarme con ella porque yo soy blanco y ella medio china, medio malaya, y ahora resulta que por mis venas corre sangre malaya y a pesar de todo no me puedo casar con ella.–Se presionó los ojos con el pulgar y el índice–. Li Mei.–Pronunció su nombre con suavidad, y, sin embargo, su voz pareció herida–. Mi... Es... Tenemos... Me he acostado con mi...

Respiró espasmódicamente una y otra vez, como si fuera a vomitar.

Paul dejó su vaso sin hacer ruido, le quitó el suyo a Duncan y lo dejó al lado. Después, con cuidado, le pasó una mano por la nuca.

Con la cabeza gacha, Duncan se dejó caer contra él, hundió los dedos en su espalda y aulló como un lobo, un llanto en el que apenas derramó lágrimas, airado, maldiciendo a los hombres y a Dios. Paul lo sostuvo con firmeza, dura, casi toscamente, una mano enterrada en su cabello. Al final le dio unas palmadas recias en la espalda, cuando el arrebató se calmó, y Duncan se separó de él.

–Dios mío.–Duncan se frotó el rostro con ambas manos y resopló– ¿Y ahora, ¿qué hago?

Paul echó mano de su vaso y, paladeando varios sorbos, escudriñó a fondo su alma, su conciencia.

–¿Sabes–empezó con cautela– que en el escritorio hay una caja de caudales llena de dinero? La llave está en el cajón de arriba de la derecha. Y cuando digo que está llena, quiero decir llena. Con eso se puede llegar muy lejos. Incluso... incluso siendo dos. Si uno quiere.

Duncan arrugó la frente, que se fue alisando poco a poco cuando cayó en la cuenta de lo que quería decir, que, sin embargo, no acababa de entender.

–¿Por qué haces esto?

Paul se paró a pensar en todo lo que había hecho por Georgina. Tanto lo bueno como lo malo.

–Porque a veces hay que hacer mal las cosas. Cuando aquí dentro–se dio unos toquitos con los dedos en el pecho– uno sabe qué es lo correcto. Porque no puede evitarlo.

Ambos guardaron silencio.

–Gracias–dijo al cabo Duncan, levantándose con paso vacilante–. Ahora debo estar solo un rato.–Ya en la puerta se volvió–. Has sido el mejor padre que pudiera imaginar. Sobre todo...–Su respiración era entrecortada–. Sobre todo hoy. Solo tengo un padre, y ese eres tú.

Con los ojos ardiéndole, Paul clavó la vista en su vaso.

–Deberías hablar con tu madre.

Duncan sacudió la cabeza.

–Ahora mismo no la quiero ver. Mañana, quizás. Y estoy seguro de que algún día podré perdonarla. Pero ahora... ahora todavía no. ¿Te importaría decírselo, en caso de que no la vea? Cuando te parezca, cuando consideres que es el momento adecuado.

Paul asintió, el ceño arrugado.

«En caso de que vuelva aquí.»

—Un diamante.

Duncan lo miró con cara de interrogación.

—Eso dijo tu abuelo en una ocasión de tu madre. Que era como un diamante. De muchos quilates. Dura y de aristas tan vivas que uno puede hacerse sangre con ella. Heridas que llegan hasta los huesos. Escasean y son valiosos. Y que vale la pena ser paciente y luchar.—Duncan sopesó un instante esas palabras—. El día que naciste, Ah Tong la comparó con una tigresa. Capaz de clavarle a uno las garras en el cuerpo sin pestañear y arrancarle el corazón. A la que hay que dejar que sea libre e impetuosa, para que de ese modo tal vez acuda a uno por su propia voluntad.

Duncan no dijo nada inmediatamente.

—Aunque no te lo pueda demostrar... estoy seguro de que madre te quiere. Y mucho, incluso—dijo finalmente.

—Ojalá fuera así—musitó Paul cuando se cerró la puerta.

Estaban sentados uno junto a otro, en silencio.

Dos siluetas oscuras, agazapadas en la arena, que despedía un brillo plateado. Mirando al mar, una negrura móvil infinita, que respiraba y susurraba, se acercaba en olas espumeantes y volvía a retirarse sin hacer ruido. Bajo la vasta, nocturna y resplandeciente bóveda celeste. A la luz de las estrellas.

—Tendrías que habérmelo dicho.

La voz de Raharjo era áspera y quebradiza, como la madera que el mar arrojaba a la costa, abierta, seca por el sol.

—Lo sé.—Su voz era queda y suave, como si fuesen las lenguas del mar las que hablaran—. Y a menudo me planteé hacerlo. Pero ¿habrías permitido que siguiera conmigo, teniendo la ira que tenías?

Lo miró de soslayo y vio que su rostro se contraía; Raharjo bajó la cabeza y abrió un agujero con el talón en la arena.

—Posiblemente, no.

El mar se inmiscuyó, seductor y lisonjero. Pidiendo comprensión, ofreciendo consuelo, e invitó al susurrante viento.

—¿Fue él el motivo de que te casaras con Bigelow?

—Sí. Paul habló con mi padre y le dijo que el niño era suyo. Así que nos casamos.—Sus dedos se hundieron en la arena, aún caliente en la superficie después de todo un día de calor, fría y húmeda debajo—. Tampoco sabía qué otra cosa podía hacer. Tú no volviste.—Guardó silencio unos instantes—. Es lo que más lamento en mi vida, no haber sabido entonces que tenía sangre malaya. No haberte podido esperar. Con nuestro hijo.

La mano de Raharjo buscó la suya, y sus dedos se entrelazaron en la arena.

—Háblame de él.

—Se parece mucho a ti—repuso, mirando al agua—. Ensimismado, reservado incluso, y a veces iracundo. Es un hombre de mar, y bueno. Ama el mar tanto como tú, lo lleva en la sangre. Incluso nació con membranas natatorias en los pies.

—Como Li Mei—observó él.—La presión de sus dedos aumentó—. No podemos seguir así, Nilam. Esto tiene que terminar de una vez.

—Yo no sé cómo—contestó, inexpresiva, con un hilo de voz. Desvalida.

Expulsando el aire pesadamente, Raharjo la atrajo hacia sí y hundió su mano en su cabello.

—Sí que lo sabes, Nilam—musitó contra su boca—. Sabes cuál es la respuesta. Desde hace tiempo.

Paul se dejó caer en su asiento, exangüe, y clavó la vista en el escritorio.

No faltaba mucho para que la primera luz de la mañana, mortecina, se deslizara por el jardín y se colara en la habitación.

Había bastado una noche para que los actos y las palabras del pasado acarrearán la desgracia. Una noche que había arruinado vidas.

Su mirada vagó por los papeles de la mesa.

Se preguntó qué iba a hacer él con lo que le había quedado de su vida.

Con las participaciones que tenía en distintas compañías se las arreglaría; tanto si las conservaba como si las hacía efectivas, tendría suficiente para el resto de su vida. Por la factoría que Gordon Findlay había puesto en sus manos no temía. Corrían buenos tiempos en Singapur, en Asia y en el mundo entero, y David daba muestras de ser un comerciante avisado, el doble de capaz que un Findlay o un Bigelow solo.

Por su parte, cuando era joven solo tenía intención de quedarse en Singapur unos años, para hacer fortuna.

Esos años se habían convertido en casi cuatro décadas, a lo largo de las cuales se había resignado a pasar allí el resto de su vida, viajar a Inglaterra una o dos veces más a lo sumo, ver a sus hermanos y cuñadas, a los hijos y los nietos de estos. Todos los lugares de su infancia y su juventud, aún familiares, pero ya ajenos la última vez que fue de visita.

Se había quedado en el trópico solo por Georgina.

Se acodó y enterró el rostro en las manos.

Había hecho todo cuanto estaba en su poder, todo lo que daba de sí, y, sin embargo, al final la había perdido. A esa hija del mar de ojos chispeantes, cuyas raíces se hundían en la tierra roja de Singapur. Amante de la libertad y orgullosa como sus antepasados escoceses. En ocasiones temperamental como la francesa nacida en la India que la crio, y con el oscuro fuego de la sangre malaya de sus ancestros indígenas.

Su dicha entera. Una maldición que lo perseguía desde hacía mucho tiempo.

El sonido de la puerta al abrirse, de unos pies descalzos, le hizo levantar la cabeza.

Era como si le hubiese caído encima una tormenta tropical. Como si hubiese sobrevivido a un naufragio.

Tenía el *sarong* y la *kebaya* arrugados, llenos de polvo y sucios, el cabello revuelto. Bajo los ojos se distinguían unas sombras azuladas, casi del mismo color que el desconcertante, fascinante azul violeta del iris. Una mujer en su madurez, en la cual, sin embargo, aún se entreveía a la niña que había sido.

Paul se retrepó despacio, con las manos descansando en los brazos de la butaca. Estaba cansado de la batalla que había librado por ella; quería tener calma, paz de una vez por todas.

—¿Es que no te quería?—Sonó mordaz, el semblante impertérrito.

Ella negó con la cabeza.

—¿Has olvidado algo? ¿Necesitas dinero?

Georgina avanzó hacia él como si fuese sonámbula, los ojos muy abiertos, casi sorprendida y prácticamente sin pestañear, y parecía no tocar el suelo al hacerlo.

—No hace falta que te despidas de mí. Vete sin más. Vamos, vete.

Petrificado, se hundió más en su asiento cuando ella se sentó en su regazo y se acurrucó contra él, subiendo los pies como si fuese una niña pequeña.

No fue preciso que dijera nada, él la entendió sin necesidad de palabras.

Su forma de cogerle la nuca y pasarle los dedos por las entradas del cabello, de hundir el rostro en su cuello. De recorrerle la piel con su aliento, caliente y tranquilo, interrumpido solo de cuando en cuando por un sollozo seco.

Paul la estrechó entre sus brazos y unas lágrimas abrasadoras le corrieron por la cara.

Georgina India Findlay por fin había encontrado el camino a casa.

Una sombra se deslizó por el nocturno jardín de Kulit Kerang. Por las gotas argénteas del canto de las cigarras, los graves húmedos de las ranas toro.

Con los oscuros pantalones amplios, la holgada camisa de algodón, la sombra se fundía casi por completo con la oscuridad; tan solo se distinguía el fardo claro que apretaba contra sí.

Era una mariposa nocturna que revoloteaba por el jardín en dirección al río. Recién salida de la crisálida y dispuesta a dejar atrás la segura vida en el capullo y empezar una nueva.

A la que daba alas una carta. Una decisión tomada, definitiva e irrevocable.

La mariposa volaba hacia una vida prohibida. Una vida clandestina, en mares desconocidos, en costas lejanas.

Pero no estaría allí sola.

Una segunda sombra que aguardaba en una barca oculta entre arbustos a la orilla del río ayudó a subir a la primera, mucho más menuda, delgada.

Con suavidad, casi sin hacer ruido, los remos se hundieron en el agua, y la barca avanzó por el *sungai* Seranggong, rumbo a su desembocadura.

De segunda mano, pero prácticamente nuevo era el barco que se encontraba anclado ante la costa, en las viscosas aguas nocturnas, negras como la tinta, bañado por la luz plateada de las estrellas.

No era un barco especialmente grande, pero sí lo bastante para surcar océanos profundos, procelosos y hacer frente a tempestades.

Lo bastante grande para dos personas que no tenían reservas la una para la otra. Que habían depositado una confianza ciega en el otro y querían pasar la vida juntos, cada día, cada hora.

Porque sabían que estaban hechos el uno para el otro, de la materia del mar y del viento. Que tenían madera de navegantes.

Subieron a bordo con paso firme y soltaron los cabos de las velas con movimientos expertos, perfectamente compenetrados y sin decir palabra, como si ya se hubieran hecho a la mar juntos cientos de veces.

—¿Estás segura?—preguntó al viento una voz grave, ronca.

Li Mei miró a Duncan con cara de asombro.

—Pues claro que estoy segura.

—Aún estás a tiempo de volver.

La muchacha sacudió la cabeza de tal modo que la negra trenza fustigó el aire.

—Para mí ya no hay vuelta atrás.—Titubeó—. ¿Y para ti?

—No, Li Mei. No la hay desde hace mucho.

Se miraron risueños.

El viento, impaciente, sopló en las enarboladas velas y las hinchó. Liberado de la amarra, el barco salió con suavidad del estrecho de Johor, rumbo a mar abierto.

A la vastedad de Nusantara.

Hacia las estrellas y más allá.

Al otro lado del trigo y la recolecta
de los frutos de la rama del árbol
distingo al viejo otoño
a lomos de un arado.
El cenit rebasado, el año
se encamina a su fin.
La tierra se ha cobrado su parte del verano,
igual que yo la mía.
J. H. B.

Los ojos de Georgina vagaban por el alto, vasto espacio de San Andrés.

De la madera oscura, casi negra, del techo al blanco aún radiante de las columnas y las ojivas, a las hornacinas de detrás. Blancas como las nubes y azules como el cielo y el mar eran las paredes del ábside, tras el altar de madera tropical. El sol entraba por las esbeltas vidrieras de colores, trazando arcos de luz en la catedral.

Estaba sentada en uno de los bancos de la iglesia, de cálida y reluciente madera, con los pies apoyados en un pequeño reposapiés, el cojín bordado en punto de cruz con motivos religiosos por las laboriosas manos de las mujeres de la comunidad; en el suyo había un manso corderito sobre un fondo azul cobalto.

Allí dentro hacía más fresco que fuera, pero no mucho; el sombrerito que coronaba su cabello cano recogido le seguía dando demasiado calor, aunque ya se había alzado el velo de tul negro. Por las rendijas de los postigos, que cubrían la mitad inferior de las vidrieras en ambos lados, apenas entraba aire.

Reinaba el silencio, Georgina era la única persona que había allí esa tarde.

Daba la sensación de que en el aire aún flotaba un eco de la música de órgano, de los salmos y las oraciones de la mañana, del momento de la despedida.

Fueron muchas las personas que acudieron a dar el último adiós a Paul Bigelow. Toda Singapur parecía haberse reunido en la catedral para decirle adiós antes de darle sepultura en el cementerio de Bukit Timah, junto a Gordon y Joséphine Findlay.

Singapur, el puerto más grande de Asia. Uno de los más grandes del mundo.

Una ciudad que escogía a sus semejantes, protegida por buques de guerra y una guarnición, refrenada y guardada por un destacamento policial respaldado por sijs barbados, con turbante.

Singapur era una isla tropical que seguía siendo verde, en medio de un mar azul aguamarina. Verde suave como un joven retoño. Verde vivo y aterciopelado como un verano eterno. El verde de los manglares y las palmeras y los racimos de plátanos, de los mangos y los helechos arbóreos, entremezclado con las gemas blancas y de colores de las orquídeas. Rica en frutas tropicales verdes y doradas y rojas, los tesoros del mar, las joyas de Asia. La puerta al mundo, tanto hacia el Oeste como hacia el Este.

Paul no había echado raíces allí, pero así y todo Singapur había sido su hogar. A través de Georgina.

Tenía sesenta y cuatro años. Fue el corazón, ese corazón grande, fuerte, valeroso y leal. Al final no pudo más, su cuerpo era un océano cuyo nivel no paraba de aumentar, en el que se ahogó.

Georgina se miró las manos, que tenía entrelazadas en el regazo del ceñido vestido negro. Estaban apergaminadas, surcadas de venas azules, pero la alianza aún le valía. Tenía cincuenta y siete años. Y era viuda.

«Hasta que la muerte nos separe.»

Unas lágrimas cayeron en la tiesa tela negra del vestido de luto.

Aún habían disfrutado de algunos años buenos, quizá los mejores de su matrimonio.

En L'Espoir, con los hijos, los nietos. Los dos. Habían ido una vez a Inglaterra, después de que Paul se retirara de los negocios; otra, a Nueva Zelanda, de vacaciones, y una tercera a Hong Kong.

Unos años dichosos, y demasiado pocos, habían pasado demasiado deprisa. Georgina lamentaba haber tardado tanto en darse cuenta de que de ese matrimonio que nunca quiso, en el que a menudo fue infeliz, había nacido el amor, en algún momento entre la noche de bodas y la noche en la que perdió a su hijo.

Aunque sabía que no tenía ningún sentido, porque no podía parar de llorar, se limpió deprisa las mejillas al oír que se aproximaban pasos por la nave. Acompañados a intervalos regulares por el leve golpeteo de un bastón, se detuvieron junto a su banco, y a Georgina le llegó un olor a sal, como el

hábito del mar.

Levantó la cabeza.

El cabello y la barba más plateados que negros, seguía igual de erguido, igual de delgado que siempre, a esas alturas ya casi enjuto. Lo cual quizá se debiera al traje de color claro que llevaba, a la moda europea, con la chaqueta larga y ajustada y los pantalones estrechos, mientras que los arabescos en tonos pastel de la corbata y el chaleco apuntaban a Asia.

Bajo los ojos, brillantes como gotas de un océano negro, se desplegaba un abanico de líneas, y a ambos lados de la boca se abrían sendos surcos, pero sus rasgos seguían siendo enérgicos; debía de tener ya más de sesenta años.

–Fui a verte a casa, pero allí me dijeron que estabas aquí.

Con un gesto que arrancó un destello al macizo anillo labrado con una piedra negra que lucía en la mano, señaló el banco.

–¿Puedo?–Su voz se había vuelto más bronca.

Georgina asintió. Por el cuidado que puso al sentarse a su lado, supo que no utilizaba el bastón de ornamento.

Permanecieron allí, en silencio, mientras Raharjo miraba detenidamente la catedral y Georgina hacía girar la alianza de oro en el dedo. Al cabo, él se sacó con gran ceremonia una hoja de papel doblada del bolsillo interior de la levita y se la ofreció.

–¿Qué es esto?

–Tú léelo.

Georgina se quedó sin aliento al reconocer la letra inclinada de Paul, ya afectada por la enfermedad.

Muy señor mío:

Cuando todavía era joven, estaba convencido de que cuando mi vida tocara a su fin no sería de los que tendría que entrar en cuentas consigo mismo en su lecho de muerte. Sin embargo, ahora que mi tiempo se acaba, siento esa necesidad.

Solo nos hemos visto en una ocasión, y en las circunstancias más desfavorables. Así y todo siempre he sabido de su existencia y del papel que desempeña en la vida de mi esposa. Mentiría si afirmase que no me ha dolido. Ni siquiera en presencia de la muerte he logrado ser tan magnánimo. Los momentos en que sabía que ella estaba con usted para ir en busca de lo que le arrebaté al casarme con ella eran difícilmente soportables. Solo podía soportarlo porque me aferraba a la esperanza de que después volvería conmigo, una y otra vez.

Sé que habría podido arrebatármela si se hubiese jugado el todo por el todo. El hecho de que no lo haya intentado nunca seriamente me llena de gratitud, pues a Georgina debo la dicha que solo una mujer puede regalar a un hombre, así como los mejores momentos de mi vida. También le debo a usted gratitud por el hijo que puso a mi cuidado sin saberlo.

Me gustaría confiarle a Georgina a mi muerte, necesitaré tener a alguien a su lado. Y si volvieran a revivir los viejos lazos que los unieron un día, antes de que el destino los separara, antes de que yo me entrometiera, sepa que cuenta usted con mi bendición.

Sé que con usted mi esposa está en buenas manos, y eso es para mí lo más importante.

Atentamente suyo,

PAUL BIGELOW

–Él lo sabía–musitó Georgina, llorando a lágrima viva–. Siempre lo supo.

Las manos le temblaban; Raharjo le cogió una con sus dedos secos, nudosos, y se la apretó con fuerza. Le prestó apoyo hasta que pudo volver a respirar.

–Gracias por traerme la carta.

Él carraspeó y volvió a depositar la mano sobre la otra, que a su vez descansaba en la empuñadura del bastón.

–¿Cómo les va a tus hijos?–preguntó al cabo de un rato en voz baja.

Georgina se sacó el pañuelo de la manga del vestido.

–Jo aún vive conmigo. Tiene muchos admiradores, pero me figuro que aún no ha aparecido el adecuado. Es maestra, y le hace muy feliz serlo. David está al frente de la compañía. Los negocios van bien, incluso se está planteando abrir una filial en Hong Kong.–Dedicó a Raharjo una sonrisa leve mientras se limpiaba la nariz con unos toquecitos–. Hasta soy abuela por partida doble, de un niño y una niña. Gordon y Mabel. ¿Y tú?

Raharjo asimismo sonrió.

–Mi hijo menor, Kishor, ha sido padre de su primer hijo no hace mucho. Ya tengo trece nietos. La única que sigue en casa es mi hija menor, Indira. Tiene dieciséis años y todavía está muy apegada. Sobre todo desde que...–Una sombra nubló su rostro–. Mi esposa murió hace tres años.

–Lo siento mucho–repuso Georgina, afectada, y le acarició el brazo con suavidad.

Raharjo asintió y se aferró con más fuerza al bastón.

–Lamento mucho no haber podido amarla nunca como ella deseaba. Como se merecía, sobre todo. Fue una buena esposa y una madre aún mejor. Solo espero que a pesar de todo fuese una buena vida para ella.

Tras debatirse unos instantes, Georgina se atrevió a formular la pregunta:

–¿Has... has tenido noticias de Li Mei? ¿O de Duncan?

Él cabeceó.

–¿Y tú?

–No–contestó Georgina–. Confío en que algún día pueda perdonarme.

–Estoy seguro de que lo hará. Eres su madre.

Georgina esbozó una sonrisa triste.

–En cierto modo siempre supe que algún día el mar me lo arrebataría. Igual que a ti. Porque es un hijo del mar, exactamente igual que tú.

Un *selkie*. Que se despojó de su piel de foca para ser su hijo durante algún tiempo, antes de volver a ponerse el pelaje de la criatura marina que era y adentrarse en el océano.

Raharjo asintió.

–Protegí a Li Mei más que a mis otros hijos, porque desde el día en que nació viví con el miedo de perderla pronto. Como a su madre.

–Siento mucho que no hayas podido conocer a Duncan–susurró.

Raharjo hizo una mueca de dolor.

–Y yo. Sobre todo porque yo mismo tuve la culpa.–Se echó hacia delante y apoyó la barbilla en las manos, sobre el bastón–. Aquella noche tomaste la decisión adecuada. Bigelow te merecía más que yo. Mucho más. Luchó con todas sus fuerzas por ti. Por mantenerte a su lado. Mientras que yo...–Sus ojos, dirigidos al azul del ábside, se amusgaron–. Volví el día que te casaste con Bigelow. Justo cuando lo estabais celebrando en el jardín. Y no... no fui lo bastante hombre para acercarme y decir: esta es mi esposa. Nos desposamos en el mar, según el rito ancestral de los *orang laut*. Debí cogerte de la mano y llevarte conmigo. A mi barco, y marcharnos. Pero era demasiado orgulloso, así que simplemente me fui corriendo. Preferí lamerme las heridas y alimentar mi odio. Ese es el gran reproche que me hago cuando vuelvo la vista atrás y examino mi vida.–Los ojos le brillaban–. Probablemente debiera sentirme culpable por no impedir la fuga de Li Mei. Aunque descubrí lo que se proponía. Quizás esa vez fui demasiado blando, demasiado complaciente. Lo cierto es que solo quería que fuese feliz. Aunque a juicio de la gente sea algo reprochable. Me aflige no haber podido despedirme de ella. Pero sabía que, si lo hacía, Li Mei no tendría el valor de marcharse. Lo único que podía hacer por ella era no poner obstáculos en su camino, así que poco después me hice a la mar, confiando en que en mi ausencia hiciera lo que considerara oportuno.

Georgina meditó en silencio sus palabras.

–A veces...–empezó, en voz muy queda y tragando saliva a duras penas– a veces pienso que Cempaka tenía razón. Que traigo la desgracia sobre mí y sobre los demás.

–No, no lo creo.–Raharjo se irguió–. Y eso que he aprendido a creer en el destino.

–Ah, ¿sí?–Lo miró risueña.

Raharjo acarició la empuñadura del bastón.

–Si vuelvo la vista atrás y paso revista a tu vida y la mía... Sí, entonces creo en el destino. Cuando pienso en Li Mei y Duncan. Ellos dos son como Singapur: *orang putih, orang laut*, malayos, chinos. Y, por añadidura, Li Mei creció en una casa que era más india que otra cosa. Los lazos que los unen son más íntimos de lo que deberían. De lo que les está permitido. Y, sin embargo, no lo pueden evitar, es más fuerte que ellos, mucho más fuerte. Como si en ellos se cumplieran no solo tu destino y el mío, sino también el de la isla.

–Ojalá les vaya bien.–Georgina clavó la vista en el altar, en busca de ayuda–. Ojalá se las arreglen bien ahí fuera.

–Pues claro que se las deben arreglar bien–contestó él, entre sorprendido e indignado–. ¡Son medio *orang laut*!

Se apoyó en el banco y sacó algo del bolsillo de la levita.

Georgina contempló el brazalete de oro oscuro que le ofrecía y lo miró con cara de interrogación.

–Lo llevaba conmigo cuando volví aquella vez. El día de tu boda con Bigelow. Un brazalete de boda de los *orang laut*.

Ella sacudió la cabeza y se apartó de él involuntariamente.

–No, todavía no puedo...

–¡Tampoco es lo que pretendo!–la interrumpió bruscamente, en los ojos un brillo airado–. Lo he traído porque siempre ha sido tuyo. Nunca se lo di a mi esposa, y tampoco a la madre de Li Mei. Era solo para ti.

A Georgina se le formó un nudo en la garganta al coger el pesado brazalete. Lo hizo girar entre los dedos y admiró las onduladas líneas y los peces mientras lo acariciaba.

Miró a Raharjo.

El joven pirata al que encontró herido en el pabellón y curó cuando ella tenía diez años. Un *selkie* al que entregó su corazón de niña y que le había partido el corazón más de una vez en la vida. La joven criatura marina, que fue su primer amor y con el que se desposó en el mar. Un matrimonio que fue tan fugaz como el agua en las manos, y, sin embargo, tan eterno como el océano.

Su mayor dicha durante un tiempo. Su peor pesadilla en otros momentos.

El hombre que en ese momento tenía sentado a su lado como un Neptuno de cabellos plateados. En cuyos ojos leía que seguía viendo a la niña pequeña que había en ella. A la muchacha que había sido.

Sus ojos hablaban de amor y de deseo, de dolor y odio, de felicidad y tristeza, de culpa y arrepentimiento.

De una vida larga, vivida, y de una vida que no pudo ser.

Georgina supuso que sus ojos hablaban de algo parecido.

Una vida entre el mar y la tierra, el cielo y el viento.

Tanah air. Tierra y agua. Hogar.

Sus dedos buscaron los de él y sus manos se entrelazaron. Como si renovaran el pacto que hicieron antaño, hacía casi medio siglo, en el pabellón de L'Espoir.

El joven pirata con sueños grandiosos y la niñita con los ojos de un azul tan violeta como las orquídeas salvajes que crecían en la orilla del río.

Raharjo le apretó la mano y se levantó.

–Te llevaré a casa, Nilam.

Georgina recorrió el pasillo de la catedral de San Andrés cogida de su brazo, los pasos de ambos acompañados del golpeteo del bastón.

Franquearon el umbral juntos y salieron al deslumbrante sol que brillaba sobre Singapur.

Epílogo

Mis libros nacen de historias de amor.

Amor a un escenario, a un marco cultural. A un acontecimiento histórico. A un personaje histórico o al personaje de una novela, a un tema determinado o a una idea. Unas veces ese amor me golpea como si fuese un rayo; otras va creciendo a lo largo de un período de tiempo prolongado, quizás incluso lleva dentro de mí la mayor parte de mi vida. Un amor así puede ser tierno o impetuoso, puede enardecer el corazón o consumirlo; en ocasiones degenera en una suerte de locura, en un *amour fou*.

En el caso de este libro la cosa fue completamente distinta.

Aún recuerdo bien el primer día que pasé en Singapur. Fue a finales de noviembre de 2011. Teníamos previsto efectuar un alto de apenas dos días y medio en el camino de vuelta de Bali, antes de emprender el largo vuelo de regreso a Alemania, simplemente para ver la ciudad.

Y la ciudad no me gustó nada. Nada en absoluto. Todo lo que veía me parecía demasiado grande, demasiado tecnológico, demasiado estilizado, demasiado artificial; Singapur me intimidaba. En Orchard Road, la bulliciosa calle comercial, olvidé mi antipatía durante un breve espacio de tiempo, porque no me cansaba de mirar y porque estaba pasmada con las toneladas de iluminación navideña que adornaban Singapur. Pero poco después me arrollaron las luces, el ruido, la gente, las sensaciones, y aunque había pasado cuatro semanas en el trópico, casi me muero de calor.

La noche acabó conmigo sentada en la cama del hotel, llorando, solo quería irme a casa, y maldije tener que quedarme en ese sitio dos días enteros.

Al día siguiente el río Singapur me reconfortó. A su orilla, mirando los coloridos *godowns* y los rascacielos que se alzaban detrás, reinaba la calma, una calma casi contemplativa, y me gustó el recorrido en barco por el río. Uno de esos chaparrones que tan característicos son de Singapur nos obligó a refugiarnos en el Museo de las Civilizaciones de Asia, que de todas formas quería visitar con el objeto de ver algunas piezas para la escritura de *En el corazón de la isla de fuego*, y allí fue donde me topé con la Singapur antigua, la histórica.

Ese día y el siguiente aún habría de tropezarme más con ella, y al recorrer la ciudad descubrí rincones de los que me enamoré en el acto. El Museo Peranakan. El barrio indio. El barrio chino. San Andrés. Sin embargo la ciudad me seguía resultando demasiado ruidosa, demasiado grande, demasiado moderna, demasiado, en suma; me irritaba y me agotaba.

Me subí al avión que nos llevaría de vuelta a Alemania con sentimientos encontrados, principalmente contenta de dejar esa ciudad. Pero no conseguí quitarme Singapur de la cabeza.

Mientras escribía *En el corazón de la isla de fuego*, me devoraba la curiosidad de saber más cosas de Singapur, sobre todo de su historia. Mis sentimientos seguían siendo ambivalentes, pero cada vez era mayor mi fascinación a medida que iba leyendo libros y artículos, y con pasos muy vacilantes, muy poco a poco nació en mí el deseo de escribir acerca de ella.

A medida que me documentaba, que trabajaba en la novela, me fui reconciliando un poco con la ciudad. Y cuando el año pasado volví allí para documentar *in situ* este libro, Singapur y yo empezamos a cortejarnos. Cada día que me echaba a las calles tras las huellas de Georgina y Raharjo; cada mañana, cuando me levantaba y contemplaba Fort Canning Hill desde la ventana de la habitación del hotel, me iba enamorando más de la ciudad. No solo de su faceta antigua, histórica, sino también de la nueva, la moderna.

Esa vez sentí despedirme de Singapur, que tan difícil me lo puso la primera vez y que, sin embargo, después—con muchos rayos y truenos y violentos aguaceros— conquistó mi corazón.

Volví a casa con una sensación distinta. Mis sentimientos sobre la ciudad, mis percepciones. Una atmósfera concreta. Una imagen de la antigua Singapur y de la novela que quería escribir.

Esa sensación es el origen de *El tiempo de las orquídeas salvajes*.

Mi libro del mar.

Singapur me atrapó como escenario de la novela cuando, en la primera fase de documentación, empecé a leer sobre los *orang laut*. Me fascinó ese pueblo, que se considera los primeros pobladores, los genuinos del mundo malayo, y en modo alguno constituye un grupo homogéneo, sino que consta de un número casi incontable de subgrupos, de los cuales no todos están emparentados.

No sabemos gran cosa de los *orang laut* de la antigua Singapur, apenas nada aparte del papel que desempeñaron en el ámbito de poder del sultán y el *temenggong* y en la piratería. A partir de mediados del siglo XIX, cuando los primeros europeos empezaron a interesarse por este pueblo, este ya empezaba a abandonar sus formas de vida tradicionales, a volverse sedentario y a ser absorbido por la población malaya.

Sin embargo, los *orang laut* aún existen hoy en día, en la vastedad de Nusantara. Los trabajos antropológicos *Sea Nomads: Money, Magic, and Fear of the Orang Suku Laut* (2003) y *The Orang Suku Laut of Riau, Indonesia: The Inalienable Gift of Territory* (2010), llevados a cabo en Indonesia por Cynthia Chou, fueron mis principales fuentes para aproximarme a Raharjo y a su pueblo. A este respecto también me fue de gran ayuda el singapurense Centro del Patrimonio Malayo, que no solo me permitió conocer más a fondo el mundo de los *orang laut*, sino que también me abrió una puerta a la antigua Singapur más allá del barrio chino, los *godowns* y las construcciones coloniales inglesas.

Puesto que en las fuentes bibliográficas los conceptos *taukeh* y *towkay* se utilizan más o menos indistintamente, he optado por emplear la variante malaya *taukeh* cuando se habla desde el punto de vista malayo o chino o si se está hablando en malayo en el momento en que transcurre la acción, y *towkay* cuando la perspectiva es europea y se habla inglés.

Las citas y los poemas que figuran al principio de la novela y en cada una de las partes en las que está dividida han sido vertidos por mí al alemán. El poema de J.H.B., que antecede al epílogo, tiene una historia especial.

Lo encontré en *The Sun in the Morning* (1992), el primer volumen de la trilogía autobiográfica *Share of Summer*, de M.M.Kaye. Por su parte la escritora encontró el poema tiempo atrás en una revista mensual que no existía desde hacía mucho, afirma, lo copió y lo conservó en un ejemplar de *Kim*, de Kipling, por si algún día, ya anciana y canosa, decidía escribir la historia de su vida. Cuando por fin llegó el momento de hacerlo, le fue imposible averiguar quién era el autor; nadie parecía saber quién era J.H.B. Yo tampoco he sido capaz de averiguarlo, pero al igual que M.M.Kaye, estoy más que agradecida a J.H.B. por esos versos.

Como agradecida estoy también y sobre todo a Jörg, el hombre que tengo a mi lado, que fue quien por aquel entonces tuvo la idea de que pasáramos unos días en Singapur a la vuelta de Bali. Que una vez más ha corrido medio mundo conmigo no solo por nosotros dos, sino también por un libro, y ha recorrido conmigo Singapur, encargándose de que una vez allí tuviera Fort Canning Hill ante la ventana y San Andrés a la puerta. A Carina y Anke, que me han acompañado en el camino de esta novela y me han infundido valor. A AK y Sanne: ya sabéis por qué. A E.L., que me animó a salirme del camino trillado, partir hacia lo desconocido y atreverme a hacer cosas nuevas. A Mariam y Thomas M. Montasser, por su excelente trabajo y por su respaldo, libro tras libro y también entre medias. A mis lectores, siempre, siempre. A Leonora, mi fabulosa lectora, que no solo es capaz de leerme el pensamiento y satisfacer deseos ocultos, sino que también hace magia, en particular con el manuscrito. Y al equipo de Goldmann, que partiendo de él ha hecho este magnífico libro.

Terima kasih banyak-banyak.

NICOLE C. VOSSELER
Constanza, mayo de 2014

Glosario

Mal = malayo; OL = lengua de los *orang laut*; AI = angloíndio; F = francés; CH = chino
arac cierto licor usado en Oriente, hecho de palma y arroz fermentado

aduh (Mal) ¡ay!

amah niñera china

ang mo char bor (CH) literalmente: mujer pelirroja; manera despectiva de designar a una mujer blanca

ayah (AI) niñera india o malaya

Cantón nombre que recibía antiguamente la provincia china de Guandong

chapati pan ácimo del norte de la India elaborado con cebada, mijo y trigo

chap cheng kia (CH) hijo bastardo

choli (AI) blusa corta que se lleva debajo del sari

chouchou (F) niño querido

cik (Mal) Miss, señorita

cipayo soldado indio en una unidad militar al servicio de Francia, Portugal y Gran Bretaña

Cochinchina en el siglo XIX, nombre que recibía la región situada en torno a Saigón, en la zona meridional de Vietnam

culi en la India, China y otros países de Oriente, jornalero o criado indígena

dal plato indio a base de legumbres

dal tadka variante concreta del *dal*, elaborada con diversas legumbres y abundantes especias

dhobi-wallah (AI) lavandero

Fukién nombre que recibía antiguamente la provincia china de Fujian

godown almacenes con despacho en Singapur

gutapercha goma que se obtiene del tronco de cierto árbol de la India y Malaca que se emplea para fabricar telas impermeables y como aislante térmico

Jalan Pantai (Mal) Beach Road; de *jalan* = carretera, y *pantai* = playa

kebaya blusa holgada, de tejido fino

kemboja (Mal) franchipán

kongsi (CH) sociedad mercantil; organización de chinos que ofrecía a los recién llegados ayuda, protección y una comunidad y a menudo perseguía objetivos caritativos, si bien también mantenía relaciones fluidas con sociedades secretas como las tríadas

mak bidan (Mal) partera

mem (AI) abreviatura de *memsahib*: tratamiento respetuoso para una mujer europea

mintam maaf (Mal) mis disculpas

nangka (Mal) jaca

nyonya (Mal) denominación y tratamiento respetuosos para una mujer (principalmente casada, blanca)

orang laut (Mal) literalmente: «señores del mar», pueblos nómadas de pescadores del sudeste asiático

orang putih (Mal) personas de piel blanca, en particular de Gran Bretaña

palanquin carro cerrado tirado por caballos típico de Singapur

perahu (Mal) concepto genérico que hace alusión a diferentes clases de embarcaciones

perau (OL) barca

pondok (OL) refugio provisional y temporal en el agua

p'tit ange (F) o *petit ange*: angelito

pulau (Mal) isla

punkah-wallah (AI) empleado del hogar que mantiene en movimiento por medio de una cuerda el *punkah*, el abanico de techo

sampán (CH) embarcación de vela ligera propia de China que se emplea para el transporte de mercancías

sarong falda tipo pareo

selamat datang (Mal) bienvenido

selamat petang (Mal) buenos días (por la tarde)

selamat sejahtera (Mal) buenos días (formal)

sungai (Mal) río

syce (AI) mozo de caballos, cochero (pronunciado *sais*)

taukeh (Mal) comerciante chino, financiero, jefe

temenggong antiguo título nobiliario malayo (los cometidos del *temenggong* eran encargarse de la seguridad del sultán, mantener la paz en el territorio nacional y dirigir el ejército)

terima kasih

(banyak-banyak) (Mal) muchas gracias

tiffin (AI) almuerzo o tentempié

tongkang (CH) embarcación asiática para el transporte de mercancías

Tonkín en el siglo XIX denominación de la parte septentrional del actual Vietnam

towkay variante inglesa de *taukeh*

tuan (Mal) señor

Table of Contents

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[EL TIEMPO DE LAS ORQUÍDEAS SALVAJES](#)

[Dedicatoria](#)

[Citas](#)

[Introduccion](#)

[I. Fiebre 1849-1851](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[II. Entre tigres 1854-1861](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[III. Perdidos 1865-1871](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[IV. Fuegos fatuos 1881-1883](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[1889](#)

[Epílogo](#)

[Glosario](#)